FERNANDO SCHWARTZ

Viví años de tormenta



A lo largo de treinta años, el tiempo que transcurre entre el atentado a Carrero Blanco en 1973 y el estallido de las bombas de Atocha en 2004, una gran familia del madrileño barrio de Salamanca asiste a la transición española con el miedo y la esperanza de quienes voluntaria o involuntariamente la protagonizaron.

Lola Ruiz de Olara, sexta hija de los marqueses de Villaurbina, recupera la memoria de aquellos años tormentosos: los amores, los odios, las tragedias y los conflictos de una generación a caballo entre dos siglos y entre dos modos de entender la vida.

En su lúcido diario, a veces atropellado y dolorido pero siempre lleno de ternura, inteligencia y humor, Lola va tejiendo la historia de su familia y de una España que se resiste a desaparecer mientras el país se asoma por fin al siglo XXI.

Lectulandia

Fernando Schwartz

Viví años de tormenta

ePub r1.0
jasopa1963 17.08.14

Título original: *Viví años de tormenta*
Fernando Schwartz, 2012

Editor digital: jasopa1963
ePub base r1.1

Para las mujeres de mi familia, Anna
Sandra, tres hijas, Mónica, Astrid y
Yara, tres nietas, María, Camilla
y Alexia, y mi nuera, Marta.
Y para Flor y Luisa, que lo vieron
todo tal como iba pasando.

La vida es un arco iris que también
incluye el negro.

Yevgeny Yevtushenko

Nadie sabe por qué es necesario
recordar nada, qué beneficios nos
trae o qué posibles castigos,
ni de qué manera puede cambiar
lo vivido cuando lo recordamos.

Juan Gabriel Vásquez,
El ruido de las cosas al caer

Tantos años de anestesia de la memoria, tantos años mirando al vacío, hasta que esta mañana me dispuse a recordar. Y éste de hoy ni siquiera es el principio razonable de mis recuerdos, pero qué más da, lo resume todo bastante bien.

UNO

1

Tu caso está siendo muy sonado, doctora, y la publicidad en cuestiones como ésta nunca es buena —dijo Enrique Lerma sonriendo con el gesto cálido que yo había odiado toda mi vida, enseñando los dientes blanquísimos como si afirmara que todo estaba bien y que nada debía preocuparnos—. Es cierto que no nos solemos ocupar de asuntos de esta naturaleza, pero, bueno, somos amigos, ¿no? Eres una Villaurbina, ¿no? Y como has sido suspendida sin investigación previa, sin pruebas concluyentes…

—… O no concluyentes —interrumpí—, sin pruebas y punto, Enrique.

Juan, mi hermano, sentado a mi lado en el enorme despacho, se revolvió en su asiento. Lerma lo miró sin alterar la sonrisa.

—Sin pruebas, claro. Tienes razón, doctora Ruiz de Olara. —¿Por qué no me llamaría Lola?—. Sin pruebas y merced a una denuncia anónima. En fin —se frotó las manos—, nada de ello me parece muy correcto. Y por eso —añadió mirando de nuevo a mi hermano—, es de justicia que nos ocupemos del problema. Además, el consejero de Sanidad siempre ha sido un idiota presumido. ¿Os acordáis de las tonterías que decía todo el tiempo?

Hubo un silencio.

—Gracias por ocuparte de mi defensa —dije secamente.

Mi hermano me miró con alarma, pensando seguro que mi tono estaba siendo demasiado desabrido con alguien que me estaba ofreciendo una ayuda que todos consideraban impagable. Pero yo no tenía ninguna gana de facilitarle las cosas a un tipo tan engreído y pedante como Enrique Lerma. Me había pasado la vida aguantándole las impertinencias y la suficiencia y la arrolladora simpatía con la que no simpatizaba. Y encima se hubiera dicho que no pasaban los años por él: seguía siendo como en nuestra juventud, un hombre atlético, no demasiado alto, con todo su pelo blanco peinado suavemente hacia atrás, la célebre mandíbula cuadrada y los ojos oscuros escondidos detrás de las gafas de concha negra. Ahora tendría unos sesenta años y seguía pareciendo Superman, listo para arrancarse la camisa y saltar por la ventana en defensa de los débiles y torturados de este mundo o para sacarles el dinero. O para que lo hicieran presidente del gobierno. Y además estaba lo de Marta. No, yo no estaba sentada aquí, precisamente aquí, porque Enrique Lerma fuera el mejor, sino porque era el más poderoso.

Manteniendo cruzadas y sin gesticular sus manos de dedos sólidos sobre el cristal de su mesa de despacho, Lerma giró ligeramente la cabeza hacia mí.

—Dime una cosa, doctora —tomó aire y pensé: «Aquí viene»—, ¿mataste al pequeño Rodríguez? —dicho en un tono liviano, como preguntándome si me apetecía un helado de vainilla o un batido de chocolate. No había dejado de sonreír.

—No.

—¿Estás segura? Sé bien que es una pregunta comprometida, pero te la hago porque, antes de decidirnos por una línea de defensa o una estrategia de ataque,

debemos saber si eres inocente o culpable. No te juzgo, no juzgo tus motivos ni tus métodos. Ésa no es mi misión. —Sonrió de nuevo, como en las películas americanas. Y yo pensé: «Vamos, Perry Mason, qué más te dará: tu obligación es defenderme incluso si yo fuera Jack el Destripador». No me parecía que Enrique Lerma fuera un abogado lleno de virtudes morales para quien resultara determinante la inocencia o la culpa de su cliente. Más bien, me daba la impresión de querer decidir qué tal quedaría él frente a la sociedad por representarme. Antes de responder, miré a mi hermano. Estaba pálido, tenso, como si estuviera asustado; teniendo en cuenta su edad y experiencia y la inmensa cantidad de dinero de que disponía por su casa, sus nervios me parecieron absurdos, por mucho que Lerma fuera su jefe desde hacía tantos años y por mucho que su personalidad impusiera respeto o temor, no sé, una de las dos cosas. Nunca se me ocurrió que podía ser porque yo y «mi crimen» le desagradábamos, le desasosegábamos. Que se fastidiara mi hermano.

—Sí —contesté.

—Sí ¿qué?

—Sí, estoy segura.

—Una declaración de inocencia, la tuya, que por supuesto no es demostrable.

Me encogí de hombros.

—Bueno, lo mismo puede decirse de la acusación.

—En efecto. El problema es que en este caso, más que en cualquier otro en esta sociedad nuestra, es la inocencia la que debe ser demostrada, ¿verdad?

—No veo por qué.

Una vez más, Juan hermano cambió nerviosamente de postura en su butaca.

Lerma hizo un gesto cortante con la mano derecha, como queriendo acabar con cualquier disentimiento que le pudiera distraer.

—Desde luego, ése es el principio legal. Naturalmente, el filo de la navaja en un caso como éste, Lola, es justo el lugar en que se encuentra la dificultad de decidir qué causó la muerte, ¿no? Es decir, ¿hubo sedación terminal del pequeño? ¿Se la aplicaste sin que lo supieran? —Negué con la cabeza—. ¿Era la terapia indicada? ¿Se contó, en ese supuesto, con la aquiescencia de los padres? Tal vez, enfrentándonos a estas preguntas, podamos demostrar que eres inocente. Pero no seas ingenua. En una sociedad tan conservadora como la española… —Dobló una mano hacia atrás sin despegar la muñeca del cristal—. Ya sé, ya sé: media sociedad española es progresista… Pero aquí, en Madrid, las cosas son diferentes. El peso de las decisiones cae a la derecha de un mundo muy puritano e hipócrita. En una sociedad tan conservadora como la española —repitió—, los estamentos que detentan el poder último de decisión a día de hoy, en los primeros compases del siglo XXI, nunca admitirán ni perdonarán la eutanasia. Fíjate lo que pasa con el aborto, y eso que hay una ley que lo ampara. No seas ingenua. Estás condenada de antemano. Y tendremos que demostrar tu inocencia con el doble de argumentos que se requieren para probar tu culpabilidad, pero recuerda que al final del proceso, pase lo que pase, seguirás siendo culpable. Qué quieres que te diga. Es más tu sociedad que la mía. —«Mentiroso», pensé—. De modo que te repetiré la pregunta, ¿mataste a Dimas Rodríguez? ¿O le dejaste morir? Y no me digas que no tenía curación posible, que el dolor era insoportable y que al niño le quedaban apenas unas horas de agonía. No me digas eso.

—Desde luego que Dimas no tenía cura, su mal era irreversible y la muerte le iba a sobrevenir en pocas horas. ¿Cómo no te lo voy a decir? Pero, a pesar de todo, mi contestación sigue siendo no. —Guardé silencio por un momento y luego utilicé el argumento que me parecía definitivo, incluso si podía llegar a no ser verdad—: Pero ésa no es la cuestión, Enrique. La cuestión es que, aun cuando se dieran todas esas circunstancias, mi condición de médico me impide recurrir a la eutanasia. Por mucho que en ocasiones quisiera. Por muy necesaria que sea una ley de la eutanasia. Pero no: me liga el juramento hipocrático y, si lo traiciono, dejo de ser médico. ¿No?

—Bueno, la eutanasia tiene poco que ver con el juramento hipocrático y mucho que ver con una ley que la acabe permitiendo…

—Eso es cinismo, Enrique. Y además me da igual. Si mato a uno de mis pacientes, estoy dejando de ser médico.

Lerma me miró de hito en hito sin decir nada durante un tiempo que se me hizo eterno.

—Ya comprendo —dijo por fin. Y añadió con parsimonia—: Veremos, pues, cómo te podemos ayudar.

2

El pequeño se nos había muerto de madrugada. Uno u otro, qué más daba: no hablo ahora de Dimas, por el que me acusaban, sino del otro, de Manolín. Siempre había otro más. Éste, por ejemplo, nos había llegado al hospital después de muerto Dimas y venía igual de malo. Estuvimos luchando contra el imparable avance del tumor durante semanas, igual que con todos. Pero yo sabía que no tenía remedio.

Durante sus últimos minutos de vida mantuve dos dedos de mi mano izquierda sobre su yugular. Luego, por puro instinto, disimulando para que los padres no sufrieran más, le tomé la muñeca para asegurarme de los latidos, como si los monitores electrónicos no fueran de fiar.

Por fin suspiré y me enderecé despacio para no romper el silencio, la solemnidad de la muerte. Me dolía el cuello por la tensión de las horas de espera. Apagué los monitores que había en la cabecera de la cama para que dejaran de sonar y luego, intentando interponerme entre el pobre Manolín y sus padres para que no vieran, lo desentubé. Le cerré la boca y le pasé una gasa por las mejillas. Después, apoyando las manos en la barandilla, miré al padre del chico.

—¿Se acabó? —preguntó éste en un susurro. Temiendo no haber sido oído, carraspeó para que no le temblara la voz—.

¿Ha muerto? —insistió. En el rostro, pálido y desencajado, se le notaba el cansancio de tantas semanas de agonía.

Asentí.

—No ha sufrido —afirmó una vez más el padre con desesperación, queriendo descargarse de responsabilidad por este horroroso final, librarse de toda culpa por la muerte del hijo, queriendo apartar de sí el sufrimiento sin remisión.

—No. Dormía. Estaba muy sedado.

Julita, la madre del pequeño, con los dos codos apoyados en la colcha sin arrugas, acercó su cara a la del hijo y murmuró «mi niño». Alargando una mano, le acarició la mejilla con dulzura y le rozó la frente con la yema de los dedos. Levantó luego la mirada hacia mí, buscando una explicación a este espanto que acababa de destruir sus vidas. Apenas unas horas antes, unos minutos incluso, José, Julita y el pequeño Manuel habían sido una familia. Y ahora, de golpe, ya no eran nada.

Julita no lloraba. Se le notaban los ojos enrojecidos y los párpados hinchados, pero era sobre todo a causa del cansancio de los últimos días pasados en vela sin separarse de la cabecera de la cama.

Ninguno de los dos había llorado en semanas dentro de la habitación del niño. A veces, en los momentos menos tensos, bromeaba con ellos y les decía que eso pasaba porque no eran de Bilbao, sólo de Madrid. Reíamos de buena gana. Hasta Manolín. En los peores momentos de la tragedia asoma el humor negro. Y luego, fuera de la habitación, Julita me abrazaba y rompía a llorar.

—¿Por qué? —preguntó, rechazando resignarse ante lo que ya no tenía remedio ni vuelta atrás. Por primera vez en todos los meses transcurridos hacía esta pregunta desgarradora que nada tenía que ver con la medicina: no quería que le explicaran las razones científicas del mal;

quería que alguien le explicara la razón de que les hubiera tocado a ellos.

Levanté la cabeza y torcí el gesto en señal de impotencia. No dije nada. Sólo recuerdo haberme pasado la lengua por los labios resecos.

—¿Por qué nosotros? —repitió Julita.

Suspiré. Había que contestar, ¿no?

—Ya…, es horrible, pero ¿qué quieres?, estas cosas pasan y no tienen explicación. ¿Qué puedo decirte, Julia? Todo esto es terriblemente injusto: lo que habéis pasado los tres…, la muerte de Manolín… —Bajé la voz. Creo que casi ni se me oía—. El cáncer golpea sin distinguir, a los mejores y a los peores, a buenos y malos. —Todo esto me parecía tan ramplón—. Cuando les toca a los peores, la gente dice que les está bien empleado. Y cuando les ocurre a los mejores o a los más inocentes, pregunta qué hicieron para merecer esto. Nada. Nada, Julia, nadie hizo nada. Este mal no entiende de sentimientos, sólo de tejidos. ¿Qué puedo decirte sino que esta maldita enfermedad os ha dejado huérfanos?

Di la vuelta a la cama y le puse las manos en los hombros.

—No sabes cuantísimo lo siento.

La mujer se puso en pie. Probablemente no había oído nada de lo que le había dicho. Me aparté y dejé que diera un paso hacia atrás, hasta apoyarse en su marido, que la rodeó con los brazos. Sólo entonces empezaron a deslizársele por las mejillas dos gruesas lágrimas y le sacudió un violento sollozo, un dique que se rompía inundándolo todo de dolor.

—¿Podemos quedarnos solos un momento? —preguntó José. No habían querido que estuviera el capellán acompañándolos en los últimos instantes. Sólo yo. Me había parecido bien: no me inspiraba mucha simpatía el cura aquél. Me daba la sensación de que sus expresiones de

solidaridad más bien aparatosas, sus manos regordetas agitándose en el aire, tenían algo de falso, un lastre de hipocresía que me causaba un poco de repugnancia. Pensé que debería haberle pedido a mi hermano Javi que estuviera con nosotros, pero ni se me había ocurrido. De todos modos, la tarde antes el niño había recibido los óleos, desde luego sin enterarse de nada, y el curita, vencido su optimismo estéril, había recitado conmovido un avemaría. «¿Qué más necesita para ir al cielo?», había dicho el padre encogiéndose de hombros cuando le habían preguntado si querían que el capellán estuviera presente de nuevo. «Que le dejen en paz».

—Claro —dije, y sin más salí de la habitación.

Mari, la enfermera jefe, estaba detrás de la puerta, a punto de dar dos ligeros golpes con los nudillos y entrar.

—¿Qué hacemos, doctora?

—Déjalos estar un momento, anda.

—Lo siento, Lola. Le habías tomado cariño a Manolín, ¿eh?

—Como a todos. A veces…

—A veces, ¿qué?

—Nada. A veces nada. —Con un gesto automático me estiré la melena y me rearreglé la cola de caballo—. Bueno, dales unos minutos, hasta que ellos quieran, y luego le dices a sor Herminia que vengan a preparar al pobre niño. Vuelvo enseguida. Me voy a tomar un par de aspirinas, que me va a estallar la cabeza. Y me daré una ducha rápida. ¡Buf! Menos mal que hoy no nos distingue con su presencia la buena de la doctora Marugán.

—Estará con sus rezos en otro lado —contestó secamente la enfermera jefe—, elevando a enfermitos hacia el Señor. La mataría.

Eché a andar por el pasillo hacia la estación de las enfermeras.

—Qué burra eres —dije sin volverme. Me descolgué el estetoscopio de alrededor del cuello y lo metí en el bolsillo de la bata.

—¡Ah! Lola, tienes un sobre de la Comunidad sobre la mesa de enfermeras. Algo de Sanidad o así.

3

Hacía casi treinta años que no veía a Javier Rosales. Apenas había cambiado. El mismo pelo repeinado, la misma frente despejada, la misma delgadez intensa de un resorte presto a saltar, la ropa elegante y a la moda y, sobre todo, la misma mirada convencida de su superioridad. Los que llevan el cuello de la camisa con las puntas muy separadas y el lazo de la corbata ancho, aunque de modo que pueda verse el arranque del trozo que rodea al cuello, me producen instantáneo rechazo.

Javier Rosales. Director general de Sanidad de la Comunidad de Madrid. Por un instante me recriminé por no haberlo tratado mejor años antes, durante la semana pasada en la finca con mis hermanos y con los Russell, en alguno de los guateques en los que coincidíamos o incluso en la universidad. De todos modos siempre lo había considerado un idiota presumido y se me notaba. Tal vez si hubiera sido más amable, menos displicente con él, su actitud ahora habría sido menos fría y su sonrisa, más genuina. Sin embargo, estaba de por medio todo lo que había pasado en las algaradas estudiantiles, su cinismo en la defensa de cosas en las que no creía, ¡bah!, no merecía ni que le dirigiera la palabra.

Pero me obligaban las circunstancias. El consejero de Sanidad de la Comunidad me abría un expediente para determinar si yo había sido culpable de la muerte de Dimas Rodríguez, un niño enfermo de cáncer en fase terminal. ¡Culpable! Los pequeños se nos morían sin parar. Un día uno, otro día otro, a veces dos, con la muerte de cada chiquillo se desangraban las habitaciones de mi planta. Era como si hubiera un cupo fijo: conseguíamos salvar a algunos durante un tiempo, curábamos a la mayoría y otros fallecían sin remedio. La tragedia diaria de un departamento de Oncología infantil en un gran hospital.

El expediente acarreaba la suspensión de mis funciones y me apartaba de la profesión hasta que se demostrara si yo era culpable o inocente. Si, en opinión de la consejería, era culpable, le pasarían todo el asunto al fiscal para que yo acabara con mis huesos en una cárcel. Si inocente, cabía dentro de lo posible que me devolvieran mi puesto y el ejercicio de mi profesión. Y pasara lo que pasara, seguiría siendo la asesina de niños inocentes.

Lidia Marugán. Ojalá revientes.

—Doctora Lola Villaurbina…

—No: mi hermano es Villaurbina. Yo soy Ruiz de Olara —contesté secamente. Empezábamos mal.

—Es verdad. Eres una Ruiz de Olara. Una Ruiz de Olara —repitió como queriendo regodearse en el nombre de la infamia.

No dije nada. Estaba sentada en su despacho oficial, con la gran mesa en medio de los dos. Me alegré de haber venido en pantalones y de no haberme peinado más que con mi habitual cola de caballo. Era una sensación perversa ésta de estar haciendo las cosas que deliberadamente le iban a

provocar, que iban a aumentar su antipatía hacia mí. Pero no lo podía remediar. Era más fuerte que yo.

—¿A qué debo el placer de esta visita?

Suspiré.

—Lo sabes perfectamente, Javier.

Enarcó las cejas (yo creo que se las depilaba) en señal de interrogación.

—Ayer recibí un oficio firmado por ti en el que se me comunicaba mi cese en el hospital…

—La suspensión temporal de tus funciones, Lola, pendiente de la resolución del expediente que se te ha incoado.

—¿Y dices que no sabes por qué te visito?

—Bueno, podías querer alguna otra cosa.

—No seas idiota. —Primer error por mi parte. Respiré profundamente para calmarme y me repetí que ése no era el mejor método para defender mis intereses—. Perdona, no quería llamarte idiota, sino sólo decirte que es absurdo que puedas pensar que vengo hoy a visitarte con otro motivo.

Sonrió.

—Es que no hay mucho más que decir, Lola. Debemos determinar si eres culpable de practicar la eutanasia en un niño al que cuidabas…

—¿De dónde os sacáis esa tontería?

—Se ha recibido una denuncia en esta dirección general…

—¿De quién? —volví a interrumpirle.

—Se ha recibido una denuncia en esta dirección general y en ella se te acusa de haber puesto fin a la vida del pequeño Dimas Rodríguez deliberadamente.

—¡Qué tontería! ¿Cómo voy a hacer yo semejante cosa? ¿Quién me denuncia? —El final de la frase quedó ahogado porque se me había secado la garganta y casi no conseguí

separar la lengua del paladar para terminar la pregunta. Rosales lo adivinó y se le escapó una pequeña sonrisa de costado.

—No. La denuncia ha sido anónima —levantó una mano para que no le interrumpiera—, pero nuestra obligación como entidad oficial de la sanidad pública es investigar el hecho.

—¿Y suspenderme? ¿No se supone que soy inocente hasta que se demuestre mi culpabilidad?

—Desde luego que sí. Pero… —añadió con un dedo en el aire— supon que eres culpable. ¿Debo arriesgar la vida de otros pacientes oncológicos del hospital hasta que decidamos que lo eres?

—Eso es un insulto, Javier. ¿Qué crees? ¿Qué voy por ahí matando pacientes? Llevo muchos años como oncóloga infantil en este hospital, soy una profesional reconocida, he hecho un doctorado en St. Jude's en Minnesota y soy miembro de su equipo de investigación. —Rosales puso cara de indiferencia ante este hecho; estuve por preguntarle si hablaba inglés o si jamás había viajado a Estados Unidos—. Y nunca se me ocurriría acabar con la vida de un paciente al que he seguido durante meses, al que he visto sufrir…

—¡Justo por eso! ¿No sufres de verle sufrir?

—No voy a dignificarte con una contestación. —Y luego sí le contesté repitiendo—: ¿Pero tú qué te has creído, que estoy en esta profesión para matar a los que no puedo curar? ¿Eres médico? —Segundo error: no lo era; sólo abogado.

Sonrió y negó con la cabeza.

—Tengo el corazón demasiado blando para eso.

—Ya lo veo. ¿Quién ha sido?

—No lo sé, doctora. Te repito que ha sido una denuncia anónima.

—¡Qué bonito! ¿Y quién te da a ti autoridad para suspenderme sin un expediente previo?

—Ah, mi querida amiga, tu puesto es de libre designación de la Comunidad y no tengo por qué dar explicaciones a nadie si decido suspenderte, echarte o lo que sea.

—¡Qué bonito, Rosales! —No se me ocurría nada más ofensivo que llamarle por su apellido—. E imagino que mañana mi nombre estará en todos los periódicos arruinando mi honor y la seriedad con que practico la medicina…

—No sé. No. Desde luego, de mí no saldrá. No soy un cotilla. No es mi cometido ni mi deseo.

—Bueno, tendrás que hablar con mis abogados. —Me sonó a melodrama de película. Me puse de pie y me marché de su despacho sin saludarle y dejando la puerta abierta.

¿Anónima? Sabía muy bien quién me había denunciado. La muy babosa.

Al llegar a la acera, saqué mi teléfono móvil del bolso y llamé a mi hermano Juan. No le iba a divertir tener que defenderme. A su jefe, Enrique Lerma, tampoco. Pero se iban a tener que aguantar las pocas ganas de hacerlo.

4

Eran más familia la de Manolín, Julia y José con su tragedia irremediable, la de Dimas con sus padres imposibles o la nuestra, tan apacible y satisfecha siempre, tan libre de dramas.

De muy jóvenes, estudiantes casi todos, a mediodía se comía en casa. Nadie pensaba siquiera en no acudir al almuerzo familiar: en los años setenta era lo que se hacía. Mis padres y los siete hermanos, bueno, seis en realidad, porque entonces la Chispa era un bebé de dos años y aún comía en el cuarto de plancha. Ni Juan, que era el mayor y que estaba a punto de casarse, se libraba de acudir. Venía solo casi siempre; yo creo que porque Charo la pobre, mi futura cuñada, le tenía un miedo cerval a mamá. Y Perico, el seminovio semioficial de mi hermana mayor, Pili, todavía no tenía el acceso franco a casa; no podía hablarse de boda hasta que no hubiera aprobado las oposiciones a abogado del Estado. En consecuencia, el bueno de Perico era ignorado como si no existiera y sólo se le toleraba en alguna ocasión solemne, como la petición de Charo. Pili y él eran lo que en los círculos bien de Madrid se conocía como amigos fuertes, una relación que, por supuesto, carecía de cualquier connotación sexual. «No tengo novio», decía Pili cuando se le preguntaba. «¿Y Perico?». «Somos sólo amigos fuertes».

Marta, mi mejor amiga, se tronchaba de risa; «¿te imaginas a esos dos en la cama haciendo guarradas?», decía. «Tu hermana no se va a quitar ni el camisón».

Mamá manejaba la familia con mano de hierro. A papá y a los siete hermanos; éramos como una rayuela, ese juego de acera pintada con tiza que se recorría a la pata coja empujando un tejo sin pisar las rayas: dos mellizos, Juan y Pili; luego uno solo, Miguel; después, dos mellizos, Javi y Borja; después, yo; y por fin, la Chispa. El caso es que a mamá no se le escapaba nada. Nuestros secretos, si no queríamos desvelarlos, eran tratados con desaprobación y esperaba que se los contáramos en algún aparte (era muy difícil resistirse a sus «apartes») para así poder disuadirnos de nuestras vías erradas o archivarlos en su memoria para luego utilizarlos con ventaja. Toda mi vida pretendí que mis secretos fueran míos; los defendí a capa y espada y casi nunca afloraron, incluso cuando me hubiera encantado sentir el perverso placer de que mamá supiera que se los escondía. Pero, según ella, nunca lo hice. «Lola es transparente como un cristal», decía. Sólo los conocía, y no todos, el tercero de mis hermanos mayores, Miguel, según mamá el *hippy* de la familia (aunque, bromas de la vida, con los disgustos que le dio, Miguel fue siempre su preferido). Pobre Miguel, salvo en las greñas y el vestir desaliñado, tenía de *hippy* lo que yo de actriz de Hollywood; era desordenado, anárquico, poco amante del jabón y muy, muy vago. Y perfectamente adorable. Lo único que le pasaba era que no se sentía miembro de nuestra familia. Tardé años en comprender por qué le tenía tanta manía al colectivo Ruiz de Olara. Siempre lo recuerdo con un libro en la mano, el dedo índice marcando la página.

—Lola, Lola —me decía cuando paseábamos o íbamos al cine juntos y al salir nos tomábamos unas tortitas con nata y

un batido de fresa en el California de Goya o de la Gran Vía o cuando, a solas, me ayudaba con los deberes—, te ha llegado el momento de romper amarras. El día que te quites el sostén en el salón y lo eches a la chimenea delante de todos, serás libre y te habrás independizado. Y entonces te podré llevar a los antros a los que voy y presentarte a mis amigos. Pero no antes.

—Sí, hombre —le contestaba riendo—. Papá me encierra, mamá me manda a un convento y si ese día está Perico, le da un soponcio.

—Ya le gustaría. Tú tienes tetas y Pili está más plana que una tabla de planchar. No es que Perico las haya catado…

—Idiota.

Los antros de los que hablaba Miguel eran algunas whiskerías poco iluminadas de la calle Claudio Coello y, sobre todo, un bar de copas, el Oliver, que había abierto el actor Adolfo Marsillach, uno de los intelectuales madrileños rebeldes, dos o tres años antes. Ahora me da la risa cuando pienso que aquello era lo que se consideraba un lugar de perdición, pero, bueno, a principios de los años setenta ahí empezaba tímidamente a alumbrar la vida de crápula madrileña. Para mí, en cualquier caso, a mis diecisiete años era un lugar prohibido. Más adelante empezaría la movida en el barrio de Malasaña y en el de Chueca.

Así era nuestra vida: tranquila, sin sobresaltos, ordenada y feliz con algunas rebeldías que tenían más que ver con el vestuario y la hora de volver por la noche que con otra cosa. Del cole a casa y de casa al cole, subiéndonos la falda del uniforme, pensábamos que a lo Mary Quant, por si en el trayecto nos topábamos con algún chico guapo, aunque a mí ya entonces me gustaran más con pinta de frescales que con rostro de adonis. Además, ¿qué piernas íbamos a lucir con aquellas horrorosas medias negras de lana? Tampoco es

que el recorrido fuera muy largo. Nuestra casa de Serrano esquina a Juan Bravo no estaría a más de doscientos metros del colegio de la Asunción en Velázquez y de la sonrisa heladora de la madre Assumpta, la cómplice de mamá.

Mientras mis padres estaban destinados en Portugal, la casa de Madrid no había dejado de funcionar, con Flor, nuestra cocinera, al frente de los fogones y de nuestras tonterías, la tata Josefina y Jacinta la doncella. Flor, Josefi y Jacin, vaya tres. Jacin era la cotilla que nos contaba todos los chismes leídos en *El Caso* y las cosas que le dejaba hacer a su novio, un sorchi que hacía la mili en la capital. Pili hermana siempre le decía que acabaría quedándose embarazada y que entonces qué, pero que siguiera contándole esas cosas. «Esas cosas» sólo las hacía el servicio, naturalmente. Entonces las llamábamos chachas.

Pero la que de verdad mandaba en todos nosotros, hermanos, servicio y hasta en mi madre, era la tata María. Yo creo que al único al que respetaba era a papá; «es un señor», decía siempre. Era la única autorizada a plancharle las camisas de seda.

La tata María había sido el ama seca de mamá, su cuidadora y compañera gruñona, y nos había heredado a los hermanos. Fue ella quien nos educó, en realidad. Había estudiado bachilleratos, remendado ropa desgarrada, curado chichones, restañado sangre de cortes más o menos graves, velado sarampiones, escuchado confidencias, consolado llantos y hasta prestado dinero a fondo perdido a los más manirrotos (generalmente Miguel). Había hecho de madre y a veces más que de madre. En vacaciones, sobre todo cuando estábamos en la finca, comía con nosotros en la mesa y en todo tiempo dirigía la intendencia de la casa con mano firme. Era hija del alcalde republicano de Villaurbina y cuando los nacionales fusilaron a su padre y a su madre en

las primeras horas del Alzamiento, el abuelo la tuvo escondida y evitó que los falangistas se la llevaran. Para entonces, la tata María llevaba ya diez años en casa. Era más lista que el hambre y hubiera querido ir a la universidad a hacer Magisterio, pero, claro, no pudo ser. Y allí se quedó. Con nosotros. Más que de la familia.

Hasta que hicieron ministro de Asuntos Exteriores a López Rodó, el del Opus, y destinaron a papá de vuelta al ministerio en Madrid, mamá no dejaba de venir con frecuencia desde Portugal (cada cuatro o cinco semanas) a echar un vistazo, sobre todo cerca de las Navidades, cuando empezaba la temporada de los guateques. El resto de las vacaciones lo pasábamos en la finca de Zamora. Los veranos, como nuestros padres alquilaban una casa en Estoril durante el tiempo que estuvieron destinados en Portugal, íbamos allá a pelarnos de frío en el gélido océano Atlántico y a salir en pandilla con una docena de amigos, entre hijos de diplomáticos, vástagos venezolanos fundidos de dinero y algún portugués de la alta sociedad, con quienes de día hacíamos esquí acuático en el puerto de Cascáis y de noche íbamos indefectiblemente a la Boîte del Casino o a la de Gianni Ales al borde del mar. Todos querían ligar con nosotras, con Pili y conmigo, y con todos nos timábamos y coqueteábamos, pero la cosa no pasaba de ahí incluso cuando me enamoré como una colegiala (es lo que era) del hijo del embajador de Italia; al final no me hizo ni caso porque le gustaba una francesa mayor. Sospecho que decían que las niñas Ruiz de Olara eran españolas, estrechas y de misa diaria, simpáticas pero intocables. Hacer caritas bailando con ellas era un imposible definitivo. Eso al menos me comentó Miguel una vez; le gustaba tomarme el pelo. Sólo se puso aparentemente más serio cuando se echó una novia catalana, de gente bien de la zona alta de Barcelona.

En casa, en Madrid, el único momento desordenado del día era el del desayuno. Cada cual iba a su aire, según las clases que tuviera. Mamá solía desayunar en bata y charlar un momento con el hijo que estuviera a tiro, mientras hojeaba el *ABC*. A papá le ponían el desayuno en el despacho y luego se iba corriendo; casi nunca lo veíamos a esa hora de la mañana.

Recuerdo el día en que asesinaron al almirante Carrero Blanco. Mamá, señalando por la ventana del comedor que daba a la calle de Juan Bravo, dijo: «Mira, ahí pasa Carrero. Diez menos veinticinco. Como cada mañana al salir de misa. Podríamos poner los relojes en hora». Y un minuto después se produjo la estruendosa explosión que mandó al Dodge Dart y al almirante a los cielos.

Todo tembló como si se fuera a caer la calle. No comprendo cómo nuestros cristales no saltaron hechos añicos; lo que sí se rompió fue la cafetera de porcelana, una maravillosa cafetera de Compañía de Indias que mamá había comprado en Lisboa, pero no por efecto de la onda expansiva sino porque se me cayó de las manos por el susto. Miré a mamá con aprensión, pero ella no atendía: se había puesto muy pálida.

Levantando la vista, la fijó en el mayordomo que había acudido corriendo, asustado por el estrépito.

—Benito.

—Señora marquesa.

—Prepara el coche, que vamos a salir en cuanto me termine de vestir.

—Sí, señora.

—¿Qué ha pasado, mamá? ¿Qué ha sido esa explosión?

—Una bomba, hija, una bomba.

—Pero ¿cómo lo sabes?

—Oí las suficientes durante la guerra para reconocerlas. Ésta era contra Carrero. Que Dios nos ampare. Debe de haber sido en Claudio Coello…

—¡Dios mío! Y entonces, ¿por qué vas a salir?

—Naturalmente que voy a salir. Voy a ir con Benito al mercado y al ultramarino a comprar aceite, sal, arroz y café.

—¿Qué?

—A mí no me vuelven a pillar. Ni yo ni mi familia vamos a pasar hambre.

Casi me reí.

—¡Pero esto no es una guerra, mamá!

—¿No? Vienen a por nosotros.

—¿Qué? ¿Quién?

—Yo sé lo que me digo. Y tú, Lola, no te muevas de casa. Si llama papá, que debe de haber llegado al ministerio, dile que estamos bien. Y a tus hermanos, a medida que vayan llamando, diles que vuelvan a casa cuanto antes.

Papá, al que todos adorábamos, hacía tres cosas maravillosamente: montar a caballo, jugar al *bridge* y bailar el vals. Hubo toda una generación de niñas a punto de ser puestas de largo que aprendieron a bailar en el salón de la finca al compás de Strauss en viejos discos de baquelita de 78 revoluciones. Su ritmo y su elegancia eran asombrosos: parecía flotar sobre el parqué. En un par de sesiones tenía a nuestras amigas bailando como peonzas.

Era la persona de mejor corazón que jamás me haya sido dado conocer; si ahora tuviera que describir su relación con mamá y su sumisión a ella, probablemente sería más severa, pero entonces, hasta que la realidad me forzó a juzgarlo de otra manera tiempo después, veíamos el binomio papá—mamá como una estructura familiar perfecta. Cada uno tenía asignado un papel muy preciso y nos daba la sensación de que se equilibraban a la perfección. Papá era un brillante

diplomático, una estrella ascendente en la vida política española y mamá lo apoyaba y complementaba a la perfección. Ella tenía el dinero, el título y la finca y él la probidad, la inteligencia y el futuro. Todos sabíamos bien, y no se nos ocurría cuestionarlo, que en casa se representaba una cierta comedia cuando mamá decía cosas como «que no se entere tu padre», o «habrá que consultarlo con papá», o «si papá descubre lo que habéis hecho, no quiero ni pensar cuál va a ser su reacción y ya sabes que cuando tu padre se enfada...». Ignoro lo que haría después para tomar las decisiones o si siquiera las discutía con papá, pero nunca había desacuerdo sobre lo que mamá decidía.

Aquel mediodía de diciembre de 1973 papá volvió a casa más tarde de lo que era habitual en él. Venía bastante agitado por el desbarajuste de Madrid en las horas posteriores al atentado, aunque, de hecho, a final de la mañana la gente ya había empezado a tranquilizarse, segura de que el sistema sería capaz de sobreponerse a la confusión y a las incógnitas que la muerte violenta del almirante planteaba para el futuro. Enseguida nos enteramos, lo contó papá, de que Franco había dicho a la viuda de Carrero aquello de que no hay mal que por bien no venga (si yo hubiera sido la viuda, le habría escupido a la cara). Había muerto Carrero, malo. Pero el régimen tenía con quien sustituirle sin problemas.

Sentados todos a la mesa del comedor, Benito nos fue sirviendo la comida (arroz a la cubana, huevos fritos, plátano frito y salsa de tomate, lo recuerdo como si fuera ayer, Flor lo hacía estupendo y rehogaba el arroz con un poco de ajo), mientras papá nos explicaba lo que se sabía del atentado. Hoy son cosas archiconocidas, pero entonces nos impresionaron como si nos hubieran estado contando una película americana de cuando la ley seca en Chicago con

Edward G. Robinson de gánster principal. «Al principio», dijo papá, «hicimos circular el rumor de que había sido una explosión de gas para no alarmar a la población…».

—No, si alarmada no está —interrumpió Miguel con sorna, pero mamá lo fulminó con la mirada y se calló.

—Pero ha sido imposible disimularlo durante mucho tiempo. Parece que ha sido la ETA. Por lo que sabemos, han cavado un túnel por debajo de la calle de Claudio Cóello, lo han llenado de explosivos y lo han hecho estallar al paso del almirante.

—Sí, ¿y eso cómo se calcula? —preguntó Juan, mi hermano mayor—. Quiero decir, ¿cómo sabían que Carrero estaba exactamente encima del túnel?

—Pues parece que en la esquina de Diego de León con Claudio Coello había un terrorista subido a una escalera de mano haciéndose pasar por electricista y fue él el que accionó el mando.

—¡Caray! —dijo Javi, el que iba para cura y que había estado en los jesuitas justamente en misa de nueve, unos bancos detrás de Carrero—. Ni vi al almirante cuando se iba; estaba recogido después de comulgar y debió de pasar a mi lado sin yo verle. Un minuto después… ¡bum! Se sacudió toda la iglesia; no sabía qué hacer y cuando quise subirme hasta Claudio Coello para ver qué había ocurrido, ya no me dejaron pasar. Todos estábamos temblando, casi sordos, a mí me retumbaba todavía dentro. Fue horrible. ¿Y al de la escalera no lo pescaron?

—No, por lo visto salió corriendo Diego de León arriba gritando «¡gas!, ¡una explosión de gas!». ¿Tú viste algo, Javi?

—Qué va, papá, ya te he dicho que no me dejaron pasar, pero había un nubarrón medio gris, medio negro y caían

papeles y periódicos desde el cielo. Olía fatal… a alcantarilla y a pólvora. Como cuando tiramos perdices. ¡Buf!

—Por lo visto, al menos es lo que hemos podido saber, la explosión fue tan fuerte que el coche subió por los aires y voló hacia dentro del patio de los jesuitas. Carrero murió en el acto.

—Qué horror —dijo mamá—. Tendré que ir a visitar a la mujer de Carrero esta misma tarde. Llamaré a la generalísima para ver. —Esa sensación que siempre daba de ser una persona importante, de tener acceso a las alturas… Cuando venía la generalísima a tomar el té a casa, nos empaquetaban a todos los hermanos a nuestros cuartos con la orden expresa de no salir hasta que se hubiera ido. Me fascinaba un collar de perlas de cuatro o cinco vueltas que llevaba una tarde en que Pili y yo tuvimos que ir a saludar.

No sé quién hizo el primer chiste macabro sobre todo aquello. Me parece que fue Borja, un hermano de los dos que me precedían, que entonces era un gamberro.

—Ahora los taxistas —dijo— van a tener que cuidar mucho lo que dicen.

—¿Por qué? —preguntó Juan.

—Porque, considerando dónde han puesto la bomba a Carrero, ya no van a poder decir «¿a qué altura de Claudio Coello le dejo?».

—Eso no tiene la más mínima gracia —dijo mamá—. Bueno —se secó las comisuras de los labios con la servilleta —, mañana de madrugada os vais todos con Benito a la finca. Os vais en la Chrysler. Cuanto más lejos estéis de Madrid, mejor.

La Chrysler era una camioneta a la que también llamábamos «la elástica» porque en ella cabía de todo.

—Pero, mamá… —protesté.

—Ni mamá ni nada —cortó ella en seco. Es curioso que cuando se ponía seria se le suavizaban los rasgos de la cara y estaba aún más guapa de lo que solía. Porque cuando sonreía, le asomaba un pequeño rictus de dureza que sólo parecíamos ver Miguel y yo—. Ya he hablado con la madre Assumpta y está de acuerdo en que te saltes dos días de clase.

«¿Y las demás de la clase?», pensé.

Pasamos todas las vacaciones de Navidad en la finca. Hizo un frío pelón y llovió mucho. Fue un tiempo feliz: no paré de leer y de montar a caballo y de tener charlas interminables con Miguel a la luz de la lumbre en el salón, debajo del retrato del abuelo.

5

Dimas ingresó en mi departamento del hospital en septiembre de 2002.
Traía un cuadro clásico de cáncer infantil, aunque no frecuente en un niño de diez años de edad: un sarcoma de Ewing muy localizado en la pelvis. Dimas estaba realmente enfermo. Un año antes, y durante tres meses, había sido tratado en Valencia de forma muy eficaz, tanto que habían acabado mandándolo a casa, curado. Pero naturalmente, por precaución, como lo establecía el protocolo, debía pasar revisiones cada trimestre. En la segunda de las revisiones, mis colegas de Valencia comprobaron que el sarcoma se había reproducido de forma muy agresiva, con un tumor primario recidiva en la pelvis y metástasis en el pulmón derecho. Además de que el sarcoma en la pelvis no es operable, pronto íbamos a descubrir que se había extendido también y con increíble rapidez a otras partes de su cuerpo, probablemente a través de la linfa. Nada más llegarnos Dimas, pedí que le hicieran una biopsia de médula ósea.

Nos lo enviaban a Madrid a la desesperada. El jefe del departamento de Oncología de Valencia me dijo que los padres habían insistido, «lo que sea, lo que haga falta», hasta forzar el traslado del chico.

Los padres también presentaban un cuadro clásico: demacrados, ojerosos, derrotados. Sabían bien lo que le pasaba a su hijo y conocían la prognosis. Consigno todos estos hechos de forma tan fría porque desde el principio de mi carrera, la sequedad, la asepsia científica había sido mi manera de sufrir menos frente al dolor de lo inevitable. Veíamos a aquellas pobres criaturas indefensas, angustiadas, aterrorizadas y éramos conscientes de ser su único sostén frente a la enfermedad. Era preciso ser fuerte. Claro, es fácil decirlo.

Los padres de nuestros enfermos eran otra cosa. En muchas ocasiones se aferraban a la vida de sus hijos con tanta desesperación que habrían dado lo que fuera con tal de mantener la esperanza de curación contra viento y marea. Lo que fuera. Se me llevaban los demonios porque esta actitud me parecía de un egoísmo intolerable, «sufra lo que sufra mi hijo, que no me lo quiten». Claro que no lo formulaban de este modo sino «por Dios, hagan lo que sea pero que mi hijo no muera». Me resultaba difícil comprenderlos, se me hacía insoportable no ser capaz de convencerlos de que lo que importaba era el niño y su sufrimiento y no el dolor de los padres, respetable pero estéril. Lo que fuera, un día más, un tratamiento más, doctora.

Al principio lo hablaba con mi hermano Javi. Al menos él era un cura sensato, de los modernos, la correcta combinación de inteligencia educada y fe iluminada. Mamá estaba convencida de que acabaría siendo papa, el primer papa español de la era contemporánea; lo había educado para eso. Pero, cura sensato o no, conciliar o no, Javi me daba las únicas respuestas que podía sobre la voluntad de Dios, sobre el hecho de que sólo Él disponía de la vida y de la muerte. («¿Y el garrote vil?», le preguntaba yo; «una

aberración salvaje», me contestaba, destruyendo mis argumentos).

—Tu misión es buscar la cura —me decía.

—¿Incluso cuando el enfermo se muere sin remedio?

—Incluso entonces.

—Anda que el día que uno de nuestros científicos sea capaz de crear vida a partir de una proteína sintética, a Dios se le va a acabar la exclusiva.

—No blasfemes —me decía—, y además, eso que dices es imposible que ocurra. Deberías conocer a la doctora Marugán —insistía él.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Bah, por nada, porque ella sabe bien de lo que hablo.

—¡Pero, Javi, si la conozco desde que usaba calcetines!

—¿Ah, sí?

—Sí, Javi, sí, íbamos al cole juntas. Además, ¿sabes lo que te digo, hermano cura? Me sirves de poco: no hablamos el mismo idioma; debe de ser que la religión y la medicina tienen pocos puntos de contacto.

—No digas bobadas, Lola; nada se entiende sin Dios.

—Te equivocas, Javi: si no metemos a Dios en estos asuntos, todo se entiende y se explica mucho mejor.

—¿Qué quieres, matar al pobre enfermo que no tiene cura? —preguntaba mi hermano—. Eso es privilegio de Dios.

—No me hagas preguntas retóricas, Javi. ¿Cómo voy a querer matar a nadie? Soy médico, no verdugo. Sólo te digo que ver a diario cómo sufren esos niños es un contradiós…

No encontraba consuelo en Javi. Ni en Borja, por cierto, con su frialdad intelectual de arquitecto hecho en Chicago, una vez que hablamos de lo divino y lo humano (qué otra cosa podían ser mis dudas morales) sentados debajo de una encina en la finca: encaramado a su último y atrevido rascacielos, él se consideraba Dios, o al menos no menos

que Dios; a este chico le iban a dar el Pritzker cualquier día. Tampoco Miguel me servía de consuelo, la verdad sea dicha. Él decía exactamente lo contrario que nuestro hermano cura, pero de manera tan exagerada que me hacía reír, no reflexionar. Sus opiniones no me ayudaban, desde luego, a apaciguar mis cargos de conciencia, mis sentimientos de culpa.

La doctora Marugán. Lidia Marugán. Nos conocíamos desde muchos años atrás. Habíamos sido compañeras de colegio en la Asunción y nos habíamos disputado los favores de la madre Assumpta a base de darle una coba descarada. Me acababa dando vergüenza tanto descaro, mientras que Lidia era capaz de cualquier vileza, de cualquier desfachatez, con tal de que la madre hiciera notar a todas que ella era la preferida. ¡Esa manera recogida e hipócrita de rezar el rosario en la capilla, ese tono dulzón de sabelotodo! ¡Puaj!

La antipatía no se me había quitado en la universidad. No podía remediarlo: era cosa de personalidad, de epidermis. Reconozco que Lidia era una estudiante estupenda y que era guapa y que tenía éxito con los chicos. Por eso me sentí tan bien cuando acabé el MIR como número uno y ella no pasó del cuarenta y tantos (cuarenta y uno, en realidad). Nunca la invité a mis guateques ni a los fines de semana en Villaurbina, sólo a una de las bodas, la de Borja, y estoy segura de que eso le hacía sentirse menospreciada. Es cierto, pero yo, sobre todo, la rechazaba por instinto: ella no pertenecía a nuestro ambiente. Y no era cuestión de clase sino de estilo. A Lidia se le notaban la ambición social desmedida, las ganas de ser aceptada, y aquello resultaba tan obvio que nos producía rechazo. ¿Qué se había creído? Además, como le decía Miguel a nuestro hermano mayor,

Juan, «seguro que cuando te cases Lidia te preguntará por tu esposa en vez de por tu mujer». Hasta Juan, que estaba a punto de casarse con una niña bien, comprendía la distinción y exclamaba «¡qué horror!». «Y apuesto a que levanta el meñique cuando bebe», añadía Miguel riendo. Éramos crueles.

En fin, los padres de Dimas.

—No debo esconderles a ustedes que su hijo está nuevamente muy grave. El cáncer se le ha reproducido…

—Sí, pero nos dijeron en Valencia que si alguien podía hacer algo eran ustedes —interrumpió la madre.

—¿Más de lo que ellos han hecho allá?

Mercedes, la madre de Dimas, titubeó.

—Bueno… Nos dicen que están ustedes experimentando con una terapia completamente nueva y que por ahí… —dijo.

—Siempre se prueban nuevas vías. Eso no quiere decir que tengan forzosamente éxito ni que las autoridades sanitarias nos permitan aplicarlas indiscriminadamente. En estos ensayos clínicos tenemos unos protocolos que respetar…

—No es eso, es que en este caso estamos dispuestos a que usted aplique los medios aunque sean arriesgados. Quiero decir que lo autorizamos expresamente —hizo una pausa—, y estamos dispuestos a pagar lo que sea…

—Tampoco es cuestión de dinero, Mercedes. Los ensayos se hacen con enfermos seleccionados de un grupo específico para poder comprobar de manera fiable el efecto de la nueva terapia. —Guardé silencio por un instante y luego añadí—: En estos ensayos medimos las cosas por porcentajes, por efectos colaterales… de modo impersonal, es lo que quiero decir. Y Dimas no puede ser una estadística.

Si le admitiéramos en un ensayo, su estado podría agravarse y él podría sufrir mucho. Por esta razón, no podemos… —Iba a añadir que no podíamos aceptar a niños que no tuvieran garantizada la vida durante al menos doce semanas, pero me callé.

—No es una estadística —dijo la madre con tono desesperado—, pero necesitamos que prueben con nuestro hijo. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. No podríamos soportar su muerte, doctora.

—No podríamos —dijo el padre, hablando por primera vez.

—Lo sabemos bien, señor Rodríguez. Dimas está muy enfermo y lo vamos a tratar con todos los medios a nuestro alcance. Con todos —concluí, tratando de dar una impresión cierta de firmeza—. Si, de todos modos, en este momento, se estuviera realizando un ensayo relativo al tipo de cáncer que tiene Dimas en alguno de nuestros hospitales, se lo diríamos a ustedes para que tomaran la decisión de mandarle allí o no. No les escondo que la situación es grave… más que grave.

El traslado desde Valencia había sido una tortura para Dimas. Nada más llegar ordené que se le pusiera un parche de fentanilo. Un niño calculado para inspirar ternura. Tenía grandes ojos azules redondos de miedo y una sonrisa triste en la que brillaba la angustia.

—Hola, Dimas —le había dicho—. Soy Lola, la médico que te va a cuidar.

—Hola. ¿Me vas a curar?

—Sí.

Estuvo en silencio durante todo el tiempo que tardé en hacerle un primer examen. Tenía la paciencia y resignación de quien está acostumbrado a estas cosas. Después:

—¿Lola?

—¿Sí?

—Si a un niño lo van a bautizar dentro de dos semanas y hacen padrino a alguien y ese alguien se muere, ¿el niño se queda sin padrino para siempre?

—No. Le buscan un sustituto.

—¿Un tío o un primo, algo así?

—Algo así.

Dimas sonrió aliviado. Fue la única vez que habló de su miedo a la muerte y de lo que le angustiaba dejar cosas sin resolver.

—Te vamos a hacer unas pruebas más, ¿sabes?

Dimas asintió.

Más tarde, al caer la tarde, terminadas mis rondas, volví a la habitación de nuestro nuevo enfermo. Di un breve golpe con los nudillos y empujé la puerta. Me quedé de hielo: allí, charlando en voz baja con el matrimonio Rodríguez, estaba la insuperable doctora Lidia Marugán. Levanté las cejas.

—Estaba diciendo a los padres de Dimas que están en las mejores manos posibles, Lola. —A sus cuarenta y siete años, Lidia tenía casi intacta su belleza de siempre, sólo un poco ajada, yo creo que por efecto de una excesiva vida de asceta, de un cierto fanatismo que no se le había quitado en todos aquellos años. Al revés, había ido a peor.

—Gracias —contesté. Me salió seco como un escopetazo.

—Bueno, debo irme, que me quedan las rondas de mi clínica de Boadilla. Tenemos unos pacientillos que, gracias a Dios, van por buen camino. Espero poder darles de alta en poco tiempo. Ya saben, Mercedes y Julián: mucha oración, pedirle al Señor que derrame sobre ustedes misericordia y amor, que la ciencia se la pondremos nosotras. El Señor es el mejor colaborador imaginable.

Las tonterías de Lidia siempre me habían parecido inofensivas. Bueno: pues rezar a Dios, vale, de acuerdo,

mientras nadie interfiera con los médicos. Me inquietaba un poco que los pacientes pusieran demasiada esperanza en los poderes curativos del Cielo porque esa esperanza tenía trampa: si el paciente no sanaba, la culpa era del médico, y si se curaba, era gracias a Dios. Eso sí, nadie se preguntaba por qué Dios hacía milagros en algunas ocasiones y en otras, no. Nadie se lo tenía en cuenta a la Divina Providencia, porque si no obraba el milagro era por otras razones que tenían que ver con Sus infinitos e inescrutables designios. A veces me preguntaba si una engañifa así era tan inocente como parecía. Miraba a Lidia Marugán y no acababa de creer en la inocencia de sus propósitos. Y luego pensaba de nuevo que la cosa era bastante inofensiva: no me estorbaba que Dios se llevara la gloria si el niño sanaba y, al fin y al cabo, si se moría significaba en todo caso que había llegado a la barrera final insalvable, inescrutables designios o no. Por eso solía optar por callarme.

Los años me habían enseñado a guardar prudente silencio y luego hacer lo que me diera la gana. En eso tenía experiencia.

—¿No cree, doctora, que a lo mejor Dimas tendría más oportunidades de curación en la clínica de Boadilla? —preguntó el padre—. Por Dios, no quiero que parezca que desconfío de ustedes, pero… una clínica privada, ya sabe… a lo mejor tienen más medios, no sé.

Suspiré.

—No, señor Rodríguez, tendría las mismas posibilidades de curación, las mismas. Es mi opinión, claro. No creo que debamos mover a Dimas.

—No, no, seguro que no —contestó el padre. Luego, añadió en voz baja—: Por el momento. —Yo ya sabía que

estábamos al principio de una batalla de voluntades con argumentos religiosos que se acabarían superponiendo a los científicos. Qué se le iba a hacer—. Nos ha gustado mucho la doctora Marugán, nos ha parecido muy dulce, muy sensata. ¿Podría ella venir de vez en cuando a acompañarnos y a… aligerar la… aridez del tratamiento?

—Claro. Ella también trabaja aquí. —«Para nuestra desgracia», pensé.

Desde hacía tiempo había aprendido a guardarme las emociones, las rabietas y los dolores. Mi familia había sido un buen aprendizaje.

6

Pasado el revuelo del atentado de Carrero en diciembre de 1973, la vida siguió como siempre.

Supongo que la muerte del almirante no fue para nosotros, ni para mucha más gente como nosotros, el anuncio de un cambio de régimen: fue, como lo llamó mamá, una simple animalada de los bestias contra la paz. «Es verdad que los españoles somos ingobernables y que, mal que nos pese, necesitamos mano dura. Estos asesinos lo demuestran día a día», dijo papá. El proceso 1001 que se celebró justo en esas fechas contra unos dirigentes comunistas, me parece que eran, fue un buen escarmiento. Nos impresionó que a Nicolás Sartorius le cayeran diecinueve años de cárcel: «Qué barbaridad», dijo papá, «cómo puede torcerse la vida de un chico de buena familia. ¡Si son amigos nuestros de siempre!».

En fin, pasar página. «Vamos a organizar todo esto», debió de pensar mamá.

En primer lugar, la boda de Juan y Charo. La fecha estaba ya decidida: el 26 de junio, que caía en miércoles, dos días después de la noche de las hogueras de San Juan. La iglesia escogida (por mamá) fue San Fermín de los Navarros. Quedaba por decidir el lugar de la cena. Ahí las opiniones se dividieron en tres: papá quería que la fiesta fuera en el Ritz,

mamá, en Puerta de Hierro, y los hermanos, Juan incluido, en Villaurbina. Ni que decir tiene que el lugar escogido fue Puerta de Hierro. El mismo que para mi puesta de largo un año más tarde (nunca se celebró porque se la cambié a papá y mamá por un viaje a Nueva York con mi amiga Marta). En cuanto a la petición de mano de Pili, se suponía que el pobre Perico aprobaría las oposiciones en junio, justo antes de la boda de Juan hermano, y que la pedida podría ser en otoño.

Siempre lo llamábamos el pobre Perico, pero era un desprecio inmerecido. Era tímido, sí, pero simpático para ser cuñado. Pili lo manejaba como si lo llevara de la punta de la nariz. A veces me irritaba ese trato, sobre todo cuando, por cualquier estupidez (de Pili, que era una ignorante medio analfabeta), le aplicaba un castigo que consistía en no hablarle en dos o tres días. Perico se ponía muy mustio; estudiaba como una muía para llegar a aprobar la oposición a abogado del Estado y encima, eso. Todos decían que era muy brillante, que sólo había suspendido una vez a sus veintitrés años y que lo sacaría a la siguiente. El pobre (en este caso, sí) se tomaba un recreo diario de media hora que invertía en beberse una coca-cola con Pili en casa o en el California de Goya. Que a mi hermana se le ocurriera castigarle por cualquier idiotez me parecía una indignidad. «¿Tú crees que es justo que lo trate así?», le preguntaba a mamá. «Déjalos, son cosas de novios», me contestaba. «Cuando tenga novio, le adoraré y no me pelearé con él por cualquier tontería». «Muy bien, hija». La única que le decía las verdades a Pili era Flor, la cocinera de toda la vida, pequeñita, encogida de tanto trabajar y mujer de muy mal genio: «¿Sabes lo que te digo, Pili? Un día tu novio ése te va a plantar y te quedarás más sola que la una, que es que no veis más allá de vuestras narices, hija; eres más tonta que el burro de mi pueblo». En esas ocasiones, la tata María, que

nunca había sentido gran simpatía por Pili, sonreía de costado, se encogía de hombros y no decía nada.

De modo que todo estaba previsto. Me hacía una ilusión bárbara la boda de Juan, entre otras cosas porque Charo tenía un hermano un poco mayor que ella que me encantaba. Chema. Era amigo de Juan. Habían ido a la facultad juntos, milicias en La Granja incluidas compartiendo tienda. Era alto y fuerte, con cara de golfo. Me tenía muy estudiado su cuerpo de verlo en la piscina de Puerta de Hierro y estaba estupendo. A veces me hablaba con condescendencia, como se hablaba a las hermanas menores de los amigos, como si fuéramos subnormales, y hasta un día oí que le decía a Juan: «Oye, Lola se está poniendo buenísima». «Ni se te ocurra», le contestó mi hermano y yo, sentada debajo de una sombrilla cerca de la barra en la que se tomaban una cerveza, enrojecí hasta la raíz del pelo. Menos mal que no me vio nadie. En cuanto pude, me fui al agua y luego subí al vestuario, me quité el bikini y me puse un traje de baño entero.

Perdí la inocencia de golpe. A los dieciocho años. No es que fuera tan ingenua o tan tonta como para creer que nuestra familia era perfecta. Sabía que, a medida que fuéramos creciendo, era inevitable que dejáramos de ser bebés amparados debajo de la gallina clueca. No era eso: era que me parecía que la estructura del amor entre todos se haría más elástica, pero que nunca se rompería. Aquello era inexpugnable, papá, mamá, los hermanos, la tata, Flor, Josefi, Jacin, Benito, la casa de Serrano, la finca de Villaurbina, todo era una fortaleza a la que nada haría tambalearse. Hasta mi yegua, la Pola, y mi perro, el Ton, pertenecían a ese círculo.

En el verano del 74 Juan ya trabajaba en el Despacho Lerma (tardé un tiempo en darme cuenta de que había sido

gracias a un empujoncito dado por papá) y se había casado con Charo, Pili estaba a punto de hacerlo con su abogado del Estado, el pobre; Borja, que siempre había dibujado de maravilla, sería pronto un arquitecto famoso; Javi, recién ingresado en el seminario, acabaría cuando menos de arzobispo; la Chispa, con lo mona que era, triunfaría de niña prodigio como Marisol; y Miguel, como siempre, en cuanto nos libráramos de su pesadísima novia catalana, tan fina y tan catalana, sería el payaso enternecedor que mantendría intacta la risa de la familia. En cuanto a mí, terminaría Medicina y me instalaría, como en las películas, en un pueblo de las montañas a hacer el bien en una comunidad bastante primitiva de gente que acabaría adorándome pese a las suspicacias iniciales. Tonterías de una cría de dieciocho años. Sabía que las cosas no son así y que era mejor que despertara a la realidad, pero, al menos, la trabazón de la familia se mantendría intacta: mis padres serían como siempre la roca inexpugnable sobre la que se asentaba la esencia misma de todos nosotros. «Vaya. Como la bechamel», decía Miguel.

Nuestras vacaciones en el campo reforzaban esa sensación de seguridad. Aquello sí que era un coto cerrado, impenetrable, al que no accedían extraños, sólo la gente que nos quería.

Villaurbina era un rincón, claro. Provincia de Valladolid pero metida en la de Zamora. Hasta tenía un pueblo dentro, Villaurbina, que además era cabeza de partido, varios villorrios de aparceros, dos escuelas creadas por mi abuelo y la carretera nacional que la dividía en dos. Seis mil hectáreas dan para mucho, dan al menos para dos mil quinientas de trigo, quinientas de dehesa de alcornoque, mil cabezas de vacuno, dos mil ovejas y mil cerdos criados con

bellotas. Cada año, la matanza era una fiesta y nos daba chorizo y salchichón y morcilla para regalar.

En una ladera al sol de mediodía teníamos plantadas unas ochenta hectáreas de viña de excelente uva verdeja que vendíamos todos los años a los cosechadores de Rueda. Nunca quisimos hacer vino de marca en la denominación de origen y sólo embotellábamos lo que se nos antojaba para nuestro consumo. Con los años y la fama adquirida por los blancos de Rueda, sin embargo, Juan se metió a producir un vino, Marquesa de Villaurbina, que salió estupendo y que se vendía como rosquillas.

Imagino que todo eso nos hacía muy ricos, pero no éramos conscientes de ello. Cuando tienes tanto, te parece natural. De todos modos, mamá siempre decía que Villaurbina costaba tanto y cuanto y que era una ruina. Yo creo que don Carmelo le decía que sí como a los locos.

Don Carmelo había sido el administrador puesto por mi abuelo al frente de la finca y allí seguía. Mamá, que no solía errar en sus apreciaciones sobre la gente, se fiaba mucho de él.

Papá y yo siempre montábamos juntos. Pasábamos horas recorriendo la finca a caballo, yo con la Pola y papá con el Jeque, siempre al galope corto bien instalados en nuestras sillas camperas. Muy lejos de la casa, a diez o doce kilómetros, nos deteníamos en un bosquecillo de encinas, a tomarnos, en días de frío, un caldo bien caliente del termo que nos había preparado Flor o, en días de calor, un gazpacho helado. Charlábamos de cosas, de sentimientos, de amores, del futuro, a veces del de papá.

—¿Tú qué vas a hacer?

—¿Ahora? Más bien debería yo preguntártelo a ti que eres joven y tienes toda la vida por delante…

—¿Yo? Yo ya sé lo que quiero, papá. Seré médico. Pero ¿tú? ¿Haces lo que quieres?

Mi padre suspiró y luego dijo:

—Hice lo que quise cuando tenía tu edad. Escogí mi camino y no me aparté de él y ahora ya no tengo mucha elección: estoy donde estoy y lo que me toque hacer de ahora en adelante está, me parece, escrito. Con un poco de suerte, el nuevo ministro Cortina me mandará de embajador a París o a Londres, que es lo que quiere tu madre… Ya se encargará ella de seducirlo. —Sonrió de costado, como siempre que iba a decir una bobada.

Aunque la visita del presidente Gerald Ford a Madrid ha salido tan bien y me ha tenido tan metido entre americanos importantes y con el príncipe mañana, tarde y noche, que igual me hacen ministro de Exteriores en una de éstas. —Dejó escapar una risa breve y poco convencida—. Es irónico, ¿verdad, Lola?, que cuando se es joven el futuro está tan lejos que no preocupa… Es el único futuro que tenemos y no le damos la más mínima importancia. Y cuando llega, nos preguntamos si no hubiéramos querido hacer otra cosa.

—¿Tú hubieras querido?

—¿Hacer otra cosa? —Guardó silencio durante tanto tiempo que pensé que ya no iba a hablar más del tema. Le miré con curiosidad. Por fin, con voz decidida, añadió—: Me hubiera gustado ser médico…

—¡No me digas!

—Sí. Médico, sí. Pediatra, ya ves.

—Pediatra.

—Sí.

—Anda. ¿Y por qué no lo hiciste?

—Bueno… —se encogió de hombros—. Pertenezco a una familia de diplomáticos. Era lo que se esperaba de mí. Luego me enamoré de tu madre y… ¿Por qué pones esa cara?

—No sé, porque, con el dinero que tenéis, podrías haber hecho cualquier cosa, lo que te hubiera apetecido.

—Con el dinero que tiene tu madre, Lola. Yo no. Y me parece que a ella no le habría gustado renunciar a las embajadas y a la vida diplomática. En aquellos años cincuenta y sesenta, los diplomáticos éramos el no va más de la sociedad. A tu madre no le habría gustado estar casada con un vulgar médico de niños. Y a mi madre no te quiero ni contar lo que le habría parecido.

—¡Pero entonces, no has sido feliz en tu vida! ¡No has hecho lo que has querido!

—¡Claro que he sido feliz! La compensación has sido tú, Lola. Tú y tus hermanos. Eso no se paga con el precio de hacer lo que a uno le da la gana.

Con el tiempo aprendería que, cuando alguien invoca excusas como «si no hubiera sacrificado mi vida, no habría tenido los maravillosos hijos que tengo», está mintiendo. Uno arranca en la vida sin saber si va a tener hijos maravillosos que le compensarán de toda la amargura. Pensé en decírselo a papá, pero de repente me pareció que iba a añadir algo más, que titubeaba, que nos dejábamos algo en el tintero. Pero se puso de pie y dijo:

—Anda, volvamos, que llegamos tarde a comer.

De un salto se subió al caballo, apoyando las manos en la grupa, y con el mismo impulso se puso a galope. Siempre lo hacía para demostrar lo en forma que estaba. Así, a caballo, con los zajones y la chaqueta de piel de cordero, parecía un príncipe más que un marqués consorte.

7

Dije a los padres de Dimas que empezaríamos a aplicarle una sedación progresivamente más fuerte a medida que su estado fuera empeorando. Y no había duda de que su estado empezaba a empeorar seriamente. El pobre niño sufría de modo atroz. Lloraba sin parar, con grandes sollozos que le sacudían todo el tórax y que incrementaban el dolor. Apretaba los dientes y cerraba los ojos con fuerza. De vez en cuando conseguíamos que se amodorrara y le doliera menos. Le aplicábamos lo que se conoce como quimioterapia paliativa, esperando que se produjera no ya una regresión del mal, que eso era imposible, sino que al menos se detuviera la progresión brutal del cáncer y le diera un respiro, haciéndole más llevaderas las semanas que le quedaban de vida. Pero se trataba del sarcoma más agresivo que yo había visto nunca; era imparable. Se había extendido a los ganglios del cuello y de las axilas, tenía invadido el pulmón derecho, lo que era, por paradójico que pareciera, la derivación que más amenazaba su vida. Consideramos operarlo para quitarle el pulmón, pero habría sido inútil y probablemente el pobre chico se habría quedado en la mesa de operaciones.

De modo que hablé con los padres e insistí en que era necesario sedar a Dimas a medida que lo fuera necesitando.

Después supimos que recibían consejo de Lidia y que ésta era una de las razones para que se negaran en redondo a una terapia paliativa que disminuyera el dolor del niño. No sé lo que les habría dicho ella ni de qué modo habría sugerido que lo que yo pretendía era ir matando a Dimas sin darle oportunidad de curación. Daban la sensación de creer que si Dimas sufría, quería decir que estaba vivo mientras que, en la medida en que estaba adormilado, su estado lo acercaba a la muerte.

Lidia me irritaba, me parecía una curandera llena de prejuicios y supersticiones, pero ¿cómo podía combatir lo que ella quisiera hacer con su fe y con la de los padres de los enfermos? Eran los enfermos terminales los que lo sufrían. La doctora Marugán me parecía una charlatana de la peor especie porque embaucaba a los padres llevándolos a la aceptación del dolor de los niños. Incluso les prometía que se curarían aun cuando no había esperanza. No es que fuera mala oncóloga infantil: aplicaba los protocolos de modo correcto. Pero, cuando no quedaba ya remedio, se escapaba por la tangente de los cielos y los arcángeles. Creo que era tan retorcida de alma que no le importaba el sufrimiento del enfermo (sabía que se moría) sino que, entre todos, le reconocieran su formidable capacidad de consolarlos y de llevarlos a la resignación. No contribuía a salvar al enfermo, sino sólo a aliviar la tristeza y desesperanza de los padres. Y, dicho sea de paso, a robarnos a los niños para llevárselos a su propia clínica privada. Eso me enfurecía porque el protocolo de tratamiento escapaba de mis manos, yo dejaba de controlarlo y, además, Lidia hacía que los padres me consideraran una enemiga y probablemente una asesina. Y si se nos moría un niño, no era a causa del cáncer, sino porque no le habíamos aplicado correctamente la terapia o porque era demasiado tarde para que surtiera efecto la que

ella aplicaba cuando finalmente le llevaban el paciente: en una palabra, habíamos fallado como médicos. Si hubiéramos seguido sus consejos… La odiaba con todas mis fuerzas.

En uno de esos días tan malos, tan desesperanzados, me llamó un periodista de El País. José Luis Batalla, se llamaba. ¡Qué nombre más apropiado! Nada lo arredraba ni le desanimaba. Cuando por fin consiguió que le pasaran conmigo, no se anduvo por las ramas. Su director le había encargado para lo que llaman «el colorín», el suplemento en color de los domingos, un reportaje, un artículo largo y tan amplio como fuera necesario sobre el cáncer infantil. Pretendía averiguarlo todo, porcentajes, medicamentos, hospitales, trato con los enfermos, la sonrisa médica, investigación, ¿eutanasia? Todo. Quería sobre todo husmear el ángulo humano, mi ángulo humano, pero era tan listo que no me lo dijo, sospechando por instinto que una médico como yo, enfrentada a tanto dolor cotidiano, hacía tiempo que había decidido encerrarse en una coraza y no abrir de ella ni una rendija. ¿Qué se había creído, que iba a abrirle mi corazón para que un idiota se apiadara de él y se lo pudiera contar a otros tres millones de idiotas? Estaba tonto.

—No, mire usted, estamos muy ocupados en el hospital, no tenemos tiempo de…

—¡Si no quiero que me dé más de unos minutos de su tiempo y me encamine hacia quienes me puedan ayudar! Nada más que eso, doctora. Sólo eso. —Tenía una voz firme y agradable, directa, que no se entretenía en circunloquios—. ¿Usted no descansa nunca? ¿Nunca sale a tomarse un café?

—No bebo café.

—Un batido de fresa, entonces, unas sardinas…

Reí.

—No me interesa la comida.

—Ni a mí tampoco, doctora. Lo que me interesa son las cosas que usted pueda contarme, no las que se coma.

Titubeé una millonésima de segundo. Luego me dijo que había adivinado mi duda y que en ese instante supo que había vencido mi resistencia.

—Una tarde. El tiempo de una comida cerca del hospital…

—Llámeme mañana. A esta hora.

Colgué.

Mari, la enfermera jefe, me miraba sin pestañear. Estábamos solas en la estación de enfermería de la planta.

—¿Qué quiere?

—¿El *señor* Batalla? Quiere entrevistarme para que le explique lo que hacemos y supongo que para que le explique el lado humano. El lado humano —repetí con una carcajada seca—. Está bueno.

—Pues yo creo que deberías, Lola. Al menos verían lo que hacemos y no sólo lo que hace la Marugán con sus rezos al Señor.

—Anda, vamos a tomarnos un café.

—¿No habíamos quedado en que no tomas café?

—Ya ves.

Más tarde volví a la habitación del pequeño Dimas. Estaba solo. Sus padres habían ido a comer algo y el niño estaba adormilado. Ya no se le quitaba el rictus de dolor permanente.

Me acerqué sin hacer ruido, pero cuando llegué al borde de su cama, abrió los ojos.

—Hola, Lola —dijo en voz muy baja.

—Hola, amigo. ¿Cómo estás?

Se encogió levemente de hombros.

—Bah, bien.

—¿Te duele?

—El brazo. Ahora sólo el brazo.

Con toda la suavidad de que era capaz, le levanté la cabeza y le arreglé la almohada. Pese a todo, Dimas puso cara de dolor y dio un grito. Aquel sufrimiento de cuello me alarmó: si la metástasis se empezaba a extender a las cervicales, podíamos acabar teniendo, además de todo, una afectación de los nervios ópticos, lo que podría derivar en una ceguera y aún más dolor, pero, sobre todo, con el niño a oscuras, más miedo. Esto se estaba convirtiendo en un verdadero horror. Pobre chiquillo. Le acaricié la cara.

—¿Mejor?

—Bueno… un poquito. ¿Sabes, Lola? Un día se murió mi abuelo. Le quería mucho, pero era muy viejo. Me puse triste. Pero ya estoy bien. ¿Tú sabes por qué mamá siempre está triste?

—¿Triste?

—Sí, llora cuando cree que no la veo. Está triste y no sé por qué. ¿Tú por qué crees que es?

Tragué saliva.

—Por nada. Debe de estar preocupada por algo, por alguna amiga que no esté bien, por un problema de casa… no sé. Claro. Eso debe de ser. Pero tú no te preocupes. Te queremos mucho. Sobre todo papá y mamá.

—¿Y tú?

—Yo mucho.

No habló de Lidia. Aquello me produjo un placer perverso. Mala que es una.

—El hermano de papá va a tener un bebé y los tíos me dijeron que querían que yo fuera su padrino. Dije que sí, claro, pero luego me puse malo y no sé qué va a pasar. No sé si me dará tiempo a curarme para el bautizo. —Guardó silencio y luego preguntó—: ¿Tú crees que si no puedo ir

encontrarán a otro? —Me miraba con sus grandes ojos asustados.

—Seguro que sí, pero no te debes preocupar, Dimas.

—Sí, ya sé, pero…

Los niños son más listos que un rayo y tienen el olfato finísimo. Ninguno de mis niños en oncología infantil me preguntaba nunca otra cosa que no fuera cuándo se iba a curar. Aun así eran pocos los que me preguntaban: una contestación mía no tenía remedio, era la verdad y ellos no querían saberla. Preferían preguntar a sus padres y cuando éstos les aseguraban que estaban bien, no volvían a preguntar. Nunca ningún niño me había preguntado si se iba a morir. Nunca.

Dimas guardó silencio de nuevo.

Le cogí una mano entre las mías.

—Creo que vamos a intentar curarte, ¿sabes?…

—¿Me vas a poner más quimio?

—Sí, un poco más.

Gimió. Le costaba respirar. Le subía y bajaba el pecho con grandes espasmos; le faltaba el aire.

—Ahora me duele otra vez.

Le agarré la mano con más fuerza y después alargué un brazo para apretar el timbre de llamada. Enseguida sonó la voz de Mari:

—¿Sí?

—Mari, vamos a sedar un poquito más. Y necesitamos oxígeno ahora mismo. Ven a echarme una mano, anda.

8

Cuando papá y mamá tenían invitados a mediodía, los hermanos mayores, o sea, todos menos la Chispa, comíamos en la mesa. Mamá daba un único consejo, siempre el mismo:

—Miguel, me haces el favor de afeitarte, que tienes unos pelazos como escarpias, y te vistes decentemente. ¿Qué habré hecho yo para tener un hijo tan cochino?

En días así se almorzaba en el comedor grande, el que daba a Serrano, con sus tres balcones luminosos abiertos al recién inaugurado puente sobre la Castellana. El puente era una maravilla aunque, para tristeza de Flor, la cocinera, bloqueaba la calle de la S que había sido nuestro panorama durante tantos años. «Adónde vamos a parar», decía. «¿Dónde irán a meterse mano los novios?».

Me gustaba mucho aquel comedor con su larga mesa Queen Anne de caoba rubia y las sillas Chippendale. Sólo se usaba en las ocasiones más bien solemnes. El invitado principal se sentaba de espaldas a la calle, enfrente de los Goya, o, si eran dos los comensales, como ocurría hoy, se sentaban a derecha e izquierda de mamá en el centro de la mesa.

El primero de los dos Goya era el retrato de uno de los grandes afrancesados, nuestro antepasado el primer

marqués de Villaurbina, pintado con aire solemne, casaca amarilla y una peluca que siempre me había parecido algo torcida. A su lado, el retrato de la primera marquesa, un verdadero esplendor de trazos primaverales (¿primaverales?, no se me ocurre otra cosa) y de expresión inteligente. Mamá tenía los ojos iguales, la misma mirada que su tatarabuela.

En el costado del comedor entre las dos puertas dobles que se abrían sobre el gran salón de esquina, colgaba un bodegón de Juan de Arellano. Y enfrente, ocupando todo el testero para disimular la puerta de salida del *office*, un Coromandel de doce hojas que mamá había comprado en Portugal y que le debió de costar un Congo.

Durante la comida, Benito dirigía las operaciones y servía el vino (siempre un blanco de Villaurbina y un reserva de Rioja, a papá no le gustaban los vinos de la Ribera), Josefi traía las fuentes de plata (entonces se tomaban dos platos, pescado y carne) y Jacin pasaba las salseras y el arroz o las verduras de acompañamiento. Mientras almorzábamos, la tata María se encargaba de recoger los vasos, bandejas de aperitivos y ceniceros que habían quedado en el salón.

Unos meses después del atentado de Carrero, en la primavera del 74, vino a almorzar el embajador británico. Llevaba pocos años en Madrid, pero había hecho amistad con mis padres en Lisboa, el anterior puesto de ambos. Me parecía un poco pomposo este sir John Russell, pero inteligente y, en *petit comité*, simpático y ocurrente. Papá siempre decía que era uno de los tipos más inteligentes que conocía y que era una persona con la que se podía hablar sin tapujos.

El otro comensal era Fraga Iribarne, que estaba en Madrid de permiso y de politiqueo; llevaba un año de embajador de España en Londres, pero, después de morir Carrero, había

estado a punto de ser nombrado ministro de Asuntos Exteriores en el gobierno de Arias Navarro. No lo había conseguido.

—¡Ah, don Manuel! —le saludó sir John efusivamente cuando se encontraron en el vestíbulo de casa—. ¿Y qué tal le tratan mis compatriotas en Londres?

—¡Sir John! —contestó Fraga atropelladamente, como hablaba él—. Qué gusto verlo aquí. Bien, la verdad es que me tratan muy bien. Solo me falta convencerlos de que nos tienen que devolver Gibraltar.

Russell dejó escapar una risa que me pareció más bien cautelosa.

—Conociéndole, don Manuel, acabará consiguiéndolo. —Haré todo lo posible. En fin, me alegro mucho de que coincidamos en esta casa…

—Bueno, a todos nos reúne en su casa Juanito Ruiz de Olara —contestó el embajador inglés mirando a papá y dándole una palmadita en el hombro; pronunciaba «Juanito» con el cuidado que le ponen los ingleses a la jota—, el hombre más importante de la política exterior española, ¿no? Es su poder de convocatoria.

En ese momento, mamá salió del salón. No lo hacía nunca cuando había invitados. Que se asomara al vestíbulo en esta ocasión indicaba lo importantes que le parecían los comensales.

—¡Sir John! —exclamó como si le sorprendiera su presencia.

—Querida Carmen. Tanto tiempo sin verla es un castigo que no merezco.

—Querido amigo. ¿Y dónde está Lavinia?

—En Londres pasando unos días. Su madre no está muy bien.

—¿Debemos preocuparnos?

—No, no. No es nada grave.

—La echamos de menos. Espero que vuelva pronto. Dígale que, en cuanto vuelva, tenemos que organizar una montería en Villaurbina. Este año hay unos ejemplares magníficos. Antes de que se cierre la veda, tienen ustedes que venir a pasar un *weekend* con nosotros.

Entraron en el salón de la esquina en el que esperábamos los demás. Era un cuarto luminoso, de grandes sofás tapizados en telas claras y de sus paredes colgaba la gran colección de cuadros de los pintores de la luz: un Nonell, un pequeño Anglada Camarasa, un Ramón Casas («sólo me costó cuarenta mil pesetas, una ganga») y los dos Sorollas. Sólo en una pared, el pequeño Turner veneciano heredado del abuelo.

—Siempre me ha gustado este salón, Carmen —dijo Russell—. Si algún día echa de menos el Turner, mande a la policía a detenerme. ¡Ah! La bella Lola —dijo acercándose a mí y cogiendo mis manos entre las suyas. Me puse colorada como un tomate—. Y la hermosa Pilar. Las mejores piezas de vuestra colección, Juanito. —Miguel hizo un ruido raro y mamá lo fulminó con la mirada—. Todos estos chicos crecen más y más, Carmen —dijo el inglés mirándonos a todos.

—¿Un fino, señor embajador? —preguntó Benito.

—No, gracias. Esta vez me inclinaré por lo británico: me parece que quiero un *gin-tonic*.

—Muy bien, señor. ¿Gordon's o Beefeater?

—Gordon's.

—Muy bien. ¿Y el señor embajador? —añadió, dirigiéndose a Fraga.

—Pues, pues… un tomate. Da igual.

Durante el almuerzo, enseguida se pusieron a hablar de política.

—¿Cómo ven ustedes la situación en España, Manuel? —preguntó Russell.

—Bueno, estamos empezando a recorrer un camino que, en realidad, es una incógnita, sir John. Creo que la salida de un sistema tan personal y tan largo como el del generalísimo plantea muchos interrogantes.

—De hecho, ¿cómo está el general Franco?

Fraga titubeó un momento.

—Le he visitado hace dos días y le he encontrado bien, bueno, todo lo bien que puede estar un hombre tan mayor y con tantas responsabilidades encima. Y más, habiendo perdido a su más íntimo colaborador.

—Seguramente la cuestión no es cómo se encuentra, sino, esté como esté, cuánto va a durar al frente del Estado. No es un secreto para nadie que…

—¡Ah! —dijo Fraga con el tenedor del pescado en alto—, tiene achaques, pero no veo que su vida peligre por el momento. Me parece que tiene cuerda para rato… siete, ocho años.

—¿Siete, ocho años? —Russell, sin poder disimular su sorpresa, dejó los cubiertos juntos sobre el plato—. ¿Me permite que le hable con franqueza? Por supuesto desde la perspectiva de un hombre que siente gran cariño y admiración por España… —Fraga hizo un gesto de aquiescencia y el embajador británico siguió—: Me parece que se equivocan al creer que Franco vivirá tanto. Sabemos que no está bien, el párkinson lo maltrata y padece problemas circulatorios graves.

—¿Adónde quiere ir usted a parar?

—Pues, don Manuel, con franqueza, a que me parece que deben ustedes prepararse para una muerte más temprana. Y, y… no es el hecho de la muerte lo que nos debe preocupar, sino el después. —Y en voz baja que sólo yo,

sentada a su izquierda, pude oír, añadió—: No el de Franco, sino el de los españoles. —Levantó la vista y la fijó en el Goya que le estaba delante, el de doña Dolores, la primera marquesa.

—Yo también voy a serle muy claro. Es verdad que el general no está bien de salud y que probablemente no esté ya en disposición de gobernar el día a día. Pero eso no es lo que importa. Lo que importa es que, mientras él esté con vida, el sistema perdurará. El sistema es hoy mucho más incluso que Franco.

—Pero van ustedes a tener que evolucionar. El mundo entero los está mirando.

—Bueno —dijo papá—, creo que la solución es bastante clara y está prevista. Hace dos días, el presidente del gobierno anunció el nuevo espíritu político, las bases del futuro de nuestra democracia…

Russell levantó las cejas.

—¿El espíritu del 12 de febrero? ¿Ésas son las bases?

Papá asintió.

—… el embrión de los partidos políticos, sí, las corrientes de opinión…

—Eso no es mucho, papá —dijo de pronto Borja. Todos le miraron—. Me parece que lo que nos hace falta son partidos políticos. Bueno, partidos políticos no, que ya hay. En la clandestinidad, pero hay. Lo que es necesario es que sean reconocidos… Como en Inglaterra —añadió en voz baja.

Russell sonrió.

—Bueno, joven —interrumpió Fraga—. En España, después de tantos años, no estamos preparados para la democracia. Y yo soy el primero que aboga por los partidos. Pero los españoles somos ingobernables, levantiscos, anárquicos, y debemos prepararnos para una transición que

ha de ser lenta. No se acostumbra uno a la libertad de la noche a la mañana.

—Abrir la mano del todo —dijo papá— quiere decir abrirle las puertas al comunismo, al socialismo…

—Nadie quiere un país en manos de la Unión Soviética en esta esquina de Europa, Juanito. Pero es cierto, como dice su hijo, que para que Europa acepte plenamente a España, va a necesitar establecer un sistema formal de democracia, con partidos políticos y todo lo demás.

—Bueno, la virtud de lo que ha anunciado el presidente Arias es que abre la puerta con prudencia —intervino Fraga—. Estamos hablando de la necesidad de no perder las riendas. No veo la viabilidad de un gobierno que no sea conservador…

—¿Y religioso? Quiero decir de tecnócratas ligados a…

—¿Al Opus Dei? No, claro que no. Soy creyente, sir John, como el que más, pero también creo en dar al César lo que es del César. Un gobierno de frailes no nos conviene. Me parece que Europa va a tener que acostumbrarse a nuestra democracia *sui géneris*: democracia al fin pero sin libertinaje.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo mamá—. Debemos ir guiando a los españoles para no perder los inmensos beneficios que nos han traído estos treinta y cinco años de paz. Se lo decía ayer a la generalísima tomando el té en casa de la Huétor. No podemos tirar por la borda la ingente tarea de Franco.

—Nadie quiere que eso ocurra y Londres menos que nadie, Carmen.

Ahora comprendo cómo vivíamos al margen de lo que se cocinaba en el país. Éramos la clase dirigente y no había más. Ni se nos ocurría imaginar que otros casi cuarenta millones de españoles podían querer cosas distintas.

Pensábamos instintivamente que en Europa sólo aceptarían a una España tal como éramos nosotros: cultos, civilizados, elitistas, de derechas, hablando idiomas. Poco importaba que fuésemos sólo unas decenas de miles de personas; en el fondo, el resto era la España de Bizet, buena para turistas, mala para todo lo demás. Estábamos convencidos, además, de que entre nosotros y el común de la gente no había espacio intermedio. A mi edad, por supuesto, yo no era ni me sentía franquista como mis padres; hasta me parecía incómoda esta dictadura blanda y benevolente, aunque aceptaba que era una buena idea. Me esperaba una dura sorpresa cuando llegara a la universidad el curso siguiente.

Al despedirse, Russell nos dijo a Borja y a mí:

—Cuando vengan de Londres mis hijos dentro de unas semanas, organizaremos una fiesta, una reunión, para que se conozcan ustedes. Yo creo que son de edades parecidas. Me gustaría mucho que se hicieran amigos.

Mamá, que no perdía una, dijo:

—Bueno, podemos organizar un grupo para que pasen unos días en Villaurbina y entren en contacto con jóvenes españoles.

—Me parece una idea espléndida —dijo el embajador con una gran sonrisa.

Fraga farfulló algo ininteligible.

9

El salón grande de Villaurbina era el no va más. Recorría el frente de mediodía de la casa casi de parte a parte. Tendría unos quince metros de largo por seis de ancho y el centro de la pared que daba al interior de la casa lo ocupaba la enorme chimenea de granito cuya boca era más alta que papá. En el centro de la repisa había una gran fotografía enmarcada en plata del rey Alfonso XIII vestido de maestrante de la Orden de Malta y dedicada «a los marqueses de Villaurbina con afecto, Alfonso, Roma, 1940». En la esquina derecha, una de don Juan y doña María («los reyes», los llamaba mamá, que era muy monárquica) con una dedicatoria «a José María Novoa, marqués de Villaurbina, con amistad, Lausanne, 1946». Y a la izquierda, una foto del abuelo vestido de caza. Encima de la chimenea colgaba un gran retrato también de él, sólo que muy joven y muy guapo, pintado por Philip de Lázsló, que había sido el retratista de toda la nobleza europea durante los primeros treinta años del siglo. El retrato de medio cuerpo de la abuela, también pintado por Lázsló, no estaba allí, sino que presidía el gran vestíbulo de entrada. Era de una belleza arrebatadora. El retrato, no mi abuela, cuyas facciones regulares de fuertes planos y nariz demasiado grande nunca

me fueron muy atractivas. Sólo los ojos, de un azul intenso e inquisitivo, eran bellísimos, luminosos como el mar.

Las paredes del salón estaban cuajadas de cuernas de ciervos, corzos, muflones y cabra, trofeos de monterías en la finca y de otra caza mayor en los Picos de Europa, en el valle de Aosta y en Hungría. Debajo de cada trofeo, una pequeña chapa de latón indicaba el tamaño de la cuerna y el año y lugar de la caza. Una de las chapas rezaba: «Muflón, Medalla de oro, 230,10 pts, cobrada por SM, Villaurbina 1928». Había una docena de cuernas con medallas de oro, todas dispuestas en el testero de la chimenea. El resto de los trofeos ocupaba buena parte de las otras paredes, alternándose con algunos cuadros de escenas de caza y bodegones. En una esquina próxima a los ventanales que se abrían sobre el jardín, había una mesa redonda llena de fotografías del abuelo con reyes, nobles, actores de cine y de teatro, toreros —el Gallo—, políticos como el general Primo de Rivera, el mismísimo Azaña o don Juan y, excepcionalmente por lo poco congruente, una suya con Pío Baroja y otra con León Felipe; «Estuvo de boticario por aquí, en Zamora», decía mamá, aunque no le gustara mucho hablar de aquel poeta maldito que se había exiliado en México y era un rojo furibundo. En la esquina opuesta a la mesa de las fotos había un gran piano de cola; aún recuerdo a mi abuela tocando algún nocturno de Chopin. Solía decir que el Opus 9 número 2 en mi bemol mayor era como una conversación con una amiga: ligero, delicado y sonoro.

La decoración del salón era algo sombría. Dos enormes colmillos de elefante flanqueaban la chimenea. Una chapa de plata en la base de uno de los dos indicaba que el abuelo había cazado el elefante en Kenia en 1930.

Las paredes eran de paneles de madera oscura y había grandes sofás y tresillos de cuero marrón oscuro, alfombras

de Arraiolos de vivos colores, una piel de tigre de Bengala también cazado por el abuelo, puesta al pie de la chimenea con los formidables colmillos dispuestos a desgarrar a cualquier incauto que se aproximara a la fiera. Las lámparas eran de pie forradas de cuero, con las pantallas de pergamino amarillo. A mí era un salón que me encantaba, con su aire algo viejo y su olor a madera quemada y a cuero encerado. Rancia que era una. Y, aunque en invierno prefiriéramos refugiarnos en el saloncito más cálido de la televisión y la lectura, más pequeño y más alegre, cuando estábamos todos o había invitados, a la caída de la tarde, a la vuelta de montar, pegar tiros o pasear, o incluso antes de comer después de darnos un baño en la piscina, íbamos al salón grande y allí nos traía la merienda o el aperitivo la tata María.

Menos la Chispa que compartía la *nursery* con la tata, cada hermano tenía su habitación en el doble piso del ala grande. Sólo había dos baños arriba: Pili y yo usábamos el primero y Juan, Miguel, Javi y Borja, el otro. Toda mi vida he asociado el recuerdo de aquellos baños con un permanente olor a cañería que ningún esfuerzo de don Carmelo y sus huestes consiguió eliminar jamás.

En la misma ala, en el piso de abajo, había cinco habitaciones para huéspedes, cada una con su baño (dos con olor a cañería), todas con grandes ventanas, orientadas, como las nuestras, al sur.

En ellas se alojaron aquella primavera de 1974 los hijos de Russell, chico y chica. Ella, Rose, más guapa que mona y algo fría, y él, Simon, un lechuguino blancuzco de cuello alargado al que le quedaban cortas las mangas de las camisas y estrechos los cuellos. Y tenía los nudillos permanentemente rojos. Pero este Simon era más simpático de lo que parecía a primera vista, hablaba español con un

cerrado acento londinense que resultaba muy gracioso y en el que mezclaba géneros, plurales, singulares sin método ni ton ni son. Pero lo que más chocaba comparándolo con los chicos españoles que nos acompañaban era su capacidad de hacer cosas sorprendentes. Por ejemplo, era un acuarelista maravilloso. Madrugaba mucho y antes de desayunar, se iba al jardín a pintar unos paisajes de trazos vigorosos y llenos de color que resultaban verdaderamente preciosos. Acababa de entrar en Oxford para estudiar lenguas clásicas y, como muchos de sus coetáneos, había leído todo lo que había que leer, le interesaba todo y afirmaba que su vacación ideal consistía en irse al Asia Menor a participar en excavaciones de restos griegos. Me imaginaba a cualquiera de mis hermanos excavando y me entraba la risa.

Simon montaba a caballo como el lechero (y me lo advirtió con una franqueza tímida que me desarmó), pero me lo llevé una mañana temprano a dar un largo paseo. Pedí a Pepín, el mozo de la cuadra, que le ensillara a la vieja Pirula, la yegua más dócil que teníamos. Nos reímos mucho por el camino que llevaba a la dehesa contándonos anécdotas tontas y se asombró de verme montar al paso con la pierna derecha puesta por encima del cuello de la Pola y con el talón apoyado en mi rodilla izquierda.

—Estoy segura de que así no se monto —me dijo. Claro que para nosotros montar era una segunda naturaleza. Igual que esquiar: todos los años, terminada la Navidad, íbamos quince días a Suiza a hacer el bestia en la nieve. Mamá nos ponía un monitor, el más feo que fuera capaz de encontrar, para ver si alguien podía controlarnos impidiendo que nos rompiéramos la crisma. Y es curioso cómo puede una librarse de las inhibiciones a poco que esté cubierta por un anorak, gorro y gafas que la hagan irreconocible: mi primer beso me lo dio un italiano con el que tomé un té con ron en el refugio

y luego me pasé el día deslizándome por las pistas negras de la estación. Al final quiso que quedáramos a cenar y bailar y yo le dije que mi mamá me encerraba en un convento antes que dejarme salir a solas ¡con un italiano, además! Entonces, el chico me agarró por el cuello del anorak, me quitó las gafas y me dio un beso en la boca, de resultas del cual me sentí completamente sin fuerza y derretida por dentro. Y me dijo: «¿Esquiamos mañana?». Tenía yo dieciséis años.

No quiero decir con esto que sentía debilidad por los extranjeros. Sólo que me parecían menos paletos.

En uno de nuestros paseos, desde la distancia enseñé a Simon el cobertizo debajo del que varios arqueólogos trabajaban para sacar a la luz una villa romana del siglo II o III, que la abuela había descubierto por casualidad. Durante siglos, la Tierra de Campos había sido el granero del Imperio romano y en las lindes de los trigales habían construido casas nobles terratenientes, y la nuestra era una de las más impresionantes. No la pudimos visitar porque los trabajos de restauración estaban en una fase delicada y no permitían que pisáramos por baldosas y mosaicos, no los fuéramos a destruir.

—Lo siento muchísimo —dije— porque sé lo que te gustaría. De modo que tendréis que volver el año que viene. —Me pareció que a Simon le encantaba la idea.

Durante aquellos días pasados en Villaurbina con los Russell, nos acompañaban Juan y, por supuesto, Charo; Miguel y Pili y dos amigas suyas, Isabel y Alicia, que me parecían más tontas que Abundio (las tres se alojaron en la casa de arriba, un pequeño chalet situado a unos cincuenta metros de la casa principal acondicionado y decorado a la inglesa por mamá). También habían venido Marta, mi mejor amiga, Chema, el hermano de Charo amigo de Juan de la

piscina de Puerta de Hierro, y un tercer compañero de los dos, Javier Rosales, un chico repeinado, que iba por la vida convencido de ser el no va más. Mi antipatía por él fue inmediata y dediqué los cuatro o cinco días de estancia en la finca a tomarle el pelo y, cuando no, a ignorarlo. Marta, poniendo voz gangosa, hacía que lo imitaba, «me apestan las manos a volante» y «subimos a Botahiero», por Puerta de Hierro. Tonterías. De todos modos yo era la pipiola, todos me llevaban tres o cuatro años, y no comprendía la obsesión de los chicos por querer darme palique.

Pero se entiende que prefiriera la compañía y la charla de Simon y que Rose hablara sin parar con Miguel. También se entiende que los Russell les parecieran a todos unos pesados. El resultado fue que allí se habló casi exclusivamente español y que, salvo Miguel, Marta y yo, nadie les hizo caso. Por no quedar mal, me dediqué a exhibir ante Simon y Rose todos mis conocimientos y mis lecturas para que no me tomaran por tonta. En aquellos años yo padecía de la pedantería del autodidacta que iba descubriendo un mundo de intelectualidades, privativo, me parecía, de mi inteligencia y mi curiosidad. Como digo: una adolescente con las complicaciones mentales de rigor. Entonces las llamábamos empanadas.

Al final de aquellas jornadas en Villaurbina, Simon, que pronto regresaba a Oxford (de donde nunca debió salir, dijo Chema), me propuso que lo acompañara en verano, durante julio y agosto, a unas excavaciones en Anatolia, en las que se buscaban restos de la civilización hitita. Rose iría también, con lo que actuaría de carabina, aunque, aclaró ella riendo, no como la institutriz de Gwendolen en *La importancia de llamarse Ernesto*, que no permitía que se hablara en presencia de su joven protegida del derrumbe de la rupia india, un hecho demasiado escandaloso para sus

inocentes oídos. De todos modos, también podría venir Miguel si le apetecía la idea y así mi virtud quedaría completamente garantizada para tranquilidad de mi madre. «Mejor que con un cinturón de castidad», dijo Rose y yo me puse colorada como un tomate. Simon me miraba con sonrisa de conejo y también con el color subido.

Volvimos a Madrid el 3 de marzo del 74, al día siguiente de que dieran garrote vil a Puig Antich, el anarquista que había asesinado a un policía.

—Menudo lío tenemos montado en Europa con este asunto —dijo papá.

—Será porque sería inocente —sugirió Miguel con su habitual sonrisa burlona y suficiente.

Todos levantamos la cabeza estupefactos.

—No digas tonterías —zanjó mamá—. Cosió a tiros a un policía en Barcelona.

—Bueno, eso es lo que dicen los periódicos aquí y no es que cuenten siempre toda la verdad —contestó Miguel con sarcasmo.

—No quiero oír más tonterías en mi mesa.

—¡Pero mamá, si hasta Nováis dice en *Le Monde* que lo condenaron sin pruebas y de paso lo torturaron antes de preguntarle nada!

—¡Nováis! Ahora nos tenemos que fiar de la palabra de un vulgar comunista, enemigo de España, además. Y borracho.

—Hombre, mamá, José Antonio Nováis será un borracho si tú lo dices, pero suele estar bien informado. Y te diré que, por mucho que tus amigos sean exclusivamente los preclaros varones con los que tomas el té, en el largo escalafón de funcionarios, de ideólogos, de desencantados y de defensores siempre se cuela un delincuente, el policía más bruto, que, convencido de su sagrada misión de

defensa de nuestros valores, aprovecha para cometer los crímenes…

—¿Crímenes? —exclamó papá.

—¿Crímenes? —repitió mamá, escandalizada.

Borja levantó una mano como pidiendo la venía.

—El régimen se acaba. El régimen se acaba, no me fastidiéis —repitió con énfasis—. Ya lo oísteis hace unas semanas en esta misma mesa. Estábamos todos. No es que lo dijera Russell, que de un embajador británico debe esperarse un juicio crítico. Lo dijo Fraga, un hombre del sistema. Por tanto, crímenes, sí. Lo malo es que en estos casos suelen quedar impunes y dejan un rastro terrible que los que vengamos después no vamos a dejar pasar.

En el comedor se hizo un silencio absoluto. Se hubiera podido oír el vuelo de una mosca. Mamá, fruncido el ceño, había dejado de comer y mantenía el tenedor en el aire, interrumpido a medio camino de la boca. Los demás nos quedamos inmóviles, demasiado sorprendidos por los exabruptos de Miguel y de Borja para intervenir.

—Soy un liberal de toda la vida, lo sabéis bien —dijo entonces papá—. Y hay cosas de nuestro sistema político y de… y de su… aparato represor que me cuesta mucho admitir. Las cloacas de un régimen son siempre insoportables, aquí y en Washington. Mira lo que le está pasando a Nixon con el lío de Watergate y las mentiras. Soy un leal servidor del régimen, claro… —sonrió—, bueno, soy uno de ésos a los que se conoce como alto cargo, pero mi adhesión es a un sistema pacífico de convivencia y mi fidelidad al caudillo se basa en lo que hizo por nosotros y lo que el régimen sigue haciendo por nosotros. Nos salvó en su momento, pero no le podemos pedir más. Franco está fatal…

—¡Juanito!

—Franco está fatal. Venga, Carmen, todo el mundo lo sabe, menos los de fe inquebrantable —añadió con una media sonrisa—. Es el final del régimen y hay que reconocer que la gente está asustada. Pero se equivocan si cifran toda su esperanza en que, una vez más, todo descanse en los hombros del caudillo; es en su obra en quien tiene que descansar. Por eso está bien que se permita que el sistema funcione como si no pasara nada para que los españoles vivan y se hagan ricos, para que el país prospere. Lo demás es dialéctica decimonónica.

—Venga, papá —interrumpió Miguel—, lo único que queda intacto del régimen es su capacidad represora…

—… inevitable si se trata de defender la paz que hemos construido y la convivencia —dijo papá—. Pero, claro, nadie fuera de España se da cuenta de lo que tenemos que defender, el futuro, y de lo que nos está costando. En todos estos días previos al ajusticiamiento de Puig Antich, pobre chaval, he tenido que manejar las protestas y las peticiones de clemencia. No podéis imaginar las cosas que he tenido que oír. Hasta el papa…

—Juanito, ésa es la maniobra de los comunistas. Siempre han sido muy hábiles liando a todo el mundo.

—Puede. —Cerró los ojos—. Dios sabe que se lo estamos poniendo fácil. Pero es a nosotros a quienes corresponde introducir algo de racionalidad en todo este tema. Es cierto que hay que cerrarle el paso al comunismo, pero eso corresponde a los jóvenes. A nosotros ya nos pilla muy cansados…

—¿Pero qué van a saber ellos? —interrumpió mamá con vehemencia, recuperada su firmeza—. ¿Cómo quieres que sepan por lo que pasamos, lo que tuvimos que defender, la sangre que corrió? ¿Qué saben ellos? Les hemos dado

cuarenta años de paz y ahora pretendes que nada de esto vale, venga, pasemos página y volvamos a las andadas…

—Carmen, Carmen, si sufrimos lo que sufrimos, fue para que ellos tuvieran un futuro en paz, no un porvenir lleno de ataduras y coacciones. Pregúntale a la tata María si dio sangre, si a sus padres, que eran buena gente, no los fusilaron los nacionales, ¿para qué? Sangre la dieron ellos, Carmen, como cualquiera, sin ser culpables de nada, como suele ocurrir en las guerras civiles.

—¿Y todo esto lo dices porque han dado garrote a un anarquista asesino? —Mamá tenía un modo de gritar en voz baja que intimidaba. De todos modos, pensé, me da la impresión de que ésta es una discusión entre ellos, no hacia nosotros, una discusión que estalla entre ellos por primera vez y que hace mucho tiempo que debería haber sido solventada.

—No. Es probable que Puig Antich fuera culpable de asesinar a un policía. En ese caso, merecía morir…

—Lo malo, papá —interrumpió Miguel en un susurro—, es que lo que hace horroroso el ajusticiamiento de Puig, lo has dicho tú mismo, es eso de que es probable, sólo probable, papá, que asesinara a un poli. Sin pruebas, por Dios.

Papá suspiró.

—Son los coletazos de un régimen que se acaba, hijo. Éste ya no tiene remedio y además es difícil hacerle frente o protestar o negarse a aceptarlo. Está ahí. Es de una crueldad dura de aceptar, pero es así.

—¿Pero esto cómo se justifica?

—Porque después de tantos años, nosotros somos lo que lo justifica. Quiero decir, este último disparate garantiza un tránsito pacífico y que en el extranjero comprendan que no habrá desmanes después de Franco: una nueva sociedad más rica, más libre, más conservadora toma el relevo…

—¿Quién te dice a ti que éste es el último disparate? —preguntó Juan hermano.

—¿Y quién garantiza que no habrá desmanes, como tú los llamas, en el futuro y que la nueva sociedad rica no os salga respondona y se ponga a votar a los rojos? —dijo Miguel.

—Me temo que el ejército, Miguel. El ejército será el garante. Y te digo que es el último disparate porque, ejército o no ejército, la nueva España, vosotros, ya no lo toleraría. Tampoco el Mercado Común lo permitiría. Acabaríamos siendo réprobos de nuevo, apestados, como ahora.

Mamá se había quedado en silencio y seguía la discusión con las cejas enarcadas, segura de que nos habíamos vuelto locos todos, empezando por su propio marido.

—¿Apestados, dices? Mejor apestados aquí que podridos allí.

—Venga, Carmen, eso no te lo crees ni tú.

—La verdad os hará libres —entonó Javi.

—¿Qué? —dijo papá.

—Es lo que pone en la entrada del colegio del Pilar. Una frase del evangelio según san Juan. Me he pasado años viéndola hasta que ya no significaba nada para mí y, una vez que la invoqué para evitarme un boletín de notas negro, total sólo había hecho novillos un par de veces…

—… se dice pira —corrigió Borja.

—Vale, pira. Una vez que invoqué lo de que la verdad os hará libres para librarme de los ceros que me iban a caer, encima me tuvieron castigado los jueves por la tarde de un trimestre entero. Ya, libres…

—¿Y?

—Pues nada, que si Puig Antich hubiera dicho toda la verdad antes de que lo torturaran, le habrían dado garrote antes y ahora estaría libre dando brinquitos por el cielo de la mano de san Pedro.

—Javi, por Dios —dijo mamá—, parece mentira que vayas a ir al seminario. Un poco de respeto.

Y entre nosotros, entre los amigos y la gente que frecuentaba nuestra casa y que venía a cazar a la finca, entre los amigos banqueros, terratenientes, empresarios de mis padres, se daba ya por descontada la muerte de Franco y, en efecto, se hacía cada vez menos caso a las tonterías del régimen. El país iba por otro camino. Los mayores querían un sistema político no muy alejado de lo que había ahora, sólo que sin el generalísimo, con más libertad personal, con más capacidad de decisión propia y, salvo contadas excepciones, con una democracia amable pero inoperante. Todo estaba bajo control o, como decía papá, «al menos el franquismo ha tenido la virtud de quitarnos los sobresaltos del futuro». Lo malo es que, hipnotizados por esta falsa seguridad de que todo era en realidad una escena de sainete en la que la sangre nunca llega al río, nos confiamos.

—¿Sobresaltos? —decía Miguel—. ¿Y cómo digerirán las malas influencias exteriores? ¿Qué harán con Picasso y con Machado y con Miguel Hernández? ¿Y con Valle Inclán? ¿Cómo podremos leer a Hemingway? La censura, Lola, la censura es la que nos impide pensar, ya ves. Y estos tipos atreviéndose a decir que nuestra cultura, castrada y mojigata, es la única que vale la pena en el mundo. Pemán, el gran poeta del siglo XX. ¡Ja!, me río yo de eso. ¿Pero qué hipocresía es ésta? O sea que, para ver.

El último tango en París, tengo que tener pasaporte y dinero para irme a un cine a Francia. Ah, por Dios, me olvidaba, sólo los ricos pueden verla porque sólo nosotros, los de la nueva España, tenemos la cultura suficiente para apreciarla y soportar sus malas influencias. Sólo los ricos

tenemos derecho a gozar y vivir esta vida de privilegio. ¡Venga ya! ¡Qué pandilla!

—¿Eres rojo, Miguel? —le preguntaba sin comprender todavía muy bien de lo que estaba hablando, sólo que se autoimponía un estigma que lo apartaba de todo, que lo convertía en un ser incomprensible para mí.

—Desde luego que sí, Lola.

10

Lady Lavinia Russell y mamá (conmigo de testigo, aburrida a muerte por estar siendo exhibida como trofeo de caza ante todas las cotillas oficiales de Madrid) se encontraron merendando cada una con su grupo de amigas, en Embassy, el salón de té de la esquina de la Castellana con la calle Ayala.

—He oído que Simon ha invitado a tu muy guapa hija Lola —me saludó con una sonrisa— y a su hermano Miguel a unas excavaciones disparatadas en Anatolia este verano —dijo lady Lavinia, riéndose—. No quiero decir que sean una locura, sino simplemente que hay que ser decididamente excéntrico para ir a remover tierra a un desierto bajo un sol abrasador sólo para buscar botijos rotos —dijo «botihos».

—¿A ti qué te parece, Lavinia? —preguntó mamá.

—Bueno, un pago escaso y algo envenenado para la espléndida semana que mis chicos pasaron con los vuestros en la finca.

—Fue un verdadero placer.

—Lo pasamos muy bien —añadí.

—¿Sí? Dice mi hijo que montas muy bien a caballo.

—Bah. Y él hace muy bonitas acuarelas.

—Bueno. Estas excavaciones, que a nosotras nos parecen unas ocurrencias extravagantes, son dirigidas por profesores

de universidad especialistas en arqueología y financiadas por una fundación muy sesuda, así que me parece que pueden ser tomadas con cierta seriedad. En cualquier caso, diría que un veraneo en Anatolia es desde luego menos arriesgado que un curso para extranjeros en la Sorbona de París. ¿No te parece?

Mamá me miró con su aire de sopesar opciones. Si la conocía, sin embargo, ya había decidido que Simon representaba poco peligro para mi honestidad. De no haber sido así, ni con una pistola apuntándole a la cabeza habría permitido esa vacación, por mucho que yo acabara de sacar la máxima puntuación de España en el bachillerato y me mereciera un premio («sonado», había dicho yo al plantearle mi viaje a Turquía). Papá ya me había prometido un regalo sorpresa para cuando cumpliera los dieciocho años (estaba bastante segura de que sería un Renault 5), pero era mamá la que decidía sobre las cuestiones mayores. Sabía que ella empezaba a relajar sus estrictas normas porque la tata me había contado que mis padres habían discutido cómo y cuándo debía abrirse la mano con una chica, buena estudiante y a punto de ir a la universidad a cursar una durísima carrera.

—Un poquito de flexibilidad —había pedido papá—, caramba, Carmen, que la niña es ya una mujer.

Sí, el día menos pensado mamá iba a dejar que me quitara las medias de lana negra del colegio. Una vez que le había pedido que me sacara de la Asunción para ir a terminar el bachillerato al colegio Estudio, a donde iba Marta, se negó en redondo.

—Bastante laicismo vas a tener en la universidad para que yo ahora te deje abandonar al final de una sólida formación religiosa como la que te dan en la Asunción. No, hija, ni hablar. Terminas allí.

No sé lo que entendería por «sólida formación religiosa».

—Un día deberías ir a clase de religión en la Asunción, mamá —dije en voz inaudible.

Fue el veraneo más maravilloso de toda mi vida y lo único reseñable de él fue aquel viaje, puesto que la boda de Juan en junio, después de tanto esperarla, había sido un tostón.

El vuelo a Estambul se me hizo cortísimo. Fuimos Miguel y yo haciendo escala en Atenas y nuestro avión, antes de aterrizar, pasó de tal modo que por la ventanilla izquierda pudo verse la Acrópolis. Nada que ver con las postales: un verdadero espectáculo de grandiosidad y de fuerza. Y antes de la Acrópolis, el comandante también llamó nuestra atención sobre el cabo Sunion.

—¡Mira! —exclamó Miguel—. El templo de Poseidón… Parece un esqueleto de columnas blancas sobre el mar.

—Eres un cursi, pero es verdad que es precioso. Hemos hecho bien en sentarnos a este lado del avión. Deberíamos habernos guardado un día para visitar Grecia.

—Ya… Nos paramos en Atenas y no llegamos a excavar ni a Anatolia ni a nada.

—Está bien. Está bien.

Pero sí tuvimos dos días de estancia en Estambul. Al principio, mamá se había alarmado pensando que seríamos raptados, asesinados o alguna cosa por el estilo, pero papá, que para eso mandaba mucho, habló con el cónsul general allí y se aseguró de que nos esperaría en el aeropuerto y nos daría cobijo. «Éste quiere ser embajador y está haciendo méritos», oímos que le decía a mamá para vencer su resistencia. A Miguel y a mí nos habría gustado más estar solos a nuestras anchas, el primer sabor de la libertad, pero,

bueno, menos daba una piedra. No recuerdo que hubiera mucho que reseñar de nuestra estancia: el cónsul nos llevó a ver las dos mezquitas, la Azul y la de Santa Sofía, el Topkapi y el zoco, haciéndonos correr por sus callejas llenas de cachivaches, alfombras, especias y metales bruñidos, como si estuviera a punto de producirse el fin del mundo y resultara urgente salir de allí. Luego nos dio de cenar croquetas y tortilla de patatas. Una imaginación fulgurante puesta al servicio del Estado. En cualquier caso, su tortilla no le llegaba ni a la suela del zapato a la que hacía Flor en casa y no digamos las croquetas que ella llamaba «cocretas». El cuarto de baño de la habitación de huéspedes olía a cañería, como los de Villaurbina.

Había contemplado Estambul con el aire suficiente de una señoritinga que está de vuelta de todo y, a la salida de una de las mezquitas, Miguel me llamó paleta. Algo avergonzada, me prometí volver cuando no me impusieran una pesada carabina y pudiera moverme como me diera la gana por los bares y los pequeños restaurantes de comida turca y de delicias de las mil y una noches, con el rastro aún vivo de poetas franceses de la sensualidad, encaramados a pequeñas terrazas cubiertas de buganvilla. Desde ellas se divisaban los puentes que cruzan el Cuerno de Oro abarrotados de gentes y coches. Pero aquella vez seguimos camino hacia Ankara.

La capital turca era entonces, y creo que sigue siendo, una de las ciudades más feas del universo: llena de piedras, calor y polvo.

Al llegar allí, se acabó la vida muelle.

En el aeropuerto nos esperaba Simon Russell con un todoterreno y un conductor de aire feroz y grandes bigotes llamado Oglül. Oglül nos llevó a una velocidad de locos por

una carretera que era peor que los caminos y dehesas de Villaurbina. Íbamos botando de un sitio a otro de los asientos y poco me faltó para acabar sentada en el regazo de Simon. Durante casi una hora fuimos bordeando Ankara en dirección este.

—Me da un poco de vergüenza preguntar —dije a gritos para hacerme oír—, pero ¿adónde vamos ahora?

—Bogazkóy —contestó Simon, también a gritos.

—Bogazkóy —repitió Oglül con expresión salvaje.

—Boga… ¿qué?

—Bogazkóy es el poblado donde se encontraron los primeros restos de la civilización hitita en el siglo XIX. Está como a 130 kilómetros de Ankara…

—¿Por esta carretera?

—Por esta carretera.

—Los hititas —dijo Simon al cabo de un rato de horrorosas sacudidas— fueron un pueblo que ya era citado en la Biblia. De hecho, hay referencias en el libro segundo de Samuel el profeta a un Urías el hitita, que combatió al lado del rey David contra los amonitas. —Rió—. David le pagó mandándolo asesinar porque Betsabé, la esposa de Urías, mientras su marido combatía, había acabado en la cama de David y, encima, éste la había dejado encinta.

—Espera —interrumpió Miguel—, Betsabé fue la madre de Salomón, ¿no?

—Sí.

—¡Pero si creía que el rey David era tierno y desayunaba miel y frutas! —exclamé.

—Desayunaría lo que quieras —dijo Miguel—, pero por lo que parece era un pájaro de mucho cuidado.

—No se andaban con vicios menores, desde luego —dijo Simon riendo de nuevo—. Los hititas fueron un pueblo muy belicoso. De hecho, guerrearon con Amenothep IV, el faraón

egipcio, y le disputaron la hegemonía en la región, en lo que hoy es Turquía, Siria, la Mesopotamia, casi hasta el Sinaí. Ya lo creo. Hasta llegaron a saquear Babilonia…

—¿Y todo esto cuándo ocurrió? —pregunté.

—Pues desde el siglo XIX antes de Cristo hasta el X o el IX.

—¿Y cómo no sabemos nada de esto? Sabemos de Babilonia y Nínive, de los faraones egipcios y su civilización, de Creta y las tribus de Israel, ¿y no sabemos nada de los hititas?

—Desde luego, en lo que hace a las monjas de la Asunción no tenían ni idea —cortó Miguel con una carcajada —, pero no tenían ni idea de nada.

—Estas cosas pasan porque las civilizaciones se extinguen, destruidas por batallas, degeneración, pobreza, hambre, qué sé yo.

—¿Y qué hacemos aquí?

—Exhumar botijos, como diría mi madre. En realidad pasaremos calor, dormiremos en tiendas sobre unas parihuelas de lona, nos ducharemos poca…

—Poco —le corregí.

—¿Ducha no es femenina?

—Ducha sí, Simon, pero los que nos ducharemos poco seremos los demás.

—Bueno… Comeremos camera viejo y arroz y estaremos tres semanas picando barro seca para sacar a la luz unas tablillas de escritura hitita cuneiforme que nos darán las claves de su civilización…

—¡Qué horror! —exclamé.

—En realidad —continuó Simon riendo—, ninguno tendremos acceso a las claves de su civilización, que sería lo única interesante. De eso se ocuparán los profesores que dirigen las excavaciones… Nosotros somos meros peones.

—Hace falta ser inglés para dejarse engatusar de esta manera —dijo Miguel.

—Por cierto, Lola, te he traído tus instrumentos de trabajo para que te vayas familiarizando con ellos. —Y sin más explicaciones, Simon me entregó un pincel de los usados para pintar acuarelas y una pequeña rasqueta de metal—. Guárdalos como si te fuera en ello la vida. Si los pierdes, tendrás que cavar con las manos.

Fueron, sí, tres semanas de un calor insoportable, de un trabajo agotador y minucioso bajo un sol de justicia aun cuando nos protegieran unas sombrillas rectangulares hechas de hojarasca seca, con el rastro permanente del olor a carnero viejo, y la piel de las manos raspada, las uñas rotas y las rodillas ensangrentadas y llenas de costras. Tenía la culpa de nuestros disfraces la canícula: sólo llevábamos pantalón corto y camisetas de algodón. En mi caso, el precio a pagar por la relativa comodidad eran las miradas furibundas de Oglül, no sé si a mi trasero o a mi *poitrine*, cuyo tamaño entonces me tenía avergonzada.

Todo valió la pena: aún recuerdo la excitación de encontrar, limpiar y extraer mi primera tableta de escritura hitita. Había pasado cuatro o cinco días mimándola y quitándole el barro y las esquirlas de piedra hasta que apareció en todo su esplendor. Pegué un grito y enseguida acudieron los dos profesores que nos dirigían, tan entusiasmados como yo. Por lo visto el hallazgo fue valiosísimo puesto que la tablilla tenía un texto bilingüe egipcio-hitita que facilitaba su interpretación.

Aquella noche fui muy festejada y tuve derecho a dos tazas de té en lugar de una.

Sacamos centenares de fotos de todo aquello, incluida una del bajorrelieve de una diosa desnuda verdaderamente

sexy con alas de grandes plumas que le asomaban por detrás. Los catedráticos dijeron que se trataba de Aserdus, la diosa de la fertilidad. Bueno. Todavía conservo el álbum de fotos de Muñagorri de todo aquel verano.

Cada instante fue maravilloso: sudábamos, reíamos, cantábamos a la luz de la luna con el acompañamiento de chirimías y tamboriles, y yo veía cómo Simon me miraba con arrobo. Me dediqué a coquetear con él de manera descarada; no me gustaba nada, pero era la primera vez en mi vida que me sentía segura y controlando una situación y me volqué en ella con la malicia del neófito.

Algunas noches, antes de caer rendidos de cansancio, Simon y Rose, con la ayuda de los dos profesores, organizaban lecturas escenificadas de tragedias de Shakespeare. Un día era la escena del foro romano tras la muerte de Julio César, otro, el balcón de Romeo y Julieta, tan sensual, otro, alguna batalla de Ricardo III o las dudas del príncipe de Dinamarca. El testuz maloliente del carnero de turno acabó siendo la calavera de Hamlet.

Se nos fueron las tres semanas en un soplo.

Y además, para quitarnos el cansancio y la suciedad, los Russell nos llevaron a la villa que tenían en Positano y pasamos diez días más nadando en el agua azul del Mediterráneo, visitando Capri, Pompeya y Herculano y comiendo pizza. Simon nunca se atrevió a declararse.

Franco estaba en el hospital desde julio y el príncipe hacía de interino. «Algún día se tiene que morir», dijo Borja. «¿Sabéis que hay un tío en España con el dedo índice más gordo de Europa? Es de tanto pegarle a la mesa diciendo ¡de este año no pasa!».

Papá veía mucho al príncipe, al que llamaba don Juanito y al que conocía bien de la estancia de ambos en Estoril. Por lo

que decía, se entendían bien y eran buenos amigos. Los despachos (así los llamaban) le encantaban: el príncipe, jefe de Estado por unos pocos meses («por desgracia», aseguraba papá), demostraba saber de los asuntos del mundo y me parece que los dos se divertían mucho arreglándolos.

11

Dos semanas antes, que creo que fue cuando las cosas empezaron a estropearse en serio, el padre de Dimas estaba esperándome en la puerta de mi despacho cuando llegué a mi planta del hospital temprano por la mañana:

—Doctora Ruiz de Olara, ¿cómo van las cosas?

—Pues… Pase a mi despacho, ¿quiere?

—Sí, claro. —Y luego—: Me refiero a Dimas.

—Ya lo sé.

—No lo veo mejorar.

—No va muy bien, no. —Carraspeé. Descolgué la bata del perchero y me la puse por encima de la blusa. Rodríguez no hizo siquiera el gesto de ayudarme. Me metí las manos en los bolsillos de la bata y le miré—. Permítame que le sea franca. A su hijo le pasan tres cosas, señor Rodríguez. No le estoy descubriendo nada que usted no sepa, puesto que lo hemos hablado en más de una ocasión. Primero, el pobre crío lo está pasando muy mal. Muy mal. Sufre mucho, le duele todo el cuerpo y está asustado…

—¿Y usted cree que a nosotros no nos afecta?

—Segundo —seguí como si no me hubiera interrumpido—, la metástasis le ha llegado al cerebro y es más que probable que le afecte al nervio óptico y acabe dejándolo ciego, lo que le va a aterrar. Y tercero, me temo que por

mucho que porfiemos, la prognosis no es buena. Siento mucho tenérselo que decir así, pero usted es al único a quien puedo hablar con franqueza.

Rodríguez había palidecido.

—No veo que Dimas esté mejorando —insistió con terquedad.

—No.

—¿Qué quiere usted decir? Hable con franqueza.

—Ah, señor Rodríguez, quiero decir exactamente lo que le estoy diciendo y lo que, con la mayor delicadeza posible, le estoy repitiendo desde que nos trajeron a Dimas. —Era bien consciente de lo injusto de mi tono desabrido, pero ¿qué otra cosa podía decir? ¿Debía enmascarar lo que le pasaba a Dimas para que aquel imbécil pudiera seguir ignorando la realidad y buscando consuelo sólo para sí mismo? Dios mío, ¿a donde había ido a parar mi carácter amable y cordial de siempre?—. La verdad, me parece cruel que sigamos haciéndole sufrir…

—¿Pero qué está usted diciendo? —exclamó con violencia.

—Sólo que sería conveniente empezar a aplicarle cuidados paliativos.

—¿Cuidados paliativos?

—Sí. No curan pero quitan el dolor. Para eso está la medicina del dolor. Y le repito, señor Rodríguez: su hijo está sufriendo mucho.

—¡Pero eso equivale a matarlo!

—No, desde luego que no. Equivale a que deje de sufrir, a que su dolor se le haga un poco soportable. Tenemos que mantenerlo con vida, pero no a costa de un sufrimiento insoportable…

—Eso quiere decir que Dimas se quedará amodorrado, igual que muerto y nos lo habrán quitado en vida. ¡De

ninguna manera!

—Señor Rodríguez… —dije en tono conciliador.

—¡De ninguna manera! ¡Usted no me puede robar a mi hijo, no puede quitarnos a su madre y a mí sus últimos momentos de conciencia!

—¿Sólo para que no les duela a ustedes? —murmuré, pero el hombre estaba tan descompuesto que ni me oyó. ¡Qué cansancio me causaba todo esto!

—Además, ¿quién dice que Dimas no tiene cura? ¿Eh, doctora? ¿Quién?

—Bueno… Me temo que es una evidencia médica, que la metástasis es imparable…

—Tienen que darle más quimioterapia, que es lo que cura el cáncer, doctora —dijo con sarcasmo—. Parece mentira que yo se lo tenga que recordar.

—No tiene que recordarme nada, señor Rodríguez. Dimas está recibiendo quimioterapia. Lo estamos cuidando hasta el límite.

—No es lo que dice la doctora Marugán.

—¿Perdone?

Pillado en falta, se mordió los labios.

—Bueno…, ella, en realidad, cree que un tratamiento más agresivo curaría a Dimas…

—¿Un tratamiento más agresivo? ¿Quiere usted decir un tratamiento masivo que abrase los tumores…?

—Eso quiero decir.

—¿…y destruya al niño? Porque, no se engañe, el sufrimiento no amainará y el cáncer no se detendrá. Y Dimas morirá igual, pero sufriendo más.

¿Pero cómo podía yo estar diciendo semejantes cosas? Estaba furiosa, desde luego, y había perdido toda mesura. Sabía que debería haber callado todo lo que estaba saliendo de mi boca, pero me sublevaba comprobar la ceguera de

aquel tipo. Esta conversación, además, me pillaba cansada y con el nivel de tolerancia muy bajo: los últimos quince días en la planta de oncología infantil del hospital habían sido terribles. Se nos habían muerto cinco niños, uno detrás de otro. Para mí, para mis médicos, para todas las enfermeras, aquello resultaba moralmente insoportable. El desgaste emocional estaba siendo excesivo. Sin embargo, debería haber comprendido lo que el estado de salud de Dimas estaba haciendo con el ánimo de sus padres, que era lo verdaderamente importante, por mucho que las reacciones de éstos fueran las equivocadas. Y me escandalizó este ejercicio mío de autocompasión, me anonadó este sorprendente egoísmo. ¿De dónde me salía?

Lidia Marugán era la gota que colmaba el vaso. En aquel momento tuve que resistir la tentación de ir a buscarla para sacarla a patadas del hospital: junto a la cerrazón del padre, ella era la provocadora de tanta supersticiosa estupidez. Tratamiento más agresivo le iba yo a dar. Me habría gustado decirle a Rodríguez que, si tanto le seducían los métodos curativos de la doctora Marugán, se llevara a su hijo a la clínica de Lidia y nos dejara en paz a todos. Pero, claro, era imposible. La deontología más elemental, por no hablar del juramento de Hipócrates y mi corazón comprometido, me impedían desentenderme de un paciente sólo por la rabia que me producía su padre: tuve que recordarme que mi obligación era Dimas, el cuidado de Dimas, el dolor de Dimas, y maldita si iba yo a permitir que aquella hipócrita meapilas, con sus melifluas beaterías, se pusiera a fingir que iba a ser capaz de curarlo. ¿Qué iba a hacer? ¿Rezar el rosario? Porque a Dimas no lo curaba ni la Virgen María.

Estaba furibunda. Suspiré hondo:

—En esta enfermedad no ocurren milagros, señor Rodríguez. Sé bien cuánto dolor sienten ustedes, pero…

—Como dice la doctora Marugán, no hay enfermedades incurables, hay terapias equivocadas…

—Perdone, pero me parece bastante imprudente que la doctora Marugán discuta y acuerde con los padres de un niño gravemente enfermo la prognosis del mal y el tratamiento que le es aplicable. Debo decir que estoy más que sorprendida. ¿Quiere usted que la doctora Marugán se encargue del tratamiento de Dimas a partir de ahora?

Tardó unos segundos en contestar:

—No, claro que no.

—¿Se lo ha propuesto usted? ¿O ella a usted?

El hombre titubeó.

—En realidad, no. La propia Lidia me dijo que aunque quisiera, no podía arrebatarle el cuidado de Dimas. Usted es la médico que tiene a mi hijo a su cargo…

—Sí que puede usted. Le basta con decirlo. Pero es usted quien tiene que decirlo, sólo usted. Es libre de hacer lo que quiera, naturalmente, pero no olvide que yo tengo la obligación de cuidar de Dimas y yo le digo lo que como médico creo que debe hacerse para atender a su hijo de la mejor manera posible y con el menor sufrimiento para él.

—Bien. Acepto lo que me está diciendo. Dicho todo lo cual, doctora, rechazo de plano cualquier idea de terapia paliativa porque no sirve de nada a efectos de la enfermedad.

—Sirve a efectos de que a Dimas no le duela, amigo mío. —Error: no debí llamarle amigo.

Rodríguez me miró con frialdad.

—No voy a discutirlo más, *doctora Ruiz de Olara*. A mi hijo no se le hunde en un mar de inconsciencia para que

muera y el último y permanente recuerdo que guardemos de él sea el de una piltrafa agonizante.

—Está bien, está bien. De acuerdo. Los padres mandan. Dejémoslo aquí por el momento. Si le parece, iremos hablando a medida que pase el tiempo. Dependiendo de cómo evoluciona Dimas, decidiremos el curso a seguir.

Que llamara a Dimas «piltrafa» me escandalizó tanto, me había sublevado de tal manera que salí de mi despacho sin más, dejándolo plantado y con la palabra en la boca.

—Venga, Lola —me dijo Mari al verme salir del cubículo.

Con la palma de la mano me sequé una lágrima de rabia que se me había saltado sin querer. Las enfermeras me miraron con aprensión.

—Mari, llama a José Luis Batalla a *El País* y dile de mi parte que como con él mañana.

—¿No sería mejor esperar unos días a que se te pase el cabreo?

—No.

Además, sabía por qué Lidia Marugán no había querido hacerse cargo del pobre Dimas. Estaba tan segura como yo de que ese niño se moría y no quería cargarse con la responsabilidad y el fracaso. La muy perra.

Fui derecha a los lavabos de la planta y doblada sobre la taza del váter, me dieron cuatro o cinco arcadas secas y luego vomité el desayuno de aquella mañana. Café con leche y bilis.

12

Mi relación con la medicina no fue siempre así de triste. Para empezar, el 3 de octubre de 1974, temprano por la mañana, aterricé en la universidad por primera vez. El corazón, desbocado, me retumbaba en la garganta, y al abrir la puerta del R5 regalo de papá, se me encogió el estómago y me dejé ir a un bienestar excitado, casi sensual. Marta, que venía conmigo, y yo nos miramos y nos pusimos a reír. «¿Te das cuenta?», dijo.

Unas niñas bien, pijas, protegidas hasta entonces por familias absorbentes y sin problemas, se enfrentaban de golpe con este mundo desconocido y misterioso, seguramente perverso, que tiraba de ellas y les tentaba de un modo que acabaría siendo irresistible. El desorden, el tabaco, los cubalibres a media mañana, el bar de Filosofía, los platos del café llenos de colillas, los chicos desconocidos que te rozaban al pasar, que robaban uno de tus cigarrillos sin pedir permiso, que se habían dejado crecer la barba y llevaban el pelo largo como los Beatles, las chicas con vaqueros y jerséis ceñidos o camisas de hombre, con el pelo desaliñado y con los ojos pintados como único maquillaje. Todas fumaban y paseaban por los jardines de la Complutense hablando con gran seriedad, imagino que haciéndose las interesantes (o al menos yo lo habría

intentado) o las intelectuales, bajo la suspicaz mirada de decenas de grises inmóviles en grupos de cuatro o seis con sus porras colgándoles del cinto y las pistolas, de las cartucheras; eran jóvenes y me pareció que tenían miedo. ¿Por qué habrían de tenerlo si ellos portaban las armas?

En el vestíbulo de cada facultad, grandes tablones de anuncios desaparecían bajo innumerables carteles convocando reuniones, ofreciendo habitaciones, vendiendo vespas, llamando a la revolución. «¿Vas a estudiar aquí?», te decían. «¿Medicina? ¡Joder! ¡Qué bestia!». «¿Y tú?». «Yo, Derecho, es la más fácil y tiene salidas; eso dice mi padre, al menos». «¿Y tú?», le preguntaban a Marta. «¿Yo? Físicas». «¡Hostia!». La primera blasfemia, el primer taco. «¿Qué hacéis luego?». «Tú, rubia, ¿te quieres casar conmigo?». «¿Nos vemos en el bar de Filosofía?». «¿A las doce? ¡Venga!».

Fui instantáneamente feliz y durante días viví instalada en una nube, de la que sólo me bajaba para volver a la realidad cotidiana de la calle Serrano. En los primeros tiempos, durante el almuerzo, papá me interrogaba sobre lo que eran mis clases, mis profesores, algunos de los compañeros, el ambiente que se respiraba en el campus, ¿la política?, cuidado con los sindicatos comunistas, no te metas en líos. Miguel y Borja, que eran los dos hermanos que iban entonces a la universidad y que, según me enteré luego, sí se metían en líos, callaban para evitarse problemas en la mesa. Mamá nos miraba con desaprobación, a papá incluido, como si esta aventura mía fuera una locura. Seguro que habría preferido que me quedara en casa para evitarme el contagio algo maloliente de las gentes remezcladas, estudiantes de todas clases, desaliñados morales y desde luego peligrosos para mi bienestar y mi futuro. No se atrevía a decirlo, claro está, porque eran ideas más propias del XIX y

ella lo sabía. Pero a veces le veía fruncir el ceño. Y unos días antes casi consiguió impedir mi acceso a la universidad: a mediados de septiembre alguien había puesto una bomba en la cafetería Rolando, en el centro de Madrid, justo enfrente de la siniestra Dirección General de Seguridad, «los calabozos de la Puerta del Sol». Era a mediodía, a la hora de comer, murieron doce personas, ninguna de ellas policía, y hubo un montón de heridos.

—Tú comprenderás, Juanito, que esto es un ataque en toda regla de los terroristas y que me niego a tener a mi hija suelta por las calles arriesgando la vida.

—¡Pero qué tontería, mamá! —exclamó Miguel sin poderse contener—. ¿Qué quieres, que encerremos a Lola en la carbonera?

—Tú te callas —dijo mi madre—. Lo que es evidente es que el centro de la agitación, de los movimientos terroristas, de… de todo, es la universidad. Y no quiero que mi hija se exponga a… a…

—A nada, mamá —dijo Borja—, a nada. También le puede caer una maceta en la cabeza. Lo que es evidente es que todo Madrid se está moviendo, sacudido porque el régimen se acaba…

—¡Pero qué tontería!

—De acuerdo, no se acaba. Más a mi favor: por mucho terrorista que haya, no nos van a matar a cuarenta millones de españoles.

—Esto de Rolando —continuó Miguel— es un clásico: la mejor defensa es un ataque.

—¿De qué ataque hablas? —preguntó papá, abriendo la boca por primera vez.

—Bueno, está claro, ¿no? ¿Eh, papá? Pones una bomba para que muera gente y acusas al enemigo. Tira la piedra y esconde la mano. Para desestabilizar. Y mano dura.

—Pero ¿qué tonterías dices? Admito que el régimen se está pasando, pero esto… —Papá estaba enfadado—. O sea, que los propios policías han puesto una bomba para matar a sus compañeros. No. Esto ha sido la ETA, como lo de Carrero, para matar policías y sembrar el desconcierto y el miedo.

—Será eso —farfulló Miguel—. Ya veremos cómo acaba.

—Sí, pero, mientras tanto… —concluyó mamá.

—Mientras tanto, nada, Carmen. Los chicos tienen razón, por Dios. No podemos encerrar a la niña. Irá a la universidad como una chica cualquiera. Y sanseacabó. —Mi padre el demócrata.

Y así fue. En aquellos días de octubre del 74, Marta y yo nos enfrentábamos por primera vez a un mundo nuevo y lleno de vida. Pero no sabíamos si el miedo, combinado con la excitación que nos producía todo, se debía a la novedad brutal de lo que sucedía a nuestro alrededor o a la agitación que hervía en cada rincón de la ciudad. Manifestaciones, huelgas, reuniones, carreras fueron el pan nuestro de cada día. Y, claro, tanto trastorno hacía que un mundo como el nuestro, hasta entonces tan apacible, se removiera hasta las entretelas.

¿Pero dónde habíamos vivido, por Dios? ¿Cómo era posible que desconociéramos la realidad hasta tal extremo? ¿Y era todo aquello de verdad tan peligroso como decía mamá? Y, claro, en otoño del 74, la angustia de lo desconocido se convirtió de golpe en un bullicio que me corría por las venas quitándome la respiración. ¿Peligroso? Ahora comprendo que era tan peligroso como respirar, como estar enamorada. Todavía me da vergüenza pensar en lo que tenía en casa, en lo que eran mis privilegios, hasta entonces

tan asumidos como si fueran la cosa más natural del mundo. Pues vaya.

Mi primera clase en la Facultad de Medicina, en un aula abarrotada por más de trescientos estudiantes, fue de Bioquímica. En ese primer curso nos propinaron de todo menos medicina: Biofísica, Biología, Biogenética, hasta Bioestadística. Bueno, y rudimentos de Anatomía. «Aquí no empiezan a ponerse serios hasta tercero, que es cuando nos trasladan a los hospitales», dijo uno que estaba sentado tres o cuatro asientos a mi izquierda.

Lo mejor de todo ese primer día fue el catedrático de Bioquímica, un hombre ya mayor que, dándole la vuelta a la gran mesa que lo separaba de nosotros, se cruzó de brazos, se apoyó contra el tablero y dijo:

—Buenos días, doctores.

Era una broma, claro, pero casi se me saltaron las lágrimas.

Un chico sentado a mi derecha me dijo.

—¿Cómo te llamas, doctora?

—Lola, ¿y tú?

—¿Yo? José Luis. ¿Nos tomamos luego un café en Filosofía?

Lo estuve mirando de hito en hito durante unos segundos.

—De acuerdo —dije por fin.

Era delgado, moreno, no demasiado alto y tenía cara de golfo. Le caía un mechón de pelo lacio sobre la frente y se había comido las uñas de la mano izquierda hasta la raíz. Cuando vio que le miraba la mano, la cerró.

—¿De dónde eres?

—De Madrid, ¿y tú?

—Ya me parecía que eras una niña fina del barrio de Salamanca. Hueles a perfume caro.

—Y tú, un poco a tigre. —Me puse roja como un tomate porque creo que era la primera impertinencia que le decía a alguien que no fuera conocido.

—Es que no me da para colonias, chica. A lo mejor me puedes prestar un tarro. Igual me pongo tan guapo como tú, que no te falta más que el collar de perlas y el conjunto Escorpión.

Aquello me sentó fatal porque, a propósito, me había vestido con vaqueros y sin ponerme joya alguna. Ni siquiera me había maquillado.

—Idiota —le dije. Y luego insistí—: Que de dónde eres.

—De San Sebastián. Allí le decimos Donostia, pero no a todo el mundo porque, con esto de ETA, te detienen sin preguntar y, hala, al calabozo de la DGS. Para los de aquí, especialmente para los de la Brigada de lo Social, los vascos somos todos terroristas. No sabes cómo lo hemos pasado con lo de Carrero.

—¿Por qué?

Resopló.

—¡Uf!, helicópteros sobrevolando el barrio viejo y la Concha, camiones llenos, pero llenos, de grises cubiertos con cascos aparcados al lado del ayuntamiento. Te paraban por nada y si no llevabas el DNI… a Inchaurrondo.

—¿Inchaurrondo?

—Sí, es el cuartel general de la Guardia Civil. Lo escribimos con tx, Intxa…, ¿sabes?, pero a ellos no se lo decimos porque también eso es sospechoso. En España no hay más ch que la ce hache.

—¡Pero vosotros habéis matado a Carrero!

—¡Pero qué vamos a matar a Carrero! Yo estaba en San Sebastián celebrando la Navidad. Entiéndeme, no es que no celebrara su muerte, pero desde luego no intervine. Ni yo ni el noventa por ciento de los vascos.

—¿Y de qué sirve su muerte?

—¿De qué? Pues para cortarle las alas a los fachas.

Reí.

—Te debería presentar a mi madre.

—¿Sí? ¿Qué le pasa?

—Nada, que está empeñada en que vais a por nosotros.

Me miró a los ojos.

—Yo sí: a por ti.

Me ruboricé otra vez. Decididamente, el José Luis éste me iba a acabar confundiendo con un semáforo.

—No digas tonterías.

—No digo tonterías.

—Bueno.

—¿Por qué estudias Medicina?

—¿Por qué? —titubeé—. Desde siempre he querido. —Reí una vez más pero para disimular mi confusión—. No creas que lo hago porque voy a salvar el mundo o voy a descubrir una cura para el cáncer o me voy a ir a las misiones…

—No tienes pinta de eso, no.

—¿Y tú qué sabes?

—No sé. Sólo digo que no tienes pinta de redentora.

—Bueno. La verdad es que desde hace mucho tiempo decidí que quería curar a gente, ¿sabes? Sólo eso. Sobre todo a niños… Los niños enfermos lo pasan fatal.

—Ya. Premio Nobel. ¿Qué haces este fin de semana?

—Me voy fuera.

—Vaya… ¿Con la gente de tu clase? ¿A la finca de papá?

—No digas bobadas. —De hecho, era verdad que me iba a Villaurbina pero no se lo iba a contar a este descarado.

De golpe, entonces, José Luis pareció desinflarse, como si se le hubieran bajado los humos y toda esta bravata fuera no más que una coraza que endosaba para reforzar el ánimo y vencer su timidez. Me habría gustado que así fuera.

Me acompañó hasta mi R5, todo reluciente. Quise esfumarme y perderme entre la gente antes de llegar al coche, pero no me dejó.

—Vaya —dijo, recuperando de golpe su osadía—. ¿Me das tu número de teléfono?

Me subí al Renault sin contestar, arranqué y le sonreí mientras pensaba: «¡Por Dios, que no se me cale, por Dios, que no se me cale!». No se me caló el motor y pude hacer una salida que me pareció triunfal.

13

Y tú ¿por qué estudias Medicina? —le pregunté el lunes siguiente cuando nos tomábamos un café en el bar de Filosofía.

Se encogió de hombros.

—Ni idea.

—O sea, que te metes en un lío de carrera de diez años y no me digas que tienes dieciocho años porque tienes pinta de mucho más. Para cuando termines serás el decano…

—Veintidós.

—¿Veintidós? ¿Y dónde has estado hasta ahora?

Levantó un hombro.

—Por ahí.

—¿Sí? ¿Haciendo qué?

—Mis cosas.

—O sea, que te haces médico y no sabes para qué.

—No. Perdona: sí sé para qué. Lo que no sé es por qué lo hago.

—¿Para qué?

—Para curar a gente. No como tú, que lo haces para descubrir enfermedades y que te den el Nobel. ¿Montas a caballo? Tienes pinta de montar a caballo.

—¿Y qué? —Me había puesto colorada como un tomate.

—Nada, que yo no. Lo más cerca que he estado de un caballo es de los de los grises en las manifestaciones.

¿Por qué este hombre conseguía ponerme a la defensiva todo el rato, en cuanto abría la boca?

—Pues sí que monto a caballo. Al menos me servirá para calmarlos cuando venga a por mí un gris con la porra levantada. —Sonreí—. Tú ponte detrás de mí, chicarrón del norte, que te ahorrarás algún mamporro.

Sacudió la cabeza con sorna:

—Con esa cinturita no te veo yo haciéndoles frente. Apuesto a que también esquías.

—Como los ángeles —intervino Marta que hasta entonces había estado leyendo un ejemplar de *Pueblo*. Era una perversa.

—No digas bobadas, Marta.

—Y además apuesto a que sólo esquías en Suiza. Sólo que ahí no me ganas, porque yo también. Quiero decir que yo también esquío. No tan fino, porque sólo voy a Baqueira, pero ahí te quiero ver.

—Cuando quieras, pequeño. Si eres tan bueno, te pondré a hacer carreras con Paquito Fernández Ochoa, que éste va a ganar las olimpiadas.

—Mira —dijo Marta de pronto—, ahí va Borja.

En efecto, mi hermano acababa de entrar en el bar acompañado por una chica rubia con aire de americana.

—Borja, ¿eh? —dijo José Luis—. ¿Es tu novio? Tiene una pinta de señorito que no puede con ella. ¡Cono! Se ha puesto hasta el colrulé negro para parecer proletario.

—Es mi hermano —dije sin moverme para que Borja no me viera. Marta volvió la cabeza hacia mí y sonrió—. Y se viste siempre de lo mismo. Estudia arquitectura. —Como si eso le quitara el estigma.

—Ya me parecía igual de guaperas que tú. ¿Cuántos jerséis iguales tiene? Porque yo sólo tengo uno. ¿También monta a caballo?

—Pero ¿tú eres tonto o qué? —Me puse de pie—. Me voy a clase.

Andando hacia la facultad, le pregunté a Marta:

—Oye, ¿a ti no te molesta que Borja ande con otras chicas?

—¿A mí? ¿Por qué me va a molestar? Él sabrá.

—Creí que…

—Las apariencias engañan, chica.

Luego, ya en clase, José Luis me ignoró del todo. Sólo al final, cuando recogíamos los textos, me pasó una nota escrita a lápiz en un trozo de papel doblado. «¿Te vienes a bailar esta tarde a la Boîte del Rugby? Di que sí, anda». Le miré e hice que no con la cabeza.

—¿Qué te dice ése? —preguntó Marta mientras íbamos hacia el coche.

—Nada, que me quiere llevar a bañar esta tarde.

—¡Venga ya! ¿A dónde?

—A un sitio que se llama la Boîte del Rugby. No sé ni dónde está.

—Boîte. Vaya cómo son éstos. Es una discoteca aquí al lado, en la pista de atletismo detrás del colegio mayor brasileño.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—He ido con Borja.

—¿Mi hermano?

—Sss. ¿Vas a ir?

—Ni hablar. Mamá me mata. Oye, ¿de verdad que a ti no te molesta que Borja ande con otras chicas?

—¿Por qué? El mundo es libre, ¿sabes? Él no me pregunta y yo no le pregunto. No me he casado con él, ¿eh? ¿Vas a ir a la Boîte con José Luis o no?

—No sé. No sé lo que hacer con mamá.

—Ya eres mayorcita, Lola, y además no se va a enterar.

—Ya, no se va a enterar. ¡Dios mío! ¿Y eso qué es? —exclamé señalando hacia una confusión de gente que, un centenar de metros más allá de donde estábamos, parecía correr, dispersarse, volver atrás y saltar adelante, todo al mismo tiempo. Un muchacho vino corriendo hacia nosotras con cara de pánico hasta que se detuvo a unos pasos de donde estábamos. Se volvió a mirar hacia la conmoción y se quedó quieto, como si no pasara nada. De pronto, unos grises, tres o cuatro, se separaron del grupo y echaron a correr hacia donde estábamos todos los demás. Llevaban las porras desenfundadas en actitud amenazante. Me pareció que corrían a tontas y a locas sin saber muy bien lo que hacer. A un hombre de mediana edad, que se había detenido a un costado de la gran explanada que bordeaban las Facultades de Medicina, Farmacia y Odontología, y que se mantenía inmóvil por si acaso, uno de los policías le propinó al pasar un porrazo en un hombro. Me dio tiempo a ver que el hombre doblaba una rodilla, al tiempo que oí la voz imperativa de José Luis que nos gritaba «¡atrás, atrás!» a Marta y a mí. Nos agarró por un brazo a cada una y tiró de nosotras hacia la escalinata y el interior de la facultad.

—Aquí no nos pasará nada —dijo jadeando.

Cortada la respiración, tuve que dejar pasar unos instantes antes de poder decir nada. Marta también jadeaba pero había en su cara una expresión excitada, casi sonriente.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté. Me latía el corazón desbocado. Sentí pánico de golpe y me puse a temblar. Tenía

las rodillas flojas—. ¿Habéis visto cómo venían? Al pobre señor casi lo tumban…

—Es un catedrático de Odontología.

—¡No me lo puedo creer! Pero ¿a qué viene todo esto?

—Si fueras de San Sebastián, estarías acostumbrada, chica. Eso es lo que se llama una carga policial de las fuerzas de seguridad, que se han visto obligadas a utilizar sus defensas para dispersar a una muchedumbre de peligrosos elementos.

—¡Pero si eran cuatro gatos! —exclamé.

—Cuatro gatos, pero peligrosos al fin. Elementos disolventes de la sociedad, ya sabes. No, no sé lo que habrá pasado, pero no es nada nuevo. Esto, en la universidad, es el pan nuestro de cada día, ya veréis. Están ahí en el jardín, sentados en una asamblea, qué sé yo, para redactar algún manifiesto, una cosa más bien inofensiva, y de pronto llegan quince o veinte fachas con el pelo engominado y guantes negros y se ponen a sacudir. Como son unos descerebrados, en vez de ilustrarse, se pasan el día en el gimnasio y están cachas, de modo que sacuden la badana a los pobres compañeros sin que éstos tengan fuerzas para defenderse. Y entonces —añadió levantando un dedo—, llegan los grises, se ponen de parte de los fachas y también sacuden a los de la asamblea libre. ¡Ya!, libre.

—Gracias por sacarnos de ahí. Porque nos habrían cascado a nosotras también.

—Seguro… Pero no tiene mérito. A vosotras, que sois muy finas, nunca os ha pasado esto. Yo tengo costumbre. Costumbre de correr, vamos.

Marta rió.

José Luis nos miró a las dos.

—Ahora en serio —dijo—, tenéis que andar con cuidado e intentar no meteros en líos. Para eso estamos los demás. De

verdad que hay muy mala gente por ahí y no se andan con remilgos. Cuanto más monas y más finas, más arriesgáis. Y otra cosa, Lola. En la Boîte del Rugby es en el único sitio en el que no hay grises ni fachas. De modo que no corres ningún peligro yendo conmigo esta tarde. —Me miró serio de hito en hito y de pronto soltó una carcajada. Tenía los dientes muy blancos y los labios algo espesos. Creo que me conquistó entonces.

—Sí, pero están los panteras como tú, que sois peores que los de las porras.

—De veras, que me voy a comprar una colonia para oler como tú y levantaré el meñique al coger la copa.

Mirando a Marta, dije:

—Se ponen muy pesados, ¿eh?

—¿Qué contestas? ¿Eh, niña bien?

—Uf, bueno, vale, pelma, que eres un pelma. —Me latía el corazón desbocado.

—No te has resistido nada —dijo Marta.

Me encogí de hombros. Se me habían subido los colores.

—Ándate con tiento —me dijo luego Borja en casa antes de comer. Mirábamos por las ventanas del comedor hacia la calle de Serrano.

—¿Por qué?

—Sé lo que me digo, Lola. Está la universidad muy peligrosa… Por mucho que le quitemos hierro delante de los jefes…

—¿Tú también estás con esta historia de que me tengo que quedar en casa no vayan a venir los lobos? De verdad, que pareces mamá.

—No, no lo digo por eso. Oye, guapina, que respirar aires de libertad está muy bien y se ensanchan los pulmones. Es por otra cosa. Te lo advierto porque los peligrosos son los grises y, peor aún, los de la Brigada de lo Social. Sólo quiero

que tengas cuidado con quién hablas y qué cosas haces y a qué sitios vas…

—Oye, Borja, voy con quien quiero y a donde me da la gana.

—Chica, qué bárbara, dos días en la universidad y ya pareces Rosa Luxemburgo. No te estoy diciendo nada, sólo que andes con cuidado. De verdad, Lola, que sé lo que me digo.

—¿De qué habláis? —preguntó mamá entrando en el comedor.

—De nada, de carreras —contestó Borja.

—¿Universitarias o de las otras? —dijo Miguel, que venía detrás de mamá.

—¿Qué otras hay? —quiso saber Javi.

—Nada, Javi, las eclesiásticas, que vas para papa, no hay más que verte.

—¿Eres imbécil o qué?

—Lo que quería decir Borja —insistió Miguel— es que, además de las de provecho, están las carreras que se pega uno huyendo de las cargas policiales…

—Miguel, joé. —Juan, que también acababa de entrar en el comedor, se frotó las manos vigorosamente para disimular. Era un gesto medio de expectación medio de entusiasmo que había copiado de Enrique Lerma, su nuevo jefe. Pero se le notaba la preocupación por lo que pudiera pensar mamá de los peligros de la vida de estudiante, no se le fuera a ocurrir alguna tontería como prohibirme ir a la facultad. En el anular, a Juan le relucía la alianza de oro, bien nueva, sin una sola muesca del uso. Se había puesto bien guapo con el matrimonio; le sentaba bien. Y, por si alguien no fuera capaz de comprender que era un recién casado, detrás, pegada como una lapa, venía Charo, tan asustada de su suegra como de costumbre.

—Qué idiotas sois —dijo mamá con una media sonrisa—. Lo único que queréis es alarmarme. Ahora en serio, Lola, la universidad es un semillero de problemas, pero sé que te andarás con cuidado.

—Sí, mamá.

—No me «simamaees» como si estuviera senil, Lola.

—No, mamá.

—¡Aj! —Se dio la vuelta para mirar hacia la puerta del *office* por donde ya asomaba Benito—. Ya puede servir, Benito. No vamos a esperar al señor, que está a punto de llegar.

—Sí, señora marquesa.

—¿Tú también?

—No, señora marquesa.

—¿Qué hay de comer? —se oyó que preguntaba papá desde la puerta de entrada.

—Menestra y merluza rebozada, señor marqués.

—¡Qué bueno!

Papá siempre vestía impecablemente. Hoy traía un traje de franela gris, la camisa de seda cruda y una corbata azul de Hermes, también de seda, con pequeños dibujos de delfines. Me encantaban sus corbatas y los zapatos ingleses de lazo, brillantes de lo mucho que los cepillaba Benito.

—Papá —dije y fui a darle un sonoro beso en la mejilla.

—Vaya, menos mal que alguien me hace caso. Tengo complejo de mueble.

—No, papá, que te queremos —dijo Pili, sonriendo.

—¿Tú cómo le ves? —preguntó Miguel a Borja.

—Yo, más bien como aparador.

—Yo, como armario Luis XV, que estás engordando, papá.

14

Había bailado agarrado en los guateques. También con Simon en Positano, en mis momentos de mayor coquetería y con un año menos de edad, pero no era lo mismo. Antes dominaba yo. En la boda de Juan hermano tres meses antes había bailado un par de veces con Chema el guaperas (desde entonces, cuñado mío en tanto que hermano de Charo) y lo había pasado bien, pero, con tanto amigo de mis padres, tanto pariente, tanto uniforme de embajador y tanto ministro escudriñándome, o eso me parecía, me había sentido incómoda, no muy a gusto, como si fuera un pato mareado. Sólo me divertí comiendo ensalada de langosta y cuando papá me sacó a bailar un foxtrot, aunque para mí, las estrellas de la noche habían sido Borja y Marta, que no habían parado de bailar y reír. Le pregunté a Marta al día siguiente camino de Villaurbina y puso los ojos en blanco.

En fin. Para la ocasión de la Boîte del Rugby, José Luis se había puesto mocasines, algo pelados en la punta pero, al menos, ligeros, como para bailar. Llevaba calcetines blancos, pantalón pata de elefante y una chaqueta de verano, milrayas. «De Bilbao», me aclaró. Yo me había puesto una falda bastante mini, con pliegues, pero ni mucho menos como las de Mary Quant; más al estilo de las que

intentábamos aparentar acortándonos el uniforme del colegio a base de enrollarlas en la cintura. Las madres nos obligaban a ponernos de rodillas y si las faldas no llegaban al suelo, venía sor Angelines con una tijera y nos deshacía el dobladillo o nos tiraba de la enagua hacia abajo.

La Boîte del Rugby era un rectángulo alargado más bien pequeño, con grandes ventanales a derecha e izquierda que permitían ver los campos de deportes, todavía iluminados por el sol de la tarde.

—¿Qué quieres tomar? —me preguntó José Luis.

—¿Y tú?

—Yo, un cubalibre.

—Pues yo una coca-cola.

—¿Nada más?

—Nada más, que luego os propasáis.

Se sonrojó.

—Yo contigo no me propaso. —Bajó la vista y en voz baja, añadió—: Esperaré a que te propases tú.

—¡Sí, claro! Vas listo, chicarrón de norte. Ya te puedes sentar a esperar.

Bailaba mejor de lo que me esperaba, despacio, con mucho ritmo, un poco como papá pero sin ser papá. De pronto, en un bolero que tocaba la orquestina, un trío que supongo era de mala muerte, aunque no me acuerdo, mientras el vocalista cantaba sin estridencia, me sentí arropada, encajada en el cuerpo de José Luis, como si mi cintura lo hubiera estado esperando desde siempre. Me desconcertó sentirme tan turbada, casi encendida. Suponía que una chica como yo debía ser capaz de controlar estas cosas, pero no me lo esperaba y, por segunda vez en mi vida, me reblandecí por dentro y sentí que perdía la noción, supongo que del tiempo, como si me pudiera importar. Fue como con el esquiador italiano el invierno anterior en

Zermatt, sólo que mucho más intenso, como si una borrachera repentina me hubiera puesto a merced de José Luis, ¡ja!, el embriagador involuntario. Borrachera de los sentidos lo llamaba Marta, que me advertía de estas cosas dándoselas de experimentada y yo la acusaba de ser una cursi.

Suspiré. José Luis debió de notarlo porque se apartó para mirarme. Después, como si fuera lo más natural del mundo, sonrió y acercó su cara a la mía (¡haciendo caritas a la primera, santo cielo!) y siguió bailando como si tal cosa.

Estuvimos allí hasta bien pasadas las nueve y media, casi sin hablar, moviéndonos al ritmo de los boleros y las rumbas y el rock de *Hair*, abstraídos, disfrutando de mi primera intimidad, de mi primer rato sin control.

Por fin miré la hora y exclamé: «¡Dios mío!».

—Corre, ven, te llevo a tu casa y me voy a la mía, que mis padres me matan. ¿Dónde vives?

—No, no, da igual. Déjame en el metro.

—Que dónde vives, anda, no seas pelma.

José Luis suspiró.

—Al final de Goya, en la plaza de Felipe II. Yo te digo.

El portal de la casa donde vivía, una pensión que, según me dijo, era muy barata y admitía estudiantes, resultaba bastante lóbrego; sólo lo iluminaban dos o tres bombillas de débil luz. Pensé en el portal de casa y, por primera vez en mi vida, me dio vergüenza aquella entrada noble que daba a Serrano, con nuestra escalera a la derecha, alfombrada hasta arriba y decorada con grandes tapices en las paredes; por su parte, la escalera que subía a los tres pisos superiores, con un ascensor antiguo en el centro, de los de cristales biselados y madera de caoba, quedaba a la izquierda, enseguida después de la jaula acristalada del portero y el acceso a la escalera de servicio, que era lo

primero con que se topaba uno al entrar. Al fondo del portal, la puerta de cochera daba al patio donde guardábamos los coches.

—No es lo más bonito de Madrid —dijo José Luis—, pero es barato y el metro me deja en Arguelles…

—Pero ¿no te iría mejor un colegio mayor?

Rió.

—¡Claro! Y un chófer a la puerta con el coche de papá. —Me apoyó una mano en el brazo—. Perdona, Lola, no me quería meter contigo. No me lo tengas en cuenta, que ahora me voy a ir solo a la cama, así, solo y triste, a recordar tu cintura y tu jersey de angora dándome calor.

Me puse como un tomate y, para disimular mi confusión, dije:

—No era de angora, idiota. Era de Shetland.

—Uuuh, de Shetland, nada menos.

—No seas imbécil.

—¿Te veo mañana? ¿Quieres que vayamos a bailar? Dime que sí y haré una colecta entre mis compañeros.

—No seas tonto. Anda, bájate, que me tengo que ir a casa.

Se inclinó hacia mí para abrir su portezuela y, de pronto, muy deprisa, me dio un beso furtivo en los labios y salió del coche de un brinco.

—¡Idiota! —exclamé. Decididamente estaba utilizando un vocabulario más bien restringido de insultos y tontunas.

Quise arrancar y, como era de esperar, se me caló el Renault. No quise ni mirar hacia donde estaba José Luis y, por fin, pude marcharme con la dignidad casi intacta y la boca llena de ensoñaciones.

—¿Y a ti que te pasa? —preguntó Miguel cuando nos sentamos a cenar. Por suerte, mis padres habían salido a un cóctel seguido de comida y no estaban en casa al llegar yo.

—Nada. ¿Qué me va a pasar?
—No sé, tienes cara de pasmarote.
—Déjame, anda.
Mi hermano se encogió de hombros y reabrió el libro que tenía cerrado sobre su dedo índice. Lo colocó encima del plato y se puso a leer como si eso fuera su cena. Era de la colección Penguin, una novela de Evelyn Waugh, me pareció.
Cenábamos en el comedor de diario. Pili no estaba. Supongo que había ido a hacer manirás con el pobre Perico a Parsifal o al Whisky and Jazz. Perico había aprobado las oposiciones y, como estaba previsto, pediría la mano de Pili ese mismo otoño o, todo lo más, en enero. Como de costumbre, mamá había acertado al fijar la fecha con meses de antelación, dando por hecho que el chico cumpliría.
Javi bendijo la mesa. Lo hacía siempre. Borja estaba en las musarañas y Miguel, a quien la religión dejaba indiferente, seguía leyendo como si tal cosa.
De pronto, desde detrás de la puerta del *office*, asomó la cabecita de la Chispa. Venía recién bañada, con una bata rosa muy cursi, lista para irse a la cama, girando por todo el comedor como una peonza y riendo como un gorrión.
—Vamos, Chispa —dijo la tata María, apareciendo detrás de ella—. A la cama, pilla.
—No María, anda —interrumpí—, déjamela un rato y luego la llevo yo. Que no la veo nunca.
La Chispa se abalanzó sobre mí y se encaramó a mi silla. Agarrándose de mi cuello, se sentó a horcajadas sobre mis muslos.
—Hey, pilonga, que eres una pilonga, te ha hecho dos trenzas la tata, ¿eh?
—Sí —contestó la pequeña y se apretó contra mi pecho.
—Pues estás muy guapa.

—Sí.

Flor, la vieja cocinera, entró cojeando en el comedor. En las manos todas retorcidas por la artrosis, traía una fuente con una enorme tortilla de patatas encima. Fue recibida con una aclamación general.

—Anda, que estáis más tontos que qué… Venga, María, llévate a la niña que a éstos se les enfría la tortilla.

Flor no quería vivir en casa; tenía su propio piso cerca de la avenida de América y lo compartía con una hermana costurera a la que un año antes habían diagnosticado alzhéimer. Balbina, que era como se llamaba la hermana, siempre venía dos veces por semana a coser a casa. Cuando se enteró de su mal, mamá dijo que iba a conseguirle una residencia de la Seguridad Social para que la pobre fuera internada o, si no, que pagaríamos una privada. Meses después, Balbi dejó de venir; entonces la sustituyó Luisa, que era un sol de persona, siempre algo asustada por sus hijos y por el marido, que era inspector de policía. Además de coser, Luisa limpiaba la plata y si no estaba Flor, que libraba los domingos, hacía una tortilla casi igual de buena. No quería que se enterara porque no se llevaban muy bien y Flor, que, además de malhumorada, era muy celosa de sus competencias en la casa, se enfadaba con ella. «Bastante tengo con mis hijos», decía Luisa. Cuando se casó uno de ellos, fui a la boda en Torrejón de Ardoz.

La mayor parte de los días Benito recogía a Flor en su casa y luego la volvía a dejar por la noche. Una vez que, en octubre o noviembre del 75, más o menos un año después del momento «primer baile con José Luis», estuvo cenando en casa José Solís, que entonces era el ministro encargado del inmutable Movimiento, se empeñó en que saliera la cocinera a saludar para que él pudiera felicitarla por la espléndida comida. Los hermanos que estábamos cenando

en el comedor de diario nos enteramos de aquello y fuimos en tropel a darle la enhorabuena a Flor. Nos miró a todos con el ceño fruncido y, sacudiendo la cabeza, dijo:

—¡Payaso!

Eso me parece que también opinaba de él papá. Aquella misma noche, después de la cena, nos contó que el caudillo, ya gravemente enfermo, casi agonizante, acababa de encomendar al ministro inmutable un viaje a Marruecos para, gitaneando con el rey Hassan II («gitaneando», había dicho Franco, «gitaneando», le repitió Solís a mi padre), salvar lo que pudiera salvarse del desastre del Sahara, después de la Marcha Verde, el fracaso de la resistencia del Ejército español a entregar el territorio y el desastre de la misión del príncipe, que había ido a animar a las tropas («Le aconsejé que no fuera pero, qué queréis, no tuvo más remedio»).

—¿Creéis posible un lenguaje tan burdo? —exclamó papá —. Hombre, sé que no estamos en el Congreso de Viena, pero, caramba, una expresión un poquito menos chusca le daría a la misión de Solís en Rabat un barniz algo más diplomático. No nos quedan muchos amigos en el mundo, qué se le va a hacer. En fin, me ha dicho que tengo que ir con él. ¿Para qué? —concluyó sacudiendo la cabeza. Entonces Miguel le preguntó si creía que mandaban a Solís porque hablaba el mismo lenguaje que Hassan II y de este modo conseguiría hacerse entender y acabaría convenciendo al rey. Papá lo miró con el ceño fruncido—: El rey de Marruecos es bastante más fino que eso y la gente en España se equivoca si cree que es sólo un moro de mierda con el que se puede chalanear así como así. —Dijo «¡moro de mierda!», de verdad, de verdad que lo dijo. Me quedé muda de la sorpresa: muy enfadado debía de estar papá para decir una grosería semejante. Nunca antes le había

oído soltar un taco o recoger una expresión tan despectiva respecto de nadie.

Se encogió de hombros:

—De todos modos, lo mejor que nos puede ocurrir es que Marruecos se quede con el Sahara y nos deje en paz. Bastante tenemos con lo que está a punto de pasar aquí.

—¿Crees de verdad que hay que soltar el Sahara así, sin más? —preguntó Borja.

—No, hijo, no lo creo. Creo que tenemos obligaciones internacionales que respetar y obligaciones con los saharauis y que deberíamos de quedarnos allí incluso a riesgo de una guerra con Marruecos.

—¿Y entonces?

—Pues… que una cosa es enseñar los dientes, y eso lo puedes hacer si eres Estados Unidos, y otra es plegarse a las circunstancias en un momento de especial debilidad como ahora, con el caudillo en el lecho de muerte y la incógnita del futuro. Hay que hacer lo que hay que hacer, incluso si es tapándonos la nariz.

Para entonces, todo en España estaba ya mal y los hermanos entendíamos que papá viniera caliente del trimestre horroroso que le había tocado vivir. Faltaba apenas una semana para que muriera Franco, el ejército acababa de fusilar en septiembre a cinco chavales y en Europa se había armado la gorda, como decía Miguel: hasta nuestra embajada en Lisboa, el palacio de Palhavá que mis padres conocían tan bien, había sido asaltada y casi destruida por masas de manifestantes indignados con las ejecuciones. «Comunistas», dijo mamá, escandalizada, «se han llevado hasta la plata».

15

En la primera asamblea de estudiantes a la que asistí justo antes de las Navidades de 1974 la confusión era tan grande que aquella reunión, celebrada en el paraninfo de la Facultad de Derecho, acabó desconcertándome por completo. No era sólo el esfuerzo de enterarme de lo que estaba pasando en medio del ensordecedor griterío, sino la dificultad de asimilar un montón de cosas que oía por primera vez y que en el fondo me asustaban porque intuía que atacaban el corazón de los valores de nuestra gente. De los de papá, de los de mamá, de los míos.

—Quédate después de clase, anda —me había dicho José Luis.

—Bueno —le contesté—. ¿Para qué? —aceptando a ciegas. Marta decía que José Luis me tenía sorbido el seso.

—Te voy a enseñar cómo pensamos y luchamos el otro noventa y cinco por ciento, los que no somos cuerpo celeste como tú.

—Imbécil.

Cuando entramos en el paraninfo, estaba abarrotado. Habría unas trescientas personas ocupándolo y, salvo cuatro o cinco que se habían subido al estrado para dirigir o, más bien, intentar dirigir la asamblea, ninguno de los demás tendría más de veintidós o veintitrés años. No conocía a

nadie o por lo menos, en aquel primer instante, no fui capaz de reconocer a nadie.

Varios de los chicos aquéllos intentaban hablar al mismo tiempo y no me aclaraba de si se estaban interrumpiendo unos a otros o si mantenían una discusión que nadie que no estuviera cerca podía comprender. La mayoría de los que estaban allí fumaba, de tal modo que flotaba en el ambiente una neblina que lo hacía todo impreciso y un olor desagradable, mezcla de humedad de ropa mala y tabaco rancio. Me picaban los ojos. Hacía un calor horrible y enseguida me quité el abrigo; menos mal que debajo sólo llevaba una blusa de algodón (y menos mal que José Luis no sabía que la había comprado el día antes en una tienda que estaba de moda en la calle Serrano en la esquina de casa: me habría tomado el pelo sin piedad).

Al cabo de unos momentos pude distinguir a Marta y Borja sentados cuatro o cinco filas más abajo. Estaban muy juntos y se los veía concentrados en escuchar al orador que tenían más cerca.

—¡Compañeros! —decía éste. Tenía la tez muy oscura y el pelo negro y ensortijado y grandes patillas que le llegaban hasta más de la mitad de la cara. Cuando hablaba, no paraba de gesticular. Llevaba puesto un grueso jersey de lana gris que debía de estar dándole un calor horroroso. Pero no parecía notarlo.

—Es Julián Gómez… de la Liga Comunista Revolucionaria —me dijo José Luis al oído.

—¿Qué?

—LCR. Son trotskistas. Ya te acostumbrarás. Hay siglas de partidos de extrema izquierda para aburrirse.

—¡Compañeros! —Se produjo un relativo silencio en la asamblea—. ¡Compañeros!

—¡Dejadle hablar, cono!

—Estamos aquí porque queremos, ¡no!, queremos, no: debemos mostrar al tirano un frente unido de todos los universitarios de Madrid. Reconozco a compañeros de casi todas las facultades y de las escuelas de ingenieros. —Miraba a su alrededor e iba saludando con la cabeza o señalando con la mano a muchachos, Borja incluido, con los que evidentemente tenía una relación cómplice—. Ésta es hoy nuestra lucha, la lucha que no supieron pelear nuestros padres para librarnos del tirano. Es a nosotros, a nuestra generación, a quien nos corresponde acabar con él y con toda su corrupción, con sus asesinatos y su bestialidad. —¡Dios mío! Nunca hasta aquel momento había oído hablar de Franco en esos términos: me dio vergüenza ajena, como si alguno de los míos fuera a enterarse y protestar o recriminármelo. El silencio en el paraninfo era ahora absoluto—. El día de mañana nos reconocerán porque fuimos nosotros los que triunfamos contra el régimen fascista. Estamos aquí hoy, 15 de diciembre, porque vamos a redactar un manifiesto, el manifiesto de la Universidad Complutense sobre la libertad y la democracia. Queremos que se nos reconozca nuestra libertad, que se reconozca que tenemos capacidad soberana de decidir y que estamos irrenunciablemente contra la tiranía. ¡Compañeros! El régimen de Franco, la oprobiosa dictadura de cuarenta años se cae a pedazos. Y nosotros la vamos a acabar de hundir en el infierno… Pero debemos hacerlo todos, toda la Complutense en pleno, para que se enteren…

Sus palabras fueron acogidas con un rugido de entusiasmo, una salva de silbidos y gritos, una ovación cerrada. Vi que Marta se ponía de pie con los brazos en alto y parecía bailar, moviéndolos a derecha e izquierda. Borja tenía la cara levantada hacia ella y sonreía. Detrás, justo detrás de ellos, una fila más arriba, un chico que me pareció

más joven que la mayoría, con el pelo oscuro y lacio cayéndole sobre la frente, la miraba sin moverse, con total frialdad, me pareció. Al cabo de un momento, volvió la cabeza y fijó sus ojos sin pestañear en José Luis. Tenía la boca apretada con un gesto hosco y apenas se le distinguían los labios. Aquella mirada tan intensa me produjo una sensación de desasosiego en la boca del estómago. Me volví hacia José Luis y le tiré de la manga para llamar su atención, pero ya Julián Gómez había reanudado su discurso y se me pasó la ocasión.

—¡No es hora de medias tintas!

—¡No, no! Llega nuestra hora —saltó otro, poniéndose de pie.

—¿Y ése?

—¿Ése? —dijo José Luis—. Juraría que es del Opus Dei. ¿No le ves la pinta de meapilas? Son los peores, Lola, porque tienen gente para todo, unos tan a favor que parecen Trotsky, otros en contra como si fueran el mismísimo Franco… bah, qué más da: no hay que fiarse de ellos porque son unos traidores y denuncian a la gente…

—¡Venga!

—Lo que yo te diga.

No quise darle la razón, pero seguramente la tenía porque, a su lado, con la cara guapa y reluciente que conocía tan bien, estaba la babosa, la futura doctora Lidia Marugán, mirándolo con arrobo.

—¡Amnistía! ¡Amnistía! —Otro joven, éste con pinta de obrero, de Comisiones Obreras dijo José Luis, se había levantado como un resorte cerca del chico del Opus y con voz más bronca y más potente, había callado a su vecino.

—Amnistía sí —bramó entonces Julián Gómez, pero el hechizo se había acabado y tuvo que interrumpirse, ahogada su voz por las del gentío que volvía a atronar desde

cada esquina: unos, puestos en pie, gesticulaban y gritaban intentando imponer su opinión sobre el futuro manifiesto o sobre el momento de la lucha contra Franco o sobre las huelgas que les parecían necesarias; otros, sentados sobre los pupitres corridos del gran salón, no hacían demasiado caso a los oradores y leían, a veces a gritos para hacerse oír, periódicos y papeles y comunicados de las sindicales obreras; otros más clamaban desde las escaleras laterales y muchos discutían con los vecinos, en corrillos que parecían hacer caso omiso de lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

Uno de los jóvenes un poco mayores que estaba en la mesa principal intentando moderar aquel guirigay se giró en dirección a nosotros de tal modo que pudimos verle bien la cara.

—Ése es de la ORT, la Organización Revolucionaria de Trabajadores…

—¡Venga ya! —exclamé.

—Que sí, que son los maoístas, Lola…

—Que no, que yo a ése lo conozco bien y es un señorito…

—¿Sí? —José Luis me miró con cara de sorpresa—. Si es Javier Rosales…

—Pues por eso. Ése es amigo de Juan hermano. Ha pasado temporadas en la finca con nosotros… ¡Si es don remilgos, cómo va a ser maoísta!

—Pues te juro que lo es, es uno de los líderes de la ORT…

—¡Vaya! Mírale… El señorito rojeras. ¿Estás seguro de que no es un traidor… no sé, un soplón de la policía? —Se me ocurrió de pronto de esta manera porque me parecía imposible que el Javier al que yo conocía representara al maoísta revolucionario tipo. Menuda broma.

—Que no. Te lo juro. Todos aquí lo conocemos. Éste ha estado en los calabozos de la DGS detenido. Hasta parece que lo torturaron…

—¿De verdad? ¿Y cómo no nos hemos enterado? Tengo que preguntarle a Borja hermano… No sé, José Luis, a lo mejor estoy equivocada.

—Mírale, está hablando.

—¡Compañeros! —clamó Javier en ese momento—. Estamos llegando al punto final. Ha llegado el momento de la revolución, de que los explotadores paguen por haberse pasado cuarenta años robando al pueblo, explotándolo, torturándolo…

—No me lo creo —dije para mí, sacudiendo la cabeza.

—Debemos… nos ha llegado el momento, compañeros…

—¿Y eso cómo se hace? —gritó uno desde las últimas filas del aula.

—¡Sí! ¿Cómo se hace? —preguntó otro a pocos metros de dónde yo estaba.

—Claro, camarada Rosales —insistió el primero en un tono que me pareció burlón—, ¿cómo se hace? Porque déjame que te recuerde quién tiene las armas en este país, quién tiene los medios de represión, quién es capaz de sacar los tanques a la calle… Nosotros no, desde luego. Son ellos, ellos, los de ahí fuera, grises y fachas.

—Debemos hacer acciones puntuales que contribuyan a desestabilizar al régimen. —Puede que fuera idea mía, pero me pareció que en aquel momento «el camarada Rosales» titubeaba un poco, como si no estuviera muy seguro de lo que decía o de lo que proponía. Manías mías.

—¿Con el TOP de por medio?

—¿Qué pinta el Tribunal de Orden Público en todo esto?

—¿Necesitas que te recuerde el proceso 1001? ¿Te acuerdas de las condenas que les cayeron a los camaradas de Comisiones? ¡Veinte años a la mayoría de ellos! ¡Veinte años!

—¡Les forzaremos a dar la amnistía!

—¡Un momento! —interrumpió Julián Gómez—. Nosotros, los de la universidad, no tenemos capacidad de emprender acciones violentas por las calles. Podemos manifestarnos, sí, podemos hacer huelga. Podemos ocupar las plazas, sí…

—¡Podemos arrancar adoquines y levantar barricadas!

—¡Arroja la bomba que escupe metralla! —se puso a cantar uno con cara de loco. Entre todos lo hicieron callar, abucheándolo, y tuvo que sentarse con cara de desconcierto.

—¡Justo eso! Somos capaces de resistir, compañeros. Tenemos capacidad de resistencia. ¡Ésa es nuestra fuerza! Y huevos para hacer frente a los grises que, como decís, nos esperan ahí fuera —señaló a la ventana con el brazo extendido—. No os engañéis: están ahí fuera y en las calles de Madrid y en las de Barcelona. Pero les demostraremos que su violencia es estéril y los derrotaremos. ¡Si son gente como nosotros! Tienen miedo como nosotros… Pero ¿les habéis mirado a la cara?

—Sí, pero no se la vimos porque la tenían tapada con el casco.

Hubo una carcajada general.

—Y cuando le iba a mirar a los ojos y decirle que le quería, me sacudió con la porra…

—Dejaos de tonterías, que esto es muy serio. Ha llegado el momento de redactar un manifiesto exigiendo la amnistía para todos los presos políticos, para los del 1001, exigiendo libertad para todos los españoles, exigiendo libertad de cátedra y de enseñanza…

—Exigiendo que devuelvan sus cátedras a los que se las quitaron por apoyar a los estudiantes, a Tierno, a Aranguren, a García Calvo… —intervino uno más.

—Servirá de poco.

—Pero servirá. —El que había pronunciado esas dos palabras tenía una voz profunda, fuerte y tranquila. Era más sólido que grande e iba pulcramente vestido con un jersey azul oscuro y un pantalón de lana también azul. Estaba una fila más abajo que nosotros y su presencia parecía llenar el salón. A mi lado, José Luis se removió inquieto.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Ése es Iñaki Arritzabalaga.

—¿Y?

—Lo conozco bien de San Sebastián. Todo el mundo allí sabe que es de ETA. Hasta se dice que era uno de los del comando que mató a Carrero. Realmente arriesga viniendo aquí, a Madrid. Como lo pillen, lo filetean. Por eso le respetan tanto…

De golpe se me puso la carne de gallina. Miré detenidamente a aquel hombretón, un tipo serio de cara bondadosa, joven y barbilampiña. La verdad es que no daba sensación de amenaza, pero su aura de etarra imponía mucho.

—Dios —me dije en voz baja—. ¿Te das cuenta?

Me sentí hipnotizada, completamente incapaz de moverme o de apartar la vista de él; sólo pude agarrar con fuerza la muñeca de José Luis. Héroe o asesino, mesías o demonio, la presencia allí, a dos pasos, de este mito (supongo que era un mito, ¿no?) de la lucha clandestina, en el mismo espacio que ocupaba yo, ahí, al alcance de mi mano, era lo más fuerte que me había pasado en la vida. ¿Asustada? ¿Excitada? No lo sé. Ahora que lo revivo, más bien lo segundo. Y me dio un escalofrío culpable. Se me agarrotó el vientre; debería decir «tripa», pero el momento era demasiado solemne para usar un término tan vulgar; todo mi cuerpo se revolucionó. José Luis debió de intuirlo

porque se volvió hacia mí y estuvo un rato mirándome fijo con el ceño fruncido. Pero no dijo nada.

Una vez más, las voces callaron y de nuevo se hizo un silencio absoluto en el paraninfo, como si le hubiera caído una manta húmeda encima.

—Camaradas, todas estas disquisiciones son una pérdida de tiempo —empezó Iñaki Arritzabalaga—. Éstos son momentos para la acción y no para la discusión. Hace un año, un grupo de valientes os señaló el camino a seguir. Acción. Acción y más acción. Si no hubieran decidido actuar, aún estarían discutiendo del sexo de los ángeles y el almirante seguiría firmando sentencias de muerte. Ahora ya no está y el régimen ha quedado tocado de muerte. Da zarpazos, pero sabe que sus días están contados… El manifiesto servirá porque lo apoyaremos nosotros por las calles de todo el país y convenceremos a los burgueses y se unirán a nosotros.

José Luis se volvió inquieto a mirar hacia atrás. En estas asambleas, me había dicho, siempre había soplones, cuando no agentes de la Brigada de lo Social, cuando no falangistas que luego esperarían fuera para pillar a algún rezagado o a un grupo poco numeroso para sacudirles la badana, decía.

Yo también me puse a escudriñar a la gente, aunque no sabía qué señal de aviesa intención o qué expresión de odio debía adivinar en uno o diez o cien de los presentes. ¿Sería aquél que apartaba la vista, aquel otro que resoplaba o aquél de la sonrisa suficiente? Y de pronto me topé con la mirada del muchacho que me había inquietado un rato antes, pero él enseguida desvió los ojos. Me quedé paralizada de miedo. Y unos segundos después volví a tirar de la manga de la chaqueta de José Luis para llamar su atención.

—Allí —dije, señalando al chico con la barbilla. No nos miraba ya.

—¿Qué?

—Ése es uno. —¿Uno qué?

—Uno de los... malos, de los enemigos, vamos. —Pero ¿qué dices, Lola?

—Mírale... Ahora está mirando a Borja hermano y a Marta. Me da miedo, José Luis.

—Tranquila, que éstas son las cosas que pasan últimamente. En las asambleas se dice de todo y parece que vamos a ir todos detenidos a la DGS. ¿Te lo imaginas? Trescientos tipos en los calabozos de la Puerta del Sol. ¡Si no cabemos! Bah, siempre es lo mismo. Todos tomamos nota de quiénes son los enemigos, nos miramos con truculencia, parece que nos vamos a matar, nos damos unas cuantas tortas en la calle y no pasa nada. Y hasta otro día. No te preocupes, anda. El único que tiene que andarse con cuidado es Iñaki, pero supongo que tiene la salida bien preparada y protegida. Y tú y tu hermano, aunque es de los socialistas, y su chica, que sois gente fina, de la misma clase que los fachas, estad ojo avizor. Pero no os preocupéis de los fachas. —Fue el único consejo de José Luis al que no debí hacer caso, Dios mío—. A los únicos a los que tenéis que temer es a los de la Brigada de lo Social, que no distinguen un polo Lacoste de una camiseta de Galerías Preciados.

—Sólo sé una cosa, compañeros —continuó Julián Gómez —, sé que nosotros somos los únicos dispuestos a hacerles frente. Por eso —señaló a Iñaki sin nombrarlo—, debemos seguir adelante con el manifiesto, redactarlo y distribuirlo a todo el mundo... Aquí y fuera. Se lo daremos a Nováis y lo publicará *Le Monde* y así se enterarán fuera de lo que pasa aquí dentro.

—¿Y quiénes firmaremos? —El que había hablado era un hombre flaco, enjuto, de aire casi fanático y mayor que todos nosotros; llevaba una camisa a cuadros y, debajo de ella, un jersey de cuello alto negro. Tenía el pelo escaso, entreverado de gris y aventado, como si se hubiera puesto el pulóver sin después alisárselo—. ¿Quiénes firmaremos? —repitió para mayor énfasis.

—Damián Santisteban, cura obrero —me aclaró José Luis, pero yo ya lo conocía. Me lo había presentado Javi hermano un día a la salida de misa en los jesuitas de Serrano.

—Firmaremos todos, Damián —dijo Julián Gómez—, todos los que estamos aquí hoy y todos los que se quieran sumar.

—Es que la Iglesia tiene que estar presente…

—Sí, bajo palio, ¿no te jode? ¿Y por qué no Peret y el *Porompompero*? —saltó otro desde la primera fila. Llevaba el antebrazo y la muñeca escayolados; debía de ser una rotura vieja porque la escayola estaba muy sucia y pintarrajeada.

—No hablo de esa Iglesia del régimen, hablo de la Iglesia de los pobres, la de nuestros hermanos.

—Un respeto —interrumpió Iñaki—. Que al obispo Añoveros casi lo echan de España por una homilía defendiendo la diversidad de los pueblos de este país.

—¡Al grano, compañeros! —cortó Javier Rosales—. Propongo que se constituya un comité de redacción y que mañana a más tardar colguemos el manifiesto en los cartelones de anuncios de las facultades y le entreguemos una copia a Nováis.

—¡Bien! —un grito al unísono.

—El comité de redacción estará compuesto por los de esta mesa más Julián Gómez, el compañero —señaló al etarra con la barbilla—, el cura Santisteban, Ruiz de Olara —di un respingo al oír el nombre de Borja, y José Luis me

apretó el muslo—, los tres de Comisiones y el camarada del PSP que representa al viejo profesor Tierno. ¿Hay acuerdo?

—¡A mano alzada!

Una nube de manos se levantó y así se dio por aprobada la moción.

—Los demás, tranquilos a casa.

Nos estaban esperando. Ya lo creo que nos estaban esperando: un frente de grises, todos con el casco puesto y las porras desenfundadas. Detrás de ellos, más grises llevaban fusiles preparados para disparar balas de goma y, en medio de todo, siete u ocho montados a caballo, también con las porras en la mano. Aquel dispositivo lo mandaban un capitán y un teniente, me dijo José Luis, que en esto de las estrellas en la bocamanga se manejaba bien. Nos iban a masacrar.

Todos, estudiantes y policías, nos quedamos inmóviles, nosotros en la escalinata de la facultad, ellos, al otro lado de donde se aparcaban los coches, justo entre la calzada y el jardín al fondo del cual estaba la Facultad de Filosofía. Creo que todos teníamos el mismo miedo.

—Es el momento de que demuestres tu dominio con los caballos —me dijo José Luis en voz baja, pero luego me apretó la mano para que supiera que era una broma e infundirme confianza—. A ver quién echa a correr primero.

—Espera —exclamé de pronto—. Esperad.

—¿Qué? ¿Pero qué haces?

No sé qué clase de locura me impulsó a hacerlo. Es posible que pensara por instinto que a mí no me iban a hacer nada. Tonterías de una insensata. Muerta de miedo, me abrí camino entre todos los que estábamos allí, bajando los anchos escalones, sorteando a unos y otros hasta que llegué a la calzada. Entonces anduve unos pasos más y me

paré, allí en medio, Dios mío, me iban a matar. El corazón me latía desbocado. Sentí que, de puro pánico, se me habían saltado las lágrimas y me corrían por las mejillas. Sólo los caballos piafaban y se agitaban inquietos. Dos o tres recularon contra los grises de a pie. Pero los caballos no me inquietaban.

El capitán, que estaría a unos diez metros de mí, levantó la mano derecha y dijo:

—Deténgase.

Como si yo no estuviera ya más parada que una estatua.

—Oiga —carraspeé porque no me salía la voz—, oiga, señor…

—Capitán.

—Eso, capitán.

El capitán miró detrás de mí. Volví la cabeza y, allí, a pocos pasos estaban José Luis, Borja y Marta que se habían puesto delante de todos los demás. Alcé una mano para que no se movieran, por favor, que no se movieran. Noté, sentí en el estómago, que la fila de grises se agitaba y, volviéndome de nuevo hacia ellos, mantuve la mano levantada, pero ni siquiera me di cuenta. No sabía lo que hacía con mis gestos.

—Oiga, capitán. Ninguno quiere líos. Nadie quiere pelea ni follón. Sólo queremos irnos a casa. Ha sido un día muy largo. Estamos cansados, tan cansados como ustedes. Y yo, yo al menos, tengo muchísimo miedo. ¿Por qué no nos deja que nos vayamos en paz?

—Acérquese.

Me acordé de que cuando ordenaba al Ton, mi perro labrador, que acudiera, tardaba unos segundos en decidirse a venir hasta mí, como si temiera que lo fuera a castigar.

No me moví. Y el capitán dijo:

—Venga aquí.

Entonces eché a andar, remolona. Cuando llegué a su altura, sonrió, tenía una bonita sonrisa.

—Tiene usted más valor que todos ésos, que todos sus compañeros.

—Se equivoca. Ellos están dispuestos a pelear y a que ustedes los machaquen con sus porras. Yo sólo quiero irme a casa. —Suspiré—. ¿Qué tengo que hacer?

—Diga a sus compañeros que se pongan en fila de a dos y que salgan por aquí en medio. —Me parece que este capitán no tenía muchas ganas de guerra.

—¿Puedo pedirle una cosa?

—Dígame.

—No les haga sentir que los ha vencido. No los humille. —Todavía no sé qué me impulsó a decir semejante tontería. ¿En qué estaría pensando? ¡Qué humillaciones ni qué ocho cuartos! Debí de imaginar que éramos actores en una novela de aventuras. Y yo, una heroína romántica. No lo recuerdo y no le encuentro otra explicación. Ahora estoy segura de que arriesgué llevarme un buen porrazo: no me parece que los grises estuvieran atentos a los sentimientos de la gente y menos, a los de los sufridos estudiantes. Estábamos todos, todos, muertos de miedo. Ésa era la verdad. Y seguro que entre la probable violencia de la policía y el incongruente desfile pacífico de mis compañeros de asamblea no habría más que un suspiro. Cualquier mínimo movimiento en falso desencadenaría una batalla campal.

El oficial me miró fijamente en silencio. Y luego:

—Está bien. ¡Teniente!

—¿Mi capitán?

—Que los hombres se aparten, que guarden las defensas y dejen un pasillo para que los estudiantes se vayan en paz.

—A la orden, mi capitán.

—Y ¿teniente?

—Diga, mi capitán.

—No toleraremos desmanes. Si esta gente se quiere ir en paz, que se vayan. Si quieren lío, lo tendrán.

—Gracias —dije.

—Que se lo agradezcan a usted, señorita. ¿Cómo se llama?

—Lola. Dolores, vamos, Dolores Ruiz de Olara.

—Dolores Ruiz de Olara, ¿eh? ¿Y qué estudia?

—Medicina.

—Doctora Ruiz de Olara, ¿eh?

Asentí.

Guiados por un impulso que nadie entendía, todos los asistentes a la reunión desfilaron en silencio, sin alborotar, como si no pasara nada y no fuera necesario retar a nadie con la mirada para sentirse victorioso. Cuando sólo quedábamos nosotros cuatro, el capitán me miró e hizo con la cabeza un gesto seco de asentimiento. Habíamos cumplido los dos. Se giró en redondo y dirigiéndose al teniente le espetó: —A los coches todos.

Fuimos andando despacio hacia mi coche, que había quedado aparcado en la Facultad de Medicina. Hacía frío, un atardecer ventoso y desapacible. Ninguno decía nada. De pronto, cuando íbamos a cruzar la gran avenida de la ciudad universitaria, a la altura del caballo de Huntington, mis rodillas cedieron y, de no haber sido por Borja hermano y José Luis, que me sujetaron cada uno por un brazo, me habría ido al suelo.

Me ayudaron a sentarme en un banco y, de golpe, me puse a temblar como una hoja. Hubiera querido parar, pero no lo conseguía. Me castañeteaban los dientes y recuerdo que jadeaba y me caía saliva de la boca. Creo que estaba en estado de *shock*. Me dio una arcada. José Luis me dio un

pañuelo y después me sujetó la frente y me bajó la cabeza hacia las piernas. Sudaba frío. Ahí quedamos durante un buen rato hasta que empecé a respirar mejor. Levanté la cabeza, miré a los tres y finalmente asentí.

Borja me pidió las llaves del R5 y lo fue a buscar.

En una cafetería de Moncloa nos sentamos a una mesa del fondo. Marta fue a por coca-cola para mí y un café para ella. Me parece que los otros dos se pidieron un lingotazo de coñac o de ron.

Ninguno abrió la boca durante unos minutos.

—Ya —dije por fin—. Estoy mejor.

—Lola —dijo Borja—, estás como una cabra. ¿Pero cómo se te pudo ocurrir semejante disparate?

Me encogí de hombros.

—Ya ves. —Miré a mi hermano con más detenimiento—. Oye, ¿pero tú no tenías que quedarte en el comité de redacción?

—Sí, pero les dije que volvería enseguida.

José Luis me tenía cogidas las manos entre las suyas y me miraba con una media sonrisa. De vez en cuando hacía gestos negativos con la cabeza, moviéndola con incredulidad de derecha a izquierda.

—Esto que te decía yo del control que tienes sobre los caballos no debías tomártelo tan en serio…

—Imbécil. —Solté sus manos.

—¡Ah! Menos mal, vuelve a ser la Lola faltona de siempre. La heroína del día. Tuviste suerte de que te tocara un capitán menos bestia de lo habitual. Y además, no podía apartar los ojos de tus tetas…

—Idiota. —Me había puesto como un tomate.

—Huy, lo que ha dicho —exclamó Marta—. ¡Si las niñas de la Asunción no tienen tetas! Es un hecho conocido.

Por fin nos reímos todos, yo con risita de conejo, bah, pero lo peor había pasado, aunque todavía no podía sujetar el vaso de coca-cola, de tanto como me temblaban las manos.

—¿Pero cómo se te ocurrió? —repitió José Luis.

—No sé. No lo sé. Me dio de repente. Me dio un miedo horrible de que se armara una carnicería. —Reí de nuevo—. ¿Sabéis lo que pensé en ese momento? Que no se podía armar una carnicería porque yo todavía no era médico y no sabría cómo curar, ya sabéis, coser heridas de bala.

—Tú estás tonta —dijo Borja. Luego se puso muy serio y añadió—: Por mí, eres la heroína del día, ¿eh? Nos libraste de un buen follón, pero no creas que todos pensarán igual. Muchos de los que estaban ahí querían el enfrentamiento, querían pelear, tirar piedras, levantar una barricada... Querían que los detuvieran y se los llevaran a la Puerta del Sol. Ésos no saben lo que es una buena tunda en los calabozos. Pero es parte de la lucha, ¿no? ¿Protestas contra Franco? Las fuerzas del orden tienen que ser consecuentes con sus ideas preconcebidas y tienen que salir a hacer el bestia... Es su modo de legitimarse. No es así, claro está, pero si son malas ellas, es malo el dictador.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que parte del ejercicio de esta tarde, Lola, consistía no sólo en redactar un manifiesto, sino en salir a pelear.

—¿Y?

—Pues que lo has impedido y no va a gustar a los compañeros. Allí había románticos, había gente genuinamente decidida a luchar contra la dictadura y a conseguir una amnistía para todos los presos y esas cosas, y había tipos de partido, gente dura y encallecida que seguía

consignas. No te quepa la menor duda de que una de las consignas es el desorden callejero.

—¿Y entonces por qué no se pusieron a pegar puñetazos cuando estaban en medio de los grises? Nadie se lo impedía.

—Sí. Tú. Tú se lo impedías. Con un solo acto de valor les habías robado el protagonismo y los habías dejado sin capacidad de reacción. No te lo van a perdonar. —Miró el reloj—. ¡Buf!, tengo que volver… Mañana nos vemos.

—¿Viste a Javier Rosales arengando a las masas? —le pregunté.

—Ya lo creo. Es el típico maoísta agazapado.

Todos soltamos una carcajada.

16

Casi treinta años después, el camarada Rosales me contemplaba con expresión burlona (sólo yo lo sabía; cualquier otro habría pensado que estaba chupando un limón) desde el otro lado de su enorme mesa de despacho en la Consejería de Sanidad de la Comunidad de Madrid. Era la segunda vez que lo visitaba en menos de un mes. Me daba la sensación de que experimentaba un perverso placer en recibirme. Era como visitar al muchacho que en los años setenta venía a Villaurbina con mis hermanos o se paseaba por los guateques de Madrid con su pelo negro planchado a la gomina y su cara delgada y morena, con brillantes ojos negros, duros como canicas. Ahora como entonces me incomodaba su mirada intensa fija en mí, aunque me empeñaba en no reconocer sus verdaderas razones. Siempre pensé que era complejo de inferioridad, que nuestra clase social le intimidaba y al tiempo le frustraba, pero supongo que mi interpretación de su actitud también se debía a *nuestro* complejo de superioridad.

Aquella mañana en su despacho, enseguida comprendí que había vuelto a cometer un error al venir. Estaba francamente a disgusto y de pronto se me quitaron las ganas de dirigirle la palabra. Allí sentada como un pasmarote, me arrepentía de no haber hecho caso a mi

abogado. Enrique Lerma me había advertido de que, después de mi primera y desastrosa visita, nada tenía que ganar en una nueva confrontación con Javier Rosales y sí mucho que perder. También me dijo que me prohibía ir. Terca que es una: qué sabría él de cómo era yo capaz de manejar a aquel idiota. Además, me decía a mí misma, no lo hacía por una perversa terquedad, sino porque no tenía más remedio que hablarle: de él dependía mi futuro y, conociéndolo tan bien como yo le conocía, la doctora Lola sabría cómo manejarlo. Estupendo.

Y como siempre, entré como un elefante en una cacharrería. En verdad que parecía forzoso que nuestras entrevistas empezaran con mal pie. Culpa mía: no podía remediarlo, era más fuerte que yo ponerlo a la defensiva y, hoy, borrarle la sonrisilla. Lo conseguí, como siempre, a las primeras de cambio.

—Siempre me ha chocado —dije— que tu oficina no estuviera una calle más arriba. —Malo. Malo porque la Consejería de Sanidad está en una calle madrileña cercana a la Puerta del Sol, la de la Aduana, y la de más arriba, la de Jardines, es conocida porque en ella se pasean mañana, tarde y noche las prostitutas más baratas de la ciudad.

Rosales enrojeció intensamente.

—Lola, Lola, tus dotes diplomáticas no han mejorado nada en un cuarto de siglo —dijo con voz alterada—. Me parece que la última vez que entablaste una negociación con éxito fue aquel día en la Facultad de Derecho en que estabas tan aterrada que habrías hecho cualquier cosa para evitar la carga de la policía. —Sonrió de nuevo—. Las Navidades antes de la muerte de Franco.

—Caray, sí que tienes buena memoria…

—Ya lo creo. Has cambiado bien poco de actitud frente a la autoridad…

—En cambio, tú sí.

—… siempre coqueteando para conseguir lo que querías…

—¿Me estás diciendo que ahora…? Estás de broma —y a medio enfadarme, decidí que no valía la pena—. Porque contigo nunca lo necesité, ¿verdad? Hubieras hecho cualquier cosa que te pidiera… Sólo que aquel capitán de los grises era un señor, claro. —¿Cómo podía ser tan burra? Me estaba cavando mi propia tumba administrativa, por Dios. Pero era más fuerte que yo.

—Sí, como tú eras niña bien, una de las Villaurbina nada menos, a ti nadie se atrevía a tocarte un pelo.

—Será por eso que detuvieron a Borja hermano y a ti no.

—Eran chiquilladas.

—¿Eso pensabas, Javier? ¿El camarada Rosales hacía chiquilladas? Yo sí que era una chiquilla. Pero ¿y tú? ¡Si eras el de la célula maoísta!

No dijo nada durante unos segundos. Se limitó a tamborilear sobre el tablero de la mesa con los dedos de su mano izquierda sin importarle nada mi desprecio. Me miraba y sopesaba.

—Se crece, Lola, se envejece y se madura. Y de pronto, cuando te tienes que ganar la vida y miras a tu alrededor, comprendes que los ardores de la juventud, las ilusiones revolucionarias —dijo «revolucionarias» como si fuera una broma—, las bombas, las marchas, las huelgas y el antisistema no sirven para nada. Llega un momento en que creces y se te cae la venda de los ojos, el muro de Berlín se desmorona y piensas que los setenta y cinco años de la famosa Revolución de Octubre no han servido más que para hacer sufrir a millones de gentes que encima no consiguieron enriquecerse ni progresar ni tener coche. Hubo un momento, Lola, en que me dio vergüenza haber querido

eso para nosotros. Ya ves, tuve que ser consecuente. A vosotros, seguir con las mismas ideas no os preocupaba; no pasaba nada, ¿verdad? No parece que hayáis madurado, ¿eh? Allí, en tu nidito bien protegido del hospital no te ha sido necesario madurar, ¿eh? —Sacudió la cabeza—. ¿Qué vamos a hacer contigo, doctora Ruiz de Olara?

—Reconocer que os habéis equivocado, echar marcha atrás y dejarme en paz para que yo me siga ocupando de mis niños con cáncer.

—¿Cómo, reconocer que nos hemos equivocado? ¿En qué nos hemos equivocado? Ya hemos tenido esta conversación una vez y no veo por qué debemos cambiar de actitud. Hasta que no esté completamente satisfecho de que no has incurrido en prácticas médicas delictivas o, lo que es lo mismo, que no te has dedicado a mandar al otro barrio a tus enfermos sólo porque sufrían…

—¿Cómo que «sólo porque sufrían»? Todos los casos de niños con cáncer son casos de niños que sufren…

—… sólo porque sufrían, pero en los que existía un resquicio de esperanza de curación…

—¿Esperanza de curación? No seas ridículo. ¿O es que crees que no soy capaz de reconocer quién se me muere entre las manos sin remedio?

—¿Y entonces los matas? Dime, doctora, aquí, entre estas cuatro paredes sin nadie que nos pueda oír, dime, ¿mataste al pequeño Dimas? Atrévete.

Di un respingo, pero me había metido yo sola en el berenjenal. Tragué saliva.

—¡Qué voy a matar! Es una ofensa sólo que lo pienses. Soy médico, no verdugo, y sé bien a lo que me obliga mi profesión.

Al pobre Dimas lo mató un cáncer que lo tenía invadido y fue su padre el que lo hizo sufrir sin necesidad. Lo sabes

mejor que yo…

—No sé bien si eso de que te obliga tu profesión es lo que piensas tú o si el diario *El País*, conocido partidario de la eutanasia, aprovecha tu caso para sacudirnos como si fuéramos una pandilla de fascistas.

—No seas idiota, Javier. El diario *El País* hará lo que le dé la gana, pero mis declaraciones a ellos son bien claras y no pueden interpretarse como tú haces. Vuestros problemas con el periódico son cosa vuestra. —También a mí me habían parecido exagerados los artículos, cuatro nada menos en un mes más un reportaje en el colorín semanal, en los que me defendían y atacaban sin piedad al consejero de Sanidad. Pero no iba a contárselo a este mequetrefe.

—En cambio, ya ves, el periódico de tu papá de toda la vida, el *ABC*, te sacude a ti.

—No metas a mi padre en esto. Oye —dije cambiando de tono—, por cierto, ¿has visto mucho últimamente a la célebre doctora Marugán, la babosa meapilas?

Había dado en el clavo: la mirada de Rosales me acababa de confirmar sin lugar a dudas quién era la chivata. Me puse de pie sin darle tiempo una vez más a que fuera él quien terminara la entrevista.

—Ya ves, camarada Rosales, mis abogados me dijeron que no debía acudir a esta cita, es más, me lo prohibieron. Pero he venido y, por lo menos, entre tú y yo no quedan ya resquicios de hipocresía.

Rió de buena gana. Falso, falso.

—Ya que no queda nada que aclarar, ¿te apetecería cenar conmigo esta noche?

—Te pega más la doctora Marugán.

Tuve la última palabra, pero el encuentro lo había ganado él.

17

Veintiocho años antes, aquella noche de las Navidades anteriores a la muerte de Franco, a las dos de la madrugada, vinieron los de la Social a por Borja.

Yo llevaba un rato inquieta revolviéndome en la cama, pensando en los acontecimientos del día sin poderme dormir, y oí el timbre de la puerta de casa. De un brinco, me levanté, encendí la luz y cogí la bata que estaba sobre una silla.

Corrí hacia el vestíbulo segura de que a Borja le había pasado algo, pero papá y mamá se me habían adelantado y habían abierto la puerta al portero, Julián, que había subido desde su casa muy asustado acompañado por dos tipos mal encarados. Los dos llevaban gabardina y los dos tenían bigote. Es lo que siempre recordé de ellos. Eso y que olían a tabacazo negro recién fumado.

—Señora marquesa —dijo Julián, escondiéndose con dificultad dentro de un batín de fieltro gris que le estaba pequeño, con apuro de molestar a los señores a estas horas de la madrugada—. Estos dos señores, que son policías y que quieren hablar con el señorito Borja.

—Buscamos a Borja Ruiz de Olara —interrumpió con brusquedad el más viejo de los dos.

—¿Y ustedes quiénes son? —preguntó papá con voz alterada. Se diría que había impresionado a los policías porque moderaron su tono.

—Servidor soy el inspector Gallego y me acompaña el inspector Ballesta, del Cuerpo General de Policía.

—¿Me enseñan su identificación? —A mí también me impresionó la autoridad casi despectiva con la que papá hablaba a los inspectores, casi como si se hubiera tratado de lacayos.

Gallego sacó una placa del bolsillo interior de su chaqueta y se la mostró a mi padre, que la miró sin tocarla, levantó la cabeza y no dijo nada más, esperando. Al cabo de unos segundos, el policía sacudió la cabeza, se apartó el faldón de la chaqueta que asomaba por debajo de la gabardina, rebuscó en el bolsillo trasero del pantalón y sacó una billetera sucia y abultada. Todos pudimos ver una funda sujeta al cinturón de la que asomaba la culata de una pistola. Quise acercarme a mamá para abrazarme a ella, pero levantó una mano para que no me moviera.

El inspector abrió la billetera y sacó un carné. Se lo enseñó a papá.

—Bien. ¿Qué desean?

—Debemos pedir a don Borja Ruiz de Olara, supongo que es hijo de usted, ¿no?, que nos acompañe a la Dirección General de Seguridad.

—¿A la Puerta del Sol?

—Sí, señor.

—¿Y de qué se le acusa? ¿Por qué se le detiene?

—No, no, perdone, no se le detiene. Solamente queremos hacerle unas preguntas.

—¿Y por qué no se las hacen aquí?

—No podemos hacer esta excepción. Además, en la Dirección General es más fácil comprobar algunos detalles,

consultar archivos, cosas así.

Papá se volvió hacia mí.

—Despierta a tu hermano y que se vista.

Empecé a darme la vuelta pero mamá, ahora sí, dio un paso y me sujetó por un brazo.

—¡De ninguna de las maneras! Mi hijo no sale de esta casa a las dos de la madrugada bajo ningún concepto.

—Yo voy con él —dijo papá.

—No, Juanito, ni contigo.

—Somos la autoridad, señora.

—Pueden ustedes ser el mismísimo ministro de la Gobernación que Borja no sale de aquí.

—Tengo órdenes…

—Estoy segura de ello, pero si no lo van a detener, igual da que mi hijo acuda a la Puerta del Sol mañana por la mañana, motu proprio.

—No señora…

—Espere un momento, inspector. ¿De quién aceptaría usted una contraorden?

Gallego titubeó.

—¿Le bastaría con que se lo dijera el propio ministro?

—Claro, claro que sí, señora, pero a estas horas…

—En su despacho, mi marido tiene un teléfono oficial, puesto que es director general del Ministerio de Exteriores. Acompáñeme, que vamos a llamar al ministro.

«Qué fiera mamá», pensé. Todos sabíamos que tenía gran seguridad en sí misma, pero no le imaginaba estos arrestos defendiendo sin titubear a uno de sus hijos, que, si la policía venía a por él, en algún lío político estaba metido. Lío político en el vocabulario de mi madre quería decir conspiración comunista. Lo peor. Sólo que antes de la condición de rojo pasaba la de hijo. De todos modos, tal como estaban las cosas en Madrid, ignoro si su reacción de

aquella noche fue por valentía o por estar convencida de que su clase social la hacía simplemente superior.

Papá, mamá, yo, el inspector Gallego y un soñoliento Miguel que acababa de aparecer preguntando «¿pero qué pasa?» nos desplazamos en bloque al estudio. El otro policía, Ballesta, se quedó en la puerta de casa junto al pobre y aterrado Julián. Supongo que era una forma relativamente discreta de impedir que Borja pudiera escapar escaleras abajo.

Mamá descolgó el teléfono oficial, un aparato pesado y antediluviano de baquelita negra.

—Diga, señor director —se oyó claramente que contestaba el oficial de guardia del gabinete telegráfico.

—Buenas noches. No, soy la mujer del embajador Ruiz de Olara y necesito hablar urgentemente con el señor ministro de la Gobernación.

—Sí, señora, yo le pongo, pero creo que es muy tarde para molestar a don José.

—Lo sé, y no estaría llamando con tanta urgencia si no fuera un asunto de vida o muerte. —Gallego hizo con las manos un gesto de apaciguamiento, agitando los dedos como si quisiera excusarse de la enormidad de lo que sugería aquella señora y para indicar que no le parecía que la cosa revistiera tanta gravedad; no conocía a mamá—. Él me disculpará cuando hable conmigo. No se preocupe, nos conocemos muy bien. Póngame, por favor.

—Sí, señora.

Al cabo de unos minutos que se me hicieron eternos, el operador del gabinete volvió a la línea:

—Al habla el señor ministro de la Gobernación.

Mamá inspiró profundamente:

—José, señor ministro, perdona que te moleste a esta hora tan intempestiva…

—Dime, Carmen. Conociéndote, tu llamada estará justificada. Dime qué pasa.

—Han venido ahora dos policías a detener a uno de mis hijos. —Gallego agitó de nuevo una mano como para protegerse de esa acusación.

—¿A uno de tus hijos? ¿Y por qué razón, Carmen?

—Bueno, Borja es estudiante y estoy segura de que el motivo es que, como muchos chicos de su edad, estará metido en los líos de la universidad. Pero bueno… no me niego a que responda de sus actos, cualesquiera que sean, pero sí me niego a que un hijo mío sea llevado a la Dirección General de Seguridad a estas horas de la madrugada. Te ruego que des órdenes para que esto no ocurra. Tú y yo, que hemos sufrido la guerra civil, sabemos bien el peligro que entrañan estas detenciones, así, de noche y sin garantías. Me da mucho miedo por mi hijo…

—No creo que debas preocuparte, pero… ¿Está contigo el inspector?

—Aquí, a mi lado.

—Dile que se ponga.

Sin pronunciar palabra, mamá le dio a Gallego el teléfono doblando la muñeca hacia atrás como queriendo decir «¿ve que esto no era complicado?».

—A sus órdenes, señor ministro… Sí, señor ministro… No, señor ministro, no faltaba más. Lo que usted mande, señor ministro. A sus órdenes.

El policía devolvió el auricular a papá.

—¿Ministro? —dijo éste—. Perdona esta llamada tan poco… en fin…, ya sabes. Sí, ya lo sé, es cosa de mujeres… De tu parte se lo digo, sí. Gracias una vez más, a tus órdenes y un abrazo.

—Me ordena el señor ministro —dijo el inspector— que no llevemos a su hijo esta noche y así se hará. Pero también me

pide que les diga a ustedes que don Borja Ruiz de Olara se presente en la Dirección General mañana a las diez de la mañana. —Nos miró a todos, uno por uno—. Sin falta.

—Yo mismo le acompañaré —dijo papá.

—Muchas gracias, señor director, y perdonen esta intrusión tan a deshora. Señora —añadió dirigiéndose a mamá—, siento haberle dado el susto y comprendo su reacción, pero su hijo habría estado seguro conmigo.

—Ya lo sé —concluyó papá.

Cuando se hubieron marchado los dos policías y Julián el portero, nos quedamos en el vestíbulo mirándonos los unos a los otros sin decir nada. Sólo al cabo de un par de minutos, Miguel se rascó la cabeza, se reajustó las gafas y luego dijo:

—¡Joé, mamá!

—No digas tacos —contestó ella. Después sonrió.

Entonces apareció Pili, seguida de Javi.

—¿Qué es todo este jaleo? ¿Papá?

—Nada, no es nada, que Borja se ha metido en un lío en la universidad, cosas de estudiantes, y que han venido dos policías a interrogarle… Pero nada.

—¡Otra vez Borja, el rojo señorito! —exclamó Pili sin que viniera a cuento tanta furia; siempre se enfadaba a destiempo—. Estoy harta de él y los apuros que me causa con mis amigos y con mis suegros. Que hasta me da vergüenza.

—¡Pero no digas tonterías, por Dios! —Miguel se había despertado de golpe de su pasividad. Pili era la única de la familia que tenía la virtud de sacarlo de quicio. Solía decir de ella: «Mira, estoy de acuerdo con Flor; Pili es más tonta que la burra de su pueblo. Y además es analfabeta».

—Dejad todos de pelearos de una vez —interrumpió papá —. Venga, vámonos al salón.

Mamá preguntó:

—¿Alguien quiere algo? ¿Café, coca-cola? Juanito, ¿un whisky?

Decididamente, aquella noche se estaba redimiendo.

Sólo me dio mucha rabia que Borja no asomara la cabeza durante todo el incidente. Se había ido de rositas y el susto nos lo habíamos llevado los demás. Por lo que nos contó después, cuando fue llamado a capítulo por papá, había seguido durmiendo plácidamente sin enterarse de nada y debajo de la cama tenía un montón de hojas a ciclostil con el «Manifiesto de los Estudiantes por la Amnistía y la Democracia». Así se llamaba. «Manifiesto de los Estudiantes por la Amnistía y la Democracia». Bueno.

Ingenua como yo era, siempre pensé que en el texto se planteaban nuestras reivindicaciones en tanto que jóvenes estudiantes que poco tenían que ver con la vida española en general. La vida española en general era para mí todavía la de mis padres y las gentes de su entorno. Nosotros estábamos a otra cosa, a la libertad de respirar y opinar e, intuía yo, a la vorágine del sexo, cuando me llegara el misterioso jardín de las delicias pecaminosas en el que pensaba todas las noches y que me producía sueños locos de los que avergonzarme por la mañana. Qué sabría yo.

Eran mis padres y su generación quienes debían manejar el problema casi insoluble de la muerte de Franco y sus consecuencias. Pero hasta que eso ocurriera, nuestra rebelión iba por otros derroteros más juveniles y entusiastas; sólo cuando chocaba con la represión policial gestionada por nuestros mayores, por ese ministro que, con una palabra, podía decidir la suerte de Borja, me asomaba a un pozo negro que me aterraba y en el que no quería buscar mi reflejo.

—No te engañes, Lola —me dijo Borja durante la larga charla de la madrugada, cuando nuestros padres se habían

ido por fin a dormir, no sin antes coser a mi hermano a preguntas (¿pero qué has hecho?, nada, papá, firmar un manifiesto, vaya cosa, como otros cinco mil; venga, vamos, idos todos a la cama que se ha hecho tardísimo)—, no hay una caca para nosotros y otra distinta para papá y mamá. Este potaje es igual para todos. Va mal la universidad, va mal el gobierno, por muchos jueces del TOP que haya por ahí haciendo el bestia; van mal los obreros y van mal los ricos. Nos la jugamos todos. Y el ejército deseando intervenir… Y no te engañes, el inspector Gallego es de los de papá y mamá, es nuestro enemigo, el nuestro, tuyo y mío.

Me quedé en silencio y por fin exclamé:

—¡Pero eso hace que nuestros padres sean también nuestros enemigos! No puede ser. Mamá no se habría expuesto por ti de ese modo.

—¡Claro que sí! Hombre, aparte de que me quiere un poco, podía permitirse el lujo de demostrarle a su aliado (o lacayo, lo que prefieras) que ella tiene mando en plaza. —Y añadió engolando la voz—: ¡Ella es amiga de la generalísima! Y a sus hijos no se les toca. A los de los demás, vale; a los suyos, no.

—Eres un desagradecido, Borja.

—Bueno —dijo de pronto Miguel—, ya veremos lo que te hacen mañana en la Puerta del Sol. Por si las moscas, ponte un salvapelotas de aluminio… Y ¿sabes lo que te digo, Lola? Haz como yo. No te metas en líos. Pásate las Navidades en Villaurbina y convence a papá de que te mande a estudiar Medicina a Estados Unidos. Te irá mucho mejor. Nada de todo esto vale la pena.

—¡Joder, Miguel! —exclamó Borja—. No digas sandeces. Pues vete tú a Barcelona con la novia ésa y no te metas en líos aquí.

—Uf, me aburre bastante la Clara y, además, ni siquiera es de la *gauche divine*. Sólo es rica, eso sí, riquísima. Y te diré, querido, que yo soy el único que no se mete en líos de toda esta puñetera familia. Ni me interesa ni me importa. Me parece mucho más fructífero leer una novela de Camus que correr delante de los grises. Además, se suda menos. Y tú, Lola, por lo que me cuentan, tienes una manera muy particular de no meterte en líos. Joder, que te van a hacer Miss Complutense el día menos pensado.

—Qué tonterías dices. De todos modos, la verdad es que no te entiendo, Miguel.

—¿Qué?

—Que tienes una novia en Barcelona, dices que te aburre, no la ves prácticamente nunca, sólo tenéis una relación epistolar, ni siquiera os habláis por teléfono…

—… que tú sepas…

—Que yo sepa, vale. La verdad, no sé para qué la tienes.

—Bueno —dijo Miguel en tono reflexivo—, es… una novia estética…

—¿Y eso qué quiere decir?

—Correspondemos, versificamos, esperamos nuestro momento…

Al día siguiente, a las nueve y media de la mañana, papá y Borja se metieron en el coche oficial y se fueron a la Puerta del Sol. Iban serios, graves, y mi hermano tenía además cara de susto. Era lo menos que podía llevar, cara de susto. La DGS tenía mala fama.

También había venido Marta a desayunar con nosotros muy temprano. Se hubiera dicho que Borja y ella eran novios para que ella pudiera tomarse estas familiaridades y que eso explicaba su presencia, pero, en realidad, Marta era como de la familia, una hermana más, y no tenía que pedir

permiso para venir a casa, novio o no novio. Su expresión siempre picara tenía hoy poco lustre y su cara tan guapa, grandes ojeras amoratadas.

—Me parece que no has dormido mucho —le dijo Miguel.

—Estuve leyendo hasta tarde —contestó ella secamente.

—Vaya.

—¿Queréis dejar de decir chorradas? —exclamó Borja.

—No harás ningún disparate, ¿eh, enano? —Siempre le llamaba enano.

—¿Qué disparate quieres que haga?

—Yo qué sé, que te dé heroica y te pongas a gritar «muera Franco».

Borja no contestó. Simplemente se la quedó mirando con aire dolido.

—Huy, chico, perdona. Era broma. Sólo quería decirte que midieras tus palabras…

—¿Y eso cómo se hace?

—Pues que no te comprometas, que tú ayer en la reunión de la Facultad de Derecho no conocías a nadie, que te pilló allí, que saliste con todos nosotros…

—Jopé, Marta, yo creo que lo saben todo. Por saber, hasta deben de tener una copia del manifiesto. Pero, por Dios, ¡si lleva mi firma! Qué va. Está la universidad trufada de chivatos y de policías disfrazados, de modo que… —Se encogió de hombros—. Ya veremos.

—Hola, Carmen —dijo entonces Marta saludando a mamá que entraba en el comedor a desayunar con nosotros. Detrás de ella, cosa extraordinaria, venía también papá.

—Señor marqués, ¿le pongo el café aquí? —preguntó Benito.

—Sí, sí, desayunaré aquí, gracias.

—Y tú ten cuidado con lo que dices en la Puerta del Sol.

—Mamá —contestó Borja con voz de exagerada paciencia —, que no soy subnormal…

—Bueno, cualquiera lo diría, Borja, hijo, que os metéis en unos líos que, que…

—¿Y qué quieres que les cuente a los de la Social? ¿Qué soy bueno y no he roto un plato? Eso a ellos no les importa si ya han decidido que soy un criminal. ¿A qué vinieron a buscarme si no? ¿Para qué nos fuéramos de copas?

—Tranquilidad —interrumpió papá—. No digáis más tonterías. El momento es grave y vamos a ver cómo lo capeamos. Para eso te acompaño, Borja.

—Sí, pero a ti no te dejarán pasar. —Puso voz de burla—: Al nene lo tiene que acompañar su papá para que no se haga pis en los pantalones.

—Venga Borja —dijo Marta—, que es normal que tus padres se preocupen.

—Bueno, bueno, perdón, no quería ofender.

—Juanito, tendrás que mandarle un ramo de flores a la mujer del ministro, pidiendo perdón por la lata que le dimos anoche. —Mamá estaba tranquilísima, como si no pasara nada y lo de la noche anterior hubiera sido una bagatela sin importancia.

—Eso pensaba hacer esta mañana… Venga, Borja, vámonos.

—Me lavo los dientes y nos vamos, papá.

Pensé: «¿Y a cuántos de los que detienen e interrogan en Sol les da tiempo a lavarse los dientes? ¿Y luego van con su padre en coche oficial a que los detengan?». Me pareció tan ridículo que poco faltó para que soltara una carcajada. Mucho más tarde, y mirándolo desde lo que creía era la perspectiva contraria, me pareció que los policías no eran en realidad meros represores a sueldo de la dictadura: pertenecían a una clase social tan distinta de la nuestra que

su actitud tenía que deberse a un odio acomplejado o a un temor rabioso más que a su celo investigador. Tal vez por esa razón se ensañaban con los suyos, con los obreros, con los sindicalistas, con la gente cuyas casas eran iguales a las suyas y las apreturas de fin de mes, también.

Me levanté para seguir a Borja a su cuarto por aquello de la solidaridad entre revolucionarios. Estábamos buenos. En fin, este principio de rebeldía tenía que tener su miaja de idiotez, ¿no?

—Me tienes que hacer un favor —dijo Borja cuando estuvimos a solas—. Como os dije anoche, debajo de mi cama hay un montón de manifiestos a ciclostil. Mételos en una bolsa, llévatelos a la facultad y dáselos a José Luis. Él sabrá qué hacer con ellos.

—¿A José Luis?

—A José Luis. No te creas que es sólo un borono del norte que no sabe ni hablar.

—No, eso ya lo sé.

—Bueno, pues dáselo y ándate con cuidado.

Hubo una pausa y luego añadí:

—Eh.

—¿Qué?

—Ándate con cuidado tú.

—Ya. Estoy cagado de miedo.

—Venga, bah, Borja, nos vemos a la hora de comer.

—Dios te oiga.

Pero no nos vimos a la hora de comer.

18

Hubo suerte de que me llevara enseguida los manifiestos para entregárselos a José Luis, porque esa misma mañana, al poco de irse papá y Borja y cuando yo subía después de haber metido el paquete de ciclostiles en el maletero del R5, volvió el inspector Gallego. Venía como si no hubiera dormido, como si no se hubiera lavado ni afeitado (y no digamos cepillado los dientes), con la misma gabardina cochambrosa y el mismo tono meloso de disculpa. Tenía las comisuras de los labios manchadas de saliva seca.

—Lamento volverles a molestar, pero nos ha quedado alguna duda sobre si hubiere algún documento en la habitación de don Borja Ruiz de Olara que pudiera ser de interés. Cualquier cosa, cualquier papel… ya sabe, cualquier tontería. ¿Les importaría que echáramos un vistazo?

—Hagan lo que juzguen necesario —contestó mamá, encogiéndose de hombros con altanería. Vi que estaba furibunda y pensé que en cualquier país civilizado, el inspector habría necesitado un mandamiento judicial para entrar en casa. A pesar de todo, no podía demostrar indignación ni miedo. Mamá estaba por encima de todo aquello, segura, además, de que el ministro de la Gobernación o Franco o el príncipe o cualquiera estaban al

alcance de una llamada de teléfono para resolver este enojoso problema.

Luisa le acompañó a la habitación de Borja para asegurarse de que no lo desordenara todo. Como estaba casada con un policía, parecía la persona más indicada para vigilar lo que hacía el inspector. Según salían pasillo adelante, oí que Luisa le decía: «Mi marido es compañero suyo». «¿Ah sí?».

Llena de aprensión, mirando a todos lados por si me estuvieran vigilando y alguien me fuera a detener al menor descuido, me fui a la facultad con mi carga subversiva en el maletero. Calé el R5 dos veces en dos semáforos seguidos y un taxista me preguntó si había conseguido el carné en una tómbola. Lo de siempre con una chica. Vaya cosa más original.

Encontré a José Luis en el vestíbulo de la Facultad de Medicina. Parecía estarme esperando y enseguida nos pusimos a hablar con precipitación, los dos al mismo tiempo.

—Venga, Lola, que llegamos tarde. Tienes mala cara.

—Espera, espera. Te voy a… ¿A qué llegamos tarde?

—A clase de anatomía, ¿a qué va a ser?

—Pues espera a que te cuente… Mira, pues hoy no vamos a clase.

Me miró con sorpresa.

—¡Doctora Ruiz de Olara! Pero si nunca quieres hacer novillos.

—Hoy sí. Anoche estuvieron dos inspectores de la Social en casa —anuncié con solemnidad—. Querían llevarse a Borja a la DGS.

Eso tuvo la virtud de callarlo en seco. Asentí. Y después le conté todo lo que había pasado. Cuando concluí, dio un largo silbido.

—O sea —dijo—, no sólo tengo a Juana de Arco en la universidad abriéndose paso entre una marea de grises y salvando al pueblo elegido de una tunda de palos, sino que su mamá manda en el mismísimo ministro de la Gobernación. Joder, tía, para que luego digas que no somos de mundos diferentes. Madre mía. Me pasa a mí y tengo a mi madre envolviendo bocadillos en papel de periódico para visitarme en Inchaurrondo. Eso sí, bollos suizos para que pueda masticarlos con los dientes que me queden después de las tortas... Voy a tenerte que mirar con catalejo.

—Sí, pero tú eres el único con el que hago caritas.

Ésta es la fecha en que no consigo explicarme qué me llevó a hacerlo, qué mecanismos románticos me derrotaron, cómo yo, siempre comedida y dueña de mí, yo, la chicacontrol, pude dejarme arrastrar a un inesperado torbellino de sensualidad, aunque bien pudo ser que la tensión emocional acumulada desde la tarde anterior acabara desencadenando ese momento de locura que repentinamente me arrebató. En fin.

Dejé en el suelo la pesada bolsa llena de manifiestos, me giré hacia él, le rodeé el cuello con los brazos y le di mi versión algo patosa e inexperta de un beso de tornillo. Como en las películas, sólo que él, de pura sorpresa, abrió la boca tarde. Después me aparté, le puse las dos manos sobre los hombros para empujarlo hacia atrás y me quedé quieta, jadeando, roja como un tomate. Y como él me miraba con la boca aún abierta, le empujé la barbilla con el dedo índice hasta cerrársela.

—En boca cerrada no entran moscas —concluí, y me dio una vergüenza espantosa. Hice un gesto brusco con la cabeza, de arriba abajo, como para decir «ahí queda eso».

No sé de dónde había sacado el descaro. Sí sé que en ese instante dejé de ser dueña de mí y que José Luis, sin él

saberlo, ni yo, se había apoderado hasta de la sangre que me corría por las venas. Se lo entregué todo, incluso la entraña derretida que me hervía a borbotones. Estaba anonadada. Yo, la Hija de María, el orgullo del colegio de la Asunción de Velázquez.

Habría querido que me tragara la tierra.

¡Qué disparate! En una mañana de policías, hermanos a los que detenían, revoluciones, manifiestos, libertad y anarquía, me dio por perder la cabeza por un chico. No podía haber nada más incongruente o fuera de lugar. Después, Miguel me dijo que eso me pasaba porque estaba viva, como el capullo de una rosa en primavera (eso dijo, como el capullo de una rosa), no tenía ni veinte años y, como a un cachorro, me vibraba la nariz con los aromas que estallaban a mi alrededor. Mi hermano estaba entonces en vena poética y se le escapaban muchas cursiladas. Pero en aquel momento esos bombones de nata montada reflejaban mi estado de ánimo a la perfección.

Por fin, le espeté «qué», así, retándolo, pero luego, notándome el cuello y las mejillas encendidas del calor que me derrotaba, aparté la mirada. José Luis carraspeó, intentando decir algo.

Desde el otro lado del inmenso vestíbulo de la facultad, nos contemplaba Lidia Marugán, con los ojos como platos. Recuerdo perfectamente su cara de panoli y todavía me dan ganas de reír. Claro, en diciembre de 1974, tal vez no a ella, pero a mí me parecía bastante corriente ver a una pareja besándose en público a plena luz del día, en la universidad, además. También me dije: «Cuéntaselo a la madre Assumpta, anda». Le saqué la lengua.

—Mira cómo te miran —dijo José Luis, carraspeando otra vez.

—Ya, por besarme con un tío.

—No, Lola. Es por lo de ayer con los grises. Ha debido de correr la voz como la pólvora.

—Qué tontería. Oye, tú sabes más de lo que me cuentas, ¿eh?

—No te entiendo.

—Sí, hombre. O sea, que Borja hermano…

—Me encanta cuando dices Borja hermano. Hace tan fino…

—Calla y déjame hablar. Mi hermano me da un montón de ciclostiles y me dice que te los entregue, ¿que tú ya sabrás qué hacer? ¿En qué andas metido sin yo enterarme?

—En nada, Lola, jopé. Estoy como todos…

—Ya.

—No, de verdad. Lo que pasa es que soy un poco el tío en la sombra, ¿sabes?, una especie de secretario de todas estas cosas de la universidad sin que se me conozca. Así hay una mínima posibilidad de que me pillen, puesto que de momento no saben quién soy ni dónde estoy. De este modo puedo tener en depósito, ya sabes, listas de gente, borradores, proyectos de actuación, cosas así…

—¡Pero eso es arriesgadísimo! ¡Si te cogen… Dios mío!

—Qué va. No pasa nada.

—Júrame que vas a andar con cuidado. Pero si no hay más que verte. Estás indefenso, no conoces a nadie, nadie puede defenderte.

José Luis guardó silencio. Luego sacudió la cabeza:

—Claro que tengo a quien me defienda. Delante de mí la tengo. Juana de Arco.

—¿Tú eres idiota o qué? —le grité.

Dos chicas y un chico que pasaban delante de nosotros en aquel instante me miraron con sorpresa y se detuvieron a ver lo que estaba pasando.

—Oye, Ruiz —dijo por fin una de las chicas—, qué bueno lo de ayer…

—¿El qué?

—Pues lo tuyo con los grises.

Me encogí de hombros.

—Que sí —dijo el chico—, que tienes más huevos que el caballo de Espartero…

Levanté una mano para saludar y puse una mueca dubitativa.

—Bah.

—¿Ves como tengo razón? —preguntó José Luis.

Dándome la vuelta, señalé los ciclostiles que estaban en el suelo para que se los llevara a donde se le ocurriera, me aparté de él, salí de la facultad, monté en el R5 y me fui a casa. No se me caló ni una sola vez.

A partir de ese momento y a lo largo de los muchos meses que siguieron, viví en un doble plano, mezcla de ansiedad y excitación, como si fuera una aventurera por un lado y una colegiala, por otro. No sabía qué pesaba más en mi vida, si la excitación adolescente o el miedo irracional. Una podía imaginar cosas que resultaban emocionantes y hasta divertidas, pero después tenía que bajar a la realidad de las cargas policiales, de los sustos, de las miradas aviesas, de los gestos de amenaza y del control de los padres… ¡Si era una niña de dieciocho años con zapatos de Mata Hari!

Borja no volvió a casa a almorzar. Papá dijo:

—Ya me avisaron al llegar a la Puerta del Sol que el interrogatorio no empezaría enseguida porque había otros muchachos antes que él y que, en cualquier caso, podía prolongarse hasta bien entrada la tarde… Yo no me inquietaría. Toda esa gente de la DGS me pareció bastante de fiar.

—¡Huy, papá! —interrumpió Miguel—, ¿cómo puedes decir eso? ¿Gente de fiar? ¡Si son conocidos torturadores! Oye, por algo les tienen terror. No tengo ni idea, pero me parece que a Borja hermano lo tienen sentado ahí, macerando y oyendo los gritos de los otros estudiantes…

—No es eso en absoluto. Es verdad que muchas veces hacen el bestia, pero no con nuestros hijos —como si la mera idea le pareciera un disparate—. No con nuestros hijos. ¿Se llevó algo el inspector Gallego del cuarto de Borja, Carmen?

—Nada. Por lo visto, buscaba un paquete pero no debió de encontrarlo. Eso me dice Luisa.

—¿Veis? Para que veáis. Debajo de la cama de Borja no había nada inquietante, ni en los cajones ni debajo de la moqueta. Tonterías.

Miguel me miró con cara de sorna.

—Sois todos unos idiotas —dijo de pronto Pili sin que viniera a cuento—. Tanta manifestación para nada, tanta gente detenida —titubeó—, están deteniendo a muchos, ¿no?, tanto final de una época…

—Pili —interrumpió Javier en tono de advertencia—, venga.

—No, si es verdad, Javi. Tanta monserga inútil me va a acabar estropeando la petición y hasta la boda…

—A ti no te estropea nada ni Bakunin —intervino Miguel.

—Vamos, Pili —dijo por fin mamá—, no estamos para esas cosas. —Se le notaba molesta.

—¡Si es verdad, mamá! ¿Qué van a conseguir? ¿Van a acabar matando a Franco?

—No —aclaró Miguel—, a Franco lo matará su yerno. Se basta y se sobra sin necesidad de ayuda externa.

—¡Miguel! —exclamó papá con severidad.

En ese momento, la tata María asomó la cabeza desde el pasillo.

—Con permiso, don Juan. —Siempre pedía permiso a papá para interrumpir. A mamá, no, porque, habiéndola criado, era casi como su hija—. Lola, te llaman al teléfono.

—¿Quién es?

—No sé. Un chico, un señor, no sé, no me ha querido decir. Joven.

Pensé: «¡Jo!, José Luis. ¡Si no le he dado mi número! ¿Cómo lo habrá conseguido? Ah, claro, Marta».

—¿Me puedo levantar, mamá?

—Ya sabes que no me gusta…

—Eso le he dicho, Carmina —siguió la tata—, pero ha insistido mucho, que era urgente.

Sin esperar a más, fui al salón y descolgué el auricular.

—¡José Luis! No puedes llamarme así…

—No, Dolores, no soy José Luis. Perdone que la interrumpa. —De inmediato supe quién era: nada más oírle, reconocí su voz. Además nadie me llamaba Dolores así como así. Tenía el recuerdo de cada incidente del día anterior grabado en la memoria—. Soy Francisco Perea…

—¿Quién?

—Francisco Perea, el capitán de los guardias de asalto que habló con usted anoche en la explanada de la Facultad de Derecho. ¿Me recuerda?

Estuve en silencio durante unos instantes para que pensara que rebuscaba en algún recuerdo impreciso.

—¡Ah, sí! —exclamé por fin—. Sí, sí, claro.

—Dolores, ¿me permite que la llame Dolores?

—No, señor Perea. Me llamo Lola.

—Muy bien. Lola, entonces. La llamo para darle un consejo que es un ruego, en realidad.

—Espere, espere. ¿Cómo ha conseguido mi número de teléfono? ¿Qué pasa, que me tienen fichada o qué? Pues es lo que nos faltaba.

—No, de veras que no. No la tenemos fichada ni nada por el estilo. Es sólo que su padre es muy conocido y me ha sido sencillo conseguir su número.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que quiere? —me daba cuenta de que estaba siendo muy brusca.

—No vaya usted hoy a la facultad. Ni hoy ni mañana.

—¿Y se puede saber por qué?

—Se lo puede imaginar. Habrá desórdenes, los estudiantes de Derecho y Filosofía pretenden hacer una sentada en el campus para dar lectura pública a un manifiesto, pueden ser necesarias cargas policiales para disolverlos…

—Vamos, que van ustedes a caer sobre los estudiantes desarmados y los van a moler a palos.

—… y no quiero que a usted le pille en medio.

—¿Y por qué me lo dice a mí?

—Pues porque no quisiera ver que le hacen daño.

—¿Y por qué yo?

Arrinconado, titubeó:

—Eh… Bueno, de hecho se nos ha ordenado que carguemos y no quiero pillarla en medio con esa afición que tiene a ir de valiente por la vida, librando a sus compañeros de padecer…

—Está bien, me doy por enterada.

—Dígame que no va a ir.

—¿Y a usted qué le importa?

—Vaya. Es que es usted la única estudiante que conozco aparte de mi hermana…

—Oiga, capitán, ¿y usted cómo se ha metido en esto? ¿No estaría mejor en Ifni o en algún sitio así? Al menos no perseguiría a sus compatriotas. Y no tendría que llamarme de extranjis…

—No la llamo de extranjis. Además, estas cosas tocan por sorteo.

—Eh…

—Dígame.

—Gracias por avisar. Adiós.

Colgué.

—¿Quién era? —preguntó mamá.

—Nada, mami. Uno que conozco de la facultad que está avisando a la gente de que va a haber follón en la universidad esta tarde y que no vayamos. De todas maneras no pensaba ir. Tenemos que esperar a que vuelva Borja, ¿no?

Borja tampoco volvió esa tarde. Y papá, de regreso del ministerio, llamó al director general de Seguridad. Después nos miró a todos con aire serio:

—Este hombre dice que no nos preocupemos, que Borja está bien y que se retrasa porque no han empezado aún los interrogatorios de los detenidos esta mañana…

—¿Detenidos, papá? ¿Ahora está detenido? ¿No habíamos quedado en que Borja no…?

—Ya, eso mismo le pregunté yo, pero él me tranquilizó diciendo que no pasaba nada y que no estaba de más darles un susto a los chiquillos, chiquillos dijo ese idiota, para que fueran aprendiendo que con las cosas de comer no se juega.

—Voy a llamar a la Huétor para que se lo cuente a la generalísima —exclamó mamá, levantándose de golpe.

—No, no llames a nadie, Carmen. Vamos a hacer las cosas bien. Piensa en el chico Sartorius: ni su padre siendo general, ¡general!, le ha librado de la cárcel. No, Carmen. Cuanto más ruido hagamos, peor será.

—¡Pero papá! —dije—, no podemos quedarnos cruzados de brazos.

—No nos quedamos cruzados de brazos, Lola. —Me miró con severidad—. Juan —señaló a Juan hermano con la

barbilla— y yo hemos hablado con Enrique Lerma. Sé que se ocupa más bien de inversiones extranjeras y que no es penalista, pero eso no es lo importante, sobre todo cuando hablamos del TOP. Lerma es influyente, temido, hijo de Antonio Lerma, el que fue ministro de Justicia, y representa el futuro. Todos lo saben, saben que es la puerta para los negocios de los americanos en España y eso, tal como están las cosas, es algo que no se toca. Pues ha aceptado ocuparse del caso y se ha puesto en marcha para que Borja no sea llevado al TOP ni le juzguen por delitos que evidentemente no ha cometido. Enrique es una garantía. También he hablado esta tarde con el ministro de la Gobernación y con el de Educación para que Borja salga pronto. Ninguno de los dos cree que la cosa sea muy grave y me han pedido que te tranquilice, Carmen. En fin, tranquilos todos, que Borja volverá pronto, con el susto en el cuerpo y con ganas de dormir en una buena cama. Y se habrá acabado el asunto…

—¿Y si le han zurrado?

—Nadie va a zurrarle, como tú dices, Lola. Eso sí lo sé con toda seguridad.

—Dios te oiga —dijo mamá.

—Sí, Carmen, claro que sí. ¿Y sabes por qué? Además de por ser nosotros quienes somos y nuestros hijos díscolos, eso, sólo díscolos y de los nuestros, es que este final de régimen tiene sus particularidades bien curiosas. Nunca se sabe bien lo que castiga o lo que reprime y lo que pasa por alto. Y ahora que todo esto se está acabando —gesticuló como señalando vagamente al mundo en general—, me parece que hay dos vertientes, una que pone al régimen de los nervios y la otra que le supera, con lo que se enteran de poco. Sabemos que esto se está acabando —insistió—, y hay mil cosas de la vida diaria que se les escapan de las manos, la cultura, el cine, el destape, los viajes al extranjero, los

bancos… Todo eso florece al margen y no saben qué hacer para impedirlo. Lo único que se les ocurre es mantener una censura patética en el cine y en la televisión. Sólo porque a doña Carmen le escandalizan los escotes, y perdona, Carmen. No comprenden y no saben qué hacer. Bueno, sí saben: cerrar los ojos.

Me sorprendía esta ausencia de angustia en papá. Estaba tan tranquilo, hablando de la mar y de los peces, como si Borja fuera de otra familia. Más tarde, a solas con Miguel, llegamos a la conclusión de que la calma de papá era fingida y que aparentaba esta indiferencia para tranquilizar a mamá, que era la que de verdad estaba como un manojo de nervios.

—De todos modos, papá —interrumpió Javi con vehemencia—, eso está muy bien y Borja no es alborotador ni corre peligro y no le va a pasar nada y lo que tú quieras, pero sigue en la Puerta del Sol y por mucho que no nos debamos preocupar, no ha vuelto. Está allí y no sabemos…

—Ya, ya, ya —hizo un gesto cortante—, he dicho que Borja está bien y basta.

—¿Sí? Pues a mí no me basta —dijo Miguel. Papá lo fulminó con la mirada.

—¿Y lo otro, lo que les pone de los nervios? —preguntó de pronto Pili, que había guardado un silencio hosco desde que mamá la mandara callar y dejar de decir tonterías.

—¿Cómo?

—Eso que decías tú antes de que hay cosas que no entienden y con las que no hacen nada y cosas que les sacan de quicio…

—Sí. Me refiero al desorden público, hija. Al ministro de la Gobernación le molesta menos un manifiesto, por incendiario que resulte y por mucha adhesión que suscite,

que una manifestación, un plante multitudinario con estudiantes en la calle y obreros en huelga.

—Pues no quiero ni pensar en lo que les habrá parecido la caída de los coroneles en Grecia y lo de los claveles en Portugal —dijo Miguel—. ¡Venga, papá!

—Claro, hijo. Lo malo es que la caída de los coroneles en Atenas y, peor aún, la de Portugal han reforzado la terquedad de la gente del régimen: quieren impedir a toda costa que lo mismo ocurra en España. Y ahí está su error. Si se impide rígidamente cualquier movimiento para que todo siga como está, sin fisuras, el derrumbe será estrepitoso. Mucho me temo que cederán a la tentación de ahogarlo en un baño de sangre. Ya me contarás. Por el momento, las opciones son dos. O baño de sangre o revolución comunista. Y hay que evitar los dos.

—Pero, papá, Borja es tan rojo como yo arzobispo de la China.

—¿Has oído hablar de los compañeros de viaje?

19

Lola, te llaman por teléfono —dijo la tata.— ¿Otra vez?
—No sé si es el mismo. Suena igual, pero vete a saber.

—Óigame, capitán —dije agarrando con fuerza el auricular—, no puede usted monopolizar mi teléfono, ¿sabe? ¿Qué quiere ahora?

Hubo un largo silencio.

—Diga, oiga, dígame —repetí con impaciencia y, cuando ya estaba a punto de colgar, José Luis, que era quien era, carraspeó al otro lado de la línea.

—Lola —dijo por fin en voz muy baja—, soy yo.

—¡José Luis! —exclamé, reconociéndolo de golpe—. ¿Te pasa algo?

—No, no. Estoy bien, pero es que no puedo volver a la pensión por el momento…

—¿Por qué? Ay, José Luis, a ti te pasa algo y no me lo quieres decir.

—No, de veras que no me pasa nada. Es sólo que la policía está enfrente de mi pensión, un par de agentes de los de gabardina, ya sabes, y me parece que me buscan a mí porque en la pensión no hay más que viajantes y jubilados.

—¡Cómo te van a buscar a ti! ¿No dices que no te conoce nadie?

—Luego lo hablamos. Ahora tengo un poco de urgencia…

—Perdona, perdona. Tú ahí perseguido y yo dándote palique. ¿Qué quieres que haga?

—Pues no puedo volver… Esto… tendría que buscar un sitio donde dormir esta noche, donde estar un par de días. Me tengo que esconder, todo esto me da un poco de miedo, ¿sabes?

—¡Pero, por Dios, José Luis! Pero, por Dios, ¿qué vamos a hacer?

—Pues como no se te ocurra algo a ti… No dejes de traerme bollos suizos al calabozo.

—Qué gracioso. Pero de verdad que no se me ocurre nada. Lo que sí es seguro es que no puedes volver a la pensión. Fíjate —añadí atropelladamente—: Tienen detenido a Borja hermano siendo mis padres quienes son, imagínate lo que no harían contigo…

Le sentí sonreír:

—Bueno, chica, agradezco tus palabras de apoyo…

—No, no. ¡Qué idiota soy! No quería decir eso. Quería decirte que estoy de acuerdo, que no podemos dejar que te detengan. —Toda esta conversación, cuchicheada a toda velocidad para que nadie nos oyera en casa y pensando vanamente que la policía no sería capaz de averiguar de dónde venía. Decididamente había visto demasiadas películas.

Miré a mi alrededor. No había nadie en el pasillo. Sólo la tata María me miraba impertérrita desde la puerta entreabierta del *office*. Hice un gesto negativo, de desamparo, perdida en mi angustia, sin saber qué hacer.

—Tengo que pensar algo. Algo, no sé, algo. Mis hermanos conocen a gente o… o… o mis padres. A lo mejor te podemos esconder. Déjame que hable con ellos y me vuelves a llamar. Llámame dentro de unos minutos, ahora mismo.

—Pero no tardes, ¿eh?

—No, claro que no. ¿Puedes aguantar sin que te vean? En un bar o en un portal… De todos modos, pase lo que pase, no te voy a dejar ahí. No puedo dejarte ahí. Te iré a buscar y ya veremos lo que hacemos. ¿Dónde estás?

—En una cabina enfrente de la pensión, al otro lado de Goya.

—No te muevas de allí. Escóndete. Disimula. Yo qué sé… Un bar, un portal…

—Ahora te llamo —dijo, y colgó.

Di dos pasos hacia María. Estaba confusa, asustada.

—¿Qué hago, tata?

—Primero de todo, cambia esa cara. Tus padres no deben verte así porque sabrán que pasa algo malo… además de lo de Borja, quiero decir, y no te dejarán en paz hasta que se lo cuentes. Y no te quiero ni decir si adivinan que ese chico —señaló el teléfono con la barbilla— está metido en líos.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Venga, Lola, que no he nacido ayer.

—¿Qué hago? No puede quedarse por la calle, no puede ir a su pensión, no puede salir de Madrid… ¿Qué hago?

La tata María asintió.

—Ya, ya lo sé, ya. Habla con Miguel.

—¿Con Miguel? ¿Con mi hermano?

—Con tu hermano.

—¿Por qué? ¿Qué puede hacer?

—Tú habla con él.

Entré de sopetón en la habitación de Miguel. Estaba tumbado sobre la cama leyendo.

—Chica —dijo. Se apoyó el libro sobre el estómago—. ¿Ha vuelto Borja o qué?

—No… Tengo un problema. Es urgente, Miguel. Me tienes que ayudar.

Se empujó las gafas hacia arriba y no contestó. Se limitó a esperar.

—¿Me vas a ayudar o no?

—No sé —dijo por fin—. Depende, ¿no?

—Un amigo… estudiamos juntos en Medicina, quiero decir un amigo, está metido en un lío.

—¿Lío?

—Sí, Miguel, venga. Está metido en un lío, no puede volver a la pensión porque le esperan los de la Social y no tiene donde esconderse.

—¿Desde dónde te llama?

—Desde una cabina.

—¿Y por qué no se pone una bombilla en la cabeza y así llamará mejor la atención? En un teléfono público con toda la policía buscándole. Qué disparate. Pero dime a ver, ¿es un lío de los de Borja?

Asentí.

—Pues vaya, como lo enganchen lo van a hacer picadillo. —Se puso el brazo debajo de la cabeza—. ¿Y qué puedo hacer yo?

—Es que dice la tata María que te pida ayuda.

—Yo no puedo hacer nada. Ésa también… Como es roja, le da por la solidaridad obrera.

—¿Roja?

—¿Te caes de un guindo o qué? Venga. ¿Cómo se llama este novio tuyo? —No habría sido necesario que confesara: me puse como un tomate. Miguel sonrió y dijo—: Vaya.

—José Luis Mendieta. Borja le conoce bien.

—Mendieta, ¿eh? Además de rojo, vasco.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Con un apellido así? Seguro que está en esto del manifiesto y la libertad universitaria y la amnistía y, como si lo viera, creía estar a salvo porque nadie lo conoce. Hasta

esta tarde, en que lo conoce la Brigada de lo Social en pleno además de medio Madrid, incluido el ministro ése que es amigo de mamá. Pues vaya. Bueno, Lola, aquí no puede venir; no hace falta que te diga que mamá llamaría al ejército para que se lo llevaran más atado que la pata de un romano. No es de nuestra clase, es rojo y además se ha puesto a ligar contigo. Para mamá, tres pecados mortales. No, no puede ser. De tapadillo tampoco lo podemos colar en el planchero —se rió—, y en el garaje, menos…

—¿No podríamos decir que es un compañero tuyo que está de paso, que, qué sé yo, ha venido de Londres y se va de vacaciones a casa de sus padres en… en… en Valencia?

—A mí no me metas en líos… Ni hablar.

—Sólo por un par de noches. ¿En la habitación de huéspedes?

—Pero ¿tú qué te crees, que mamá es tonta o qué? Tardaría menos de un minuto en olerse la tostada. No, aquí no puede estar.

—Lola —interrumpió la tata María desde el pasillo—, te llama el de antes.

—Por Dios, Miguel. Date prisa. No hay tiempo que perder, te lo juro. ¿Qué le digo? ¿O me voy sola a por él?

Mi hermano resopló y por fin, con gran parsimonia, dobló una esquina de la página que estaba leyendo, cerró el libro y se puso de pie.

—Venga, va, dile que no se mueva de donde está, que se meta en el portal más cercano, en una tienda de ultramarinos a mirar turrón para la Navidad, lo que sea, y que lo recogemos dentro de veinte minutos en la esquina donde está ahora. Pero no te prometo nada. Igual no podemos hacer nada…

No fue fácil convencer a mamá de que Miguel y yo nos íbamos a dar una vuelta en coche porque no aguantábamos

más la espera y por si veíamos a Borja volviendo y le podíamos echar una mano. No recuerdo si la excusa fue exactamente ésa o si invocamos cualquier otra igual de tonta. Sí recuerdo que se había hecho de noche desde un buen rato antes y que me pareció que la nocturnidad, lejos de protegernos de miradas hostiles, aumentaba el peligro. Había visto demasiadas películas, en efecto.

Después de recorrer bastante despacio media calle de Serrano para no llamar la atención, nos fuimos Goya arriba y pudimos recoger a José Luis en la esquina de Alcalá, delante de una cervecería que aún sigue ahí. Siempre que paso delante, me acuerdo del pavor de aquella noche de diciembre de 1974. ¡Treinta años ya!

Plantado en la acera con aire de desconsuelo, José Luis parecía un monigote abandonado y tierno. Tenía las manos en los bolsillos y se le había borrado de la cara la expresión algo suficiente con la que solía pasearse por la vida. Debía de haber pasado mucho miedo durante las últimas horas y traía el semblante desencajado y pálido.

—¿Dónde están los polis que te buscan? —le preguntó Miguel en cuanto José Luis se hubo acomodado en el asiento de atrás del R5.

Respiraba algo entrecortadamente y, señalando con la barbilla hacia la plazoleta que había a unos cien metros, dijo:

—Ahí.

—Ahí ¿dónde? —pregunté entonces.

—Allí, al lado de mi pensión. ¿No los ves? Son dos, uno a la izquierda de la puerta y el otro en el banco de delante. Cuando llegué, se les veía poco porque había más gente… Arranca, por Dios, que nos van a ver.

Arranqué despacio y, como dos idiotas, Miguel y yo fuimos torciendo la cabeza a medida que avanzábamos e

íbamos dejando atrás las siluetas algo borrosas de los policías, dos pasmarotes allá lejos en el portal de la pensión. Menos mal que estábamos a cierta distancia de ellos porque había poca gente por la calle y podrían habernos divisado perfectamente.

La tarde-noche era desapacible y fría. Había empezado a lloviznar, las tiendas acababan de cerrar y el barrio se quedaba vacío. Los pocos transeúntes que aún deambulaban por allí cruzaban las calles con la cabeza gacha para protegerse del agua y de los remolinos del viento. Sólo los escaparates iluminaban los trozos de acera que les quedaban delante y en el halo de las farolas fluorescentes revoloteaban gotas pulverizadas por la brisa helada.

—¡Sigue, Lola, jopé! —me empujó mi hermano dándome en el codo como si, con ello, pudiera acelerar el movimiento del Renault. Cuando ya habíamos recorrido una cincuentena de metros Alcalá abajo, uno de los dos policías, como empujado por un resorte o quizá por la intuición fruto de años de sospechas, se volvió a mirar fijamente hacia mi coche.

—¡Dios! —exclamó José Luis.

—¡Sigue, sigue, sigue! —apremió Miguel y una vez que se aseguró de que habíamos alcanzado la calle de General Mola y estábamos más tranquilos, lejos del alcance de los secretas de la Brigada de lo Social, añadió—: De modo que tú eres el famoso José Luis.

—Sí… Oye, gracias por venir a buscarme. No sé qué habría hecho si no venís.

—Dale las gracias a mi hermana, que yo no quería.

José Luis me puso la mano en el hombro.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunté.

—Vete hacia el Oliver, ¿sabes dónde está?

—Claro. Detrás del cuartel general del ejército, en la calle Almirante...

—Pues vete hacia allá. Y sin hacer tonterías, oye, que no es cosa de que nos pare la policía.

Mira por donde, iba yo a conocer el Oliver, ese antro, por razones totalmente distintas a las que había imaginado y para las que me había preparado; ni minifalda ni blusa escotada ni crápula, un par de vaqueros, un jersey y un anorak y nada más. Y habría jurado que Miguel hermano me leía el pensamiento:

—Hey, hermana, del glamur al escondite, ¿qué te parece? Nos os mováis de aquí que ahora vuelvo.

Se bajó del coche y entró en el bar.

Estuvimos un rato interminable, esperando. No nos dijimos palabra. Sólo esperábamos mirando fijamente hacia la entrada del Oliver.

Al cabo de un tiempo que se nos hizo eterno, Miguel salió del bar acompañado por un chico muy joven, alto, espigado, con un mechón de pelo rubio que le caía sobre la frente. Guapísimo. Se acercaron al Renault riendo y charlando amigablemente. Bajé la ventanilla.

—Éste es Oleguer —dijo Miguel; me sonó a Ulagué—, hermano de Clara —santo cielo, pensé, la novia catalana tan fina—. Mi hermana Lola y su novio, José Luis.

Oleguer esbozó un saludo con la mano abierta.

—Qué hay.

—Hola —dije.

—Dice Miguel que José Luis necesita un escondite por unos días. Cosa de que no te pille la pasma. —Se inclinó sobre la ventanilla para mirar al interior del coche.

—Pues sí, la verdad es que sí —contestó José Luis con tono inseguro.

—Ningún problema. Tengo un piso aquí al lado, en la plaza de Chueca con sitio más que suficiente. Mira, mañana me voy a pasar las Navidades a Barcelona y puedes estarte el tiempo que quieras.

—Gracias, de verdad, gracias.

—¿No te crea problemas? —pregunté.

—No. Mira, deja que me suba al coche y vamos hacia allá.

El piso de Oleguer estaba en la tercera planta de un vetusto edificio con balconcillos, dos por planta, que daban a la plaza. En los años setenta, nada en el barrio de Chueca era muy recomendable: suciedad, droga y mucho crimen callejero. Pero, aunque el portal olía a humedad y a pis y no era muy distinto del resto de la plaza, cuando entramos en el apartamento, nos asaltó una vaharada a incienso y a otros olores exóticos que parecían permanentemente enganchados a las paredes, como si la casa estuviera siempre cerrada y hubiera bastoncillos incandescentes de olor por todos lados.

De todos modos, no era eso lo más sorprendente: era la abigarrada cantidad de alfombras persas e indias que, tiradas por los suelos, se pisaban las unas a las otras, haciendo de todo ello un conjunto mullido de mil colores oscuros, rojos, azules, con dibujos de grandes flores, pequeños animales, elefantes y camellos y grecas multicolores. Daban la sensación de abrir las puertas a un mundo misterioso y seductor. Por la parte de dentro, la misma puerta de entrada, forrada en tela de seda, estaba claveteada con clavos de cabeza de latón cuadrada y la enmarcaban unas jambas ricamente repujadas en madera y cobre. Vista desde el descansillo, nadie lo habría adivinado.

En una esquina del vestíbulo, una gran estatua de Buda de tamaño natural en bronce presidía la estancia. Una puerta estrecha y pequeña (literalmente pequeña, puesto

que había que doblarse casi en dos para pasar por ella) daba al salón, otra habitación cubierta de tapices en la que no había sofás para sentarse, sino grandes almohadones forrados en seda y una mesa rectangular cuya tapa era de cobre bruñido. Una celosía de madera disimulaba la entrada a un pequeño pasillo desde el que se accedía a las dos habitaciones de dormir, de decoración igualmente abigarrada, a un cuarto de baño y a una extraña cocina de alquimista.

Desde la calle nada sugería que detrás de los dos balcones pudiera esconderse un viaje al oriente de las deidades hindúes. Me pareció esplendoroso todo aquello, como entrar en un decorado de las mil y una noches.

—Oye —dije, mirando a Oleguer con sorpresa—, tienes una casa maravillosa.

Se encogió de hombros y sonrió. Tenía los dientes muy blancos.

—A mí me gusta… Toma, José Luis, un juego de llaves. Ya me las devolverás cuando vuelva a Madrid. Te puedes quedar hasta que regrese si te viene bien.

Me emocionó la generosidad de aquel chico que no nos conocía de nada y que, sólo por ser yo hermana de Miguel, nos abría las puertas de su casa y nos dejaba de dueños y señores de un palacete lleno de tesoros y misterios orientales.

—Tenemos que volver, Lola —dijo Miguel.

—Sí. José Luis, tú te quedas. Mañana te traeré algo de ropa de Borja, desayuno y cosas para que te laves y te cepilles los dientes… que te vendrá muy bien. —El pobre olía a sudor, pero me parece que era más por el miedo que había pasado que por otra cosa.

—Muy graciosa.

Le di un beso, apenas un casto roce de labios para así poder ignorar la revolución de mis entrañas cada vez que me acercaba a él.

—Gracias, tú —le dijo entonces Miguel a Oleguer y le dio un beso en la mejilla. Fue la primera vez que vi una cosa así. Me chocó muchísimo pero no dije nada y cuando ya nos habíamos subido al R5, Miguel me miró:

—Hombres y mujeres se dan besos en la cara por simpatía o por cariño. ¿Por qué no entre amigos del mismo sexo? En Francia lo hacen y además, tres veces. Oye, chica, a ver si te modernizas.

20

Borja había vuelto. Estaba desplomado sobre uno de los sofás del salón, sucio y despeinado y con cara de cansancio. Tenía grandes ojeras violáceas y la barba medio crecida de dos días sin afeitar. Mamá, a la que molestaba mucho que nos tumbáramos sobre los sofás, siempre impecables, por una vez no había dicho nada.

Papá, sentado en un sillón cerca de él, lo miraba con preocupación. Mamá estaba de pie con las manos juntas, como si estuviera rezando. Me pareció que todo aquello los sobrepasaba y que estaban ahí sin saber qué hacer.

La tata María, plantada en el umbral de la puerta del salón con las manos en jarras y un trapo de cocina en la izquierda, contemplaba impasible la escena. Mucho tiempo después me dijo que en realidad estaba furiosa porque no entendía cómo unos padres podían dudar entre un hijo y el sistema político que lo castigaba. «Me habría gustado darle dos cachetes a tu madre, pero ya ves, siempre pudo con ella la corrección de las cosas como deben ser». «¿Y por qué no dijiste nada?», pregunté. «¿Yo? ¿Una empleada? Si hubiera estado tu abuelo, otro gallo nos habría cantado. Pero sin él… Era de derechas, pero tenía el corazón en su sitio y nadie se atrevía a rechistar delante de él».

—¡Borja! —exclamé y me abalancé sobre él—. Dios mío, ¿qué te han hecho?

—Nada. Estoy bien, cansado pero bien.

—Pero ¿te han pegado?

—Qué va. Me han tratado con exquisita cortesía —contestó con sarcasmo—. Dos días preguntándome chorradas, supongo que para ver si me contradecía. Pero nada. ¿Sabes qué era lo peor? Los gritos de los otros cuando les sacudían.

—Por Dios, hijo —dijo mamá.

—Es verdad… Vi a uno que estaba muy mal y me contó entre sollozos que le habían preguntado si tenía algún sitio que le doliera para no pegarle ahí. Monjitas de la caridad… Dijo que tenía una hernia y entonces le dieron sólo ahí. No os podéis imaginar. Yo creo que nos los enseñaban para que viéramos que nuestras vidas estaban en sus manos.

—¿Y a ti por qué no te pegaron?

—¿Un niño de familia bien que además es del régimen? Qué va. Pero no creáis que lo hacen por humanidad o por miedo a las consecuencias. Lo hacen para que nos avergoncemos de ser señoritos mientras aparentamos oponernos al régimen. Miedo ¿de qué? Ni siquiera nos respetan, Lola. El inspector Gallego, ese lameculos que vino aquí la otra noche, es el peor de todos. Ponía la mano abierta sobre la mesa para que viera los nudillos ensangrentados de tanto pegar a los demás. Y me decía: «¿Pero vosotros qué os habéis creído? Sois unos mierdas escondidos detrás de vuestros papas, señoritos de mierda. Ya os tocará. Ya os pillaré y entonces ni ministro de la Gobernación ni Franco ni la madre que los parió. Te partiré el alma en dos, niñito, cuando te vuelva a pillar».

Borja me cogió de la muñeca y añadió en un murmullo:

—Y me decía: «Y dile a tu hermana que se ande con ojo, que está muy buena y eso, aquí, se paga».

—¡Por Dios, Borja! —repitió mamá.

Me latía el corazón a toda velocidad y me pareció que me ahogaría de tanto como me retumbaba en el pecho. Me había puesto a llorar con grandes sollozos y mis lágrimas le caían a Borja sobre las mejillas, sobre la frente y sobre los ojos. Me apretó fuerte.

—Bah, Lola, son baladronadas de un hijo de puta que nunca se atreverá a tocarte un pelo. Sólo sabe insultar.

Me impresionó la entereza de Borja, cómo era capaz de recordar lo que le había pasado en esos dos días poniéndolo todo en su justa medida. Cómo, en vez de miedo, lo que tenía era rabia.

Papá se había puesto de pie con la cara descompuesta. Me agarró por los hombros y me obligó a levantarme. Luego me abrazó y me sostuvo así durante dos o tres minutos mientras me sacudían los jipidos.

—Esto no quedará así —repetía—, esto no quedará así.

Estuvimos mucho tiempo todos juntos en el salón, charlando en voz baja o guardando largos silencios acongojados.

De pronto, Flor apareció con una tortilla de patatas guisada especialmente para Borja, que al principio la rechazó diciendo que no tenía hambre, pero que poco a poco se fue comiendo hasta que en el plato apenas quedó un rastro de cebolla frita. También se durmió un rato, pero enseguida se despertó sobresaltado y al final mamá lo mandó a ducharse y a la cama.

—Bueno —concluyó ella—, en cuanto sea posible, mañana, pasado o al otro, empaquetamos y nos vamos todos a la finca a pasar las Navidades y a reponernos, que falta nos hace.

Luego, mamá tuvo que retrasar su viaje por unas cenas y cócteles prenavideños que «ni papá ni yo podemos saltarnos». Quedaba sobreentendido que lo hacía para plantar sus reales ante la sociedad madrileña en defensa de sus hijos, pero ni Miguel, que me miró con sonrisa burlona, ni yo nos lo creímos, claro.

A la mañana siguiente metí en mi mochila de estudiante un par de camisas de Borja y unas mudas, unos vaqueros que me parecía que le irían bien a José Luis y calcetines. Anuncié que me iba a la facultad.

—Ve con cuidado, hija —me recomendó mamá.

En el portal de casa me esperaba el inspector Gallego.

Me dio un vuelco el corazón aunque por una vez, por algún milagro inexplicable, no me sonrojé.

—Buenos días, señorita Ruiz de Olara.

—Buenos días —tartamudeé.

—Perdone que la moleste. Son sólo un par de preguntas sin importancia. —Sonrió amablemente—. ¿Volvió bien a casa su señor hermano anoche?

No contesté. Tragué saliva.

—Vería usted que, contrariamente a los horrores de que se nos acusa, don Borja sólo había tenido que contestar a un pequeño interrogatorio.

No contesté. Me temblaban las manos y me las puse a la espalda, como si estuviera en la clase de la madre Assumpta.

—Ya. Le di recuerdos para usted para que viera usted nuestras buenas intenciones. Espero que se los diera. —Su sonrisa se había tornado malévola y me dio un escalofrío.

Tenía ganas de vomitar. Respiré profundamente. Pero seguí sin contestar.

—Sólo quería preguntarle por un amigo suyo, José Luis Mendieta. Querríamos hablar con él, una mera formalidad, pero ha desaparecido. ¿No sabrá usted dónde se encuentra? ¿No? Si le ve, no deje de decirle que lo buscamos. Hasta pronto, señorita.

El inspector Gallego se dio la vuelta, pero, como si de pronto hubiera recordado algo importante, giró la cabeza y añadió:

—Dígale… si lo ve, naturalmente, dígale que le buscamos y que él es de los nuestros. Que no es un señorito, no.

Tuve que apoyarme contra la jamba del portalón de casa para no caerme. Me pareció que me desmayaría. Entonces apareció Julián, el portero, y me preguntó:

—¿Está usted bien, señorita?

Asentí y fui caminando como una sonámbula hacia el patio que nos servía de garaje. Julián abrió entonces la puerta de cristales que daba al paso de carruajes y a la acera de Serrano. Estuve un buen rato sentada en el Renault para intentar calmarme. Pensé en volver a subir a casa y quedarme allí hasta que se me quitara el susto, pero recordé que José Luis me esperaba en el piso de Chueca y comprendí que no tenía más remedio que ir. Pero ¿y si el inspector Gallego seguía allí afuera esperándome? ¿Y si me seguían? ¿Y si, sin darme tiempo a decírselo a mis padres, me detenían por la calle y me llevaban a la Puerta del Sol?

Decidí que no tenía más remedio que salir y tratar de despistar a quienquiera que fuese el que me vigilaba. ¿Y eso cómo se hacía? Claro que en mi estado de nervios y de ignorancia, no me daba cuenta de que yo tenía más posibilidades de moverme deprisa que la policía secreta. Y otra realidad mucho más terrible, aunque ahora suene a melodrama: España entera era una cárcel y los inspectores

sabían que al final todos acabaríamos cayendo en sus redes si querían; no tenían que molestarse en persecuciones.

Estuve un buen rato dando vueltas por el barrio. Luego me fui a la Gran Vía, aparqué y entré en Galerías Preciados. Allí compré jabón, un champú caro, cepillo y pasta de dientes, desodorante, cosas de afeitar y un cepillo para el pelo. Finalmente, en un colmado de Chueca compré leche, café, azúcar y madalenas (la Bella Easo, lo recuerdo bien porque fueron el marco goloso de un rato de felicidad total).

Di dos vueltas a la plaza escudriñando las caras de la gente, sin comprender que deambular con una bolsa de compra en cada mano intentando adivinar quienes eran mis perseguidores resultaba bastante más sospechoso que una simple actitud de inocente cotidianidad. Pero, en fin. ¡Tenía dieciocho años, por Dios!

Entré en el portal y subí los tres pisos todo lo deprisa que me lo permitían las bolsas. Llamé al timbre y vi que por la mirilla aparecía un ojo de José Luis.

Abrió la puerta.

Sólo me dio tiempo a ver que llevaba puesto un albornoz blanco y que tenía el pelo aún mojado de la ducha. Tiró de mí, me quitó las bolsas y las dejó caer al suelo. Me pasó los brazos por encima de la cabeza, me sujetó por la cintura y me besó como si no hubiera hecho otra cosa en su vida y se apoderó de mi boca, de mi lengua y de mis dientes. De mi saliva. No me dio ni vergüenza notar que nuestras salivas se mezclaban deslizándose por la barbilla. Nada me dio ya vergüenza: de golpe me sentía casi impúdica y me encantaba.

Sin dejar de besarle, empujé a José Luis para apartarlo de la entrada y llevarlo hacia el salón de los almohadones y las

alfombras de seda. Echó la cabeza hacia atrás y me miró, sorprendido de verme sonreír con mi nuevo descaro de neófita (supongo que lo era, ¿no?, una neófita de los sentidos; y eso que diez minutos antes ni me habría atrevido a confesármelo). Lo empujé más con todo el cuerpo, de pronto envalentonada y libre de inhibiciones en el ambiente protector de aquel piso exótico que invitaba al abandono y a otros mil desvaríos inesperados. Hasta me sorprendió aquella falta mía de recato. Ay, Lola, pensé en un último momento de lucidez. Supongo que se me había juntado todo para desarmarme, para ponerme del revés con la excitación: el miedo, la aventura, las descargas de adrenalina; el susto de la mañana con el inspector Gallego, el horror de pensar en lo que quería hacerme aquel baboso, los problemas de Borja, las idas y venidas clandestinas a la universidad, el capitán de los grises, tan tímido y tan tonto, las ironías de Miguel… Y el amor sin freno que se me había despertado como una riada que me arrastraba sin control.

Lo agarré por los hombros y el albornoz se le deslizó hacia atrás. No llevaba nada debajo. Estaba desnudo y no me importó: me pareció que sus hombros y sus brazos y su pecho y su cintura eran lo más bello, lo más excitante que había acariciado en mi vida. Carne suave, perfumada de hombría (qué sabría yo) que abrasaba, que hubiera querido devorar y en la que empecé a dejar la impronta de mis besos y el rastro de mi saliva. Salvo a los idiotas de mis hermanos, nunca había visto a un hombre desnudo y menos, con lo que me ofrecía José Luis. Se me hizo un nudo en la garganta. Todavía hoy se me acelera el corazón al recordarlo.

—Tú —dije.

Me quitó el anorak, y nos seguíamos besando, y el jersey, y seguíamos, y la blusa y se armó un lío con el sujetador. Le cogí la cara con las manos, le di un sonoro beso y le dije:

«Espera». Estaba tan excitada que hasta a mí me costó trabajo desabrochar el corchete de la espalda.

—Dios mío —dijo José Luis en voz casi inaudible.

—¿Qué? —pregunté, echando los hombros hacia atrás, combándome.

—Dios mío —repitió.

Y me besó, primero un pecho y luego el otro con suavidad y después más fuerte y más fuerte.

Perdí el sentido y no me di cuenta de cómo le había acariciado hasta que me sorprendió su gemido. Tampoco supe por arte de qué misterio me quedé desnuda y cómo atravesamos juntos la diminuta puerta que llevaba al salón. Sí recuerdo la sensación de lujuria que causó en mi espalda el contacto con los almohadones cuando José Luis, sujetándome por la cintura, me recostó en ellos. Y, oh sí, Dios mío, recuerdo cuando separé las piernas y se puso entre ellas temblando.

Decían que la pérdida de la virginidad duele, por el desgarro. Pues a mí no me dolió. Hubo un momento de suspenso, de total posesión, de una unión que me pareció imposiblemente maravillosa. Entonces noté que a José Luis se le escapaba un largo suspiro.

—Oh, Lola, lo siento, lo siento, perdóname…

—¿Por qué?

—Porque… porque me he ido y tú no has podido…

Me reí. Estaba emocionada, tocando el cielo. ¿Qué tenía que perdonar? ¿Le iba a castigar por no haber llegado al jardín de las delicias? Bastante tenía con haberme rendido en sus brazos.

—¿Pero hay más?

Me abrazó con fuerza, me cubrió la cara de besos. Después, me miró con gran seriedad:

—Hay más.

—Te adoro.

Estuvimos así, abrazados, acariciándonos, durante mucho rato. No sé cómo se cuenta eso, no hay una unidad de tiempo de caricias. Sí sé que al rato le dije «no te muevas», me levanté, fui a la entrada, recogí la bolsa de las provisiones, volví a pasar delante de él.

—Te voy a hacer el desayuno, que necesitas reponer fuerzas, mi amor. —Aunque, como llamarle «mi amor» me pareció poca cosa para lo que me tenía derretido el corazón, me corregí—: Mi amor entero para toda la vida —añadí. Se lo dije en voz alta, sin rubor, riendo mientras pasaba por delante de él con los ojos llenos de lágrimas.

Fui a la cocina de alquimista para hacer zumo de naranja y café. Hacía frío allí.

—Tengo frío, José Luis. ¿Me traes el albornoz?

Al instante oí su voz que me decía:

—¿Tú has visto la Venus de Velázquez? La del espejo, ¿sabes? Cuando estuve en Londres me pasé dos tardes enteras en la National Gallery mirándola.

—Tápame que se me ha puesto la carne de gallina. ¿Y qué te pasa con Velázquez?

Desde detrás, me colocó el albornoz sobre los hombros y me besó en el cuello. Me puso las manos en los pechos.

—Que tienes la espalda y la cintura igual que las pintó Velázquez.

Se me volvió a desbocar el corazón. Me di la vuelta y me colgué de su cuello. Esta felicidad me parecía imposible, como bajada del cielo, un regalo de Afrodita. Nunca se lo dije, porque me parecía tan cursi como los versos de Miguel hermano.

—¿Cuánto llevabas ahí mirándome el trasero, sinvergüenza? ¿Eh?

—Casi nada comparado con la Venus. O sea, que me quedan por lo menos dos tardes de contemplación. Y luego pasaré a la delantera…

—No te pienso dejar.

Nunca había creído que un amor pudiera ser tan alegre, tan despreocupado, tan absolutamente feliz, tan desprovisto de consecuencias; no era lo que leía en las novelas. Mucho más tarde, aquella noche, se me serenó la respiración y, sola en mi cama, comprendí por primera vez que el pecado no atrae desgracias, no tiene nada que ver con las desgracias propias o ajenas, que quién ha dicho que se deba pagar con tristeza un momento de felicidad. «El amor es el amor», me dije y pensé en las tonterías que nos enseñaban las monjas, en cómo nos cargaban de responsabilidad por cualquier cosa sin importancia (que toda la culpa del mundo, los niños hambrientos, la lepra y hasta la bomba atómica pudieran recaer sobre nuestros hombros sólo por pensar en el sexo un instante) y cómo eran capaces de ensuciar lo más bello que nos ocurría. Aquel día en el apartamento de Chueca me dije que no podía ser y dejé de creer en Dios y me sentí liberada…

Ah, sí. Mi dios era José Luis Mendieta, carne y hueso de mi concupiscencia, piel adorada, sonrisa reidora. Y entre su cuerpo desnudo y el Dios de los demás no había color ni comparación posible.

Esa alegría tan despreocupada fue la que me dio mi primer orgasmo más tarde, aquella misma mañana. Y me hizo glotona.

—¡Mi madre! —exclamé ya muy tarde. Era casi la hora de comer y tenía que llamar a casa para decir algo que justificara mi retraso. No llegaría a las dos y cuarto a Serrano ni por casualidad.

—¿Eh? —dijo José Luis.

Me incorporé sobre los almohadones y busqué con la mirada un teléfono. Estaba en una esquina sobre un pequeño velador medio escondido entre las cortinas. Me puse de pie, fui hasta él, descolgué y marqué el número de Marta.

—Marta… —Dime.

—He estado contigo toda la mañana.

—Ay, ay, ay. ¿Toda la mañana?

—Toda.

—Qué bien. ¿Dónde?

—Ya te lo contaré, pero no llego a casa a comer.

—Pues yo salía ahora hacia allí.

—¿Puedes no ir?

—No. Ya le he dicho a tu madre que voy y además no he visto a Borja desde que volvió ayer.

—¿Qué decimos?

—¿También te ha fundido el cerebro ese chico?

Me reí y me salió una carcajada alegre, tan cantarina que no podía querer decir otra cosa.

—Ya ves.

—Pues, mira. Hemos estado juntas casi toda la mañana y te has tenido que quedar a terminar una disección de hígado, una autopsia, un rascado de tibia… ¡yo qué sé! Es lo último que te queda antes de las vacaciones y es para sacar nota, que el catedrático es un pelma. —Soltó una risa ronca —. Te acabo de regalar la tarde. Oye —dijo luego poniéndose seria—, dúchate bien, que estas cosas se notan… se huelen. Y pon cara seria. Pero hoy no te libras de contármelo todo de pe a pa, en cuanto te eche la vista encima. Me muero de la curiosidad. Oye… Que seas feliz.

Nada más entrar en casa, la tata María, que venía por el pasillo con un fardo de toallas, me vio, se detuvo y dejó la

ropa sobre el aparador. Luego me puso la mano en la cara y con gran ternura me preguntó:

—Pero chiquilla, ¿qué has hecho?

Me encogí de hombros.

—Qué bonita estás. Anda, vete a cambiarte y dame tu ropa, que te la lavaré.

—¿Y mamá?

—En un té por ahí. —Sacudió la cabeza—. En vez de estar aquí acogiéndote en sus brazos… —murmuró.

—¿Se me nota mucho?

—Yo sí… Me pasó lo mismo a tu edad. Sólo que no tenía a nadie salvo a tu abuelo. Tu abuela era como tu madre: no se le podía molestar con tonterías. De modo que el que me descubrió fue el marqués. Me miró y no dijo nada. Y un buen rato después, cuando le servía el café, sacudió así la cabeza, se conoce que se lo había pensado mucho, ¿sabes?, y luego se puso de pie y me dio un abrazo… la única vez que lo hizo en toda mi vida. Y me dijo no hagas más tonterías, anda. —Levantó la cabeza, recordando—. Seguro que con tu madre no habría sido tan tolerante. No sé.

—Ay, tata, soy tan feliz…

—Sí, pues ándate con cuidado, venga.

Abrió los brazos y me refugié en ellos como había hecho mil veces cuando era niña y llegaba con una herida en la rodilla después de caerme del caballo o me había pegado con un hermano o, aterrada con mi primera regla, no entendía lo que me estaba pasando.

Me olió el pelo y me dio un beso en la coronilla. Luego dijo:

—Anda, ve a ducharte.

Con los años comprendí que la tata María era como una diosa pagana, como la estatua de Ceres que habían desenterrado en Villaurbina cuando el abuelo encontró las

ruinas de la gran villa romana en los lindes de los trigales. Esperé que fuera Ceres, la protectora del campo, y no Hera, la protectora de las mujeres y los partos. Al final de aquel día, ni se me había ocurrido la posibilidad. Estaba demasiado enamorada para pensar en riesgos.

—¿Tata? —le pregunté más tarde. Había ido a buscarla al cuarto de plancha desierto porque tenía miedo de quedarme sola y derretirme a la vista de todos. Lola se quedaría en un charquito en medio del salón. Tenía que serenarme, distraerme, porque seguir reviviendo el sueño, contándome los besos, recordando sus manos sobre mi vientre y su boca sobre mi ombligo, iba a hacer que me volviera loca.

Hubo un momento, al salir de la ducha, en que me pareció estar al borde del desmayo: me dio un vahído y tuve que apoyarme en el lavabo para no caer al suelo. Pero no estaba mareada; estaba como flotando. Entonces, me miré desnuda en el espejo, me enrollé el pelo sobre la mano derecha en una trenza espesa y lo empujé hacia arriba pero sólo por ver cómo subían mis pechos con el gesto. Me había pedido José Luis que lo hiciera y luego había cerrado los ojos. «Sátiro», le había dicho.

—¿Qué quieres, niña? ¿Te has lavado bien el pelo?

—No lo sabes tú bien. ¿Cómo era el abuelo?

—¿El abuelo? Anda, ésta. Ahora quieres saber del abuelo…

—Por pensar en otra cosa, tata María… Hay veces en que me acuerdo mucho de él pero, ya sabes, de cuando era muy pequeña. Me daba miedo.

—Tu abuelo era muy serio y a los pequeños os inspiraba terror pánico. Todos lo respetábamos mucho, pero vosotros siempre queríais esconderos cuando llegaba.

—No sé por qué le tenía miedo: nunca me regañó…

—No, no te regañó, no. A ti te quería mucho. Siempre me decía «esta niña se me parece» y es verdad que has sacado sus ojos y su nariz. El pelo, no, porque él era muy moreno. —La tata suspiró y me rodeó con sus brazos—. «Para ser tan pequeña», me dijo, «tiene la cabeza muy bien amueblada». Una sola vez me mandó que te cuidara: «María, cuídala, cuídala mucho, tienes que protegerla porque de todos mis nietos, es la que tiene el corazón más grande y con eso se llega a sufrir demasiado. No dejes que lleve el peso de las tristezas de esta familia de locos», me dijo, «no lo merece». Estaba ya muy enfermo y casi no se le oía cuando hablaba. Pero yo sí le oí —añadió con orgullo—. Le gustaba verte montar, ¿sabes?, y aprender a disparar.

—Ya, sí, bueno. Me acuerdo de cuando me regaló la Pola y cómo quiso que aprendiera a montarla enseguida… Y me acuerdo de los paseos por la finca con él… como ahora con papá…

—Tenías seis o siete años…

—Sí, pero es del abuelo de quien quiero que me hables, tata.

—¿De qué habláis vosotras dos? —dijo de pronto mamá asomando por la puerta del planchero. Iba elegantísima con un traje de cóctel y su gran collar de perlas con el broche de diamantes y me miró con las cejas levantadas, sorprendida por mi atuendo de bata y zapatillas.

—Hablábamos de tu padre, Carmina.

—Del abuelo, mamá.

—Ya. Bueno. Salimos a cenar. A la embajada de Francia. Tata, ¿le dices a Jacin que me haga el bolso, que me voy a cambiar?

—Claro.

A mí entonces lo de que Jacin «le hiciera el bolso» me parecía natural. En casa, como en cualquiera de las que

conocíamos, la doncella sacaba el bolso vacío de la señora, el que iba a utilizar para salir a cenar, y le ponía un pañuelo de encaje bordado con sus iniciales, la barra de labios, una polvera con espejo, un frasquito de cristal de roca con su perfume y un pequeño peine. Si fumaba, cosa que mamá no hacía, se añadía la pitillera y un encendedor de oro.

—¿Y estos niños qué tienen para cenar?

—Sopa juliana, huevos fritos y patatas fr… —contestó la tata, pero mamá ya había desaparecido rumbo a su cuarto —… itas —concluyó en voz baja.

—¿Para qué se querrá cambiar si ya va como la Torre Eiffel?

—No seas boba, Lola. Cada cosa tiene su atuendo. Y, tú, mi bella princesa, vete con cuidado con el chico y toma precauciones. Que las carga el diablo…

21

Los gemelos de Juan hermano, Carlos y Daniel, nacieron el 30 de marzo de 1975, domingo de Pascua.

En ese mismo mes me quedé embarazada. Lo comprendí a la primera vomitona que me dio, al primer mareo camino del baño. Hasta entonces no le había dado importancia al retraso de la regla. ¿Cómo me iba a pasar nada a mí?

Cuando me di cuenta, me aterré. Y al miedo se me sumó la angustia; me miraba en el espejo por si se me notaba ya, me estiraba la cintura de las faldas (dejé de ponerme vaqueros inmediatamente) y me metía el puño cerrado en ellas por si había engordado en las últimas horas sin darme cuenta. Y no hacía más que pensar: «¿Cómo me puede pasar a mí esto?, ¿qué puedo hacer?, no quiero este hijo, no estoy preparada, un hijo es para más tarde, ¿cómo se lo digo a mis padres?, apuesto a que mamá me manda a Villaurbina y me deja encerrada allá hasta que nazca y luego se lo da a un ama seca, papá querrá que me case con José Luis para evitar el escándalo». «No quiero», me decía yo. No me sentía responsable de aquel hijo que me crecía en las entrañas. Era un cuerpo extraño que alguien había puesto allí y que yo rechazaba. Pero a todas horas me vigilaba el ánimo por si, por sorpresa, se me despertaba el instinto maternal y empezaba a querer a mi hijo, por si, contra toda lógica, me

ponía a discurrir como madre. Eso decían que pasaba, ¿no? Y era lo que me daba más miedo: que quisiera tenerlo, guardarlo para mí. No, no, no debía pensar eso: la mera idea de «guardarlo para mí» me parecía ya un fatídico paso adelante en la marcha voluntaria hacia la maternidad. No podía, ¿cómo iba a poder? ¡Si ni siquiera había terminado yo de crecer! ¿O esta reticencia mía era sólo monstruoso egoísmo, cobardía? Estaba engañando a la vida, me escudaba en pretextos insostenibles cuando en realidad debía apechugar con lo que había hecho. Haberlo pensado antes, guapita. Sabía que tenía que enfrentarme a todo esto y que tenía muy pocos días para hacerlo. Pero no sabía cómo. No sabía cómo.

¿Y José Luis? ¿Cómo se lo iba a contar? Me había quedado embarazada al poco de salir él de la cárcel, ¿y le iba a echar encima una responsabilidad que él no había buscado, una responsabilidad a la que él no estaba en disposición de hacer frente? ¡Si no tenía ni donde caerse muerto! Y además, el pobre estaba fatal después de mes y medio de detención en los calabozos de la Puerta del Sol. Había salido demacrado, flaco, ojeroso y con la mirada huida.

Lo había cazado Gallego a mediados de enero en cuanto puso un pie en la calle para marcharse del piso de Oleguer y volver a su pensión. Me había prohibido que lo acompañara porque era demasiado arriesgado y todo el mundo estaba histérico.

Se lo llevaron a la Puerta del Sol y pasaron muchos días hasta que Borja pudo decirme dónde estaba. No me dejó ir a intentar verlo.

Durante semanas estuve convencida de que lo habían matado (aunque Borja me decía que estaba bien, bueno, vivo, al menos) y de que nadie se atrevía a decirlo, ni

siquiera a sugerir que se había suicidado tirándose por la ventana a un patio interior de la DGS, como habían asegurado unos años antes de un chico al que torturaron hasta la muerte y luego tiraron por el patio de su casa en la calle General Mola. Las cosas en España estaban mal y no creíamos que el sistema pudiera aguantar otra muerte en los calabozos; no la muerte, claro, sino que se supiera. Qué absurdo. ¡Qué poco intuíamos de lo que iba a pasar en septiembre, cuando fusilaran a los cinco chicos de ETA y el FRAP! ¿Que el régimen no aguantaba una muerte? Una no, cinco.

Fueron dos meses de angustia, de vigilia interminable, de esperanza pronto frustrada. Luego resultó que la mayor parte del tiempo lo había pasado en la cárcel de Carabanchel, pero nadie nos lo dijo, ni siquiera el inspector Gallego. Se trataba de añadir a la tortura del de dentro la tortura de quienes lo esperábamos fuera.

Me paseaba por la Facultad de Medicina como una zombi, sin mirar ni hablar con nadie, la mayor parte del tiempo atendiendo a las clases como una autómata. Un día de alivio, un día de desesperación. Hasta haciendo caso omiso de las recomendaciones de mis hermanos, fui a la DGS haciendo de tripas corazón a preguntar por el inspector Gallego y ver si conseguía ablandarle el corazón. Me tuvieron horas esperando, sentada en un banco de madera. Luego llegó Gallego, con la gabardina puesta, como si acabara de volver de la calle. Ni siquiera me importó que se refocilara como un baboso haciendo bromitas sobre José Luis y su estado de salud y sobre cómo yo temblaba de nerviosismo y miedo. Pensaba para mis adentros: «Muérete», le deseaba la peor muerte, pero lo único que me salía era implorarle que soltaran a José Luis, que no había hecho nada.

—¡Pero señorita Ruiz de Olara! Esto no depende de mí. Es el TOP quien debe decidir. Si por mí fuera…

Se sentían seguros y se burlaban. Controlaban la situación. Se movían en la impunidad, detenían, torturaban, encarcelaban, como si nada les pudiera pasar. En la represión, el tiempo se había interrumpido: mientras el país vivía a trancas y barrancas, ellos estaban inmóviles en su charca de sangre, convencidos de que el régimen perduraría para siempre. Los apoyaba el «bunker», vaya un nombre que habían escogido los políticos franquistas de la ultraderecha. Y el «bunker» estaba decidido a que nadie moviera un dedo, como si Franco nunca fuera a morir, seguros de que nunca moriría. Me parece que estaban tan seguros y tan histéricos que ni se daban cuenta de que la marea contra ellos crecía día a día. Y no les importaba.

Tuve una discusión terrible con papá. Le pregunté cómo podía apoyar a un régimen de asesinos. Recuerdo verle palidecer como si lo hubiera abofeteado. Tardó unos segundos en serenarse y luego dijo:

—¿Cómo puedes decir eso? No apoyo nada de eso, es más, me parece horroroso todo lo que está pasando. Pero debemos mantener esta estructura puesta en pie a lo largo de casi cuarenta años de paz. Cuando salimos de la guerra civil, de una cruzada de terrible dureza, poco a poco, entre todos fuimos construyendo este país nuevo. Ahora que la dictadura se acaba, nuestra responsabilidad consiste en mirar más allá, en conservar lo bueno que tiene este sistema, ignorando sus crueldades y esperando que acaben pronto. No podemos hacer nada para impedirlas. Los coletazos de un régimen son siempre duros… Pero, además, Lola, una sociedad como la nuestra se tiene que defender: no puede permitir el terrorismo en su seno, los secuestros,

los desórdenes… por muy duro que resulte. Se tiene que defender.

Papá estaba sentado en el saloncito de la esquina de casa y miraba el Turner que colgaba frente a él como si mi indignación estuviera poniendo en peligro el cuadro, como si mi rebeldía amenazara todo lo bello, todo lo privilegiado que constituía el patrimonio de la familia. Un patrimonio rico, orondo y en paz.

—Venga, papá —dijo Miguel, siempre tan perspicaz—, que nadie te va a confiscar tu colección.

—Pero, papá, ¡esta gente mata! ¡Vosotros matáis! ¿Cómo podemos estar así, tan tranquilos, como si no pasara nada?

—¡No puedo aceptar una acusación así! —exclamó poniéndose violentamente de pie—. Son unos ignorantes primitivos, pero no matan. Sólo hacen su trabajo. Y los míos no matan a nadie, a nadie, ¿me oyes?

—¿Que no matan? —grité.

Pero papá había dado por terminada la discusión y ya salía del saloncito rezongando «a este Gallego tan bestia…».

—Déjale —dijo Miguel—. Déjale que se vaya. Está más asustado que tú. Déjale: no sabe qué decir.

Al día siguiente fui a ver a Enrique Lerma para suplicarle que hiciera lo posible por sacar a José Luis de la cárcel. Y lo cierto es que debió de hacerlo porque, por fin, una mañana de finales de febrero, me llamó para anunciarme que José Luis salía. Casi un minuto después de que Lerma colgara, volvió a sonar el teléfono.

—Y señorita —dijo en tono cómplice la voz que conocía tan bien y que tanto me repugnaba y aterraba—, Lola, ay Lola, dígale a su novio que no se meta en más fregados porque a la siguiente no lo cuenta.

Fui corriendo en busca de la tata María.

—¡Tata! —grité—. Lo sueltan. ¡Lo sueltan hoy! Miguel ha ido a la Puerta del Sol a buscarle y lo traerá aquí.

La tata frunció el ceño.

—¡Pero niña! ¿Y qué va a hacer ese pobre chico en esta casa? Tu madre lo funde. No, no. Aquí no puede estar.

—¿Y qué hago?

Se mordió los labios:

—Te digo yo lo que vas a hacer. Te lo llevas a la finca. Sola no, ya te digo que no porque tu madre no lo permitiría. Y tu padre, no digamos. Eso lo tiene que organizar Miguel. Son amigos, ¿no?

—Bueno…

—Nada, Lola, que son amigos. Y Miguel se lo lleva a Villaurbina para que el chico se recupere un poco de las caricias de los polis. Y tú los acompañas porque sois un poco novios y además vas a organizar las cosas en la casa.

—Pero no van a querer —dije con desesperación.

—Te lo deben. Tus padres te lo deben, especialmente don Juan. No te creas que no oí la discusión que tuvisteis la semana pasada en el salón. Nada, Lola, te lo debe y no se va a negar… Venga, y si sirve de algo, le digo a Carmina que también voy yo y santas pascuas.

—¿De verdad que lo harías? ¿De verdad?

Me lancé a sus brazos y le di un sonoro beso en la mejilla.

—Vamos, niña —dijo la tata riendo y me apartó—. Y no harás tonterías, ¿eh?

Creo que fue la alegría del reencuentro o la ternura, no sé.

El pobre José Luis llegó a casa como si volviera de la guerra, como si fuera a morir de hambre y deshidratación en cualquier momento. Venía demacrado, sucio de días sin lavarse, con grandes ojeras violáceas que le llegaban hasta debajo de los pómulos y un hematoma en el cuello. Cuando

me vio en el garaje, cerró los ojos, se tambaleó ligeramente, como si estuviera borracho, y fue a apoyarse contra mi Renault.

—Lola —murmuró. Tenía la voz bronca, afónica. Luego sonrió débilmente—: Necesito un médico… bueno, con la doctora Ruiz de Olara me conformo. —Y se puso a toser como un tísico.

Me acerqué a él y le puse las manos en el cuello.

—Dios mío, mi amor, ¿qué te han hecho?

—Lola, hay que subirlo a casa a que se duche en el cuarto de Borja, se arregle, se ponga ropa limpia —Miguel sonrió— de Borja, claro, que como tarde mucho en morirse Franco, se le va a agotar el vestuario.

—Ven, mi amor, ven, vamos a subir a casa.

Fuimos por la escalera de servicio. Arriba nos esperaba la tata María.

—Vaya, hijo —exclamó—. Estás hecho un Cristo. Ven conmigo, que te vamos a dar un baño. ¿Quieres un tazón de leche y unas madalenas?; las hago yo en Villaurbina.

José Luis asintió en silencio.

La Tata lo sentó en el *office* a la gran mesa alargada de madera en la que los hermanos siempre habíamos comido de pequeños y que ahora usaban el servicio y la Chispa. Flor, Josefi y Jacin observaban mudas la escena desde el umbral de la cocina. Benito no estaba, había salido con mamá de compras.

—Ponemos un plato más a la mesa, ¿eh, María? —dijo por fin Flor, sonriendo por una vez en su vida—. Hijos de puta —rezongó.

—En el comedor de diario, Josefi. No es cuestión de asustar al chico. Venga, tómate la leche y las madalenas y nos vamos al baño, que buena falta te hace —dijo la Tata, arrugando la nariz.

Al cabo de unos minutos durante los cuales José Luis dio buena cuenta de lo que le había puesto la tata delante («Tal y como te veo comiéndote todo eso, no necesitas un médico, sino un par de huevos fritos con chorizo»), nos pusimos en marcha en dirección al cuarto de Borja. Yo le iba sujetando por la cintura.

—¿Es que hay un comedor para los domingos? —preguntó José Luis en voz baja.

Miguel se rió.

La tata me puso una mano en el hombro:

—Ya sé que quieres, pero tú no entras en el cuarto de baño. Tonterías, las justas, Lola.

Ella fue la única que acompañó a José Luis, como si fuera una madre. Oí cómo corría el baño y cómo remojaba la esponja y, supuse, le frotaba por todo el cuerpo. Me dio una envidia horrorosa. Se les oía hablar en voz baja y, finalmente, cómo él se ponía en pie con un gran chapoteo.

Tardó unos minutos en abrir la puerta y salir al pasillo. Se había afeitado y, pese a su aire demacrado, me pareció que estaba guapísimo. Me abracé a él y me puso una mano en la cintura. La camisa que llevaba puesta olía a Borja.

—Ven, vamos al saloncito a ver quién ha aparecido.

—¿Qué pasa, que también hay un salón de los domingos?

En este día de final de febrero lucía un sol tímido y frío pero suficiente para llenar de luz el salón de la esquina con su colección de pintura. No había nadie aún; era un poco pronto para que hubiera llegado la familia para almorzar. José Luis se detuvo bruscamente en el umbral.

—Madre mía —dijo paseando la vista por los cuadros y después por las ventanas de la esquina de Serrano con Juan Bravo—. ¿Desde aquí dais los mítines a los ricos?

Miguel y yo nos quedamos callados, creo que avergonzados. Me parece que era la primera vez que alguien

que no era de nuestra clase veía cómo vivíamos y cómo asumíamos nuestra posición con total naturalidad. Tardé unos instantes en reaccionar.

—El único que se dirige desde el balcón a las masas en fechas señaladas es papá. Los demás vitoreamos.

—¿Quién vitorea? —preguntó Javi que entraba en ese momento con Pili, el pobre Perico, Juan hermano y su asustada y preñadísima Charo. Y Borja, que fue el único que le dio un abrazo—. Yo soy Javi. ¿Qué vítores son ésos?

—Nada, tonterías.

—Y tú eres José Luis Mendieta —dijo Juan que, claro, había seguido las gestiones y llamadas de Lerma desde el despacho. Se acercó con la mano abierta a estrechársela. No dijo nada sobre su lamentable estado físico.

—Es Juan hermano y su mujer Charo. Él es uno de los que ha hecho gestiones para que te soltaran.

—Vaya, Juan, no sabes cuánto os lo agradezco a todos.

—Nada, no tiene importancia.

—Ésta es Pili y su novio Perico —Pili se limitó a hacerle un gesto seco con la cabeza—, y el torbellino —por la Chispa que entraba en tromba en el salón— es la pequeña.

—¡Lola! —chilló y se me lanzó a los brazos.

—¿Qué es este escándalo? —preguntó mamá, que llegaba de la calle y todavía no se había despojado del abrigo de pieles. De pronto vio a José Luis y se quedó bruscamente callada. Levantó las cejas.

—Es José Luis Mendieta, mamá —dijo Miguel—. Es nuestro amigo, de Lola, Borja y mío. Lo han tenido en la Puerta del Sol como a muchos compañeros… igual que a Borja. Ha salido hoy y le hemos dicho que viniera a comer.

A mamá, estas cosas le ponían furibunda. Que no se contara con ella para las decisiones de casa le sacaba de quicio. No sonrió ni dijo nada.

—¿Le habéis dicho a Flor que seremos uno más? —preguntó por fin.

—Sí, mamá.

—Muy bien.

Papá se tomó a José Luis con seriedad, como si no fuera un peligroso rojo, vamos, le dio un vaso de vino y un plato de jamón recién cortado, lo apartó del grupo y se puso a preguntarle toda clase de cosas sobre su calvario (lo llamó calvario, sí). Hablaban en voz baja, sentados en uno de los sofás; papá fruncía el ceño de vez en cuando y hacía gestos negativos con la cabeza.

—Mejor será que vaya a salvar a José Luis —dijo Borja—. No me parece que papá esté aceptando la orientación política del chico —añadió sonriendo de costado. Se unió a los dos, sentándose en la mesa de delante del sofá y así estuvieron un rato hasta que Benito se asomó desde la puerta:

—Señora marquesa, la comida está servida.

—Vamos allá.

La disposición de la mesa era la de todos los días en el comedor pequeño: papá en la cabecera, mamá a su derecha, Charo, más aterrada que nunca, a su izquierda; a la derecha de mamá, Juan por ser el mayor y luego Pili, el pobre Perico y Javi. A la izquierda de Charo, Miguel, luego yo, después José Luis y, finalmente, Borja.

Había suflé de queso. Nadie hacía el suflé como Flor, ni en la casa del príncipe, decía papá.

La primera en servirse era siempre mamá. Luego papá y después Benito seguía por Charo y todos los de la izquierda y por fin los de la derecha empezando por Javi, al fondo de la mesa.

—¿No se pone más, señorito Juan?

—Estoy intentando adelgazar, Benito, gracias.

Cuando estábamos servidos todos (incluido José Luis, que había seguido las maniobras atentamente y aun así se sirvió con la cuchara y el tenedor cambiados), hubo un silencio y Javi entonó:

—Te damos gracias, Señor, por estos alimentos que vamos a tomar por tu bondad y providencia. Dios, el padre amantísimo, siempre provee. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—Amén —dijimos todos a coro, José Luis después de que le diera yo una patada por debajo de la mesa.

—Cuéntanos cómo es la cárcel —quiso saber Pili, con un punto de curiosidad que, conociéndola, sabíamos que venía cargado de una intención tan mala como idiota.

—Esto está muy rico, doña Carmen —dijo José Luis.

—Gracias. Flor lo hace buenísimo.

—Cómo es la cárcel —insistió Pili.

—No seas pelma, Pili —intervino Borja.

El pobre Perico (que era menos pobre desde que había aprobado la oposición a abogado del Estado y un poco más pobre a medida que se acercaba la fecha de su boda con Pili) carraspeó y levantó una mano.

—No creo que le pueda apetecer contarnos lo que ha pasado en estas semanas, Pili —dijo medio titubeando.

Pili lo fulminó con la mirada.

—No, déjala. La cárcel es mala —José Luis sonrió—, y no dan suflé ni los domingos.

Papá se rió de buena gana. A mamá no le hizo gracia. A Charo, sí y se cubrió la boca con la servilleta para que no se le notara que ella también reía. Mamá la miró con frialdad durante unos segundos hasta que Charo dijo «perdón» en voz baja.

—Bueno —continuó José Luis—, no se lo deseo a nadie. En la cárcel eres menos que nada, eres una rata, más

pequeña que las que corren por las galerías. Y de vez en cuando viene un celador, te saca por la camisa y te lleva a un cuarto en donde te espera el que te interroga. Creo que habéis oído hablar del inspector Gallego. Ése. Y te dan de tortas. Nada más. Y así pasan los días.

Hubo un largo silencio y yo le apreté la mano por debajo del mantel.

Mamá miraba a José Luis con intensidad, sin apartar los ojos de su cara. Seguro que estaba recordando la noche en que Gallego vino a buscar a Borja para llevárselo a la Puerta del Sol. Seguro que pensaba «menos mal que nosotros somos gente de orden».

—Creo que lo menos que podemos hacer —dijo papá de pronto— es que José Luis, que es amigo y compañero de Borja y de Lola y amigo de Miguel, vaya con ellos a la finca unos días a recuperarse… —Tenía un corazón de oro y era muy generoso incluso con las personas que, como en este caso, chocaban con todas sus convicciones, con sus adhesiones y con sus sentimientos personales. Tenía que tenerle antipatía y desconfianza aunque hacía lo imposible para que no se le notara.

A mamá no le gustó la idea. Últimamente no le gustaban las ideas. Gentes como José Luis hacían que se le encendieran todas las alarmas. Le parecía que era meter la peste en casa, como si el contacto con gente de otra clase social contaminara, ensuciara las alfombras. Y además, estoy segura de que la presencia de José Luis le parecía una amenaza para mi virginidad o mi futuro como marquesita o sus proyectos de boda para mí. Todo lo tenía que controlar, desde las carreras eclesiásticas de unos hasta la defensa de otros frente a la sucia policía, por mucho que fuera *su* policía, pasando por la política matrimonial de la familia. Yo todavía no llegaba a comprenderlo con claridad: me daba la

impresión de que se trataba del amparo amante de la madre clueca más que de la voluntad calculadora de una esnob. Era aún muy inmadura.

—Hombre, Juanito —dijo—, no estoy muy segura de que tantos jóvenes en Villaurbina…

—¿Pero qué quieres que hagamos allí? ¿Sodoma y Gomorra? —interrumpió Miguel—. De verdad, mamá.

—Como la mujer del César, Miguel, hay que parecerlo —contestó con severidad—. En fin, cedo a regañadientes. Digamos que no me parece mal que vayáis en grupo pero sólo si va la tata y de paso se lleva a la Chispa. Yo, de todas maneras, tenía pensado ir este fin de semana para ver cuentas con don Carmelo.

—Bueno, igual me animo yo también —dijo papá—. Así veo un poco cómo van las obras de la villa romana. —Miró a su alrededor—. De modo que resuelto. Vosotros os vais esta tarde, ahora, después de comer. Que os lleve Benito…

—Benito no puede ser porque me tiene que llevar a un té a casa Alba.

—Bueno, que se lleven mi Mercedes. Conduces tú, Borja. No quiero que esta loca —por mí— se acerque a cien metros de un volante.

—Somos muchos, papá. Que Borja lleve el Mercedes y yo llevo el R5, anda.

22

Nada más subirse al Renault, en el que íbamos a ir solos porque los demás viajaban en el coche de papá, y sin haber salido del portal, José Luis se quedó dormido como un bendito. Antes de bajar, había llamado a su madre a San Sebastián para decirle que lo habían puesto en libertad, que estaba bien y que se iba con unos compañeros a pasar unos días de descanso. Me dio la impresión de que hablaba a su madre con demasiada sequedad y se lo reproché: «Oye, que ha debido de pasar mucha angustia sin saber nada de ti en semanas». «Nos entendemos», me contestó y no explicó más.

Estuvo dormido durante todo el viaje, un montón de horas en aquellos años, cuando se iba por carreteras todavía infectas de Madrid a Zamora, por Tordesillas y Toro. A mí no me importaba porque siempre me encantaba ir a Villaurbina pero el trecho era muy largo.

Cuando íbamos llegando al portalón de la finca, ya era muy de noche y los faros iluminaban la ventisca que barría la carretera de un lado a otro, José Luis se desperezó de pronto, como si un sexto sentido le hubiera anunciado el final del trayecto. Se estiró levantando los brazos hacia atrás por encima de la cabeza:

—Huy, me he quedado traspuesto.

—Traspuesto, no, mi amor, que has venido roncando como un trombón todo el camino.

Se puso serio, me miró y me apretó la muñeca con la mano izquierda:

—Perdóname, Lola, de verdad. Es que estaba muerto y me dolía hasta el tuétano de los huesos.

Se puso derecho en el asiento y repitió «perdóname».

—No importa nada. Así he podido mirarte a gusto durante todo el camino para hablarte en voz baja.

—¿Y qué me decías?

—Es un secreto.

—Ya te lo sacaré. Ahí fuera hace un frío que pela. ¿Dónde estamos?

—En la entrada de la finca. La casa está ahí, a quinientos metros.

Y en efecto, a los pocos minutos de seguir el ancho camino que flanqueaban enormes robles y los castaños plantados cien años antes por el bisabuelo y los setos de flores ahora congelados por este tiempo, la gran casa apareció delante de nosotros con su sólida fachada de piedra. De frente, en medio de ella, el arco de entrada al patio, sobrio y frío, enmarcando la fuente en la que todos los hermanos habíamos acabado tiritando alguna vez a la vuelta de una cacería. El granito de los muros refulgía en la claridad estrellada de la noche. Ahora me doy cuenta de que el palacio de Villaurbina era un edificio impresionante, imponente y severo, testimonio de poderío y riqueza, pero entonces me parecía simplemente nuestra casa, así, sin más.

José Luis dio un largo silbido. «Vaya por Dios», dijo en voz baja.

—¿Qué?

—A cualquier cosa le llamas tú casa.

Hacía rato que habían llegado los del Mercedes de papá. La Chispa había sido bañada, alimentada y arrebujada en su cama; decía que me quería esperar despierta pero había caído como una piedra nada más tocar la almohada. Marta, que se había unido a la expedición a última hora, y Borja y Miguel nos esperaban en el salón de lectura bebiendo vino blanco del de la finca y comiendo almendras y jamón de casa frente a un gran fuego de chimenea. La tata, después de preparar una habitación de huéspedes para José Luis, estaba ocupándose de la cena de todos nosotros: potaje de verdura, huevos fritos con patatas fritas y un filete para quien lo quisiera. Todavía hoy me parece que la hogaza de pan blanco de trigo que se hacía en Villaurbina no tenía, ni tiene, punto de comparación con nada; y mojada en huevo frito, más. Y de postre, natillas, que la vieja Salustiana hacía como los ángeles. La vieja Salustiana era muy bruta y nos hacía reír con sus tonterías: de vez en cuando se le caía un cacharro al suelo y se hacía añicos; entonces, Salustiana exclamaba: «¡Ay, le di!». Y añadía: «Azuquiqui tres chicas dos». Nunca supimos lo que quería decir.

Nos sentamos a comer a la mesa de pino que había en la estancia anterior a la cocina, una especie de cuarto-almacén en el que se amontonaban botas de montar, botas de caza, zahones colgados de perchas, chalecos y un par de armarios en los que se guardaban las escopetas de los guardeses y de los guardas jurados. El abuelo insistía siempre en que las armas quedaran en casa cuando los que las tenían que portar estaban de asueto.

Olía a fuego de leña y a paja.

Presidía la tata, claro, y nos sirvieron dos de los mozos de cuadra y la mujer de uno de ellos.

—Tu padre es un buen tío —dijo José Luis de pronto.

—Ya. ¿Y eso a qué viene?

—Pues que me ha acogido como uno más y me invita a su casa.

—¿Qué pasa, que hueles mal y estás leproso o qué?

—No. Soy rojo y eso para tu padre tiene que ser lo peor.

—Vaya chorrada. —Lo agarré de la mano y se la apreté—. Qué bobo eres.

—Oye, ¿te dieron mucho? —dijo Marta, pero no había morbo en su pregunta.

—No sé qué es mucho. Me cascaban, sí, pero no siempre, bofetadas y así con la mano abierta en la cara o en la oreja, que eso sí que duele. Una vez me rompieron el tímpano. Tuvo que venir un médico a verme. Pero era más el miedo que el dolor. El miedo de lo que estaban haciéndoles a los demás y de los gritos…

—¿Y qué te preguntaban?

—Nada, nunca me aclaré mucho. Que quién era mi contacto, que si en San Sebastián tenía relaciones con la ETA, imagínate tú, que si conocía al grupo que había puesto la bomba de Carrero, que cuál era la célula de la universidad con la que operábamos… No soy un héroe: les conté de todo. Hasta habría confesado el asesinato de Alfonso XIII si me hubieran dejado.

Me miró.

—¿Qué? —pregunté.

—También querían saber de ti.

—¿De mí?

—Claro, y de Borja.

—¿Qué de mí?

—Machadas, Lola. ¿Sabes qué? Que eres demasiado guapa para ser líder revolucionaria.

Me puse como un tomate.

—Y demasiado fina. Eso piensan… Te llaman Agustina de Aragón, pero te van a dejar en paz. Ese día me dieron en

serio por todo el cuerpo, como si me estuvieran castigando a mí en vez de a ti… Me metieron la cabeza en una bañera llena de agua y me pareció que me iban a ahogar. Me agarraban por el pelo y sacaban mi cabeza del agua y la volvían a meter sin que me diera tiempo a coger aire. Fue horrible. Gallego es el peor de todos, os lo digo de verdad.

—Qué hijos de puta —dijo Marta. Miguel no hablaba; sólo nos miraba a José Luis y a mí, de uno a otro, de uno a otro.

—¿Por qué me van a dejar en paz?

—Porque no quieren hacer de ti una estrella mártir; «Joder», decía Gallego, «que además es hija de un marqués con tierras».

A Marta le dio un ataque de risa.

—Venga ya.

Terminada la cena, la tata María, que no había dicho apenas nada, se fue a la cocina y los demás, al saloncito. Cuando íbamos por uno de los grandes pasillos, José Luis me agarró por una de las mangas y dijo:

—Me gustaría que me enseñaras la casa. ¿Puedes?

—¿Ahora? ¡Si es noche cerrada!

—Ya, pero es para hacerme una idea.

Miguel se rió.

—Os esperamos en el salón…

Lo llevé primero al salón grande de los trofeos de caza, el piano de cola de la abuela y las fotografías de personajes. Encendí todas las luces. Delante de la mesa con las fotos, José Luis estuvo largo rato en silencio escudriñando cada uno de los retratos. De vez en cuando volvía la cabeza para mirar fijamente el gran óleo del abuelo pintado por Lázsló.

—Tu abuelo tenía que ser un tipo estupendo y lleno de carácter, conociendo y tratando a tanta gente buena y mala sin que, por lo que veo, le temblara el pulso.

—Todos lo respetaban, del rey para abajo… todos. Y nosotros le queríamos mucho. En Nueva York por lo visto les parecía un millonario muy exótico que se alojaba en el Pierre todos los años, y en México mandaba más que el presidente de la República…

—Pero aquí hay intelectuales, artistas, pintores —iba diciendo José Luis, fijándose en cada foto—, poetas, toreros, bueno, le pega haber intimado con toreros con ese aire pinturero que tenía…

—Claro. Tenía una ganadería de reses bravas muy sonada. La divisa de Villaurbina, roja y verde. Mira, ¿ves ahí colgando al lado de la chimenea? Ése es el hierro de la ganadería, una uve y una u entrelazadas. ¿Lo ves allí?

—Lo veo.

—También tuvo una ganadería en México, por eso iba todos los años. Mamá vendió la de aquí hace ya no sé cuánto, un montón de tiempo, a unos ganaderos de Salamanca. Costaba demasiado mantenerla y, además, no había nadie que quisiera ocuparse en serio. El mundo del toro es muy exigente. Y la verdad es que cuando murió el Gallo en 1960 o 1961, el abuelo dejó de interesarse por la fiesta. Eran muy amigos… Me contaba que siempre andaban de tertulia en Sevilla con Juan Belmonte y Joselito.

—Seguro que te pareces a tu abuelo.

—Eso dicen, pero no hagas caso. —Estuve un momento pensativa—: De haber sido mayor, creo que me habría ocupado yo de la ganadería.

—Me alegro de que no lo hayas hecho. Me daría miedo besarte.

—¿Por qué? —Me volví hacia él.

—Verás, es que me impones mucho. Y con una ganadería, más.

—No te lo crees ni tú. —Traía conmigo hambre de semanas: días y días y noches añorando su piel y sus labios y su pelo, aterrada de que pudiera no volver a mí… Me lo debió de notar porque me rodeó con sus brazos y allí, junto a una foto de Franco vestido de uniforme, nos volvimos a besar con la avidez de quienes, después de una larga travesía por el desierto, fueran incapaces de apagar su sed hasta en el más generoso y profundo de los pozos.

Estuvimos deambulando por pasillos y estancias, incluido el sanctasanctórum del abuelo, que tenía un ala sólo para él, y el apartamento de mis padres, la capilla con el tríptico de la Anunciación de Van der Weyden («Santo cielo», exclamó José Luis, «¿pero tú te das cuenta de lo que tenéis aquí? El día de la revolución vengo con un camión y me lo llevo todo»), el comedor, el salón de billar (con dos mesas, una de billar americano y otra de carambolas) y la enorme biblioteca con sus miles de libros, sus cómodos sillones de lectura y sus mesas bajas para repanchigarse y colocar los pies. Una chica muy despierta del pueblo, la Pepi, que había querido estudiar para archivera, tenía toda la biblioteca catalogada y clasificada; también la correspondencia del abuelo.

Con la casa ya en silencio, lo llevé hasta la puerta de su habitación. Allí, lo empujé contra la pared y le dije «a dormir».

—¿Cómo?

—He dicho que a dormir que mañana hay muchas cosas que hacer.

—Ni hablar… no me puedes dejar así, con la miel en los labios.

Bajé la voz:

—No, tonto. Ponte el pijama que ahora vuelvo. Me doy un baño y vengo. Y como te duermas… te mato.

Fue, sí, la noche más tierna y apasionada de todas las que tuvimos José Luis y yo.

23

Regresé a mi habitación muy de madrugada. José Luis me imploró que me quedara, «quién te va a ver», pero tenía que irme antes de que despertara la casa y me topara con alguno de la servidumbre. Aun así, me crucé con la tata María que ya a esa hora subía al piso de invitados con un montón de toallas limpias en los brazos. No dijo nada, sólo me acarició una mejilla y siguió de largo.

Marta estaba ya en mi cuarto. Cuando venía a Villaurbina, lo compartía conmigo. También ella acababa de volver de pasar la noche con Borja.

Me arrellané en mi cama, di un largo suspiro de felicidad y me quedé dormida al instante.

Horas después, me despertó la Chispa, «que vengas, Lola, que todos», decía «todooos», «te esperan para el desayuno. Hay torrijas, Lola, venga».

—Voy, ya voy, terremoto.

Me duché y me puse ropa de montar, pantalones muy ceñidos y un jersey de cachemira de cuello vuelto. Marta siguió durmiendo; conociéndola, no aparecería hasta la hora de comer.

José Luis, Miguel y Borja desayunaban en el comedor. Al verme entrar, José Luis dejó el tazón de café con leche en la

mesa y me miró. Poco faltó para que se me saltaran las lágrimas.

—Hola, chicos —dije y le puse las manos sobre los hombros.

—¡Lola, Lola! ¿Has visto? ¡Hay torrijas! ¿Puedo montar contigo? ¡Anda, llévame! ¿Puedo montar, Lola, puedo montar?

—No sé si te va a dejar la tata…

—Sí que me deja. La tata me deja. —Salió corriendo hacia la cocina gritando—: ¡Tata! Lola me lleva a montar, Lola me lleva a montar.

—¿Qué es eso de que vas a montar? —preguntó alarmado José Luis.

—¿Y tú no? —pregunté con aire inocente.

—No, yo no, Lola. Yo soy un borono de pueblo y no me he acercado a un caballo en mi vida. Bueno, ya sabes, cada vez que veo un caballo, salgo corriendo en la otra dirección.

Miguel y Borja rieron de buena gana. En ese momento se asomó a la puerta uno de los dos mozos de cuadra que había ayudado a servir la mesa la noche anterior.

—Oye, Boni, que nos ensillen los caballos. ¿Cómo está la Pola? Hace meses que no la veo, Dios mío.

—Está bien, un poco gorda, pero deseando salir a correr.

—Ahora voy.

—Oye, Lola, te lo digo en serio: no podría subirme a un caballo ni aunque me fuera la vida en ello. Además del miedo que me da, estoy molido a palos.

—Ya me lo imagino, tonto —le contesté, despeinándolo con la mano—. Pero vas a tener que aprender si quieres venir aquí más veces. Coge un Land Rover, empaqueta a la Chispa contigo y síguenos.

—Eso me parece mucho más razonable.

—Jo, noo —dijo la Chispa con tono plañidero.

—No seas quejica, que vas con un señor guapísimo y en coche los dos solos.

—¿Por qué no vas tú que te gusta mucho? ¿Eh, Lola?

—Porque yo tengo que llevar a la Pola para que luego montes en la dehesa.

—Bueno, vale.

Fueron unos días maravillosos. Hacía mucho frío pero nos paseábamos bien abrigados con chaquetones forrados de piel de cordero y, a la vuelta, nos esperaban en las chimeneas de cada cuarto los fuegos encendidos para secarnos la humedad que se nos había colado hasta los huesos.

Confieso que la primera mañana me subí a la Pola haciéndome la chula, caracoleando, poniéndola de manos, arrancando con un galope corto hasta la primera línea de árboles y volviendo después de costado hasta las caballerizas que estaban a un lado de la casa grande. Sabía que José Luis me miraba y tenía un coqueto deseo de impresionarlo. Me lo agradeció la Pola a la que casi no podía contener de las ganas de dar brincos que tenía.

A José Luis le pusieron uno de los Land Rover, de aquellos viejos e indestructibles Santana, y se dedicó a seguirnos a Miguel, a Borja y a mí por toda la finca. Íbamos al trote pero sobre todo a galope corto, que es lo cómodo con la silla campera. Nos parábamos con frecuencia en las dehesas, en los alcornocales, en los bosques de encina tapizados de bellota, y mirábamos a distancia los grandes rebaños de corderos, las piaras de cerdos moviéndose despacio, y, muy a lo lejos, algún venado apenas apercibido en la maleza.

Entonces desmontaba, José Luis se asomaba por la ventanilla del *jeep* y yo le cubría la cara de besos. Luego lo hacía bajar del coche, tiraba de él para separarlo de

hermanos y guardas y, cogidos de la mano, lo hacía subir a una loma para ver en el infinito los grandes espacios de mies, las labrantías en barbecho y, muy a la derecha encarados al mediodía, los viñedos aún resecos. Y al fondo de todo, casi sólo intuido, el brillo intenso del río iluminado por el sol del invierno.

—¿Ves aquel pueblo a la derecha? Por ahí pasa la carretera nacional... Está dentro de la finca, como otro que hay a nuestras espaldas, y es cabeza de partido. Ya ves.

—Te van a hacer alcaldesa el día menos pensado. ¿Te das cuenta de lo que tenéis aquí? Es como si fuera un país rico y próspero y vosotros, la familia real. ¡Buf!, Lola, durante la república os habrían cortado el cuello...

—No. El abuelo trataba a todos como un padre y además, les dio a ganar dinero. A los chicos más listos los mandaba a hacer el examen de Estado a Valladolid y les pagaba la carrera. De Villaurbina han salido peritos agrícolas, médicos, ingenieros, qué sé yo. Hasta montó una escuela de capacitación agraria.

—El ajusticiamiento de la revolución tiene poco que ver con las condiciones de bienestar de los alzados...

—Huy, qué cosa más solemne —dije—. Venga, vamos abajo que en el Land Rover llevamos caldo caliente, pan y jamón. Conociendo a Miguel, también habrá una botella de fino.

—Lo único fino que me interesa por aquí es tu cintura.

—Idiota.

—Te veo montar y te comería entera, por todos lados, y después te..., bueno, no hay otra palabra para explicar lo que te haría..., te echaría el polvo del año, todo el polvo de este camino.

—Grosero —murmuré. Siempre me cazaba desprevenida y hacía que me ruborizara hasta la raíz del pelo.

Volvimos a casa y comimos tarde, menestra y carne asada. Después estuvimos un rato tumbados en los sofás del salón pequeño, tomando café perezosamente. Miguel se había puesto a leer y Borja y Marta hablaban de tonterías. Agarré a José Luis de la mano y le forcé a seguirme a su cuarto. Cuando vio que salíamos, Miguel levantó una ceja pero no dijo nada y volvió a su lectura.

Hicimos el amor con descaro, con impudicia. Me rindió del todo y yo me dejé ir río abajo, sin retener nada de mi cuerpo, entregándole todo lo que guardaba dentro, todo lo que él me pedía. Debí de haber pensado que tanta pasión satisfecha sin freno, tanta fogosidad, iba a tener a la fuerza un precio.

—¿Qué es aquella construcción como de planchas metálicas allá al fondo? —me preguntó al día siguiente cuando estábamos encaramados a una loma cerca de la linde de los trigales.

—¿Eso? Eso es la villa romana, bueno, es el cobertizo que la protege. La descubrió hace años uno de los capataces de la finca cuando delimitaban tierras para sembrar trigo. El tractor se enganchó en un pedrusco enorme. Se le rompió la pala y cuando el capataz fue a ver, descubrió allí mismo, a menos de un metro de profundidad, el principio de un suelo de mosaico lleno de colores. El pobre no sabía lo que era y fue corriendo a llamar al abuelo. Y el abuelo tampoco sabía qué era aquello. Al final fue la abuela la que dijo: «Éstos son los restos de una villa romana».

—¿Cómo los restos de una villa romana?

—Pues sí. Esta Tierra de Campos fue durante siglos granero del Imperio romano. Aquí venían romanos ricos y se instalaban en grandes casas para cuidar los campos, recoger la mies, hacer harina y mandarla para Roma. Vivían todo el

año y sus casas eran bien lujosas. Luego te presentaré al arqueólogo que se ocupa del yacimiento para que te explique cómo es la casa y qué descubrimientos se han hecho. Ya verás… —Me volví hacia el guarda jurado que nos acompañaba y le dije—: Tomás, luego le dices a Canaima que venga a almorzar a casa, que le quiero presentar a mi novio.

—Sí, señorita.

—Aunque, bien pensado, creo que papá preferiría ser él quien te diera el paseo por la villa. Bueno, que Canaima te dé una primera explicación y mañana cuando venga papá, que te lleve y te haces el tonto. Los hijos del embajador inglés, que pasaron unos días en la finca el año pasado, se quedaron pasmados de que tuviéramos una joya así, pérdida en medio de la nada, nosotros, los españoles inciviles. Ya ves. —Me reí—. No me hagas caso, son encantadores.

Entre todos convencimos a José Luis de que montara. En el picadero que hay detrás de las cuadras lo subimos a una yegua vieja y cansina que se ponía al trote sólo con una buena patada en los ijares. «Dale con los talones», le gritaba Miguel, pero él no hacía ni caso, aterrado como estaba de verse tan lejos del suelo y tan incapaz de gobernar aquella masa de músculo que se movía a su antojo de un lado a otro y que lo mantenía en permanente desequilibrio. Iba agarrado al pomo de la silla con cara de espanto.

—Ya he probado, ya —decía José Luis con voz trémula—, ¿me puedo bajar?

—Ni hablar. ¿Qué quieres que te pase? Déjate ir un poco y verás qué bien.

Yo estaba en medio del picadero, subida a la Pola y giraba al tiempo que la yegua de José Luis, por ver si se animaba y

se le quitaba el miedo lo suficiente como para salir al campo y darnos una vuelta al paso.

—Venga, va —dije—, vamos a salir un poco...

—¡No!

—No tengas miedo que estaré a tu lado. Venga, mi amor, vamos.

En ese momento apareció papá todavía vestido de calle. Acababan de llegar, mamá y él, desde Madrid a la finca.

—¿Pero qué estáis haciendo con ese pobre chico, Lola? Con la zurra que lleva, me lo vais a matar como llegue a caerse.

—¡Pero papá! ¿No ves que es la Bermeja? A ésa no la mueves ni tú. No se va a caer.

—Bueno, bueno, de acuerdo. Pero tú bájate, José Luis, que mañana temprano te llevará el capataz a dar un paseo tranquilo por la dehesa, lejos de esta pandilla de locos, si es que para entonces te apetece. Pero no les hagas caso.

—Jo, papá, lo habíamos conseguido.

—Muy bien, de acuerdo. Mañana más. Vamos, José Luis, la pierna derecha por encima de la silla y abajo. Muy bien. Dice mamá que se cambia y que tomemos el té en el salón grande.

Minutos más tarde fuimos llegando todos al salón. Yo llevaba cogida la mano de José Luis en la mía; desde que habíamos llegado a Villaurbina íbamos siempre así, era natural. Y cuando papá levantó la vista, hizo como que no veía mientras yo me soltaba como si me hubiera dado un calambre.

Mamá se había cambiado y se había puesto pantalones grises de franela y jersey de cachemira rosa con la chaqueta igual de botones, como se llevaba entonces, y un discreto collar de dos filas de perlas en la garganta. Estaba

guapísima. La Chispa se había sentado a su lado con aire modoso, por imitarla.

—Lola, ¿sirves el té?

Encima de la mesa rectangular que había a la espalda del sofá, Benito había preparado una gran bandeja de plata sobre la que descansaban el samovar, la tetera, una jarra de leche, el pequeño colador y el azucarero, todo del mismo juego que había pertenecido a la abuela y que había sido el regalo de boda del rey Alfonso XIII. Al lado de la bandeja, otra con pequeños platos y tazas y otra más con una montaña de sándwiches de Embassy comprados aquella misma mañana por Benito antes de emprender viaje.

Marta y yo fuimos sirviendo a todos, mientras la Chispa pasaba la bandeja de los sándwiches con más entusiasmo que equilibrio.

Así fueron los días en Villaurbina, pacíficos, felices, sin sobresaltos, olvidada la represión de allá fuera, a salvo del inspector Gallego. Charlas amables, aunque papá, por muy cordial que intentara ser, no podía borrar de la cara el rechazo que le producía un rojo empeñado en reventar el sistema, un rojo metido en su propia casa; misa de domingo oficiada en la capilla de la casa por don Julián, el párroco de Villaurbina pueblo, largos paseos (hasta nos dio para una visita detallada a la villa romana; me pareció por un momento que la atención con que José Luis seguía las explicaciones de papá, y sus preguntas, suscitaban el interés curioso de éste, casi su afinidad intelectual), partidas de siete y media antes de cenar, incluso un vals que bailé con papá una noche. José Luis nos miraba mientras dábamos aquellas vueltas elegantes y pausadas a los sones del *Danubio Azul*. Y mamá lo miraba a él. Lo trataba con simpatía distante y algo de condescendencia, como si

hubiera admitido a un pariente pobre en el círculo familiar, sólo que con la decisión tomada de que nunca, en ninguna circunstancia, permitiría que yo me casara con él.

24

Fue Marta la que me lo descubrió un día a principios del tercer trimestre poco después de la Semana Santa de 1975. Acababan de nacer los gemelos de Juan hermano y andaba toda la familia revuelta con el acontecimiento, menos yo, que de golpe me sentía como una apestada; ¿cómo podía un embarazo producir tanta felicidad en unos y tanta miseria en otros?

Estábamos Marta y yo en el bar de Filosofía tomando un café, sentadas a una mesa cercana a uno de los ventanales. Desde la vuelta a Madrid, Marta había empezado a fumar, Winston, lo recuerdo bien. El humo de su cigarrillo, unido al de las decenas de gentes que también fumaban en aquel espacio cerrado, me produjo un rechazo tan violento que noté cómo me subía una arcada y me levanté de golpe para ir al servicio.

Todo hervía de vitalidad a nuestro alrededor. El bar estaba abarrotado de gente que reía, que se interpelaba de una esquina a otra, que coqueteaba, que se robaba cigarrillos, que pedía fuego prestado, que preparaba escapadas, que se pasaba apuntes y miradas. También había estudiantes que, sentados en el ojo del huracán, leían o estudiaban, concentrados en sí mismos, ajenos al ruido. Siempre me admiraba su capacidad de abstracción. Pero

ahora tanto bullicio me redoblaba la náusea y, mientras me precipitaba hacia el baño, iba pensando sólo en retener las arcadas y que me diera tiempo a llegar sin ponerles el desayuno en el regazo a cuantos estaban en mi camino.

Cuando por fin volví a la mesa, Marta me miraba con preocupación.

—¿Estás bien?

—Sí, sí —contesté, secándome la boca con un pañuelo.

—Estás pálida… Desencajada.

—Que estoy bien.

—Te ha sentado mal algo.

—No sé. Pero ya estoy bien.

—Oye, a ti te pasa algo. ¿Te pasa algo?

—¿A mí? ¿Qué quieres que me pase?

—No me fastidies, Lola. Tienes la cara más rara que un pingüino. Como si tuvieras metido en el cuerpo un susto de muerte o te hubieras envenenado con la comida o algo, qué sé yo… Y encima, vas por ahí devolviendo hasta la primera papilla. Ay, mi madre —lo comprendió de golpe y se llevó una mano a la boca—, Lola, por Dios, estás esperando.

Me encogí de hombros. Marta me cogió de las manos.

—Es eso, ¿no?

Me volví a encoger de hombros.

—¡Dios del cielo! ¿Pero qué vas a hacer? Lola, por Dios, dime qué vas a hacer.

No contesté.

—Tienes que abortar —afirmó con tono decidido, como si no cupiera discusión alguna.

Era la primera vez que oía esa palabra dicha en alto y me sobresalté. Sonaba a horror, a espanto, a asesinato, a crimen imperdonable, a nada limpio ni quirúrgico. Matar a mi hijo. Vivir con un rastro de sangre toda mi vida.

Miré a Marta y me puse a llorar.

—¿Lo sabe José Luis?

Negué con la cabeza.

—¿Se lo vas a decir?

Suspiré y tardé casi un minuto en contestar:

—No, me parece que no.

—Se lo tienes que decir: es hijo suyo.

—Pero es mi cuerpo. Si… si decido perderlo, prefiero que no se entere. No podría hacerle frente si él quisiera tenerlo… y él seguro que quiere.

—Joder, Lola.

Volví a encogerme de hombros.

—¿Cómo aguantaría su mirada, eh? Dime. Tengo miedo, Marta. No estoy preparada, tengo una carrera que estudiar, un futuro… —Me callé de golpe porque me pareció indigno invocar excusas tan prosaicas. Suspiré y luego, al cabo de unos segundos—: Dime una cosa: ¿vale la pena que arruine la vida de todos? La de José Luis, la mía, la de papá, la de mamá. ¿Por un niño que no quiero, que es un accidente? —Me volvió a horrorizar la frialdad con que lo dije y cómo sonó aquel exabrupto pese a mis lágrimas, y me parece que a Marta, también. Palideció.

—Joder, Lola —murmuró de nuevo. Sólo pude leérselo en los labios.

—Pero no sé lo que voy a hacer, Marta, no lo sé —repetí con desesperación. Sólo estaba segura de una cosa: tenía que tomar una decisión, una de las dos posibles, antes de enamorarme del hijo que llevaba dentro, antes de comprender que era la encarnación del amor que nos teníamos José Luis y yo. ¿O no era así? El amor que nos teníamos José Luis y yo no necesitaba símbolos, no requería descendencia, era lo que era sin ayuda de nadie ni de nada. Y una vez que hubiera prescindido de mi hijo, si es que lo hacía, ¿pagaría el precio del remordimiento durante el resto

de mis días?—. Me siento horrible, es mi culpa y me siento horrible —repetí. Se me escapó un sollozo largo y ronco que no pude contener. Los de la mesa de al lado giraron la cabeza sorprendidos, pero enseguida, después de mirar a Marta con aire de preguntarle lo que estaba pasando, volvieron a lo suyo, como si se les hubiera acabado la curiosidad y el asunto no fuera con ellos; total, algún mal de amores.

Marta estuvo callada durante un buen rato. Encendió un pitillo, le dio una calada y exhaló el humo en un largo suspiro. Después me miró, alargó la mano y me acarició la mejilla para quitarme una lágrima. Sus dedos olían a tabaco.

—Te digo yo lo que tienes que hacer, Lola —habló con dulzura—. No puedes tener ese hijo. No es posible. Tú misma lo has dicho: destruyes la vida de un montón de gente, incluida la tuya. No puede ser.

Imagino que fue en aquel momento cuando decidí no tenerlo. La determinación me debió de salir del fondo de un recoveco oscuro del corazón, sin yo saber que estaba ahí. Aunque no recordaba cuáles, me pareció que tenía argumentos más que suficientes para hacerlo. Tampoco quería pensarlo demasiado, para no sentirme una asesina. A lo mejor, no pensándolo lo hacía menos deliberado. No sé.

En medio de todo, tuve suerte: José Luis, aprovechando que ya no había parciales y que los exámenes finales quedaban aún lejos, acababa de irse a San Sebastián a ver a su madre, en un vagón de tercera, o de segunda, que ya no había tercera, la primera vez que lo hacía después de salir de la cárcel. «Tengo que visitar a la *ama*, que si no, se queja. Le hablaré de ti», me dijo. «Vente conmigo y te presento», añadió sonriendo con su mejor sonrisa canalla. «Tú estás tonto», contesté, pero me desconcertó lo poco que le habría costado convencerme. Sé que si él hubiera estado en

Madrid, me habría obligado a confesar y me habría impedido hacer lo que ahora veía como única salida.

¿Qué haría de nosotros esta traición mía? ¿Qué destruiría entre nosotros un secreto así? Porque tenía que ser un secreto para siempre: debía quedar enterrado en lo más hondo de mi entraña. Me pregunté si sería capaz de engañar a José Luis de esta manera. No quise contestarme.

Por fin, asentí ligerísimamente. De nuevo Marta me cogió las manos y me las apretó. Se inclinó hacia mí y me dio un beso en los labios. «No te preocupes de nada», susurró, «déjame a mí».

Aquel beso tan tierno me consoló más que nada. Menos mal que no está por ahí Lidia Marugán, la babosa, pensé después. Es lo que me faltaba.

Llegamos a Londres Marta, Miguel y yo una semana más tarde. Ni recuerdo la clase de argucias que utilizamos con mamá para hacer el viaje, pero, inmersa como estaba ella en su papel de abuela (y al mismo tiempo, de abuela joven que no quería ser abuela para que nadie le robara la juventud), sé que nos costó poco convencerla. A papá, que sí andaba chocho con sus nietos, no le importó lo más mínimo.

Hicimos una colecta entre todos. El abuelo me había dejado una manda en el testamento y aunque la mayor parte del dinero estaba bloqueado hasta que fuera mayor de edad, tenía más que bastante para mis gastos y mis lujos. Con eso pude pagar los billetes de Miguel y mío y el hotel. Marta, como siempre, iba por libre.

Nos alojamos en un *bed and breakfast* cercano a Sloane Street. Marta y yo compartíamos habitación, un cuarto luminoso decorado con muebles y antigüedades de caoba delicada y una ventana grande que daba a un pequeño parque de los de llave de acceso reservada a los ribereños.

Marta había prohibido que le contáramos nada a Borja. «Es un moralista rígido, ¿no ves que va para arquitecto?, y lo que menos necesitas ahora es una discusión de ética; necesitas resolver un problema doloroso, Lola, no un curso de filosofía. ¿Y si encima se lo cuenta a Javi? Intentaría que te disuadiera hasta el mismísimo obispo de Madrid-Alcalá. No. Ni hablar». Yo estaba tan acelerada, tan angustiada, tan sin querer pensar en nada de todo aquello que me puse en sus manos sin reservas. Ella hacía lo que había que hacer y yo me limitaba a penar.

Clara, la novia catalana de Miguel, tan fina ella, nos esperaba en Londres desde el día antes. Ella y su hermano Oleguer (que mucho más tarde me confesó haberse sentido culpable de mi embarazo por aquello de permitir que convirtiéramos su piso de Chueca en mí nido de amor; dijo «nido de amor», palabra) habían organizado con gran eficacia, eficacia catalana, supongo, mi visita a la clínica, la consulta médica y, si todo iba bien, el… el aborto. Pagó la cuenta de la clínica y cuando me negué a que lo hiciera, dijo: «Ya me lo devolverás y a más a más, no es para tanto». Es injusto que le tuviera tanta manía. Le pagué nada más volver a Madrid por una transferencia bancaria, para que no pudiera negarse.

Todo ocurriría al día siguiente o, todo lo más, al cabo de dos, me dijo Clara. Marta y ella me preguntaron cómo quería pasar la tarde después de visitar al ginecólogo y antes de cenar temprano y ligero (la recomendación y el tipo de comida estaban en las instrucciones impresas que me dio Clara y que le habían facilitado en la clínica de Cromwell Road) e irme a la cama. Pues quería ir a la National Gallery a ver la *Venus del espejo*, qué queréis que os diga. «Y además, quiero hacerlo sola», dije mirando a Miguel. «Vale, vale», contestó.

Y allí estuve, una hora delante del cuadro, escudriñándolo sin comprender las similitudes que veía José Luis, pero sintiéndome halagada, enternecida y enamorada y, por primera vez desde que había descubierto mi embarazo, excitada. Fue un bálsamo para mis nervios.

Había ido con mucha vergüenza a la visita ginecológica. Sólo quería que me tragara la tierra en un agujero bien profundo, pero me trataron con simpatía distante, mejor las enfermeras que el médico y, al cabo del rato, me relajé. Ellos no consideraban que la cuestión del aborto fuera un trauma o un delito que debiera esconderse, sino un derecho que yo tenía de decidir qué hacer con mi cuerpo. Era mi problema con mi conciencia, no el de ellos con la suya. «¡Qué respiro!», le dije después a Marta. «Voy a ir paseando hasta el museo».

Londres relucía como una novia en la primavera temprana. Hyde Park estaba sembrado de narcisos y crocus, llenos los parterres de tierra húmeda recién trabajada esperando el estallido de flores y arbustos. Hacía fresco bajo un sol radiante y la hierba de los parques tenía de nuevo el verde jugoso que el largo invierno había hecho mortecino. Autobuses rojos de dos pisos y taxis negros cuyos conductores iban tocados con gorras y viseras de fieltro a cuadros. Siempre me habían hecho gracia los tipos con bombín y paraguas, chaqueta negra y pantalón a rayas, elegantes trasnochados con su flor en el ojal, aunque me divertían más si eran gordos y algo desastrados con el cuello de la camisa de celuloide blanco (bueno, blanco cuando se lo habían puesto limpio a principio de semana) y las puntas dobladas hacia arriba. Los antiguos héroes de la Gran Guerra y los algo más jóvenes de la II Guerra Mundial paseaban por King’s Road con la guerrera roja cubierta de medallas y se apoyaban para andar en bastones de caoba negra y

empuñadura de plata. En los *pubs*, pero sobre todo en sus aceras, preferiblemente las de Beauchamp Place, los bebedores de cerveza del fin de mañana sostenían las grandes jarras de medio litro mientras, sin dejar de charlar, miraban con fingida indiferencia a las chicas que salían de las tiendas elegantes cubiertas de paquetes y zapatos nuevos. Para cruzar de acera, cuidando de no mancharse las minifaldas con los guardabarros, ellas se dedicaban a sortear con coquetería los Rolls Royce, los Jaguar y los Aston Martin que circulaban por las estrechas calles de Belgravia casi sin caber. Siempre me había encandilado el espectáculo, como si nos hubiéramos colado todos en un set de cine. Rodando una película de Rex Harrison y Audrey Hepburn.

Pero no esta vez.

Mi hijo no nació el 19 de abril de 1975, al principio de la peor primavera de mi vida. Bueno, tal vez de la segunda peor primavera de mi vida.

Casi treinta años más tarde he recordado las razones; sé por qué lo hice y sé que tuve razón o tal vez no. Aún me pesa el hijo que nunca llegó a ser mi hijo. ¿Qué sería de él ahora? Fue una oportunidad perdida como tantas otras en la vida, ignoro si buena o mala. Sólo que hoy cada niño que salvo en mi hospital es un trozo del hijo que perdí.

25

Recuerdo que la primavera y el verano del 75 fueron melancólicos y me tuvieron llena de desánimo, como si un gran bochorno me aplastara el alma. Andaba por la vida entristecida, sin poder olvidar el peso de lo que había hecho, por mucho que intentara convencerme de que había optado por la solución mejor. No, no lo podía olvidar. Me despertaba por las noches sudando y con el corazón latiéndome como si se me fuera a salir del pecho y de día andaba perdida por la facultad sin saber qué hacer y sin ganas de continuar con la carrera, con la vida, con los exámenes, con las huelgas y los estúpidos manifiestos exigiendo libertad para el sufrido estudiante.

Me acordaba sólo de pasada del niño que había perdido; en realidad, me acordaba sólo del acto de perderlo, de mi crimen y del alivio que había sentido al cometerlo, aunque no quisiera confesármelo. Era la condena moral que me infligía a cada hora. Yo, la culpable.

Por eso, durante la primavera me resultó cada vez más difícil aparentar normalidad y seguir adelante con mi vida sin siquiera poder acudir al consuelo de José Luis. Él me miraba y quería saber lo que me pasaba, pero yo no podía decirle nada. ¿Cómo se acude al hombre al que se ama sin poderle explicar por qué se recurre a él? Esta exigencia de

confianza ciega es mentirosa y traidora. Había veces en que me sentía lejos de él, detrás de un muro de soledad. Al menos nunca lo culpé de nada.

Sólo Marta y la tata intentaban darme ánimos, mientras Miguel me miraba con cariño y angustia sin saber qué hacer en realidad. Los hermanos no entienden nunca nada.

¿Me traería el verano algún consuelo, aunque fuera adormeciendo mi conciencia con el paso del tiempo?

—Oye, Lola, me tienes preocupada. Estás en baja forma —me dijo mamá un día de mayo, mientras desayunábamos. Me miró fijamente y alargó una mano para tocarme la cara —. ¿Estás triste, te pasa algo, te has peleado con José Luis? —¡Santo cielo, había reconocido la existencia de José Luis! —. ¿No? Pues me alegro pero no puede ser: estás paliducha…

—Está verde —interrumpió Pili dando un bufido.

—… y encima no comes nada. Vas por ahí como un alma en pena. Te veo todos los días arrastrarte por el pasillo como si no pudieras con tu alma. Me parece que estudias demasiado y que no duermes las horas que necesitas. Para mí que te hace falta un choque de vitaminas. Pareces anémica. Estás fatal, hija, y me preocupas. Mira, te voy a mandar al doctor Salas a que te mire de arriba abajo.

El viejo doctor Salas era el médico de la familia de toda la vida. Nos había curado a los hermanos los sarampiones, las varicelas y las paperas, las gripes y hasta una pulmonía que tuvo Javi. Nos ponía las vacunas y las inyecciones, nos tomaba la fiebre y ordenaba a la tata la dieta que debíamos seguir. Era el primero que nos había visto al nacer. Hasta a papá le tomaba la tensión y le mandaba reconstituyentes. También se ocupaba de las varices de Flor y de la delgadez de la tata María. Trabajaba tanto en sus rondas diarias que, cuando lo llamaba mamá, nunca aparecía antes de las once

de la noche. «Este niño tan rico», decía, «mírale cómo se ha puesto de amarillo, qué gracioso, mírale, con su ictericia, tan ricamente. Seguro que Flor le da un caldito bien grasiento, ¿eh?, para acabar de estropearle el hígado».

Me aterró que con su perspicacia pudiera llegar a adivinar lo que me pasaba, pero me pareció que tuve suerte: me auscultó, pidió que me hicieran un análisis de sangre («Tienes los glóbulos rojos algo bajos y la velocidad de sedimentación algo alta, pero yo no me preocuparía. Estás como una flor. ¿Tu menstruación es regular? Bien. Deja de tomar pastillas para estudiar de noche y duerme más horas. Lo que no sepas de tus asignaturas a estas alturas, no lo vas a aprender en un par de semanas»). Y a mi madre le dijo: «Se le quitará cuando vayan de vacaciones, doña Carmen».

Muchos años después, cuando entré en el hospital a hacer el MIR, me felicitó con el mismo cariño que si fuera su sobrina preferida y añadió:

—Aquella vez que estuviste pachucha, el verano antes de que muriera Franco, habías tenido algún problema más que el de las pastillas para no dormir, ¿verdad? Eso me pareció. —Levantó una mano—. No, no me lo digas, no lo quiero saber, pero tuviste suerte de que no te estuviera pasando nada. ¿Eh?

Pasamos aquel verano del 75 en la casa de Sotogrande, un seudocortijo blanco y grande, cuya terraza, rodeada de palmeras y adelfas, se abre sobre el jardín de césped impecable que da al campo de golf de abajo. Arriba hay dos más, para entrar en uno de los cuales, el privado de Patino, el dueño del estaño, no basta con ser rico: hay que ser megarrico y socio.

A lo lejos, desde el jardín de casa, se distingue el Cucurucho en donde está el club de playa. A la izquierda del

club había entonces un campo de polo, que por un costado lindaba con el mar. Demasiado goloso para los especuladores, que acabaron quitándolo de allí para hacer casas.

Al pobre Perico, ya oficialmente novio de Pili, mamá lo había alojado en el hotel Tenis, por el qué dirán y la corrección, y a José Luis, oficialmente inexistente y desde luego más pobre que una rata, lo alojé yo durante diez días en un hotelillo de Torreguadiaro, el pueblo contiguo a Sotogrande.

Allí estábamos todos, lo que quería decir en palabras de mamá «los que cuentan», incluyendo a alguna gente del norte amenazada por ETA. Sevillanos, madrileños, catalanes, Oleguer y Clara, naturalmente, y su padre; la familia de mi cuñada Charo, su hermano Chema, el guaperas; Enrique Lerma, su mujer Isabel y los tres niños pequeños; Marta y sus padres y sus hermanas, que tenían una de las casas más espectaculares de toda la urbanización y que, según Miguel, jugaban al golf en el salón. La duquesa y los barones. Propietarios y editores de revistas que ya habían amagado con el salto a la libertad, banqueros americanos, millonarios filipinos que habían creado la urbanización, políticos de Gibraltar que de día reclamaban la independencia y de noche se refugiaban en Sotogrande. Todos, vamos.

Hacíamos una vida normal sin grandes alharacas: por la mañana íbamos al Cucurucho a tumbarnos en la playa y a darnos un chapuzón en el mar antes de volver a casa a comer; hace muchos años que no he vuelto, pero sí puedo asegurar que el agua del mar en Sotogrande, por muy mediterránea que sea la costa, está helada.

Los más deportistas, como Juan y Chema, por ejemplo, hacían dieciocho hoyos muy de mañana sin que importara la hora a la que se habían ido a la cama la noche antes. El golf

siempre me ha aburrido. En vista de lo cual, los que no jugábamos nos pasábamos la mañana antes del chapuzón pegándole a una pelota de tenis con raquetas medio de tenis, medio de pala en los dos frontones que había pegados a la playa. Naturalmente, José Luis, con su experiencia de chicarrón del norte a remonte y a pala corta, jugaba al frontenis como los ángeles y nos pegaba verdaderas palizas. «Esto es una mariconada, ¿no?», decía riendo, pero todos querían jugar con él.

El almuerzo, en casa, preparado en la terraza siempre para al menos quince personas: litros de gazpacho, montañas de ensaladas, de tomate, de patata, de pasta, de atún, de trigueros, carne asada fría, melón con jamón y fruta y más fruta, todo preparado por Flor, que maldecía el calor y rezongaba sin parar.

Yo coqueteaba con Chema, porque le había perdido pudor y me divertía tomarle el pelo. Eso sacaba de quicio a José Luis. Se sentía inseguro y creo que algo acomplejado de encontrarse frente a un grupo homogéneo del que él no era parte. Desde el principio, los dos se tuvieron una antipatía manifiesta, que saltaba a la menor chispa, a la menor sugerencia de una opinión a favor o en contra de lo que fuere. Tanto que Miguel y Borja impusieron que en las comidas no se hablara de política o de religión. «¿De qué se habla, entonces?», preguntaba José Luis en voz baja, «¿de Peret? ¿De Eurovisión? ¿O del destape?».

Después de comer, siesta y una partida de tenis al caer la tarde. Luego, indefectiblemente nos íbamos a Marbella a cenar y a bailar.

Los mayores, papá y mamá y a veces Juan y Charo, que tenía que cuidar de los gemelos, se quedaban en casa y, al anochecer recibían en la gran terraza, sentados en los butacones de paja, a los amigos que quisieran tomar una

copa y charlar. Y llegaban, cuatro o seis parejas, ellos de uniforme: recién duchados, mocasines sin calcetín, camisa azul celeste con las mangas remangadas hasta por debajo del codo y el Rolex bien visible; todos repeinados y oliendo a colonia 4711 o a lavanda Atkinson. En cambio, a ellas sólo se les veía el oro de las pulseras, los collares de Cartier y las sortijas de Bulgari; Chanel número 5, Yves Saint Laurent, Eau de Rochas... Hablaban de cosas serias, del coste de la vida, de operaciones financieras y cuando el tema acababa en política, todos aseguraban que había que defenderse porque iban a por ellos. ¿Cómo se sustituía a Franco? ¿Dónde podían encontrar garantías de mantenimiento de la paz tan duramente conseguida? Con Arias Navarro, el presidente del gobierno medio lelo, no, desde luego.

En las comidas, papá, al que mandaban por la mañana desde el ministerio resúmenes de noticias de España y del extranjero y telegramas secretos, nos contaba las últimas (y a veces, las últimas tonterías, como un día en que nos explicó que Arias Navarro había pensado seriamente en declararle la guerra al Portugal de la Revolución de los Claveles porque le parecía que se hundían en el comunismo y eso sería peligroso para la España eterna; se lo impidieron los americanos). «No se entera de nada», murmuraba papá. Había días en que venía muy serio ya fuera porque el FRAP, los maoístas, habían asesinado a un policía en Barcelona o porque los habían detenido a todos o porque un juicio sumarísimo había condenado a muerte a dos etarras. Esto último ocurría el 17 de septiembre de 1975. Para entonces habíamos vuelto todos a Madrid y, por casualidad, aquel día almorzábamos en la casa de Serrano los mismos que habíamos pasado el verano en Sotogrande. Recuerdo que Chema y yo fuimos los únicos que volvimos la cara hacia

José Luis para comprobar su reacción. Chema, con aire de revancha; yo, conociéndole, con angustia. Le vimos sorprendido, pálido y desencajado. Borja intervino enseguida para desviar la conversación hacia otros temas.

Luego, por la tarde, paseando a solas, pregunté a José Luis si conocía a los dos etarras.

—¿A Chiqui y al otro?

—Sí.

—A Chiqui, sí. Somos de la misma edad y nos conocemos de Zarauz, de donde es él, y de jugar al fútbol en la Concha en verano. A Otaegi no lo conozco, no. Es bastante mayor.

—¿Por eso has reaccionado de esa manera?

—¿En la comida? Claro. Me he quedado de piedra. No sé el otro, pero Chiqui es tan de ETA como yo. Qué disparate.

—Bueno, los indultarán, ¿no?

—¿Éstos? —Resopló.

No consigo recordar la fecha con exactitud, pero me parece que después de ese día, José Luis nunca más volvió a mi casa. Por aquel tiempo previo a la muerte de Franco, un día u otro, antes o después, dejó de venir. Así, sin más. Mamá, implacable barómetro de las cosas que afectaban a la familia, no volvió a preguntar por él. Papá andaba en otras cosas y sólo muy de vez en cuando inquiría distraídamente: «¿Y José Luis? ¿Se ha ido a San Sebastián? No le habrá pasado nada, ¿eh, Miguel?».

Por un tiempo, José Luis y yo pretendimos desandar camino en nuestra relación, que, del amor apasionado, sensual y enloquecido que había sido hasta entonces, debía acabar (o al menos eso queríamos) en una sencilla relación de novios formales y de cafetería, manitas, bailes en las discotecas y besos robados. Nos pareció lo más prudente y sensato. Claro que los buenos propósitos nos duraron más o menos dos días. El tiempo de robarnos el primer beso. Pero

no volvimos a dejarnos arrastrar al ambiente algo opresivo de mi familia.

Durante las primeras semanas después de mi vuelta de Londres, José Luis me había mirado con extrañeza. Lo sorprendía con los ojos clavados en mí, preguntándose si algo iba mal. Pero en cuanto me daba cuenta, él bajaba la vista como si temiera ver en mi mirada algo, algún sentimiento que le hiciera responsable de algo que ignoraba y que le iba a costar mi amor por él. Aguantó cuanto pudo y un día, a pesar de ello, a pesar de su autoimpuesta y atemorizada discreción, no pudo más y me preguntó si me había tragado un palo o una hoja amarga. «Tienes una cara más rara…».

—No, no me pasa nada. —Se me había desbocado el corazón—. No sé, tengo mucho que estudiar para sacar estos dichosos exámenes, nunca sé si te van a detener esta noche y vuelta a empezar, me achuchan para que acepte estar en la mesa de no sé qué movimiento político… ¡Pero si lo sabes mejor que yo!

—Sí, pero de pronto parecemos dos extraños, Lola.

—Es que no me encuentro muy bien.

—¿Estás mala o qué? —preguntó con alarma.

—No, no, nada de eso. Sólo tengo un bajón primaveral. —Sonreí—. Ya se me pasará.

—Sí, pero mientras tanto hasta se me ha olvidado cómo te huele la piel.

Lo miré con seriedad.

—Este fin de semana. Nos escondemos tú y yo. En una casita que tiene Marta al fondo del jardín de sus padres en La Moraleja. Y encima te vas a dar el gustazo de acostarte con una niña pija a escondidas y en el jardín de unos millonarios en una urbanización elegante de Madrid. ¿Qué te parece? Ya verás a qué me huele la piel.

—A Chanel, no hace falta que me lo jures.

—¿No decías que se te había olvidado?

—Sí. Es que con vosotras nunca se sabe si habéis cambiado de perfume. Vais a París sólo a comprároslo. Y la vuelta en primera.

En la clínica de Londres, el ginecólogo me había dado suficientes píldoras como para pasar un año sin tenerme que preocupar de la posibilidad de quedar embarazada y, además, me había soplado el nombre de dos farmacias de Madrid que las vendían bajo cuerda. En España no estaba aún permitida y los médicos decían que era peligrosa y que luego te nacían niños sin brazos o te daban embolias. ¿Cómo era posible que a una niña inocente de dieciocho años ni el propio ginecólogo de la familia le dijera que el método de la píldora anticonceptiva era seguro, estaba probado y se distribuía libremente por el mundo entero? ¿Cómo era posible que las recomendaciones del ginecólogo de la familia de toda la vida fueran dos, por este orden: abstenerse del sexo hasta el matrimonio, que era lo que mandaba la Iglesia, y, dos, utilizar el método Ogino, que daba buenos resultados, no del todo fiables, pero buenos? Vaya unos idiotas. Tonta yo que era una timorata y no me enteraba de nada hasta que caí en brazos de José Luis. Así éramos las niñas de la Asunción: no es que no supiéramos de la existencia del método anticonceptivo (susurrado entre nosotras con deliciosa sensación de culpa), es que nos daba miedo y además era pecado. Hasta los curas en el confesionario prohibían su uso y casi te amenazaban con la excomunión y el infierno. Por eso, salvo Marta que sabía de lo que hablaba, a las demás se nos llenaba la boca con conceptos progres sobre la vida y la sexualidad, aunque nunca nos atrevíamos a actuar en consecuencia.

Me parece que fue entonces cuando empecé a decidir cómo iba a practicar la medicina en mi país: con compasión y sin atender a reglas que marcaran los pasos de mis convicciones. Tonterías ilusas.

Se me pegó a la piel la sensualidad de aquel sigiloso fin de semana en la casita de Marta. Aún lo recuerdo como el sueño de un cuento de hadas. Marta vino el sábado por la mañana a despertarnos y a hacerse un café en su cocina. Se sentó al borde de la cama en la que, apenas cubiertos por una sábana, José Luis y yo, languidecíamos desnudos. Estuvimos así, charlando perezosamente hasta casi la hora de almorzar. Marta nos prometió una pizza para media hora más tarde. «Y una coca-cola, que no hay otra cosa».

Me había podido de nuevo el apasionamiento, el amor irresistible hacia José Luis. Sólo por momentos me angustiaba al recordar de pronto por qué había levantado sin saberlo una pared de vergüenza entre nosotros. Pero luego le amaba y se venían abajo mis reservas. Otras veces no quería el riesgo de amarlo, me pesaba el remordimiento. Entonces estallaba en sollozos y me agarraba a él como si fuera un clavo ardiendo. «No me dejes», le decía, «no me dejes». Y él me miraba sorprendido y triste sin comprender. «No te dejo, Lola, no te voy a dejar nunca, sea cual sea la razón de ese dolor que me escondes».

Luego me tranquilizaba y me parecía que Londres quedaba bien lejos, bien secreto, sólo como una amenaza remota. «Estuve un buen rato mirándole el trasero a la Venus en la National Gallery y no sé qué le viste. ¡No me toques!».

DOS

26

De todos aquellos meses convulsos de final de 1975, recuerdo dos o tres incidentes que marcaron a la familia Ruiz de Olara de forma indeleble y uno más que a punto estuvo de destruirme la vida.

Un día de finales de septiembre vino a casa John Russell. Eran las 5 de la tarde y traía el semblante grave y el gesto, preocupado.

Benito le abrió la puerta.

—Buenas tardes, señor embajador —dijo.

—Buenas tardes. —Y entonces reparó en mí, plantada en el vestíbulo a punto de salir a la calle. Sonrió—: Ah, *the beautiful* Lola. Qué placer verte. ¿Cómo estás? —Me pareció que su sonrisa era triste y un poco ausente pero, como siempre detrás de la solemnidad, encantadora.

—Hola, sir John. —Me acerqué y me dio un beso en la mejilla.

—Nunca sé si son dos —murmuró, apretándome el hombro ligeramente.

—Me parece que papá no está en casa.

—Lo sé, lo sé. Hemos quedado aquí a las cinco y creo que me he adelantado unos minutos.

—Si quiere pasar al saloncito de la pintura, señor embajador… —dijo Benito.

—Ah, muy bien. ¿Puedes hacerme compañía unos minutos, Lola? Hasta que llegue tu padre. Así te aseguras además de que no robo el Turner…

—Claro. Encantada.

—¿Qué tomará, señor embajador?

—¿Eh? Ah, nada muy complicado. Una coca-cola, que es la bebida de nuestros amigos especiales del otro lado del charco.

Dijo «charco» en vez de Atlántico seguro que porque era una palabra aprendida en Madrid y le había hecho gracia el casticismo. Los ingleses siempre usan palabras así, tomadas de una conversación ligera, pero muchas veces las emplean a destiempo. Sólo Russell manejaba el español sin equivocarse y con tanta precisión.

—Y así, Lola, empezamos un nuevo curso, el segundo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo está la universidad? Apuesto a que hoy, revuelta, ¿no te parece?

—Sí, sir John, son días malos.

Se le oscureció el semblante.

—Malos, sí. Tiempos difíciles. Un jefe de Estado que se muere —lo dijo con prudencia—, un país revolucionado, una represión dura como lo son todas al final del trayecto y un futuro que es una incógnita.

—Creo que estamos todos asustados…

En ese momento entró papá en el saloncito. Se le notaban las ojeras de las noches de insomnio. Me pareció que en los últimos días había envejecido diez años.

—¡Perdón, perdón, perdón! Llego tardísimo…

—No tiene importancia, Juanito.

—No son días propicios para la puntualidad. Lo siento, John. —De pronto se fijó en mí como si me viera por primera vez—. Lola.

—Hola, papá. He estado haciendo compañía a sir John…

—… Una compañía que me ha aliviado y me ha hecho comprender que hay en este mundo más cosas y más agradables que el horror de la política.

—Ya —contestó papá con sequedad—. Sentémonos por favor.

—Me voy, papá. Sir John…

—Hasta muy pronto, querida.

Salí cerrando la puerta tras de mí y vi que la tata me hacía desde el vestíbulo gestos para que la siguiera. Fuimos al salón grande y comprendí lo que me decía: había dejado entreabierta la puerta de comunicación con el saloncito. Y desde el otro lado podíamos oír perfectamente la conversación de papá con el embajador británico. Miré a la tata y le hice un gesto severo de reconvención. Era una verdadera cotilla y los asuntos de la política le privaban.

Nos pusimos a escuchar.

—Le decía a tu hija que son tiempos difíciles, Juanito.

—No me lo recuerdes. En fin. Dime.

—He venido a verte aquí en atención a nuestra íntima amistad. He preferido este salón a la frialdad de tu despacho en el ministerio. Agradezco tu amabilidad al recibirme aquí en medio de lo que deben de ser momentos de gran agitación.

—Son momentos muy malos, en efecto.

—Esta noche acudiré a tu ministerio a comunicarle a tu subsecretario que mi gobierno ha decidido retirarme en protesta por las sentencias de muerte impuestas a los once activistas y por la ejecución de cinco de ellos esta madrugada, todo ello en base a un decreto promulgado con

posterioridad a la comisión de los delitos de que se los acusaba. Es doloroso para mí no sólo marcharme de un país al que quiero, sino dejar atrás a tantos amigos, entre ellos, vosotros… Y tener que ver desde la distancia el final de un régimen político…

—Qué puedo decirte, John. Me parece una reacción desproporcionada a la ejecución de cinco terroristas, mientras, te lo señalo, el gobierno indultaba a otros seis.

—Londres me ordena que le diga a tu subsecretario que no sólo el mundo democrático y civilizado rechaza la pena capital, sino que, además, los juicios por los que fueron condenados los once muchachos fueron una farsa perpetrada sin garantías judiciales y las condenas, aplicadas en base a la retroactividad de un decreto ley que viola cualquier precepto de moral y práctica jurídica. Como consecuencia de ello, me ordena que me retire inmediatamente de España, lo que haré mañana a primera hora. —Recitó todo aquello como si se lo hubiera aprendido de memoria.

Papá guardó silencio durante un largo momento.

—Señor embajador —dijo por fin—, es muy doloroso oírle…

—Juanito, por Dios, estoy aquí como amigo. Seré embajador luego, en el ministerio. Ahora soy sólo un amigo entristecido.

Otro silencio de papá. Y por fin:

—Qué puedo decirte, John. Ni imaginas el dolor que siento por todo este asunto… Ni lo puedes imaginar. Pero conozco bien las razones de la decisión de tu gobierno y, como puedes imaginar, no las comparto. Lo siento.

—¡Pero tú eres un hombre eminentemente sensato, respetuoso con los demás! Vosotros, tú y la gente que te es afín, sois la España civilizada que ha de tomar las riendas

del país. Estáis preparados para eso, ¡sois la élite dirigente! ¿Cómo puedes estar de acuerdo con esta salvajada?

—¿Salvajada? ¿Cómo puedes decir que es una salvajada que un país se defienda de los asesinos terroristas? Me duele en el alma el sacrificio de las vidas de unos chicos…

—Piensa en cómo se sentirán sus padres…

—… pero ellos deberían haber pensado antes en las vidas inocentes que truncaban. No, John, el momento para mi país es grave y debemos defendernos aun a costa de producir un dolor que somos los primeros en lamentar.

—¡¿Pero defenderos de quién?! El mundo os miraba con simpatía, quería ayudaros… Ya no. Ya no.

—Ya sé: vosotros pensabais que debíais ayudarnos a prescindir de una figura como Franco para abrirnos un futuro hecho a vuestra medida y nosotros queremos preservar, no prescindir, preservar, una figura como la de Franco. Tenemos que mantener intacto su legado para garantizarnos la paz y el futuro de las generaciones que vendrán después de nosotros.

—¡Pero no hay legado que preservar! ¿No te das cuenta de que son las generaciones futuras las que deben decidir de su futuro? ¿Qué pensarán de Franco cuya patética agonía contemplan hoy?

—¿Patética agonía? Perdona, embajador, pero no puedo aceptar el término. Me parece una grave falta de respeto.

—Perdóname, perdóname. Te presento mis excusas por una expresión poco afortunada. No quise decir eso. Quise decir que la agonía del pobre general Franco está siendo un horror… para él y para todos. Eso no quita que las nuevas generaciones querrán olvidarle al día siguiente de su muerte, Juanito.

—¿Cómo olvidarle? Le deberán la paz con la que construir el porvenir.

—¿Qué paz? ¿La que se construye sobre la sangre derramada? Vosotros lo decís siempre: el que a hierro mata, a hierro muere. ¿Qué paz? ¿La de las manifestaciones en el País Vasco? ¿La de las huelgas de hoy en Cataluña? ¿La de los estudiantes por las calles de Madrid?

—¡No! La de los millones que aclaman al caudillo todos los días. Bueno, sé que esto suena un poco a demagogia, pero es que no me das escapatoria.

—¡Pregúntale a tus hijos!

Me sobresalté detrás de la puerta entreabierta. ¿Qué sabía sir John de lo que hacíamos?

—¿Mis hijos? ¿Qué tienen que ver mis hijos en esto?

—Pues que se unen al rechazo de toda España, y… y… y no son comunistas, sino hijos de una familia acomodada, más que acomodada, del régimen. Pero rechazan ser asociados a estos juicios tan demenciales.

—¿Cómo demenciales?, ¿cómo demenciales?, ¿cómo demenciales? —Papá había perdido los estribos y por un momento temí que echara a Russell de casa—. Te lo repito, esta vez en serio: ¿y los millones de españoles que muestran su adhesión? ¿Ésos no cuentan?

—Cálmate, Juanito, por Dios. No quiero ofenderte, no quiero ofender a tu país. Pero el mundo entero, tú lo sabes mejor que nadie, clama contra las ejecuciones. Pablo VI pidió clemencia, un jefe de Estado detrás de otro lo hicieron, hasta el propio hermano de Franco lo hizo. Tú eres abogado y sabes que el principio de retroactividad no puede aplicarse cuando perjudica al reo… Aunque sólo fuera por eso…

—Eran circunstancias extraordinarias… —Me pareció que la voz de papá se volvía dubitativa.

—Un abogado suizo que asistió al juicio de Juan Paredes, el muchacho al que llaman Chiqui, dijo que había sido un simulacro de justicia, una siniestra farsa con condenas

decididas de antemano. No es que los chicos fueran culpables o no, es que el tribunal ni siquiera se preocupó de si lo eran.

—Ese abogado suizo… bah… Tú sabes, John, que tanto el FRAP como ETA son grupos compuestos por anarquistas comunistas…

—El FRAP no cuenta, Juanito. Tampoco cuenta el GRAPO.

—Son grupúsculos peligrosos…

—Vulgares ladrones y bandidos de la peor ralea y, además, colaboradores de la policía cuando conviene. No. ETA es la que os crea un problema serio. Y no la combatiréis a base de mandarlos al paredón. Son un problema mucho más profundo. El MI6 los viene siguiendo desde hace tiempo, como viene siguiendo a todos estos grupitos: nos es más fácil hacerlo desde fuera que a vosotros desde dentro. ETA, ya. Vosotros creéis y la mayoría de los españoles creen que sólo quieren asesinar a Carrero Blanco, a Franco, a sus ministros, desestabilizar al régimen, vamos. Eso a la gente de la oposición le da la falsa seguridad de que se trata de héroes que luchan por la libertad del pueblo español. Pero no es así: son patriotas vascos que luchan por la independencia del País Vasco y por la destrucción de España. Mucho más peligrosos de lo que pensáis.

—Razón de más para acabar con ellos.

—No te confundas: razón de más para no hacer de ellos unos mártires que acabarán costándoos caro, muy caro. No dejéis que desestabilicen el futuro.

Hubo un largo silencio.

—Gran Bretaña —dijo por fin Russell— es amiga de España, tiene tanto interés como tú en que aquí se establezca una democracia libre, sensata, conservadora. No nos interesa que, muerto Franco, y falta poco para eso, todo esto estalle en mil pedazos, que se instalen los comunistas,

los revolucionarios y nos desestabilicen el sur de Europa. Es una opinión interesada, Juanito.

—¿Mil pedazos? Y, tal como están las cosas, ¿quién lo va a impedir? ¿Adónde quieres llegar?

—Me voy. Mi gobierno me quita de aquí en protesta por las ejecuciones. De acuerdo, amigo mío, de acuerdo. Pero no es lo que ocurra mañana o pasado lo que debe de preocuparnos. Quiero que sepas que, cuando tengáis dificultades, cuando os acechen los peores peligros, Londres es la capital de una potencia amiga. —Estuvo callado de nuevo durante un buen rato—. Si me necesitas, Juanito, cuando me necesites, sabes dónde encontrarme.

Se me pusieron los pelos de punta. ¿Le estaba ofreciendo el embajador a papá un refugio, un canal de ayuda, un apoyo...? ¿A cambio de qué?

Salí corriendo a la calle en cuanto pude. No sabía muy bien qué haría con esa información que se me antojaba preciosa, cómo actuar, a quién contársela. Mi primer instinto fue encontrar a Borja y a José Luis. Pero José Luis no estaba. La noche antes, en el portal de casa, me había dicho que no me preocupara si no daba señales de vida en unos días.

—Creo que me tengo que ir a San Sebastián, mi amor. Si matan a Chiqui debo estar allá, tengo que estar con su familia, con sus hermanos, tengo que acompañar a mi madre, que se toma estas cosas fatal y, además, tengo que poner tierra por medio. Ya me estará buscando mi amigo el inspector Gallego, ése que te dijo que a la siguiente que me detuviera yo no lo contaba.

—¿Pero cómo vas a ir? Si no tienes ni un duro. ¿En tren? Ni hablar. Te llevo yo.

—No, ni hablar. Tú no me llevas a ningún sitio. Basta ya de riesgos. —Sonrió—. Las niñas bien deben quedarse en Madrid. Además, no es el mejor momento de conocer a mi

madre. No, no. No te preocupes. Tengo un modo de llegar a San Sebastián.

—¡Pero es muy peligroso!

—¿Que me esté buscando Gallego? Qué va. Ése no encontraría un jamón serrano en una tarta de fresas.

A Borja le conté la conversación de papá con Russell y, después de mirarme con fijeza como sopesando lo que le decía, se limitó a encogerse de hombros. ¡Y yo que pensaba que era un secreto de espionaje gravísimo y que me había puesto en la piel de 007! Ingenua que era una.

Los días que faltaban pasaron a velocidad de vértigo. El caudillo se murió el 20 de noviembre. Antes, papá había ido y vuelto dos veces a Marruecos, una acompañando al príncipe a El Aaiún y otra a gitanear con Solís, el ministro inmutable (aunque yo prefería el epíteto que le había puesto Flor, «payaso»), y con el rey Hassan, para intentar salvar los muebles. Pero, como decía mi padre, si eres Estados Unidos, salvas los muebles, y si eres España en agonía, te los queman. El príncipe fue a animar a las tropas que defendían el Sahara del asalto marroquí y se encontró con que las tropas no tenían más remedio que deponer las armas para no matar al medio millón de pacíficos moros de la Marcha Verde, lo que hubiera sido otra salvajada. Solís fue a triunfar en Rabat y volvió con el rabo entre las piernas: ni consiguió envolver en sus redes al rey, ni consiguió que España se quedara con el Sahara. No es que tuviera ganas, el régimen no tenía ganas de nada que no fuera quitarse vergonzosamente los problemas de encima. Fue una humillación y a los hermanos nos dio rabia que papá tuviera que estar metido en el lío: medio millón de moros desarmados enviados por Hassan en autobús derrotaron al Ejército español en pie de guerra.

A Miguel le tentó la idea de hacer cola para comprobar que efectivamente se trataba del cadáver de Franco. Nos lo propuso a Borja y a mí. Yo dije que no, que me parecía macabro y Borja ni contestó. Al final, Miguel desistió porque le dio pereza.

José Luis no volvió hasta después de Navidad. Sólo pudimos hablar un momento por teléfono, pero me bastó para derretirme que me dijera que me quería como me quería. Luego, para que no olvidara sus caricias ni los besos que me repartía por todo el cuerpo, añadió:

—El día menos pensado nos vamos a ir a ver a la *Venus del espejo* y te hago una comparativa.

Después de la coronación del príncipe el 22 de noviembre (papá estaba guapísimo con su uniforme y sus condecoraciones de medio mundo; comentario de Miguel: «Déjate, parece un bedel de la universidad con medallas de empleado del mes»), todo fue un anticlímax. Me pareció que el mundo se calmaba, la vida volvía a su ritmo habitual, como si todo hubiera sido una pesadilla que era mejor olvidar. En casa se pasaron los nervios, cada cual volvió a lo suyo y aquí no ha pasado nada. Respiré tranquila porque dio la sensación de que, muerto el dictador, se habían acabado las persecuciones, las detenciones en la DGS, los calabozos en la Puerta del Sol, y las cargas policiales. Sí, nos manifestábamos en la universidad, redactábamos proclamas y corríamos delante de los grises, pero nos habían levantado una losa de encima y nada nos parecía ya tan grave. Estaba yo lista. Lo pienso ahora y me da vergüenza recordar nuestro ejercicio frívolo de niños bien que se manifestaban por la mañana y luego dormían en sus casas calentitas. No puede ser que sea yo la única que se avergüenza de aquel tiempo.

Estábamos ciegos. La calma era engañosa. Se había destapado la olla sin que comprendiéramos que, muerto el dictador, la gente del régimen pretendía que todo siguiera igual, creía que todo seguiría igual. Y estaba dispuesta a poner los medios para asegurarse de que todo seguiría igual.

Al día siguiente del nombramiento del nuevo gobierno (nuevo que, la verdad, era igual de antiguo, me parecía a mí, con sólo unos añadidos para dar el pego democrático), a mediados de diciembre, mamá dio un gran cóctel en casa. Como era mucha gente, encargó la comida a Jockey, el mejor restaurante de Madrid; sus amigas también acudían a lo que ahora se llama *catering*, pero no siempre de Jockey porque era muy caro; «Un disparate», decía mamá, «pero vale la pena».

Vinieron medio gobierno y la sociedad madrileña al completo, incluido sir John Russell, de regreso ya en Madrid. Papá y él se saludaron muy efusivamente. Había un montón de embajadores, muchos de ellos recién regresados tras la retirada provocada por los fusilamientos de tres meses antes. Estaban los Lerma, los Montellano, los Alba (Cayetana, simpática y despachada como siempre, me dijo: «Estás preciosa, Lola, te voy a casar con uno de mis hijos»; me puse como un tomate). Estaban los banqueros, Juan Liado, Alfonso Escámez y Luis de Usera (Luis había sido íntimo del abuelo, que controlaba el uno y medio por ciento del capital del Hispano Americano; de ahí, parece ser, su considerable fortuna), los constructores (¡hasta José Banús!) y un montón de generales, algunos de uniforme.

La mayor parte de los invitados, incluido José María de Areilza, nuevo ministro de Asuntos Exteriores («Te necesito en París, Juanito, y a ti, Carmina, casi tanto como a él»), se

acabaron marchando hacia las diez de la noche. Sólo quedaron los amigos más íntimos, si es que tenían alguno, decía Miguel, un grupo de unos quince o veinte, la mayor parte de los cuales viajaría al día siguiente a Villaurbina para estar en la gran montería que organizaba mamá todos los años.

Enseguida se pusieron a hablar de política.

—Bueno, se acabaron los problemas, ¿no? El rey en palacio, los comunistas en la cárcel. Como debe ser.

—No es así de sencillo. Tenemos mucho terreno que recuperar en el mundo. Los fusilamientos nos hicieron mucho daño; me lo vais a contar a mí. Nos convertimos en los apestados de Europa…

—¿Y quién necesita a Europa?

—Nosotros, José. Nosotros. No podemos permitirnos el lujo de aislarnos nuevamente. Tenemos que importar nuestra prosperidad y para eso es necesario que recuperemos la respetabilidad.

—Oye, perdona, pero ya éramos respetables antes. Aquí lo que tenemos que hacer es asegurar nuestro sistema y para eso no necesitamos ayuda del extranjero. A lo mejor, sólo de Washington, de sus bases y de sus garantías.

—Bueno, eso está muy bien, señor ministro —intervino de pronto Borja desde una esquina; se me subió el corazón a la boca—. Estaría muy bien si hubiera paz absoluta en España. Pero hay manifestaciones, huelgas, estudiantes en la calle, líderes políticos populares en la cárcel, sindicatos dispuestos a luchar…

—Te olvidas, joven, de lo que fue la última manifestación en la plaza de Oriente. Millones de personas. ¿Qué pueden unas cuantas decenas de miles contra millones? Además, se los detiene y santas pascuas.

—Tal vez dándoles voz a esas decenas de miles se averiguaría su fuerza real y el calado de sus intenciones.

—¡Quieren destruir España!

—No lo sé. Habría que preguntarles.

—¿A quiénes, a los etarras?

—No, claro que no. Los etarras son pocos y locos.

Marta le había puesto una mano en el brazo para que se callara y mamá lo fulminó con la mirada.

—Estás faltándole al respeto al ministro, Borja.

—Déjale, Carmina. Es bueno que sepamos lo que opinan los jóvenes. Al fin y al cabo son el futuro.

Me pareció que al ministro le importaba bastante poco el futuro de Borja, que murmuró «perdón».

—De todos modos, la continuidad del régimen está asegurada. Mismo jefe de gobierno, distinta cabeza, mismos principios constitucionales, ¿no?

—Vaya, eso sí se fuerza al rey a no utilizar los poderes que ha heredado del generalísimo. Por Dios, no piensen que me meto en lo que nadie me manda…

—Bueno, señor embajador de la Gran Bretaña, el rey ha jurado solemnemente respetar las leyes fundamentales y los principios del Movimiento. —Ya estamos con el inmutable Movimiento, pensé—. A menos que traicionara ese juramento… y eso no es posible, no es posible.

—Pero sí puede ir interpretando su compromiso para que se abra la mano atendiendo a demandas bastante justificadas…

—No, Juanito. Lo que tiene que hacer el rey es calmar las voces de la disidencia y encauzarlas hacia lo que el presidente Arias Navarro llamó corrientes de opinión en el discurso del espíritu del 10 de febrero. Y estamos preparados para defenderlo…

Miré a Juan Liado, el banquero, que escuchaba con la vista clavada en el techo y una sonrisa medio burlona en los labios. Decidí que le pediría su opinión durante la montería en Villaurbina porque no me pareció que estuviera muy de acuerdo con cuanto estábamos oyendo, que, dicho con la tranquilidad con la que lo decían los presentes, daba la impresión de que, en efecto, todo estaba atado y bien atado.

27

Las monterías en Villaurbina eran algo especial. Siempre me habían gustado, no sólo por la caza, que era divertida y, a veces, peligrosa: un jabalí herido o acorralado en la maleza, loco de rabia y de dolor, podía hacer mucho daño e incluso matar al cazador si no andaba atento. A más de uno le habían tenido que dar treinta, cuarenta o cincuenta puntos en una pierna después de una caricia de los colmillos de un guarro. No había más que ver lo que hacía con los perros que se le echaban encima cuando lo descubrían.

Pero no sólo se cazaban jabalíes: lo más bonito era abatir un ciervo a gran distancia. Mi abuelo me había enseñado desde pequeña, aunque, claro, no pude sostener un rifle hasta bien entrada la adolescencia y la primera vez que lo hice, el retroceso me dejó sentada sobre una mata llena de pinchos. Juan hermano, que era el que mejor tiraba, estuvo riéndose un buen rato y la tata se pasó toda la tarde sacándome espinas del trasero.

Cuando estuvo en Villaurbina, José Luis me dijo que éramos muy bestias matando animales indefensos y por eso tenía yo decidido no ocupar puesto en la montería y no disparar. Era como guardarle ausencias.

El día comenzaba con un gran desayuno muy de madrugada, hacia las seis de la mañana. Era todavía de noche y, en unas grandes tiendas de campaña (decía papá que regaladas al abuelo por Alfonso XIII con equipamiento de las campañas de África), teníamos preparadas enormes bandejas de migas con chorizo y pimentón, huevos fritos, café, coñac, vino y caldo muy caliente. Me encantaban esos desayunos. A ellos asistían todos: los monteros, los secretarios de puesto, los guardas, los perreros que más tarde conducirían las rehalas, todos. Unas sesenta o setenta personas.

Después, los Land Rover llevaban a los cazadores a sus respectivos puestos. Se tardaba bastante en distribuirlos porque la mancha, es decir, el monte en el que se iba a cazar, llegaba a extenderse a lo largo de doscientas hectáreas en las que se distribuían las armadas, o líneas de puestos de cazadores, desde arriba, que era la cuerda, hasta abajo, que era el sopié; en medio estaban las traviesas, que eran las armadas que más me gustaban por cómo entraba la caza. Cuando lo pensaba, me daban unas ganas locas de ponerme a cazar con los demás, pero había decidido que no, en honor de José Luis. De modo que hice ensillar a la Pola y, a galope corto, me fui arriba, a uno de los extremos de la mancha para acompañar a las rehalas que salían de allí, un grupo grande de perros con sus perreros.

Era una maravilla ver a los perros excitados, dando brincos, ladrando y jipiando, hasta que se los dejaba ir en busca de jabalíes y venados. En casa teníamos dos rehalas de veinte perros cada una. Las utilizábamos junto con otras jaurías que traían cazadores de la provincia invitados por mamá. Había perros rastreadores, los sabuesos españoles, y de agarre, los podencos andaluces. Eran muy poderosos y

difíciles de controlar y por eso me encantaba galopar a su lado o detrás de ellos, viéndolos rastrear o acorralar a los guarros para que huyeran hacia los puestos de la armada.

Aquel día había veintitrés cazadores en total.

A Fraga, recién nombrado ministro de la Gobernación, le había tocado el puesto central, qué casualidad. A su lado se colocó don Juan Liado y más allá, Miguel Primo de Rivera y después, Juan hermano. Mamá se puso en la cuerda, arriba del todo, y papá en el último puesto del sopié. Pili hermana andaba en un sitio anodino en medio de la cuerda; podía ser una descerebrada, pero tiraba como los ángeles y había que ponerla en un sitio en el que no levantara caza a los demás. Era capaz de abatir todo lo que se le paseaba por delante y más, dejando a sus compañeros de cacería sin posibilidad de disparar siquiera a lo que entrara en sus puestos.

Aquel día mataron cuatro ciervos de gran tamaño, tres más pequeños y una treintena de jabalíes. Uno de los ciervos fue medalla de oro; lo había cazado Pili.

Los almuerzos con que se daba por terminada la montería dejaban pálidos a los desayunos de ocho o nueve horas antes: paella, callos, rabo de toro, merluza rebozada de aperitivo, menestra de verduras y, de postre, todas las barbaridades azucaradas que pudieran imaginarse, tocino de cielo, natillas, ensalada de frutas, pasta de almendras, café, puros habanos, de todo. A mí me bastaba con unos taquitos de merluza a la romana, menestra y un poco de tocino de cielo.

Durante el almuerzo y antes de que al final todos se pusieran a jugar al mus o al *gin rummy*, me acerqué a don Juan Liado. Mis hermanos siempre me habían dicho que era el único liberal sensato que había en España (y republicano, susurraban), que se había librado por milagro de ser fusilado después de la guerra civil y que había acabado

construyendo un banco con una fundación que albergaba a la escasa intelectualidad que quedaba. Además, era bien simpático.

—Don Juan.

—Chiquilla, Lola —contestó riendo. Tenía las mejillas rojas del frío de la cacería y del calor de la comida y le relucían la calva y la larga nariz—. Ya te he visto montando con las rehalas. Bonita yegua.

—¿La Pola? Sí que es guapa, sí. ¿Qué tal le ha ido?

—Bah. Se me escapó un venado y también se le fue a Fraga, pero a él le dio más rabia que a mí. Me parece que lo acabó matando tu hermana. Luego cayeron un par de jabalíes y no le pegué a una liebre porque me dio vergüenza. —Rió nuevamente con estrépito—. Te vi en casa de tus padres escuchando las cosas que decían los próceres y lo que dijo tu hermano, que no estuvo mal.

—¿Y usted qué piensa?

—¿Del futuro? Sois más bien vosotros los que tenéis la voz cantante. Pero, hija mía, hasta que llegue el futuro en libertad quedan muchos palos por repartir y me parece que os vais a llevar unos cuantos.

—¿De verdad? ¿Usted cree?

—Desde luego.

—¿Y qué nos queda a nosotros?

—Ir por la sombra hasta que escampe. —Dudó un momento; alargó la mano y me apretó la muñeca—. No creas que todos los que estaban en casa de tus padres el otro día son hermanitas de la caridad. Quieren defender el sistema que hay, su sistema, y para eso están dispuestos a lo que sea. —Me dio la sensación de que me estaba haciendo una velada advertencia. Suspiró—. Me parece que la verdadera pregunta es ¿qué va a hacer el rey? Ya viste el miedo que tenían todos de que pudiera traicionar la herencia de

Franco. Creo que si lo hiciera, intentarían quitarlo de en medio. Pero, claro, si no lo hace, a la larga lo quitaréis de en medio vosotros.

—¿Y entonces?

—Está más solo que la una. Lo compadezco. Pero si le conozco bien, y le conozco bien, no tardará mucho en traicionar la herencia de Franco.

—¡Pero eso me parece muy bien!

—Es nuestra única esperanza, Lola.

28

El año 76 pasó en relativa calma: estudios, exámenes y carreras (de las de ir delante de los grises). En el fondo éramos, con contadas excepciones, compartimentos estancos, universidad, partidos, sindicatos, obreros. A mí, al menos, me daba la impresión de que cada cual iba por su lado. Por eso, pasamos mucho tiempo en reuniones clandestinas intentando coordinarnos sin demasiado éxito. La verdad es que sindicatos obreros y partidos de la izquierda estaban bastante mejor organizados y con metas mucho más definidas que nosotros. Luego, en marzo, se creó la Platajunta, con casi todos los partidos antirégimen dentro y los estudiantes quedamos al margen porque era cosa de mayores. «Cosa de hombres», dijo Marta con retintín. Pero en mayo se produjeron los asesinatos de Montejurra, con los carlistas peleados entre sí y los fascistas y la policía azuzando como siempre, y el ambiente se puso muy negro.

No sabíamos bien lo que estaba ocurriendo, únicamente olíamos la tensión. Sólo José Luis parecía tener información precisa, supongo que por lo de chicarrón del norte, y lo que nos contaba era bastante alarmante. Me decía que anduviera con ojo porque la situación se había puesto muy peligrosa.

—Ya no es cuestión de que salgas a la calle a defender a tus compañeros del asalto de los grises, mi amor. Las cosas se han puesto peor.

—No entiendo cómo van a estar peor si se ha muerto Franco. No hay razón para ello.

—¿No me decías tú que un jabalí herido es aún más peligroso?

No contesté.

—Pues eso. Vamos a andarnos con ojo, ¿eh?

—¿Y el inspector Gallego?

—Gallego no me vuelve a pillar. La otra vez me dejé cazar como un conejo. Ya no más. ¿Cómo llamáis a los jabalíes? ¿Guarros? Pues ahí tienes.

De hecho, a los pocos días me llamó el famoso capitán Perea, siempre tímido y comedido: «Soy Francisco Perea, el capitán de los antidisturbios».

—Ah, señor Perea. —La verdad es que era mala, pobre Perea, seguro que en casa lo llamaban Paquito—. ¿Y qué quiere ahora, después de tantos meses de silencio?

—Pues… Lo cierto es que me gustaría hablar con usted unos minutos.

—No se prive.

—No, no por teléfono. ¿Le importaría tomarse una coca-cola conmigo? Hay un bar muy cerca de su casa.

—Caramba, sí que se lo sabe.

Iba muy vestido de traje gris y corbata (un horror) y me esperaba en el bar. Se levantó ceremonioso cuando llegué y me apartó la silla para que me sentara.

—¿Cuánto tiempo hace que me vigila?

—No la vigilo, señorita.

—¿Y entonces?

—Sé dónde vive desde la última vez que hablamos.

Flor me había dicho: «Ándate con ojo, Lola, que todos estos polis son iguales: quieren meterte mano y si no les dejas, te llevan al chiquero». «Venga, Flor, no digas bobadas». «¿No?», contestó con maldad, «pregúntaselo a Luisa, que está casada con uno». «Huy, huy, huy, Flor».

—Muy bien, señor Perea. Y dígame…

—No es mucho. Sólo quiero que sepa que las cosas se están torciendo un poco. Estoy al mando de una compañía, lo que llamamos una bandera móvil, dedicada exclusivamente a la universidad y tenemos órdenes de ser severos en la represión…

—No veo en qué han cambiado las cosas, Perea.

—No. Sí han cambiado. Se van a endurecer.

—Vaya por Dios. ¿Y por qué me avisa a mí?

Se puso colorado.

—Es que es la única de su familia a la que conozco.

—Pues vaya. No digo por qué yo en representación de mi familia, sino por qué yo en representación de todos los estudiantes de Madrid.

—Bueno, la verdad es que su actitud aquel día en que evitó la carga de mis hombres contra los compañeros de usted me pareció muy valiente y muy digna de admirar.

—Ya le dije que no sé por qué lo hice y que además iba muerta de miedo.

—Razón de más.

—Bah… Dígame una cosa: ¿por qué, si se ha muerto Franco, tienen ustedes que seguir dándonos palos? ¿Por qué se van a endurecer las cosas?

—Porque es preciso mantener el orden y no permitir que unos mequetrefes nos estropeen la convivencia y la herencia del caudillo…

Me quedé muda de asombro. Puse el vaso de coca-cola sobre el velador y me levanté.

—… dice el coronel-jefe. Era una broma. Siéntese, por favor.

—No me vuelva a gastar bromas así, Perea.

—Lo siento, le pido perdón.

—Sí, mucho lo siento pero no ha contestado a mi pregunta.

—Yo también me la he hecho muchas veces, Dolores.

—Lola.

—Lola. Una, porque soy militar y debo obediencia a mis jefes, sobre todo cuando no pongo en peligro la vida de nadie. Simplemente mantengo el orden…

—Será usted, Perea…

—Paco.

—Paco, ya me lo barruntaba. Será usted el que mantiene el orden, pero hay compañeros suyos que no se plantean nada de eso y, antes de preguntar, atizan con balas de goma. Un día van a matar a alguien, de verdad. ¿Vendrá usted entonces a decirme que era broma?

No contestó.

—¿Y dos?

—¿Dos?

—Dos, sí. La primera razón es que es usted militar, y ¿la otra?

—Pues que creo que la situación en España en este momento es muy delicada y que si queremos que mejore, hay que proceder con mucha tranquilidad.

—Huy, ¿y eso se le ha ocurrido a usted sólito?

—Sólito. —Me pareció que iba a añadir algo, pero, fuese lo que fuese, decidió no decirlo.

—¿Proceder con mucha tranquilidad incluye romperle la crisma al estudiante?

—No. Incluye convencer al estudiante de que reflexione, no altere el orden público y dialogue.

—¿Dialogue? ¿Con quién? ¡Si cada vez que pide la palabra le llenan la cara de tortas!

Respiró hondo y por fin dijo:

—¿Podemos ponernos de acuerdo en algo? Yo mantengo el orden como puedo y sé, y no sólo con los estudiantes, y usted manifiesta su discrepancia como puede y sabe. Algún día nos encontraremos a medio camino…

—Sus golpes y mis discrepancias no tienen nada que ver y son irreconciliables —contesté secamente.

Estuvo callado un largo rato, jugando con la chapa del botellín de coca-cola. Luego, levantó la mirada.

—¿Puedo proponerle una tregua?

No dije nada.

—Me gustaría que guardáramos nuestras desavenencias en un armario y que, como buenos amigos, nos fuéramos a bailar o de tapas o al cine… una sola vez, para que vea que no soy un monstruo.

—¿Los dos? —pregunté con sorpresa.

—Los dos.

—Primero tendría usted que cambiar de corbata y luego, de bando.

Fue un golpe bajo y Perea lo acusó. Se puso como un tomate y levantó un brazo para pedir la cuenta. Pagó, se puso en pie y dijo:

—La acompaño a su portal.

—No hace falta.

—Permita que su enemigo la acompañe, no vaya a ser que aprovechando que está usted de espaldas, le descerraje un tiro.

Me lo había merecido. Alargué la mano y se la puse en el antebrazo. Se sobresaltó y a punto estuvo de echarse para atrás.

—Ahora soy yo la que tiene que pedir perdón.

—No tiene importancia.

—Sí tiene importancia. No suelo ser tan descerebrada. Le he ofendido gratuitamente y me da vergüenza. Lo siento. Lo siento mucho.

Sonrió.

—Me pide perdón para que no le atice un porrazo la próxima vez que nos encontremos en el campo de batalla, yo con cien grises y usted con cuatrocientos ¿descerebrados ha dicho?

—No lo estropee, Perea.

—Paco.

—Eso, Paco.

En Semana Santa nos fuimos a esquiar a Baqueira Marta, Borja, Miguel, Oleguer, Clara, la novia finísima, y, naturalmente, José Luis, que era por quien había yo insistido en que no fuéramos a Suiza.

El padre de Oleguer y Clara tenía un chalet en la Pleta, la parte de arriba de la estación, una casa preciosa, toda de madera, con vigas de pino tosco, tejas de pizarra oscura y chimeneas, y nos invitaron a todos. «Joé, Miguel», le dije a mi hermano, «¿por qué no te casas de una vez con Clara? Ella sola tiene más dinero que mamá». «Desinteresado que es uno».

Hizo un tiempo espléndido toda la semana y aunque estábamos a mediados de abril, la nieve estaba en bastante buenas condiciones para hacer el loco fuera de las pistas. Y así fuimos, dando brincos por todos lados, sobre todo por la mañana temprano, saltando por en medio de los pinos y en las alturas un poco alejadas.

Uno de los días, Oleguer alquiló un helicóptero que nos subió hasta las palas del Aneto. Y todos sin parar, a toda velocidad, esquiamos aquellas laderas por entre pinos, por

las crestas de los vallecillos, cayendo de pronto hacia los riachuelos que empezaban a asomar debajo de la nieve, siguiendo adelante por encima de pequeñas ramas que escondían grandes pinos cubiertos por el invierno que se acababa. Un valle se estrechaba y discurríamos por él como si fuéramos una cuerda de flechas entre dos paredes de árboles y roca que enseguida se alisaban, abriéndose en dirección al sur.

Iba primero Oleguer, que era como un dios sobre los esquís: flotaba por la nieve sin esfuerzo, moviéndose al compás rítmico y rapidísimo que imprimía a sus pies, izquierda, derecha y luego recto y de nuevo izquierda y derecha, siempre hacia abajo como si se fuera a despeñar por la siguiente cortada detrás de la que no se veía por dónde seguía la montaña. Los demás íbamos por su trazada en fila india a la misma velocidad enloquecida.

Me coloqué detrás de José Luis por disfrutar con orgullo de ver cómo lo hacía, sin mucho estilo pero con la fuerza de un esquiador muy sólido. Era un atleta nato, ya lo había visto en los días anteriores.

Al llegar al fondo de la última pala, nos fuimos deteniendo sobre una pequeña cresta, gritando como locos de puro entusiasmo con la fuerza de la adrenalina, menos Miguel, que siguió bajando suavemente un centenar de metros más mientras cantaba *La donna é mobile*, Desafinaba.

Clara se quitó las gafas de sol y lo miró sonriendo y sacudiendo la cabeza.

—Vas como una flecha, tú —me dijo Oleguer. Me encogí de hombros. Miré a José Luis.

—¿Qué? —le dije.

—No está mal, colega, nada mal.

—Os invito a todos a un *vin cau* —dijo Marta.

29

En julio de 1976 hicieron presidente del gobierno a Adolfo Suárez, un político avispado proveniente del Movimiento inmutable y un ejemplo, pensamos todos, del hombre del régimen, amoral, aprovechado y ambicioso. Un cínico, vamos.

Me acordé de don Juan Liado y de nuestra charla de meses antes: había resultado que el rey no traicionaba su herencia, sino que restablecía los valores del viejo franquismo.

—Bueno —dijo papá—, era lo que se preveía: una evolución lenta basada en los valores del régimen. Por lo menos nos han quitado las dudas sobre el futuro. Despacito y buena letra.

—No le van a dejar —dijo Borja—. Está todo patas arriba.

—Claro —sentenció Miguel—, si todo siguiera como antes de la muerte de Franco, tal vez podría recuperarse el pasado. Pero ya no es así. ¿Cómo van a parar a los partidos democráticos de la Platajunta? ¿Cómo van a evitar la presión por la amnistía de los líderes sindicales que están en la cárcel? ¿Cómo van a impedir las huelgas, las manifestaciones, el follón en las calles? ¿A tiros? Ya no. Eso ya no es posible.

—Me parece que éste se ha equivocado y lo acabará pagando caro —añadió Borja.

—¿Cuál éste?

—El rey.

—Bueno, al menos ha liquidado a Arias Navarro, que era un idiota troglodita.

—¡Papá!

—¿Qué? ¿O no?

Pocas semanas antes, justo después de la boda de Pili y el pobre Perico, a papá lo habían nombrado embajador en París.

No cuento nada de la boda porque fue una repetición casi calcada de la de Juan hermano con Charo. La misma gente, los mismos uniformes, el mismo bufet y creo que hasta la misma orquesta con las mismas melodías estridentes y entusiastas, mucho chachachá y mucha rumba flamenca. Un rollo en el que la mayor parte del tiempo me aburrí muchísimo, incluso bailando con Chema cuñado. Pili no había querido invitar a José Luis, que me dijo que de todos modos no habría ido, «porque tu hermana es una imbécil y además no tengo chaqué». Al menos ella tuvo las agallas de ofenderme. En fin, un pestiño interminable. El único atisbo de diversión fue que Oleguer, Miguel y yo hicimos un corrillo en el que nos dedicamos a decir maldades de los invitados; estuvo bien. Clara la finísima estaba de tumbar de guapa; me parece que esa noche Miguel lo pasó bien con ella; Chema intentó sacarla a bailar, pero ella no se dejó. Bailé un vals con papá y fuimos aplaudidos.

En fin, me pareció que papá habría preferido quedarse en Madrid de subsecretario o que le hicieran algo en la Casa del Rey, puesto que lo conocía tan bien, pero era muy disciplinado y aceptó la embajada en Francia sin rechistar. (Tampoco es que le amargara el dulce, por mucho que el

presidente francés fuera Giscard d'Estaing, un soberbio insoportable que trataba a los españoles como enanos mentales). En fin, se iba y mamá con él y Jacin, con los dos, para hacerle el bolso a mamá y plancharle las camisas de seda a papá. A la pobre Jacin no le apetecía nada ir, pero nadie le pidió la opinión. «Ya verás qué bonita la Torre Eiffel», le dijo la tata para animarla. «Ya tengo una en mi cuarto», contestó ella, «me la trajo mi tío Eulalio de París y siempre me ha parecido un montón de hierros enrevesados». «Hay un restaurante de tres estrellas en el primer piso de la torre», dijo Miguel. «Ya», contesté por Jacin, «irá a comer todos los días».

Poco tardó Adolfo Suárez en demostrar que estábamos todos equivocados sobre sus intenciones e inclinaciones. Concedió una amnistía a los presos políticos, lo que estuvo muy bien, y enseguida supimos que se había puesto a negociar con los líderes políticos de la oposición democrática, mientras por la calle los fachas hacían el bestia ante la mirada benevolente de la policía. En la calle, en realidad, no había cambiado nada. El Tribunal de Orden Público continuaba condenando a gente como si todo siguiera igual. Los grises seguían aparcados en los jardines de la universidad con sus *jeeps* color plomo de ventanillas cubiertas por rejillas de hierro («cortijos», los llamábamos) y sus botijos, los camiones Pegaso con mangueras de potentes chorros de agua tintada.

Sólo cuando acababa el año se encendió una lucecita al final del túnel, un estrecho agujero por el que salir hacia delante. Con un referéndum el 15 de diciembre, fue aprobada una reforma que incluía la legalización de los partidos, la amnistía para todos los presos políticos, un nuevo Estado democrático y hasta la disolución del Tribunal

de Orden Público. Votó a favor un montón de gente, el setenta u ochenta por ciento. Una maravilla… Yo no pude votar porque me faltaban unos míseros meses para la mayoría de edad, que entonces era al cumplir los veintiún años.

Estábamos alegres, el futuro era nuestro por fin.

Debería haber sido menos optimista.

Yo ya había pasado de la facultad al hospital universitario San Carlos y me hacía la ilusión de circular por sus salas con bata blanca y aire profesional. Trabajábamos muchísimo; creo que, como empollones que éramos, nos divertíamos de verdad aprendiendo las asignaturas de preclínica y clínica de tercero y, por entrenar la memoria, recitando de carrerilla todos los músculos del cuerpo humano, incluido el esternocleidomastoideo, que, además de músculo, es un trabalenguas.

Las tardes y noches de estudio nos encontrábamos con frecuencia Marta, José Luis y yo en la casita del jardín, con un termo de café y sándwiches. Marta estudiaba Físicas, lo que la apartaba de nosotros dos, pero ahí estábamos juntos, riendo y trabajando como muías. A ratos discutíamos de política y José Luis nos ponía al tanto de lo que pasaba. A veces él y yo nos quedábamos a dormir en la casita. «Hoy ni me toques, que mañana madrugamos», solía decirle, pero no servía de nada. Incluso cuando le daba siniestra, me hacía reír y me vencía.

Una vez, yendo a clase, me topé con cinco *jeeps* llenos de grises, como sardinas en lata. Ocurría con frecuencia y en esta ocasión estaban parados en la plaza de Cristo Rey. Los oficiales, un par de tenientes y un capitán, hablaban de pie fuera de los coches. El capitán fumaba un cigarrillo.

Reconocí a Perea enseguida. Me miró como si quisiera hablarme, pero crucé de acera y seguí mi camino.

30

La violación de la inocencia me llegó el 24 de enero de 1977, cuando unos asesinos fascistas mataron a cinco abogados laboralistas en su despacho de la calle de Atocha y dejaron malheridos a otros cuatro. Así, sin contemplaciones, como si Madrid se hubiera convertido de golpe en el Chicago de los años treinta, en la noche de San Valentín. Lo que me revolvió aún más el estómago, a mí que no tenía nada que ver, que quería vivir mi vida tranquilamente sin mezclarme en nada, fue comprender que los asesinos estaban convencidos de su impunidad: esto era Madrid, esto era territorio de Franco, esto era un lugar en el que se podía matar fríamente al enemigo comunista sin que hubiera consecuencias. Los fachas estaban en guerra por defender las esencias patrióticas; luego resultó, dijo José Luis, que también estaban en guerra porque Comisiones Obreras les habían fastidiado el negocio que tenían montado en el sindicato vertical del transporte.

José Luis nos dio por teléfono a Marta y a mí la noticia de la matanza. Llevaba todo el día fuera en reuniones y manifestaciones, primero porque el día anterior unos ultras llamados la Triple A habían asesinado por la calle a un estudiante. Llovía sobre mojado: poco antes, otros bestias, los Guerrilleros de Cristo Rey, se habían llevado por delante

a dos chicos y una chica cuando iban a la cola de una manifestación u otra. Y aquella misma mañana los grises habían matado a una chica (Mari Luz Nájera, me acuerdo bien de su nombre) disparándole un bote de humo a la cabeza en otra manifestación pacífica más. José Luis estaba cerca de la chica cuando la mataron. ¿No podía haber sido yo? Me oiría el capitán Perea cuando me lo echara a la cara.

Las dos estábamos en casa, en mi cuarto, haciendo como que estudiábamos pero incapaces de concentrarnos, esperando noticias, aterradas de cómo de pronto la vida en Madrid se había ennegrecido cubierta de sangre. Apenas un mes antes los españoles habían votado por acabar de una vez con la dictadura. Y ahora esto: marcha atrás. Una docena de disparos habían acabado con la esperanza.

—¡Dios mío! —exclamé tapándome la boca con una mano.

—Joder —dijo Marta.

—Lola, no salgáis de casa —ordenó José Luis—. Cuando tus padres se enteren de lo que ha pasado, se van a poner histéricos si no estás. Te llamo en cuanto pueda.

Y sí fue verdad que a los pocos minutos llamó papá, muerto de angustia.

—¿Cómo estáis? Mañana os cogéis todos un avión y os venís para acá. —Se le oía perfectamente a medio metro de distancia del auricular.

—Espera, espera, papá —dijo Miguel quitándome el teléfono—. Estamos bien, nos quedamos en casa y no va a pasar nada. No hace falta que nos vayamos a ningún sitio. De verdad, papá. Estate tranquilo.

Luego se puso mamá.

—Oye, Lola. Si pasa algo, coge el teléfono, llámame y luego llama al ministro. Yo voy a hacerlo ahora para avisarle. Que él os ayude y os proteja, ¿eh? Nada de tonterías. ¿O

queréis que vaya? —Era la primera vez que mamá pedía nuestra opinión, toda una novedad. Le dijimos que no, que no hacía falta. ¡Y aceptó!

Me acordé de la vez en que ella había llamado al ministro de la Gobernación para que no se llevaran a Borja de madrugada a la DGS. ¡El inspector Gallego! ¿Dónde andaría ése? Seguro que de parte de los asesinos.

Pese a las prohibiciones de papá, al día siguiente acompañé a José Luis al entierro de los abogados. Él no quería llevarme (no quería llevarnos, porque Marta también se empeñó en ir con Borja), no quería que nos metiéramos en líos, «las carga el diablo, Lola, y sois gente muy fina», pero yo insistí. Creo que era la segunda vez en mi vida que, muerta de miedo y todo, pretendía dar la cara por los demás. Quería que fuera una declaración de principios como aquella otra vez en que me había enfrentado a Perea y a sus grises en la explanada de Derecho: yo estaría allí porque creía en la libertad, no, qué va, porque a mis veinte años me daban pavor la violencia y la muerte.

Iba con la boca seca, con el estómago agarrotado. Me sudaban las manos en las manos de José Luis y, al llegar a la plaza de Colón, temblaba, con el cuello rígido y un sollozo que no rompía en la entraña.

Hasta que vi el gentío. ¿Qué habría? ¿Cien mil, doscientos mil? Lo ocupaban todo, la plaza, la calzada, las aceras, Colón, la calle Génova y la explanada de la plaza de París frente al Palacio de Justicia.

Pensé que, por el frío, por la rabia o por la tristeza, todos iban de gris; me pareció una escena en blanco y negro con un solo color, el rojo de los miles de claveles que las gentes sostenían en una mano mientras levantaban la otra, la izquierda, con el puño cerrado. Nunca había visto nada igual.

El absoluto silencio de aquella muchedumbre, más fuerte que un grito de rabia, pudo conmigo y rompí a llorar con desconsuelo mordiéndome el puño. Entonces José Luis me pasó la mano por el hombro y me apretó para que sintiera su calor. Marta estaba abrazada a Borja y así estuvimos hasta que pasaron por delante de nosotros los furgones con los ataúdes y los miles de personas que los seguían. Me parece que fue por respeto o porque pensaba que aquel gentío doliente era en el fondo la familia de los abogados y que yo, señoritinga elegante y rica, no pintaba nada invadiendo su pena, pero no quise seguirlos.

No nos movimos de la esquina en la que estábamos y así estuvimos mucho rato, sin hablar.

Al cabo de un tiempo largo, cuando ya la plaza empezaba a vaciarse, algo, un movimiento extraño, no sé, hizo que levantara la vista hacia el otro lado de la calle. Allí estaba el inspector Gallego, con su gabardina llena de lamparones, mirándonos inmóvil. Sólo que ahora no me dio miedo, no me temblaron las manos como cada vez que se me acercaba; simplemente le mantuve la mirada. Algo debió de ver en mis ojos porque al cabo de unos segundos bajó la cabeza, se dio la vuelta y se marchó Génova arriba.

Ese mismo día, los GRAPO o los FRAP o quienes fueran secuestraron al general Villaescusa (mis padres lo conocían bien de tenerlo en la finca en alguna montería) y a un Oriol que había sido ministro. «¡Qué casualidad, hombre!», dijo José Luis. «Para compensar, que es que la policía ya no sabe qué hacer para echarle el muerto a los terroristas y provocar a los militares para que den un golpe de Estado». «¿Por qué lo dices?». «Porque está claro que el GRAPO es la pasma, Lola».

Después de todo esto, José Luis estuvo fuera unos cuantos días. Se me hicieron eternos. Aunque no me lo dijo (se marchó sin avisar y dejándome apenas una nota), supuse que había ido al norte a ver a su madre o a su familia, a ésos a los que tenía que proteger o consolar cuando alguien moría en Madrid. Nunca había entendido muy bien la razón de todo ello y alguna vez que le había preguntado, se había encogido de hombros murmurando alguna excusa poco convincente.

—¿Qué te traes entre manos, eh, doctor Mendieta?

—Nada, Lola, cosas mías. Pero nada importante que te tenga que preocupar. Mi familia es muy complicada y, como está lejos de Madrid, me paso la vida tranquilizándolos a todos. Si los conocieras, comprobarías su histeria pero no entenderías las razones… ¡Bah!, son como son.

31

Los días fueron semanas. Una vez que pudimos hablar por teléfono le dije que el tiempo iba pasando y que, si seguía sin volver, perdería el curso.

—Bah, no te preocupes, ya vuelvo —contestó. Intenté decirle que le quería pero ya había colgado. Me pareció que estaba muy lejos y me angustié mucho.

Volvió dos días más tarde, el 15 de marzo de 1977.

Para todo lo que pasó después, podía haberse quedado en San Sebastián. Pero volvió. Quiero decir que, al final, habría preferido con todo mi corazón que se hubiera quedado allá.

En fin.

La misma mañana de su llegada a Madrid, me llamó para pedirme que nos viéramos en la casa de Oleguer en el barrio de Chueca.

—Pero ¿se lo pido yo o se lo pides tú? —pregunté.

—No, no. Ya se lo he pedido yo y estoy aquí. Además, se ha ido a Barcelona unos días y me ha dejado la llave del piso.

—Vaya, no sabía que fuerais tan amigos.

—No. Sí… —Titubeaba—. Me la dejó hace tiempo por si la necesitara para esconderme de la policía.

—Pero ¿no decías que te la acababa de dejar?

—Bueno, no, en realidad hace tiempo que me dio la llave. —De pronto se exasperó—. ¡Y qué más dará!

—Nada, chico, no hace falta ponerse así. Ya voy.

Estaba raro, distante, como echado para atrás. Lo noté enseguida.

—¿Te pasa algo? Dime qué.

—Nada, no me pasa nada.

—A mí no me puedes engañar. A ti te pasa algo.

—No, de veras. —De pronto se le dulcificó la expresión. Abrió los brazos y sin dudarlo me refugié en ellos—. Te quiero, Lola, te quiero más que a nada en este mundo y por ti traicionaría qué sé yo, me da igual, lo más sagrado, cualquier cosa...

—¿Y por qué dices eso, mi amor? —Me colgué de su cuello y le di un beso largo, cargado de las ausencias de semanas. Apartó la cabeza de mi beso para mirarme y, por un momento, fue el José Luis de siempre, el que me había rendido llenándome el corazón de taquicardia (uno de los versos almibarados de Miguel en sus peores momentos, palabra), amante e irónico, a ratos troglodita a ratos tierno —. ¿Qué? —dije.

Y entonces se le nublaron los ojos y volvió a cerrarse su expresión.

—¿Qué? —repetí con alarma.

—Tienes que jurarme una cosa.

Fruncí el ceño y le quité los brazos del cuello.

—¿Qué?

Suspiró.

—Te cuente lo que te cuente y pienses lo que pienses, te juro que te quiero igual que siempre, no, igual no, más, y que todo esto lo hago por el amor que te tengo. Y por el que me tienes tú. Es absolutamente fundamental que lo creas. Júramelo.

—Me asustas, José Luis. Me das miedo. ¿Qué es eso que me tienes que decir? Por Dios, no me asustes.

Le vi la desesperación en la mirada. Con un poco más de madurez, yo habría comprendido que cuando alguien te dice una cosa así, significa que está a punto de destruirte el corazón. Pero yo no lo sabía y sólo temí por él.

Me sujetó por los brazos y, empujándome hacia los enormes almohadones que tenía detrás, los mismos que habían sido testigos de tantas otras tardes apasionadas, me forzó a sentarme. Se puso de rodillas delante de mí.

—José Luis, por Dios.

—Júramelo.

—Te lo juro, de verdad, te lo juro.

Suspiró de nuevo.

—Tu padre corre peligro.

—Mi… ¿qué?

—Lo van a secuestrar.

—Lo van a ¿qué?

—A secuestrar. Lo van a secuestrar.

—¡Pero si está en París!

—Justo por eso, Lola. Han decidido…

—¿Quién ha decidido?

—La ETA, la dirección de ETA…

—No me lo creo. ¿ETA? ¿ETA? ¿Qué tenemos nosotros que ver con ETA? ¿Qué locura es ésta? ¿Cómo van a secuestrar a papá que es embajador de España en París?

—Precisamente por eso, porque no se lo espera nadie, porque es fácil pillarlos a todos desprevenidos. Lo raptarán dentro de una semana.

Empecé a llorar. Me latía el corazón desbocado en la garganta. Estaba aterrada.

—Pero ¿cómo puede ser eso? ¿Por qué él?

—Para ellos es un golpe casi tan grande como el de la bomba de Carrero Blanco en los jesuitas. No llores, por Dios, Lola. Tranquilízate, tranquilízate que vamos a poder remediarlo. Por eso te lo estoy contando. No es tu padre, es por ser él embajador de España en Francia: de un golpe, ETA se burla de los dos países, ¿me comprendes?

—¡Tengo que llamarle ahora mismo!

—No. Espera. Hay tiempo. Luego le llamas…

—No. Ahora mismo.

Me levanté, fui al teléfono y descolgué el auricular. Me temblaba la mano. Marqué el número de internacional, 008, y pedí que me pusieran con la embajada en París. Me sabía el número de la residencia de memoria, claro. Hablábamos todo el rato.

José Luis seguía de rodillas, aunque se había echado hacia atrás sentándose sobre los talones. De vez en cuando sacudía con resignación la cabeza, moviéndola imperceptiblemente de izquierda a derecha.

—¡Lola! —exclamó papá al otro extremo del hilo.

—¡Papá!

—Hola, mi niña. Cómo me gusta hablar contigo. Dime, dime, cuéntame, ¿algún examen?, ¿un apéndice que has cortado? ¿Cómo estáis todos?

—Estamos bien, papá. Te tengo que contar una cosa…

Noté que se ponía serio.

—¿Qué cosa, Lola?

—Papá, dios mío, tómatelo en serio que no es broma. ETA va a intentar secuestrarte.

Hubo un silencio que duró casi un minuto (no lo sé, pero se me hizo larguísimo), tanto que pensé que se había cortado la comunicación.

—¿Estás ahí papá?

—Sí, sí, estoy aquí. —Nunca le había oído hablar en este tono—. ¿Quién te lo ha dicho?

Miré a José Luis, que había levantado la cabeza. Me hizo un gesto negativo, tan ligero que apenas si pude intuirlo.

—Lo sé seguro, papá.

—¿Quién te lo ha dicho?

—No te lo puedo decir.

—Ah, ya. Comprendo, ya te entiendo. ¿Lo tienes delante?

—Sí.

—Ya. —Respiró profundamente y cuando volvió a hablar, le temblaba la voz—. Ya me lo imaginaba… Pero no te asustes, que no pasa nada. Mañana iré a Madrid para ocuparme de este tema y hablaremos, ¿eh?, y me abrazarás fuerte fuerte. Un beso, mi pequeña. Ten cuidado, ¿eh, mi amor?, ten cuidado. No salgas de casa hasta que yo llegue. Es que debemos considerar que toda mi familia está en peligro, ¿me entiendes? —Con las bobadas que era capaz de hacer papá por buena persona, pensé que igual se le ocurría llamar al inspector Gallego, que, me parece, era al único al que conocía. Tonterías mías porque más cerca que Gallego estaba el marido de Luisa, un hombre bueno y cabal y tan policía como Gallego el miserable. Y más cerca que los dos estaba el ministro del ramo. Al embajador en París no lo protegía Gallego, claro, lo protegía el gobierno—. Voy a llamar al ministerio para que os pongan protección ahora mismo.

Miré a José Luis y resoplé aliviada. Con su ayuda, acabábamos de salvar a papá de una muerte segura. Porque los secuestros de ETA siempre terminaban en eso, ¿no?

¿Por qué, entonces, me había suplicado que no le tuviera en cuenta algo terrible que me iba a confesar? ¿Por qué entonces debía yo pensar que todo lo hacía por amor a mí, incluso la traición? La traición ¿a qué?

—José Luis.

No contestó y se limitó a mirarme.

—José Luis —repetí—. ¿Por qué nunca debo olvidar que me quieres, a pesar de algo horrible que haces? ¿Qué es eso que haces? ¿Qué es eso que estás dispuesto a traicionar por mí?

No contestó.

—Dime que no es lo que estoy pensando que es.

No dijo nada y siguió mirándome.

Alcé el tono de voz:

—Dios mío, José Luis, eres de ETA. Dime que no eres de ETA.

No contestó y esta vez bajó la mirada.

—¡Eres un asesino de ETA!

—Nunca he matado a nadie —murmuró como si estuviera justificándose—. Nunca he matado a nadie —repitió y luego, en un susurro casi inaudible—, por eso traiciono a mis compañeros y salvo la vida de tu padre. Por eso y porque te quiero más que a mi vida.

—Por Dios, José Luis —grité llorando—. ¿Cómo puedes decirme eso? Salvas la vida de mi padre porque le conoces y me quieres. ¿Y si no lo conocieras? ¿Y si no me quisieras? Mandarías a un inocente a la muerte sin contemplaciones. A eso no le llamo yo no ser un asesino... ¿Pero cómo has podido? No me falta más que me digas que ligaste conmigo por encargo. —Me paré en seco. Y después le pregunté—: ¿Es verdad eso? —Le di un empujón en el hombro con la mano derecha—. ¿Ligaste conmigo por encargo? ¿Eh? ¿Qué tal te resultó el plan?

—No, no es así, no es así, Lola. No digas eso. Ni siquiera sabía quién eras... —El pobre estaba tan a la defensiva, tan abatido, que casi me apiadé de él. Pero me volví a enfadar y perdí los estribos.

—¿Y yo iba a tener un hijo con un asesino de ETA?

Me di cuenta de la monstruosidad según salía de mi boca; y hubiera dado lo que fuera por poder tragarme mis palabras. Pero estaban dichas, ahí en medio de nosotros, viscosas como un charco de rencores y maldades.

José Luis levantó bruscamente la cabeza.

—¿Cómo?

—Nada —contesté.

—¿Nada? ¿Cómo nada? ¿Ibas a tener? ¿Qué ibas a tener? —gritó—. ¿Eh? Dime. Contéstame. ¿Ibas a tener a mi hijo? —Me sujetó de nuevo agarrándome los brazos con ambas manos. Se había puesto terriblemente pálido y, con la violencia de las palabras, le corría la saliva por las comisuras de la boca—. ¿Y qué has hecho con él? —Me miró el vientre como si aún estuviera ahí—. ¿Dónde está mi hijo, Lola?

Sacudí la cabeza. Me iba a morir de tristeza.

—No sé. No lo sé, José Luis.

—¡Oh, Dios!

Le miré a los ojos implorando su piedad, pero él no me veía. Sólo lloraba sin poderse contener.

—Era nuestro tesoro, Lola, y ahora yo lo he perdido sin saber siquiera que estaba ahí.

—No podía tenerlo —dije débilmente.

—No podías… ¿cómo es eso? Con la de cosas que os perdonáis los putos ricos todos los días, no podías tener a mi hijo. ¿Por qué no podías tenerlo?

—Por ti, por mí, por mis padres, por nuestro futuro…

—Por vergüenza…

—No, por vergüenza, no.

—O sea, que por nuestro futuro juntos, te vas a abortar a Londres, para eso fuiste a Londres, ¿no?

No dije nada. Y luego:

—Era mi cuerpo y yo tenía que decidir lo que hacía. Yo sola.

—Tú sola… ¿No podías haberlo hablado conmigo? ¿No podíamos haber tomado la decisión juntos? Cualquiera que fuese… Era nuestro hijo.

—No, porque me habrías convencido de que lo guardara.

—¿Y qué? ¿Era tan horrible la idea?

—No. Precisamente porque no era horrible, era algo que tenía que decidir yo. No sé cómo explicártelo. No tenía nada que ver con mi hijo…

—Nuestro hijo…

—Nuestro hijo, bueno… No. No. Con *mi* hijo, porque era mi hijo y nadie, y tú menos que nadie, debía poder influir en mi decisión, entre otras cosas porque yo tenía que ser la única responsable, yo la arrastraría de por vida. Nadie más. ¿Te iba yo a hacer responsable de todo esto? ¿No lo entiendes, eh, no lo entiendes? —Se me escapó un sollozo de tan adentro que me dolió por debajo del esternón.

—Pero ¿te das cuenta de la frialdad con que has hecho todo esto? Me acojonas, Lola.

—¿Frialdad? Si no te lo explicara así, a ti que eres la persona a la que más quiero en el mundo, me acabaría suicidando. Me acabaría muriendo de dolor, José Luis.

Apartó la mirada y, hablándole a una de las paredes, dijo muy despacio:

—Y yo soy un asesino porque soy un etarra.

Le di una bofetada en la cara con todas mis fuerzas. Habría seguido pegándole si él no me hubiera sujetado las muñecas.

Y de repente se puso a besarme como un loco.

Me besó la cara, la boca, el pelo, el cuerpo por encima de la ropa, la mano que le había pegado la bofetada, el ombligo

por debajo de la blusa, los muslos enfundados en el vaquero, la cintura. Todo.

Hicimos el amor sin dejar de llorar, como dos náufragos dolientes sin más salvavidas que el otro y, cuando por fin caímos derrengados sobre los almohadones, siguieron deslizándosenos por el cuerpo lágrimas mezcladas con saliva y sudor.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Seguir queriéndonos, mi amor, como dos delincuentes cómplices.

José Luis se rió.

—Ya. Voy a encarnar el sueño supremo, la ironía total del malvado: tu padre querrá que me encierren por terrorista, la ETA querrá cobrarse mi piel por traidor y yo acabaré escondido en la finca del marqués plutócrata cuidando caballos, que es que se veía venir.

No pude contener la carcajada.

—Idiota.

—Por fin un insulto reconocible.

—Te querré siempre.

—Ah, Lola, Lola. Y yo a ti. Pero deberías habérmelo dicho.

—No te habría convencido.

—Sí me habrías convencido. Y ahora estaríamos compartiendo… no me sentiría un extraño, habríamos… no sé.

Me puse encima de él.

—Sólo lloraré por las noches, cuando esté sola sin tu consuelo.

—Pues no debería de ser así.

—¿Qué habrías hecho?

Estuvo callado durante un largo rato. Suspiró.

—Te habría dicho que haríamos lo que tú decidieras, que tu decisión sería la buena y que yo la apoyaría sin titubear.

—Oh, mi amor. Dudé de ti. Me asusté pensando que eras tan recto que te negarías. Pero fue un momento sólo. Luego decidí dónde estaba lo correcto y me dije que no tenía derecho a ponerte frente a un dilema que era sólo mío…

Se me habían vuelto a saltar las lágrimas y me agarré a José Luis como si fuera mi última tabla de salvación. Y así, volvimos a hacer el amor, un amor pausado y profundo, reconciliado. Éramos nosotros.

¡Cómo recordaría aquella noche! ¡Como la reconstruí una vez y otra en mi corazón! Tal vez debería haber empezado mis recuerdos por ella. No sé. Da igual.

Era bastante tarde. La plaza de Chueca estaba casi desierta; sólo unos cuantos rezagados volvían a sus casas, tapándose del tiempo desapacible. No era muy saludable andar por allí a esas horas. El barrio había perdido mucho de su carácter castizo y ahora en los portales se escondían camellos, rateros, vagabundos que buscaban una oportunidad para vender droga o desvalijar con violencia al incauto. Por eso me gustaba tanto el piso de Oleguer: era como el paraíso en el infierno. Le habíamos preguntado por qué había elegido aquel lugar para comprarse un piso. «Para cuando vuelva a ser un barrio estupendo», contestó. Sólo a un catalán se le ocurría prever con tanto tiempo una cosa así. Por eso nos daban sopas con ondas a los madrileños.

—Tengo el Renault aparcado ahí detrás —dije—. En Hortaleza.

—Deberíamos irnos en metro —contestó José Luis, señalando la boca del metro que estaba en la misma plaza, a pocos pasos de donde nos encontrábamos—. Es más prudente a estas horas. Mañana volvemos a por tu coche.

Y en ese mismo instante, subiendo por las escaleras del suburbano, desembocaron en la plaza doce o trece chicos. Sólo que eran más que chicos: eran jóvenes fornidos con aire decidido y andar marcial. Tuve tiempo de ver que llevaban camisa azul y guantes negros y uno, una bandera enrollada.

—Vámonos por Dios, José Luis, vámonos de aquí. —Noté cómo se había puesto tenso. Hizo que nos diéramos la vuelta para escapar hacia el otro lado de la plaza.

—¡Eh! —gritó uno de los jóvenes.

—¡Pero qué casualidad, compañeros! ¡Si es el rojo Mendieta!

De todas las casualidades malhadadas, nos tenía que tocar ésta.

—¡El comunista de la universidad!

—Ése que en vez de estudiar se dedica a destruir España.

José Luis se había girado de nuevo hacia ellos.

—Bueno —dijo—. A vosotros os pasa lo mismo.

Hablaba con voz tranquila. Me apartó de su lado y murmuró: «Vete a un portal». «No». «Haz lo que te digo».

Se habían puesto en un semicírculo y no pude apartarme de él más de un metro.

—¡Eh! Mira qué valiente. Se aparta a la puta de al lado.

—¡Qué, rojo de mierda!

—¡Reza, rojo de mierda! Ay cono, se me olvidaba: vosotros no rezáis.

—Pues piensa en Stalin —dijo el que parecía el jefe.

De pronto vi que en la mano derecha tenía una pistola.

Así fue: la levantó casi sin apuntar y le descerrajó un tiro en el corazón a José Luis.

José Luis dio dos pasos hacia atrás y se desplomó.

—¡Dios! Javier, te lo has cargado.

Sé que grité y que me abalancé sobre José Luis. Le cogí la cara entre mis manos y él hizo un ruido raro, como si tuviera una mucosidad en la garganta. Oh, señor, nunca sabré si me miró en el último instante de su vida o si ya estaba muerto cuando le besé las mejillas y la boca.

—¡Viva Cristo Rey! —gritaron varios.

—Dios, Javier, te lo has cargado —repitió otro.

—Un hijo de puta menos.

—¡Vámonos! ¡Vámonos! ¡Venga!

—¿Y la puta? ¿Qué hacemos con ella?

—Pégale un tiro. Qué más da. Ya…

—¡No! A esa chica no la tocáis. Es hermana de Juan Villaurbina.

Lo había reconocido al instante. Era Chema, mi cuñado, que se me acercó, me levantó y me abrazó para protegerme. Los demás se fueron corriendo hacia Bárbara de Braganza.

Un minuto. Eso fue lo que duró la tragedia de principio a fin.

Un minuto. En un minuto me habían destruido la vida.

32

¿Qué pasa cuando se enviuda de golpe a los veinte años, cuando un vulgar asesino mata al amor de tu vida? ¿Qué le ocurre al corazón? Todavía hoy no sé si la capacidad de amar con ilusión queda herida de muerte o se agosta sin llegar a morir (porque amar, se sigue amando), si se despierta un ansia irrefrenable de venganza contra un descerebrado que encima creía estar salvando a la patria, si una se prepara con fría paciencia para cuando le llegue la oportunidad. Sí sé al menos que si hubiera tenido una pistola en aquel momento, habría matado al asesino de José Luis sin pensarlo dos veces. He buscado el resto de las respuestas durante casi treinta años y aún no las he encontrado.

—¿Lola?

Sacudí la cabeza para volver al presente.

—No has contestado a la pregunta —dijo Enrique Lerma.

—¿Quiere que se la repita si no ha entendido algún punto? —preguntó el juez instructor, Ángel Maroto.

—¿No le importa, señoría?

—No me importa: le pido que me vuelva a explicar, doctora Ruiz de Olara, cuál es en su opinión la diferencia, científica, por un lado, y moral, por otro, entre cuidados paliativos, sedación terminal y eutanasia.

Suspiré y luego me aclaré la garganta. Era la tercera vez que, con mayores o menores circunloquios, me lo preguntaba. Enrique me había dicho que lo hacían para ver si nos contradecíamos o si se nos escapaba alguna respuesta incriminatoria. Llevábamos más de una hora en el juzgado de la plaza de Castilla y esto no tenía visos de terminar.

El juez instructor del Juzgado número 1 de Madrid nos había citado a las diez de la mañana del 23 de diciembre de 2003. Feliz Navidad, me había dicho a mí misma.

Por explicarlo en pocas palabras, de lo que resultara de esta cita, yo saldría en libertad con cargos, es decir, imputada por un delito de homicidio, o sin cargos, porque el juez no hubiera apreciado indicios de delito en mi actuación y me mandara a casa. También me podía mandar a la cárcel y fijarme una fianza. Enrique me había dicho que eso en mi caso no ocurriría. A partir de mi destitución hacía menos de dos meses, el escándalo que había precedido a mi visita al juzgado había sido mayúsculo, con manifestaciones en el hospital, artículos de periódico (los de la derecha habían dado por supuesto que yo mataba niños por placer y sin freno), peticiones al gobierno madrileño y, hoy, dos grupos de manifestantes esperándome a la puerta de los juzgados: los que estaban en contra de mí me insultaban a gritos. «¡Asesina!», me llamaban. Santo cielo.

Un caso de límites lo suficientemente difusos como para que ni juez ni fiscal quisieran meterse, había dicho Enrique Lerma, mi abogado.

Yo seguía furibunda por la injusticia extrema de mi cese, porque lo hubieran basado en una denuncia anónima (anónima de la babosa doctora Marugán) y por la enemistad manifiesta del bueno de nuestro maoísta favorito, Javier Rosales, consejero de Sanidad de la Comunidad de Madrid recién nombrado por la presidenta, elegida por fin hacía dos

meses, después de que seis meses antes hubiera habido un escandalazo de tránsfugas, diputados desaparecidos y cambio de votos que habían obligado a repetir las elecciones. Papá siempre lo había dicho: en su opinión la democracia estaba muy bien; lo que estaba mal eran los flecos de porquería, abuso de poder y corrupción que se desprendían de ella. Así le fue.

En todo caso, me parecía que hoy iba vendida y que me echarían a los leones. Enrique Lerma, mi sonriente y poderoso abogado (realmente estaba yo de muy mal humor) me había aclarado que el juez Maroto era un tipo seco pero justo y que pertenecía a la asociación de Jueces para la Democracia, el pequeño colectivo de jueces progresistas. Bueno, era un consuelo. Compensaría al fiscal, un tipo estirado, un ultracatólico que no me iba a poner las cosas fáciles y que quería no sólo mandarme a prisión, sino impedirme ejercer la medicina para siempre jamás. La última vez que había hablado con Javier Rosales, éste me había dicho que, sintiéndolo mucho, el caso estaba fuera de su alcance y, por lo que había oído, el gobierno quería dar, de una vez por todas, un escarmiento con estas prácticas médicas que intentaban traspasar poco a poco los límites de la ley y nuestro compromiso ético como médicos.

Al final resultó que el juez intentaba mantener al fiscal a raya y no le dejaba intervenir más que lo mínimo.

—Perdone, señoría —proseguí—. Por sedación terminal entiendo la que se aplica a pacientes con enfermedades avanzadas y progresivas en los que han fracasado todos los tratamientos curativos…

—¿En qué casos de enfermedad considera usted que es aplicable?

—Bueno, en casos terminales de cáncer, en las enfermedades de motoneurona, en el colapso final de

órganos, riñones, hígado, corazón, pulmones. En esos supuestos…

—Siga.

—La sedación terminal es aplicable cuando el pronóstico es fatal a corto plazo, los enfermos se encuentran en situación agónica o preagónica y presentan síntomas refractarios a otros tratamientos. No es sólo mi opinión, señoría, repito casi de memoria la opinión, que suscribo, del doctor Miguel Casares, presidente del Comité Asistencial de Ética del Hospital de Getafe.

—Conozco la opinión del doctor Casares.

Asentí.

—La sedación terminal se debe aplicar para aliviar el sufrimiento físico o psicológico del paciente que se encuentre en uno de los supuestos médicos que le he descrito. Implica sedarle de tal manera que pierde la conciencia y no la vuelve a recuperar hasta que muere. Y muere sin sufrir. Por supuesto, hay otras formas de abreviar el sufrimiento, pero sólo ocurre cuando el moribundo es persona hecha y derecha y puede exigir que se le desenchufe de los aparatos que lo mantienen en vida. O, en otros países europeos de legislación más avanzada, exige que se le aplique la eutanasia.

—¿Y si no puede manifestar su voluntad?

—Generalmente es necesario contar con un testamento vital en el que se expresa claramente la voluntad de no ser artificialmente mantenido con vida.

—Y en el caso de la sedación terminal, ¿se le puede aplicar sin que exista consentimiento informado o testamento vital? ¿O voluntad anticipada?

Me quería acorralar.

—Señoría, especialmente en oncología infantil, el paciente no está en condiciones de expresar su voluntad o,

simplemente, no pide morir para acabar con su sufrimiento, sencillamente porque un niño de ocho, nueve o diez años no sabe lo que es morir, no entiende el concepto mismo de la muerte. Sólo una cosa está clara para él: quiere dejar de sufrir el espantoso dolor que padece de forma constante. ¿Sabe usted que muchos niños creen que la estancia en el hospital es una fase de la infancia y a veces preguntan cuándo les toca a sus hermanos? Por supuesto que a los niños no se les puede aplicar sedación terminal. Eso equivaldría a aplicarles eutanasia. Todo lo más, sedación paliativa.

Hubo un silencio. El juez Maroto me miraba con fijeza sin mover un músculo.

—Corríjame si me equivoco, doctora, pero en todos esos casos, la voluntad determinante es la de los padres, ¿no?

—Desde luego. El problema… —añadí y vi por el rabillo del ojo que Enrique Lerma hacía un rápido y mínimo movimiento negativo con la cabeza. Me callé.

—¿El problema, doctora?

—No tiene importancia.

—Necesito que me responda.

Todos estaban vueltos hacia mí esperando: el juez instructor, el fiscal, la secretaria taquígrafa y Enrique Lerma, que había cerrado los ojos.

Carraspeé (luego Enrique me dijo que el carraspeo suele ser indicativo de culpabilidad).

—El problema, que es insoluble, es que, con relativa frecuencia, los padres no quieren dar el consentimiento.

—¿Y…?

—Nada, señoría, no les apuntamos con una pistola…

—¿Cómo?

—Perdone, señoría, es una forma de hablar. Quiero decir que cuando no consienten, no hay nada que podamos

hacer…

—¿Qué tienen de malo los cuidados paliativos a los que usted aludía hace un instante?

—Nada, señoría, no tienen nada que ver con lo que estamos hablando. En estadios muy avanzados, agónicos o preagónicos, son una parte fundamental del cuidado del enfermo. No es que de repente se decida aplicar una nueva terapia paliativa; se trata más bien de tramo último de medicación de un paciente que ya no tiene remedio. Pero es parte de un proceso cuando ya no quedan medidas curativas como tales porque ya no tienen efecto. Pero el proceso es progresivo. Se aplica la medicación paliativa cuando todo lo demás ha fracasado. Vamos a ver: es, señoría, lo que se aplica al paciente para el alivio de los síntomas refractarios al tratamiento. Es decir, una medicación que forma parte del proceso, pero que ya no cura porque la curación ha dejado de ser posible. De todos modos, la sedación paliativa, que no es lo mismo que la terminal, es un proceso muy elaborado al que han precedido informes, estudios médicos, consultas con especialistas. La sedación paliativa no quita del todo el dolor, sólo lo aminora, no alivia, en realidad… atonta. Intentamos controlar el dolor e intensificamos el cuidado paliativo cuando comprobamos que el paciente está en fase de angustia o cuando, por ejemplo, tiene depresión respiratoria.

—¿Con analgesia?

—Sí, con analgesia y antidepresivos, valium, lexatin, cosas así.

—Ya. Y entonces utilizan analgésicos y antidepresivos combinados con la quimioterapia… —dijo el fiscal.

—No. Nunca combinamos ambas cosas: en los estadios finales de la enfermedad, la quimioterapia deja de aplicarse puesto que ya no sirve de nada. Y aun así, hay padres que

nos reprochan que su hijo pase horas como una piltrafa, sin conocimiento. No quieren que su hijo se muera ni que sufra, pero tampoco que pierda conciencia. Quieren que mantengamos la quimioterapia a costa de la analgesia incluso cuando el dolor del niño es difícilmente soportable y cuando es patente que ya no sirve de nada. Incluso nos exigen que suprimamos los ansiolíticos. Me parece que es una forma como otra de sadismo terapéutico.

—Ya… ¿Y a usted qué le parecen esas actitudes de los padres?

—Difícilmente comprensibles, señoría, me parecen incomprensibles… pero…

—¿Qué opina usted de la eutanasia? —dijo de pronto el fiscal. El juez lo miró con irritación—. ¿Está usted a favor o en contra? Y tal como lo está usted explicando, señora Ruiz de Olara, no veo gran diferencia entre sedación terminal y eutanasia.

—Claro que la hay. ¿Qué quiere que le diga?

—Creo que mi cliente —intervino Enrique Lerma— quiere significar que, sin una ley que la autorice, lo que ella opine sobre la eutanasia es indiferente.

—Sí —dije—, pero, insisto, eutanasia y sedación terminal son, en mi opinión, dos cosas distintas.

Quise seguir, pero Enrique levantó una mano y no me lo permitió.

—Volveremos sobre ello —dijo el fiscal. Me pareció evidente que al juez Maroto, el fiscal le ponía de los nervios con su pomposa suficiencia—. Veamos, doctora. Estaba usted explicándonos que los padres con frecuencia intervienen en el proceso clínico e impiden a los médicos hacer su trabajo. Con lo que, supongo, a veces los médicos se ven forzados a…

Vi que Enrique quería intervenir, pero no le dejé.

—No he dicho eso en absoluto, señor fiscal. Si ésa fuera mi opinión, estaría a un paso de decir que los doctores deberíamos tener la potestad de apartar a los padres del cuidado de sus hijos…

—Y la inferencia sería que ustedes tienen derecho a decidir sobre la vida o la muerte de sus pacientes. Soy consciente de lo que estoy diciendo, doctora. Para mí es una cuestión fundamental que debemos aclarar antes de seguir adelante. ¿Cree usted, doctora Ruiz de Olara, que, en situaciones extremas, sus conocimientos, su profesionalidad y su capacidad de curación deben estar por encima de la voluntad de los legos, en este caso de los padres del pequeño Dimas Rodríguez?

¿Qué iba a contestar? Ni que fuera tonta.

—No. Eso no es posible… En fin, depende.

Enrique respiró profundamente.

—Depende ¿de qué? —El fiscal levantó la voz con un tono que era mitad sorpresa, mitad indignación.

—Depende de lo que entendamos por estar por encima de la voluntad de los legos, señor fiscal. Para los padres, en los casos de cáncer infantil de los que me ocupo, es tremendamente difícil tomar una decisión. Hay que tener en cuenta que la tensión emocional es insoportable. Y entonces ocurren dos cosas: no quieren ver sufrir a sus hijos y al mismo tiempo no quieren perderlos o, más complicado aún, no quieren que, durante el tiempo de vida que les queda, los niños estén sedados y no puedan mantener con ellos la relación de comunicación y amor que ha sido la suya hasta entonces. Una situación imposible. Y yo me encuentro en la tesitura paradójica de que sí sé lo que le conviene al niño…

—¿Y entonces se sienten ustedes los médicos legitimados para tomarse la justicia por su mano?

—¡Desde luego que no! Por supuesto que nos enfurece la situación porque pensamos en el sufrimiento de los niños e intentamos convencer a los padres de que lo mejor para sus hijos es que dejen de sufrir, que se los deje en paz puesto que, de todos modos, la muerte está cerca.

—¿Y si se niegan?

—Ya se lo he dicho: es el límite y no hay nada que podamos hacer. Si un padre se niega a que se siga un curso curativo, debemos aceptar su decisión. Es la ley y la obligación ética. En el caso de Dimas, la muerte le sobrevino sin que en el hospital tuviéramos que tomar una decisión en un sentido o en otro. —Error. Yo sólita me había metido en el atolladero.

—¿Y si se hubiera visto obligada a tomar una decisión, doctora? —intervino el juez.

—Estoy seguro —intervino Enrique— de que la frase «tomar una decisión en un sentido o en otro» es utilizada por mi cliente en un contexto de discusión abstracta que nada tiene que ver con lo que ella pudiera decidir hacer.

El juez ignoró la interrupción.

—¿Y si se hubiera visto obligada a tomar una decisión, doctora? —repitió. Pero Enrique me había dado la salida.

—En ese caso habría intentado convencer al padre una vez más de que aplicáramos cuidados paliativos. Aunque, de todos modos, en rigor no necesito su autorización puesto que puedo interpretar que los cuidados paliativos están incluidos en el protocolo de atención clínica. En cualquier caso, la madre de Dimas lo autorizó expresamente. —Fruncí el ceño como dando por demostrada mi postura. Miguel hermano siempre decía que cuando arrugaba el entrecejo me parecía a mamá en el momento en que nos iba a regañar.

—En realidad, doctora, en la ley de autonomía del paciente del año pasado, las sedaciones terminales…

—… que no se aplican en oncología infantil…

—… muy bien, las sedaciones terminales no pueden convertirse en un cajón de sastre, es decir, en el modo cada vez más ordinario de tratar a los moribundos, y no para remedio de sus síntomas, sino para comodidad de los que los atienden, ¿verdad?

—Verdad, señoría, pero…

—A lo que voy, doctora, es que soy de la opinión de que el médico cuenta, en lo técnico, con su competencia y su experiencia en la aplicación de los cuidados paliativos, y en lo ético, con criterios bien madurados de respeto a la vida humana. El riesgo es que primen los aspectos técnicos sobre los éticos y que un médico pueda llegar a tomar decisiones impelidas por el convencimiento de que es necesario eliminar el sufrimiento del paciente a costa de acabar con su vida.

—También puede ocurrir al revés, señoría. Que el médico mantenga inútilmente en vida a un paciente que sufre cuando su muerte es inevitable. Lo que llamamos encarnizamiento terapéutico.

Aquello molestó al juez. Y al fiscal:

—No es necesario que nos lo recuerde. Sabemos bien en qué límites nos movemos y qué extremos cubre la medicina del dolor. Y pretendo que usted me demuestre que, en el caso del pequeño Dimas Rodríguez, no primó en usted el aspecto técnico por encima del ético.

—No tengo modo de hacerlo, señor fiscal…

—Me temo que se está forzando a mi cliente a entrar en un terreno moral que, por ser indemostrable su actitud, es perjudicial para sus intereses —intervino Enrique Lerma, dando claras muestras de irritación.

No dije nada.

—Bueno —corrigió Maroto—, digamos que, en vez de demostrárnoslo, nos lo explique.

Miré a Enrique. Asintió.

—Señor juez, soy médico y mi vocación es curar. ¡Cómo no me voy a apiadar del sufrimiento de mis pacientes! Pero, por encima de todo, debo procurar los medios de curación. Todos los días, a todas horas, me enfrento con pequeños pacientes cuyo sufrimiento es, sin excepción, insoportable. Intento sanarlos, investigo los nuevos métodos y técnicas, vamos acercándonos a porcentajes razonables de curación oncológica, incluso ofrezco a los padres que ellos decidan llevar a sus hijos a clínicas e instituciones en las que se hacen ensayos clínicos, pero la ratio muerte/sanación es todavía insufrible para los niños, para los padres, para los médicos. ¿Cómo puede alguien pensar que estoy dispuesta a abdicar de mi vocación y que, en los casos en que la prognosis es desfavorable, abandono al enfermo, acabo con su vida y paso a otro? Tendría decenas de niños muertos sobre mi conciencia y decenas de denuncias, anónimas, por supuesto. —El juez Maroto dejó escapar una leve sonrisa—. El protocolo médico lo impide. Pero supongamos que soy una asesina y que, como en las películas de suspense, puedo entrar en una habitación con una jeringuilla en la mano y… no, señoría. Eso es imposible. Tendríamos, además, un departamento de hospital constituido en asociación para delinquir, porque no es posible que las enfermeras que me asisten y los restantes médicos a mis órdenes no sepan nada de mi actividad criminal. No es posible. Una inyección, un analgésico potente, una vía intravenosa, ¿todo eso, yo sola? Es imposible.

Hubo un largo silencio. Miré al fiscal con el rabillo del ojo y me pareció que piafaba, dispuesto a patearme. Pero se

mantuvo en silencio. Enrique, recostado en su asiento, sonreía satisfecho.

—Obra en mi poder el historial clínico y médico del pequeño Dimas, doctora. Voy a volverlo a estudiar con atención para así poder recomendar una decisión razonada y razonable. Nos volveremos a ver la semana próxima, después de la Navidad. El secretario del juzgado de instrucción los convocará a ustedes en tiempo oportuno. Hemos terminado. Buenos días.

—Perdone, señoría. Entiendo que mi cliente no queda imputada…

—No, letrado. Todavía no he tomado la decisión. Consideraré que las dos comparecencias de la doctora Ruiz de Olara, la de hoy y la de la semana que viene, son una sola y manifestaré mi decisión al final de nuestro próximo encuentro, siguiendo, por supuesto, las indicaciones del fiscal.

Salimos a los pasillos de los juzgados de la plaza Castilla. Allí estaba montado el ruidoso guirigay clásico de un lugar en el que conviven o coinciden en un revoltijo de buenos y malos, perfumados y malolientes, horteras y víctimas, todas las clases de la hez y el sufrimiento. Los abogados que pululaban por allí miraban a Enrique Lerma con envidia no exenta de reverencia. Había periodistas, fotógrafos y cámaras de televisión esperándome, pero, protegida por Enrique, me escabullí sin decir nada.

Me vino a la memoria el día en que, un cuarto de siglo antes, habíamos acudido a la audiencia nacional para asistir al juicio contra los asesinos de José Luis. Y me entraron ganas de vomitar.

33

"Etudiant abattu a Madrid" decían los titulares de *Le Monde* y *Le Figaro* del 16 de marzo de 1977, como si se hubieran copiado la noticia el uno al otro.

Tengo los recortes metidos en un cajón del escritorio, el cajón de las cosas perdidas. De vez en cuando, si estoy muy triste o muy deprimida por los recuerdos o porque se me empiezan a borrar los detalles de hace veintiséis años, rebusco entre los papeles y saco la media columna de *Le Monde*, que está amarillenta y tiene un pequeño desgarro en una esquina. Me la sé de memoria:

> "De nuestro corresponsal en Madrid. —José Luis Mendieta, un joven estudiante de Medicina y conocido dirigente de los círculos universitarios progresistas de Madrid, fue abatido anoche en una plaza del centro de la capital por un grupo de ultraderechistas que le dejaron agonizando en la acera. Los asaltantes, brazo en alto, gritaron consignas fascistas antes de escabullirse por las calles adyacentes. A Mendieta lo acompañaba una amiga, también dirigente estudiantil, hija del marqués de Villaurbina, embajador de España en París".

Nada decían de que estuve en brazos de Chema, temblando como una hoja, hasta que llegó la policía y, minutos después, una ambulancia. Chema había querido arrastrarme a casa, pero no me dejé. ¿Cómo podía ocurrírsele que yo me fuera de la plaza dejando a José Luis tirado en el suelo como un perro?

Pasó tiempo hasta que me di cuenta de la casualidad de la presencia de Chema en Chueca y más tiempo aún en comprender que había hablado con los asesinos y había evitado que me mataran a mí también, ordenándoles a gritos que no me tocaran. ¡Y que la excusa fue que yo era hermana de Juan!

Tardaron tres días en detener a los asesinos. Durante dos permanecí encerrada en mi cuarto sin querer hablar con nadie, pese a que todos vinieron a acompañarme. Al tercer día por la mañana fui al Instituto Anatómico Forense.

Había pasado la mayor parte de las primeras cuarenta y ocho horas con las persianas echadas, sentada en el suelo, apoyada la espalda contra la cama.

La primera en entrar en la habitación fue la tata María aquella misma noche de la muerte de José Luis. Traía una bandeja, supongo que con leche y madalenas, pero levanté una mano y dije «¡no!». Dio dos pasos hacia atrás y cerró la puerta silenciosamente.

Luego entró Miguel y después, Borja. Los dos se sentaron frente a mí sin decir nada, sin siquiera mirarme. Estuvieron así varias horas; de vez en cuando intercambiaban alguna frase, «ha venido la policía», «¿quién era?», «Gallego». Y al cabo de mucho rato, «ése que no entre». Los oía muy al fondo, como en una nube lejana, y no entendía lo que decían.

Mucho más tarde, vino Juan hermano. Le miré brevemente y vi que tenía la cara descompuesta (de culpa,

comprendí al final de los días). Dijo: «Dios, Lola, ¿qué puedo decir?».

También Pili estuvo un buen rato en mi cuarto mirando nerviosamente a derecha e izquierda sin decir nada. El pobre Perico, que venía detrás, se puso en cuclillas delante de mí y me pasó la mano por la cara. Fue el primer gesto de ternura que le vi en toda mi vida y me alegré de que fuera para mí.

Javi llegó muy tarde del seminario. Se quedó de pie con la cabeza gacha. Dijo:

—Lola, no tienes consuelo ni te lo quiero dar, pero te llegará y cuando eso ocurra, querré estar delante para recoger tus lágrimas y ponérmelas en el corazón. Recemos un padrenuestro. —Al terminar, añadió—: Dios tenga a José Luis en su gloria y en su inmensa misericordia admita que, como Él mismo dijo, por sus frutos le recordemos y le pidamos que interceda por nosotros.

Hubo un murmullo de «amén».

Marta se deslizó en la habitación en aquel momento y se sentó a mi lado. No dijo nada, sólo me agarró de la mano.

Luego volvió la tata y se puso en el suelo, al otro lado de Marta. Me abrazó y me besó el pelo como la primera vez que había adivinado mi amor por José Luis.

—Ahora tienes que descansar, mi niña preciosa. Te voy a bañar como cuando eras pequeña y te daré un tazón de colacao y te meteré en la cama.

—No —repetí—. Me quiero quedar aquí. Tengo frío, tata.

Alguien me puso una colcha encima.

Y pasaron las horas.

No sé cuándo sería, no lo recuerdo. Muy tarde no pudo ser. Oí que sonaba el teléfono en el pasillo y alguien, me parece que fue Benito, contestó. Al cabo de unos segundos dio con los nudillos en la puerta. Miguel se puso de pie,

abrió y escuchó a Benito bisbisear alguna cosa. Entonces mi hermano se puso en cuclillas delante de mí y me dijo:

—Es Adolfo Suárez, Lola, el presidente del gobierno. Quiere hablar contigo.

Me encogí de hombros:

—Bah, da igual.

—No, ponte.

Me ayudó a levantarme. Salí de mi cuarto y fui hacia donde Benito sostenía el auricular.

—Diga.

—Lola. Eres Lola, ¿verdad?

—Sí.

—Soy Adolfo Suárez.

—Hola —contesté.

—Quiero decirte que la muerte de José Luis me ha llenado de tristeza y de rabia, que me parece una canallada y una injusticia. Y que mi corazón está contigo…

—Gracias.

—También te prometo que detendremos a los culpables y los castigaremos para que no puedan volver a pertenecer a este país nuestro que tantos disgustos nos está costando. Te prometo que serán castigados, Lola.

—Ojalá pueda usted.

—Te lo prometo. Dile a tu padre cuando venga a Madrid que quiero hablar con él.

—Sí.

—Ánimo. Te mando un fuerte abrazo, Lola.

—Gracias… gracias…

Muy pronto al día siguiente llegaron papá y mamá. Los dos se me abrazaron como si quisieran impedir que me escapara a algún sitio secreto para no volver jamás. Papá

tenía la cara desencajada y los ojos húmedos y mamá estaba seria y muy pálida. No se había maquillado.

—¿Cómo estás, pequeña? —preguntó mamá.

—Bah, mami, fatal. —Me agarré a su calor y me dejé mecer en sus brazos como cuando era muy niña. Empecé a llorar con desconsuelo. Mamá me acariciaba la cabeza con suavidad, casi como la tata.

—Mi pobre niña —dijo papá—. No te preocupes de nada. Cogerán a esos asesinos y les darán su merecido. —Papá siempre igual, buscando echar el dolor o la tristeza o la culpa afuera del círculo familiar. Yo no quería castigo ni venganza, quería que me devolvieran a José Luis. O, a lo mejor, sí quería venganza, no sé.

—¿Papá? —Me sorbí ruidosamente los mocos.

—Dime, pequeña.

—Anoche llamó Adolfo Suárez para hablar conmigo. Me dijo que sentía la muerte de José Luis. Le contesté como si fuera tonta de baba.

Sonrió.

—Seguro que no.

—Me dijo que, cuando llegaras, quería hablar contigo.

—Muy bien.

A mediodía llegaron Clara y Oleguer. Venían de Barcelona.

—Lo siento, Lola, no sabes cuánto —me dijo Clara.

Me abracé a ella llorando; puede que ello se debiera a que, siendo la menos cercana a mí de todos los que estaban pasando por mi habitación, su recorrido sentimental requiriera más esfuerzo hasta tocarme el corazón. Miguel habría dicho que era catalana y que con los catalanes ya se sabe.

¡Qué días más tristes y más inútiles!

Sí recuerdo que, cuando después volví a la universidad, la gente con la que me cruzaba me miraba a veces con tristeza, a veces con lástima, a veces apretando los dientes y a veces manteniéndose lo más alejada posible, como si la muerte me tuviera contaminada. Algunos, los compañeros de clase con los que tenía más trato, se acercaban y murmuraban unas frases de consuelo. No los miraba para no ponerme a llorar: sólo bajaba la vista y decía «gracias». Otros que conocía de la lucha estudiantil (a cualquier cosa se le llamaba lucha), los líderes, los parlanchines y los intensos, fueron viniendo. «Fue un gran tío», decían unos; «un compañero hasta el final», aseguraban otros; «lo siento, compañera, ánimo», insistían algunos. Yo no quería oírlos.

Uno de mis profesores, el más adusto, me paró por el pasillo y me dijo:

—Señorita Ruiz de Olara, quiero que sepa que todos en la facultad admiramos su entereza. Volver después de tanta tragedia como la que usted ha padecido requiere muchas agallas. No es sorprendente viniendo de quien viene, naturalmente, pero queremos decirle cuánto apreciamos su valentía.

Hasta el capitán Perea llamó a casa para dar el pésame. No quise ponerme y contestó Borja.

No es que me importara gran cosa, pero supuse que Lidia Marugán evitaría hablarme, se mantendría lejos de mí, ni me miraría a la cara para que yo no pudiera ver su feroz alegría en la mirada. Pues me equivoqué de medio a medio. Se plantó delante de mí a la entrada del Clínico y me dijo:

—Lola, la muerte de José Luis me duele tanto como a ti. Te han matado el corazón, lo sé. Voy a rezarle a Dios con toda mi alma para que encuentres consuelo y para que veas que la vida sigue, con un dolor horrible, pero sigue, mal que le

pese a nadie. Pídeme lo que quieras cuando quieras pedirme algo. Estaré ahí para ti.

Le puse la mano en el brazo.

—Gracias, Lidia —dije y se me llenaron los ojos de lágrimas.

Habían llevado a José Luis al Instituto Anatómico Forense, que estaba en la calle de Santa Isabel, a la espalda del viejo Clínico, lo que hoy es el museo Reina Sofía. En sus dos siniestras salas yo había presenciado autopsias, cuando preparábamos disecciones anatómicas. Las salas eran tercermundistas. Había ratas y humedades. Ni siquiera la refrigeración funcionaba bien: para que un cadáver se conserve durante unos días, los depósitos deben estar a menos de cero grados. Pero como las viejas máquinas no podían con el aire asfixiante, la temperatura siempre estaba por encima de cero y, a poco que se demorara el procedimiento, los cadáveres que se preparaban para su entierro llegaban con un tinte verdoso repugnante.

No quise ir, no quise ver nada. Sólo quería que nos dejaran en paz para recoger al pobre José Luis y llevárnoslo a San Sebastián, que era donde la familia quería enterrarlo. No había querido hablar con la madre, la mera idea se me hacía insoportable, y fue Miguel el que la llamó.

Borja había quedado con un asistente al que yo conocía en que nos llamaría para avisarnos de cuándo trasladarían a José Luis de la sala a la capilla.

Mandé a Miguel a alquilar la capilla, una de las tres o cuatro que había, por el par de horas que las alquilaban. Creo recordar que costaban 500 o 600 pesetas. Todo era tan siniestro que hasta me pareció apropiado. Me encontraba enferma, me dolía el estómago y de vez en cuando sentía que me mareaba y tenía que apoyarme en quien me

estuviera cerca. Y luego pensaba: ¿por qué iba yo a querer velar un cadáver que ni siquiera me pertenecía, envoltorio de un alma que ya no estaba?

Cuando por fin nos avisaron, fuimos a la capilla a terminar la macabra ceremonia. Javi había ido a encargar una corona (también las vendían en el Clínico a 3000 pesetas, Dios mío). Estábamos Marta, Miguel, Javi, Borja, Juan, la tata, Clara y Oleguer. Un cura inevitable, de los de parroquia y sotana sucia, también se encontraba allí con cara de circunstancias y aburrimiento. Al fondo de la capilla, los empleados de la funeraria y, en el último momento, el juez que había asistido a la autopsia. Se quedó de pie al fondo, sin decir nada.

Unos asistentes trajeron la caja y la colocaron sobre una mesa, delante del pequeño altar. La caja estaba cerrada. Hacía frío, todo estaba desangelado y mugriento, un verdadero horror.

Me pregunté si vendría alguien de la familia de José Luis desde San Sebastián o si simplemente querrían que el féretro fuera conducido allá: si yo hubiera sido la madre de José Luis, no habría querido ni pisar el suelo de Madrid. De todos modos, no me importaba gran cosa que vinieran o no; sólo quería que esto se acabara de una vez.

Y entonces se abrió la puerta trasera de la capilla y entraron dos mujeres vestidas de negro. Levanté la cabeza y las miré. Me dio un vuelco el corazón: de las dos, la que venía delante era el vivo retrato de José Luis, las mismas facciones enjutas, la misma nariz casi aguileña, los mismos ojos almendrados, el mismo pelo, aunque en su caso, sembrado de canas. No era una mujer de pueblo como siempre la había imaginado; era una mujer de ciudad, alta, fuerte y elegante. En sus descripciones, José Luis no le había hecho justicia.

Vino derecha hacia mí. Al llegar a mi altura, me miró fijamente y dijo:

—Lola. Eres como te describió José Luis.

—*Ama*.

—Ya no soy la madre de nadie. Me lo robaron. —Se acercó hasta donde estaba el féretro de su hijo y quedó inmóvil durante un largo rato—. Quiero verle.

—No es posible, señora —dijo uno de los funcionarios—. No puede ser. El señor juez ha ordenado el sellado de la caja y no puede ser.

—Es mejor así —añadí.

Se le bajaron los hombros en señal de aceptación. Estuvo un momento más, rígida, sin moverse, y luego se volvió hacia mí. Con las dos manos me sujetó por las muñecas con el mismo gesto de José Luis cuando quería llamarme la atención.

—Cuéntamelo…

—La noche que lo mataron…

—No, no. Desde cuando se puso a quererte.

Me llevó hasta un banco que había fuera de la capilla. Nos sentamos las dos y todo me salió a borbotones. Yo lloraba pero las dos reíamos al tiempo cuando le contaba alguna tontería de José Luis, alguna de sus ocurrencias, alguno de sus silenciosos gestos de audacia maquillada de miedo. La risa de la *ama* era silenciosa y severa. ¿Puede haber una risa severa? Quien hubiere visto reír a la madre de José Luis lo comprendería. Y la *ama* sabía sin lugar a dudas que su hijo había traicionado a los suyos para salvar a papá. Por mí.

Estuve segura de que su recuerdo le quedaba más vivo en esta charla apresurada que en cualquier servicio fúnebre entonado con monotonía por el cura de la parroquia y la sotana manchada.

Llevamos a José Luis a San Sebastián, a enterrarlo en el viejo cementerio de Polloe, donde los Mendieta tenían un pequeño panteón. Borja le pidió el Mercedes a mamá y para allá fuimos en caravana, siguiendo al viejo Cadillac de la funeraria. La *ama* no me soltó las manos en todo el viaje. No derramó ni una lágrima (yo lo hice por las dos; mucho tiempo después, Miguel me dijo que estuvo tentado de ponerme un pluviómetro en la nariz), ni cuando bajaron la caja al nicho que correspondía, al lado de la sepultura del padre. «Fue un *gudari*», dijo con sencillez. Y luego se dio la vuelta para salir en silencio. Se habría desplomado si entre Miguel y yo no la hubiéramos sujetado.

Estábamos a 18 de marzo de 1977. En San Sebastián llovía sin parar y hacía mucho frío.

34

El juez instructor Maroto me citó para el lunes 29 de diciembre de 2003. Sería mi segunda comparecencia y en ella el juez decidiría si había indicios suficientes para imputarme por el homicidio del pequeño Dimas Rodríguez, mandarme a la cárcel y hacer que me juzgaran y que me quitaran el título de médico. El fiscal debía confirmar la acusación (no me quedaba duda alguna de que lo haría) y mandar todo el expediente a la Audiencia Provincial para que se fijara la fecha del juicio.

El lunes 29 también sería el día después del de los Santos Inocentes, lo que nos evitaría a todos la broma macabra. Me intrigó pensar si, de haber caído los Inocentes en lunes, Maroto habría seguido la humorada, recibiéndome ese día en su despacho con su habitual cara de palo.

Decidí ir a pasar la Navidad a Villaurbina con papá. No le había visto en más de tres meses. Habíamos hablado varias veces cuando nuestro maoísta favorito me había echado de mi trabajo en el hospital y me había denunciado al juez. Papá guardó un largo silencio cuando le dije que Enrique Lerma me defendería asistido por Juan hermano. «Tú verás», comentó por fin. Luego supe por la tata que había seguido paso a paso todo el escándalo en la prensa y que se había documentado a fondo sobre los aspectos médicos y legales

de la eutanasia, la sedación terminal y los cuidados paliativos. Todo. También llamó a Juan hermano para que le contara con exactitud lo que estaba pasando y cuáles eran nuestras estrategias de defensa y ataque. Quiso saber si me querellaría contra Lidia Marugán y contra Javier Rosales, el consejero de Sanidad. Y a mí, de todo este interés, de toda esta investigación, de todo este sufrimiento y angustia suyos, nunca me contó nada. Se lo guardó para el coleto, como un colegial. ¡A sus setenta y ocho años!

Seguro que se disponía a celebrar las fiestas navideñas solo, lejos de todo. Pues tendría que aguantarme: pensaba forzarle a salir por una vez de su mutismo. Como en todos estos años, huía. Claro que en ocasiones íbamos todos a Villaurbina, pero él se encerraba en su silencio y escapaba de nosotros en cuanto podía y se iba a vivir a la casa de la dehesa alta. Hacía las cosas como un autómata, desde luego educado y atento, como era él, y hasta cariñoso, pero siempre ausente. Ya era mayor, de acuerdo; sin embargo, su elección de dolor, arrepentimiento y soledad lo mantenía alejado de todo, como enterrado en vida, rehuyendo el consuelo de los suyos. No abría su corazón ni a mí que soy su preferida.

Sólo que esta vez no le iba a dejar.

Llamé a la tata María y le dije que llegaría aquella noche. Ah, y que no se lo contara a papá para que no pudiera esconderse de mí. No se le olvidaría el recado: acababa de cumplir los ochenta y tres y seguía fuerte, derecha y tan ágil de mente como en los años de mi adolescencia.

No comenté nada a ninguno de los hermanos. Esta Navidad era mía. Con la protección del teléfono móvil nadie tenía por qué saber dónde me encontraría.

Desde la muerte de mamá, la familia mantenida tan cuidadosamente unida por ella se había ido disgregando,

cada cual a lo suyo, y rara era la ocasión en que coincidíamos todos. Parecía mentira que hubiera sido mamá, tan fría, tan manipuladora, la que nos hubiera forzado a conservar los lazos familiares, por muy artificiales que se nos antojaran ahora. Tras estos años de tormentas yo casi sólo veía a Miguel, aunque con no demasiada frecuencia, y a la Chispa, dedicada por completo a su rutilante carrera. Javi estaba en los arrabales de Madrid, Borja, en Chicago y Pili, haciendo el idiota como de costumbre. El pobre Perico había sido abducido por la buena sociedad y no pintaba nada.

Metí cuatro cosas indispensables en el bolsón de viaje de Louis Vuitton regalo de la Chispa y lo coloqué en el asiento de al lado del conductor. En Villaurbina siempre he tenido lo necesario para pasear, montar, cazar, estar en casa e incluso ir a misa al pueblo…, faldas, pantalones, jerséis, calzado, cosas así. Guardo en la finca hasta sales de baño, polvos y maquillaje. De modo que los preparativos de viaje para ir hasta allá nunca son demasiado laboriosos.

Cerré la casa con cuidado, conecté la alarma, saqué el coche del garaje y me puse en camino.

Al llegar al portalón de Villaurbina me vino a la memoria, como en tantas otras ocasiones, el recuerdo de la vez en que había traído a José Luis a la finca. Había pasado un siglo, ¿no? ¿Cuándo conseguiría olvidarlo?

Papá me esperaba al pie de la escalinata y me abrió los brazos en cuanto me bajé del coche. Me arrebujé en ellos y luego le di muchos besos en la cara, como una niña pequeña.

—Oye, ¡vaya coche que te gastas!

—Sss. Me lo he comprado hace un par de meses.

—Un Audi A6, ¿eh? Siempre quise tener uno, pero no me daba la cartera.

—Venga ya. Claro que sí. Te lo dejo cuando quieras. Le dije a la tata que no te contara que venía, pero es incapaz de guardar un secreto.

—Me dijo que la ibas a regañar, pero que le valía la pena darme la alegría.

—Se ha pasado la tarde mirando el reloj, Lola —habló la tata desde el umbral del portalón de entrada, al final de la escalinata.

—Eres de lo que no hay.

—¿Cuánto te quedas? —preguntó papá.

—Bueno, tengo que estar de vuelta el lunes 29…

—¿El juez Maroto?

—El juez Maroto… O sea, que me voy a pasar cuatro días mimándote y haciéndote montar a caballo.

—Ya casi no monto, Lola.

—No te lo crees ni tú. Oye, ¿y la Milady? —La Milady era hija de la Pola, que había muerto de vieja a los veinticinco años no hacía tanto, y era igual que su madre: una yegua recogida y nerviosa, con la capa azabache. Una belleza que nadie tenía permiso de montar si no lo autorizaba yo.

—Está estupenda. Parece que hubiera adivinado que venías: se ha pasado la tarde piafando y relinchando. Mañana la sacamos.

—Vamos a verla ahora, ¿no?

—Vamos… Por cierto, esta noche toca misa del gallo, ¿eh?, o sea, que cenaremos temprano. ¿A las nueve, tata?

—A las nueve, don Juan.

—¿Qué hay?

—Caldo de cocido con fideos, besugo al horno y tocino de cielo.

—¡Qué bueno! Cenas con nosotros, ¿eh?

—Como usted quiera, don Juan.

Subí hasta donde estaba la tata María y la apreté entre mis brazos. Estaba delgada delgada y se le notaban los huesos de la espalda. Había encogido con la edad, pero aún le daba para besarme en la coronilla. «¿Cómo estás, mi niña preciosa?». «Ban, tata».

La pequeña iglesia de Villaurbina, situada en un extremo de la plaza del pueblo, era de una sola nave románica. La había restaurado el abuelo años atrás, después de la guerra civil, y era muy simple, muy pura y muy bella. Tenía un rosetón en el centro del ábside sobre el altar de piedra y cuatro ventanales estrechos, dos a cada lado. En el centro, sobre una ménsula colocada detrás del altar había una Virgen medieval con su Niño en brazos, seguro que de gran valor, esculpida en piedra. Nunca supimos de dónde la había sacado el abuelo porque, desde luego, de allí no era.

Después de la muerte de los abuelos, mamá había decidido que se quitara el dosel de terciopelo del lado del Evangelio, que siempre ocupaban los marqueses de Villaurbina. Le parecía más acorde con los tiempos. Además, papá siempre la había pinchado, «no nos falta más que entrar bajo palio, como Franco». En su lugar, ahora se les reservaban los reclinatorios, también de terciopelo, eso sí, colocados en la primera fila. En fechas señaladas, como la misa del gallo o la Pascua Florida, detrás del cabeza de familia, se colocaban el alcalde, el juez de paz, si no estaba el de primera instancia, y el comandante de puesto de la guardia civil. Y más atrás, el boticario y don Carmelo, el administrador de la finca. «Ya puestos», había dicho Miguel, «yo lo quitaría todo y pondría a la familia detrás, en los bancos de madera; donde cayeran según fueran llegando; democrático, vamos». Mamá le había contestado con

sequedad: «No lo entiendes, Miguel; la gente del pueblo *espera* que ocupemos el lugar que nos corresponde; la confraternización tiene un límite».

La misa era sencilla entre otras cosas porque en la iglesia hacía un frío que pelaba, a pesar de que se habían instalado radiadores de aceite. El párroco de Villaurbina siempre había sido muy bruto, el que había ahora y su predecesor, los dos por igual. Los sermones de don Aniceto, el de ahora, el sucesor de don Julián, estaban llenos de buena voluntad y confusión (cuando le daba por la sofisticación o por lo que él entendía por sofisticación, se enredaba sin acertar a salir del misterio teológico en el que se había metido sin ayuda de nadie; «¿De qué va el berenjenal hoy?», solía preguntar Javi). Tenían al menos la virtud de ser breves. Y la vida en la Tierra de Campos le había enseñado que era bueno rogar a Dios pero aún mejor rendir pleitesía a los señores del lugar: cuando salía revestido de su casulla para decir misa siempre se inclinaba primero ante nosotros y después, ante el altar.

Terminada la misa del gallo, salimos de la iglesia a la medianoche y media y un poco más. Aún quedaba el trance del besamanos, saludando uno por uno a todos los del pueblo que quisieran desfilar ante nosotros, allí plantados en estado de precongelación, con don Aniceto a nuestro lado. Lo que mamá llamaba confraternizar. En realidad, sólo se acercaban los cabezas de familia y los viejos del lugar, unas quinientas personas. «Felices Pascuas», murmuraban unos o gritaban otros. «Parece que el invierno llegará tarde» o «temprano», «este año entrarán las nevadas fuertes hasta mayo, señor marqués»; «habrá que ver cómo se dan las cosechas»; «y el vino, que la añada pasada ha sido buena», «no tan buena como la del 2001»; «que el año nos colme de venturas». «Ojalá», contestaba mi padre. Algunos se quedaban atrás sin querer acercarse. Sabíamos bien por

qué, pero papá lo aceptaba con resignación, por más que todos fueran respetuosos y deferentes: sabían con la certeza de siglos dónde estaba el sol que más calienta. Pero papá era papá y la marquesa había sido *la* marquesa.

Conocía a muchas de aquellas gentes, labradores, peones, peritos agrícolas, médicos, pocas mujeres, Tarsicio, el dueño del hotel rural, empleados de los dos bancos, el Agrícola y el de Crédito de Zamora, con sus mujeres y sus hijos. A unos o a otros los había tratado, sobre todo en mi niñez y juventud. Habíamos jugado y cazado juntos, había montado en sus tractores (que en realidad eran del abuelo) y habíamos llevado rehalas en las monterías. Los domingos, un vaso de vino, aceitunas y chorizo ahumado en el bar y la curiosidad de los más jóvenes, «¿cómo está la capital, Lola?». Ninguno se había atrevido nunca a hacerme un requiebro. «¿Cómo va a matar Lola a ningún niño?», oí que alguna mujer decía allá al fondo. «Ya ves», le contestó otra. Miré para otro lado.

Era tradición que en la Nochebuena, mientras estábamos en misa, los peones de la finca montaran unas largas mesas de madera en la calle frente a la escalinata de la iglesia. Allí ponían bolsas y bolsas con un surtido inagotable de turrones, peladillas, frutas escarchadas, yemas de Santa Teresa, mazapán y pasteles de almendra; las gentes del pueblo se las llevaban a sus casas para la cena de Navidad, un lote por familia. Era tanta la cantidad, que siempre sobraba; al día siguiente, el alcalde se lo llevaba todo al asilo de la Puebla de Sanabria en un par de Land Rover de casa. En otra mesa se disponían decenas de botellas de sidra achampanada. Todo desaparecía en un abrir y cerrar de ojos. Como se hacía desde tiempos inmemoriales, no era necesario que nadie agradeciera el regalo.

Al día siguiente, Navidad, papá y yo nos dimos temprano un largo paseo a caballo. Hacía frío y los matorrales estaban cubiertos de escarcha. No había caído mucha nieve aún pero, aquí y allá, algunas encinas y el borde de los caminos aparecían blancos. Lejos de la casa, una charca grande en la que solían beber los ciervos se había helado. Desmontamos para comprobar cuál era el espesor del hielo y si hubiéramos podido patinar sobre él. Pero papá no se quiso aventurar.

En lugar de eso, se dio la vuelta y de la silla de montar sacó un termo. Me lo enseñó sacudiéndolo un poco.

—Caldo.

—Dios mío, papá. Esto es como volver atrás treinta años.

—¿Verdad?

Del mismo morral sujeto a la silla, sacó dos tazas de plástico, las llenó de caldo y me dio una. Echaba humo.

—Nos hemos quedado bastante solos en la vida tú y yo, ¿eh, Lola?

—No digas eso. ¿Te hago el recuento de hijos, nueras, yernos y nietos?

—Sí, todos ricos, felices, brillantes y llenos de éxito. No quiero decir eso. Quiero decir que tú y yo somos los únicos que quedamos de esta familia habiendo fracasado en la vida.

Bajé la cabeza y pensé que a lo mejor éste era el día en el que conseguiría penetrar su coraza de silencio.

—Me parece —continuó— que no nos han ido muy bien las cosas. Tú has tenido mala suerte y yo, a lo mejor, me equivoqué, aunque no estoy convencido.

—No he tenido mala suerte. Me fue bien y mal, perdí mi amor por el camino y ahora me van a echar del trabajo. ¡Dios mío, cómo suena de amargo todo esto! No. He tenido una vida llena y dos o tres desastres. No me puedo quejar. Pero

tú, papá, ¿te puedes quejar? Seguro que te gustaría que te dijera «no te equivocaste». Pero no te voy a sacar las castañas del fuego. Inocente o culpable, eso es algo que tienes que decidir tú. Tú solo.

—¿Me equivoqué? No sé. —Cambió de tono—. ¿Ves por qué no quiero hablar de estas cosas?

—Pues no me digas que los dos hemos fracasado. Lo siento, papá: si lo dices es que quieres hablar de ello.

Le miré por encima de la taza humeante que sujetaba con las dos manos para calentármelas.

—¿Echas de menos a mamá?

—Claro.

—Venga, papá, «claro» suena a declaración notarial. ¿La echas de menos?

Resopló y bajó los ojos.

—La echo de menos y me encuentro muy solo. La echo de menos —repitió con fuerza—. ¿Cómo no? Cada día que me escondo del mundo, que me siento en el salón o me paseo por las dehesas más solo que la una, echo de menos su presencia a mi lado. En cada momento, hasta cuando me siento a hacer las cuentas de Villaurbina, del grano y del vino. Don Carmelo me mira y él también la echa de menos. Diez años ya… y la añoro cada día tanto como el primero.

—Estás demasiado solo aquí, papá. Y es porque quieres. No te costaría nada volver a la calle Serrano, a tus cuadros, a tus libros, a tu gente, a tus hijos y nietos…

—¿Volver a Madrid? No digas disparates.

—Hacíais una pareja rara…

—¿Quién?

—Mamá y tú.

—¿Sí? —preguntó sorprendido.

—Sí. Nunca te lo he dicho pero ella era tan… tan firme, tan segura, bueno, a lo mejor lo que quiero decir es «tan

fría»…

Sonrió.

—No sé si eso es bueno para compararlo con mi personalidad. Pero, en fin, tan firme y tan segura, ésa es la cualidad de las rocas —añadió, pensativo—. No se mueven, siempre están ahí, uno puede descansar en ellas seguro de que nada las va a tambalear. ¿Sabes, Lola?, toda la familia se asentaba en ella.

—¿Te confieso una cosa? Durante años, en realidad mi madre fue la tata.

—No digas eso —saltó con viveza—. Es muy triste que digas eso. No olvides lo que tu madre fue para todos nosotros. —Se interrumpió un momento—. Puede que ser tan práctica la perdiera. ¿Eh? Más eficaz que tierna…

—Pues me habría gustado su ternura, papá. Crecí teniendo que acostumbrarme a estar de pie sin la ayuda de nadie y menos aún la de mamá. Se lo reproché durante mucho tiempo. Y lo que más me entristeció fue que tuvo que ser la tata la que me acogiera en sus brazos el día en que entregué mi virginidad a José Luis… —Papá levantó la cabeza con un sobresalto y yo me pasé la palma de la mano por los ojos para apartar las lágrimas repentinas—. Y fue la tata la primera que me consoló cuando lo mataron. —Me aclaré la voz—. ¿Sabes? Mamá era el juez, el sargento de caballería que llevaba adelante el colectivo de los hermanos, pero no el corazón de su hija. Sólo una vez, es verdad, el día de la muerte de José Luis. Pero sólo una vez…

—Eres implacable con ella, demasiado cruel —contestó. Su voz sonaba a abatimiento; se había puesto nuevamente a la defensiva—. Nuestra familia era muy grande. Muy complicada. Llena de hijos genialoides, con mucho carácter, y eso había que manejarlo sin perder de vista el objetivo, sin desmayar.

—Calificar a Pili de genialoide me parece algo exagerado, papá.

—Bah. Lo que quiero decir es que tu madre era fortísima. Tenía temple… Hasta para sacar a un ministro de la Gobernación de la cama e impedir que se llevaran detenido a Borja…

—Ya. Eso estuvo bien… Miguel y yo pensábamos que era una esnob y que desde pequeños no permitía que nos mezcláramos con la chusma para que no pudiéramos contagiarnos. Éramos la típica familia media española… —añadí sonriendo—. Sí, media. Eso pensaba ella, ¿verdad?

—Es injusto que digas eso. Os adoraba a todos. ¿Y qué hay de malo en que deseara vuestro triunfo?

—Nada, papá, no hay nada malo. Con tal de que sus motivos fueran siempre igual de… de… altruistas. Bah, no sé. ¿Y para ti qué fue mamá?

—Una compañera insustituible, siempre a mi lado, siempre apoyándome…

—¿Te puedo decir una cosa horrible? Muchas veces pensé que tú eras el octavo hermano, su hijo mayor, el mayor de todos.

—Llámalo como quieras. —Se había enfadado—. Además de estar de acuerdo en todo, me apoyaba sin titubeos, dormía conmigo y, ya que estamos de confesiones, hacíamos el amor. Vosotros sois la prueba. Te confesaré una cosa. Tantos años después y sin que nadie pueda oírme, ¿qué más me da que fuera más fuerte que yo? ¿Que tuviera más carácter y convicciones más decididas?

—Pues con sus convicciones te empujó a hacer una tontería mayúscula… Y tú sí que no estabas convencido.

—No es así. No degrades lo que hice.

—Perdona —dije.

—Además, estás hablando de ella como si fuera un monstruo y ella era todo menos un monstruo…

—Seguro que no, papá. Claro que no pienso que fuera un monstruo. Pero, si no estabas convencido de que tenías que hacer lo que hiciste, ¿cómo te dejaste empujar?

Suspiró y puso una mano en la silla de Milady. Hablaba desde detrás de ella, como si quisiera protegerse de mí.

—¿Quieres más caldo? —Negué con la cabeza, pero luego alargué la taza por encima de la yegua y él me la llenó otra vez.

—¿Cómo dejaste que te empujara? —pregunté de nuevo.

—Porque estábamos de acuerdo, Lola. Vamos a ver: ¿qué fue el 23—F? Un gesto de rebeldía de los muchos que veíamos que España arriesgaba su existencia misma.

—Ahí es donde os equivocabais. ¡Qué va a arriesgar nada, papá! Aun así, fue ella la que te arrastró. ¿Por qué?

Dio un sorbo al caldo y miró a lo lejos.

—Su criterio era mejor que el mío… Siempre lo supe y lo acaté. Y era más decidida. Pero no te confundas. No es que tu madre fuera una franquista pura y dura, sin fisuras, aunque pudiera parecerlo.

—Pues lo disimulaba bastante bien.

Papá levantó una mano.

—Tenía muchas amigas en la corte de Carmen Polo y en la buena sociedad de Madrid, cierto. Pero las aventajaba a todas porque era mucho más inteligente que cualquiera de ellas y había visto más cosas que cualquier advenedizo o que cualquier nuevo rico, que de ésos del pelotazo había muchos. Se convirtió en… líder, bah, no me gusta el término, pero lo que quiero decir es que acabó siendo la reina de la gente de mayores convicciones del antiguo régimen. Por ser mujer, se podía permitir el lujo de escandalizar con lo que ahora se llama lo políticamente incorrecto, o sea, de decir en

voz alta lo que muchos pensaban. Por Dios, por supuesto que no era una troglodita: ella creía en una España moderna, abierta, no en la España de la guerra civil. Veía cómo erais sus hijos, fruto de la modernización del país y lo aceptaba de buena gana.

—No sé si eso suena muy bien.

—Así eran las cosas, Lola. Había pasado casi medio siglo, ya no estábamos en el 36… No se trataba de defender la cruzada, las dos Españas, sino el país de cuarenta años después. Pero pretendía que las cosas cambiaran civilizadamente, que se aplicaran a esa situación nueva los principios de siempre: la ley, el orden, la patria… Pero la muerte del generalísimo, la transición, el Partido Comunista, la traición del rey a los principios de Franco, que no era necesario traicionar y, lo peor de todo, el desastre de Adolfo Suárez… Todo eso nos parecía una amenaza continua a nuestros privilegios, a lo tan duramente conquistado en una guerra civil horrorosa…

—Bah, papá, tú conocías bien al rey. ¿Cómo no le iba a tentar la democracia? ¡Si tenía en casa el ejemplo de su cuñado el rey de Grecia al que echaron a patadas! ¿Traicionar? ¡Qué va! Cualquiera con dos dedos de frente era capaz de comprender que venían nuevos tiempos y que, después de cuarenta años, las cosas iban a cambiar.

—¡Ah, no! A lo mejor eran simples sospechas, miedos. Pero piensa en Suárez, por ejemplo. Adolfo se puso a destruir deliberadamente lo que había jurado defender. Igual que el rey. Te concedo que pudiera ser necesario para dar cabida a todos en la España nueva. Suárez. Yo era su amigo y, sin embargo, no me acababa de fiar de él. Cuando aquellos descerebrados mataron a José Luis, me llamó, ¿te acuerdas? Me citó en la Moncloa y estuvimos hablando mucho rato. Luego me puso guardaespaldas para protegerme, pero sobre

todo habló con rabia de los que intentaban acabar con la libertad y me juró que no acabarían con él, sino él con ellos. Ese día me convenció. ¿Y qué pasó? Que sus propios compañeros acabaron con él. No los comunistas, no los socialistas, sus propios compañeros. Y vuelta a empezar. Lo de siempre en este país. Y encima ETA, engañando a todos, sigue matando sin ton ni son, por decenas. Y *encima*, la constitución consagró un sistema federal que lo único que consagra es la disolución de España.

—Venga, papá.

—Pues podrás estar de acuerdo con que desmantelen el país, pero a tu madre y a mí nos llenó de indignación. Hoy puedo arrepentirme de lo que hice, pero sigo preguntándome si no hubiera sido la solución mejor.

—¡Pero papá, por Dios!

—No, no. Déjame terminar. Teníamos una democracia poco firme y asediada por todos lados…

—Es el sino de las democracias.

—… asediada por todos lados. No conseguíamos entrar en Europa, ni Francia nos hacía caso, te lo digo yo que lo viví de cerca, los terroristas mataban, el gobierno, sobre todo el de Suárez, asediado por su propia gente, era débil, había complots por doquier…

—… de militarotes.

—… de militarotes, sí. Eso era lo que los hacía peligrosos. Los catalanes querían la independencia…

—¡Qué va!

—… querían la independencia, igual que los vascos y encima, de pronto, teníamos una región autónoma en Madrid. ¡En Madrid! Se convertían dialectos en idiomas vernáculos más antiguos que el español. En fin, qué te voy a contar.

—Y en vista de lo cual, había que destruir el sistema y volver a la dictadura. Venga, papá.

—¡No! ¡Había que preservar el sistema! ¡Había que consolidarlo!

—¿Con el general Armada a la cabeza?

—¡Sí! El 23 de febrero era el hombre ideal para encabezar el cambio de rumbo. Amigo del rey, casi más civil que militar, liberal, apoyado en la monarquía, capaz de reconducir la situación y darnos a todos una oportunidad.

—Él de presidente del gobierno. Y te ofreció ser ministro de Asuntos Exteriores. Pues vaya un regalo envenenado. Estuvo bien, pero te lo estropearon los tanques de Milans del Bosch en las calles de Valencia.

—No me gustan tus sarcasmos, Lola. Además yo no quería ser ministro de nada.

—Pero aceptaste.

—¿Y qué iba a hacer?

—¿Que qué ibas a hacer? Mandarlos a todos a freír espárragos. Dime una cosa, papá, ¿cuándo te diste cuenta de que eran una pandilla de aprovechateguis y que la salvación de la patria les importaba más bien poco?

Se encogió de hombros.

—¿Qué te puedo decir? Me da vergüenza recordarlo. Era embajador en París. Acabado el golpe, me fui a poner a las órdenes del rey, me volví a mi destino y cerré el pico. Un testigo excepcional, me dijeron en Francia. Eso fue lo peor. No quise dignificar a los sinvergüenzas y acabé haciéndolo por omisión.

Me apiadé de él.

—Bueno, hiciste lo que creías que era correcto.

—No. No estoy muy seguro. Me escondí. Avergonzado.

Le puse una mano sobre la suya por encima de la grupa de Milady.

—Me lo había ganado a pulso. —Se le quebró la voz de pronto—. En los últimos meses de París, sólo lo compensaba todo la presencia de tu madre. ¿Cómo puedes pensar que no la echo de menos? —Sacudió la cabeza—. Nadie conocía mi participación en el 23—F…

—Nosotros sí.

—Bueno, vosotros sí, está bien. Pero a tu madre y a mí nos dio la sensación de que el nubarrón se iba alejando, se iba convirtiendo en un pecadillo, en una estupidez. Una tontería sin consecuencias, que más valía dejar estar. Cuando vi la manifestación del día siguiente al fracaso del tonto de Tejero, me dio vergüenza por partida doble: porque pudiera quedar asociado a semejante imbécil y porque comprendí que millones, vamos, el país entero rechazaba el golpe. A lo mejor, nuestras aspiraciones o, por lo menos, las mías eran un sueño utópico nacido de nuestro amor a la patria, pero los ciudadanos las rechazaban. Para mí fue como un referéndum, una elección general… Y la había perdido. ¿Qué iba a hacer? Por eso me pareció que no hacía daño a nadie callándome, aunque me hubieran derrotado.

—Eso es un sofisma, papá.

—Ya. Pero me consolaba y no hacía daño a nadie.

—Tú no eras así.

—No, pero mamá me apoyaba con tanta fuerza que adormecía mis escrúpulos. Era bien cómodo. Sólo cuando me despertaba de madrugada…

Aquello último me derrotó. Me lo había merecido. Había convencido a papá de que rompiera su mutismo, de que fuéramos al fondo de su alma. Es verdad que creo que estaba deseando hablar, contarme sus remordimientos, pero lo que yo veía me estaba pareciendo horrible. De pronto sacudí la cabeza: no podía ser juez de nada. Sólo había

venido a que nos consoláramos los dos. Habría sido inmoral apartarme ahora de su angustia.

—¿Sacudes la cabeza? ¿Me condenas? Me lo merezco.

—No te condeno. Sufro contigo…

—Al cabo del tiempo —prosiguió como si no me hubiera oído—, ya con el gobierno socialista de Felipe González, habíamos recuperado la normalidad. Así interpreté nuestro destino a Buenos Aires: todo era de nuevo normal. Y ya cuando me enviaron a Washington —sonrió con amargura—, me había convertido en un héroe. Así me veía, claro. Conseguí olvidar mi culpa. La democracia y el remanente del 23—F se habían soldado y eran uno solo. Con un poquito de esfuerzo, mi pasado volvía a ser irreprochable, ¿verdad?

—A mí lo de Washington me gustó, papá. Ir a St. Jude’s a hacer la tesis mientras vosotros estabais en Estados Unidos fue estupendo…

Alzó las cejas con resignación.

—Después se empezó a rumorear que me harían subsecretario o secretario de Estado. Fíjate que John Russell me llamó para decírmelo.

—¡John Russell! ¿Y él cómo lo sabía?

—Siempre tenía información de primera mano. Empecé a creérmelo, ya ves. Tu madre hasta se fue a Madrid a preparar la casa. A preparar la casa, sí.

Rodeé a Milady dejando que mi mano acariciara su cuello tan suave como el terciopelo. Me acerqué a papá. Lloraba. Le quité la taza de las manos y la coloqué junto a la mía sobre la silla de mi montura. Lo abracé y así estuvimos durante un buen rato. No había consuelo.

Papá suspiró con un largo sollozo.

—Se fue encantada, ¿sabes? —Se le quebró la voz—. Terminada la pesadilla, olvidada por completo, retomábamos

nuestra vida de siempre de Madrid. Serrano, Villaurbina, vosotros, los nietos, los amigos, Sotogrande en verano…

—Está bien, papá. No hables más.

—No, no. Sí, sí. Todo esto me pesa como una losa. Nada más llegar de Washington, cogió el coche y se fue a la finca. Quería ver cómo iba la cosecha, qué nuevas ruinas le iba a contar don Carmelo, cómo iba el acuerdo con la Comunidad sobre la villa romana, traerse a la tata a Madrid… No le dio tiempo, por Dios, no le dio tiempo. Esa carretera siempre ha sido peligrosa. Y eso que Carmina se la sabía de memoria. ¡Mira que acabar teniendo un accidente en la única recta larga entre Valladolid y Zamora! ¡Un choque frontal! ¡Pero si había pasado miles de veces por allí!

—Déjalo, papá, anda.

—No. Déjame.

Los caballos se removieron nerviosos, oliendo algo raro, la angustia, las lágrimas, los sollozos… Quité las tazas de las sillas y tiré de las riendas a Milady para que se estuviera quieta.

—Ay, papá… Quise ir con ella, pero no me dejó que la acompañara. Dije que bueno, que tenía mucho trabajo en el hospital y que mejor me quedaba en Madrid. Y cuando me llamaron para decirme que había tenido el accidente… Me quedé petrificada. Llamarte fue lo más duro. —Iba a decir «lo más duro de mi vida», pero me acordé de José Luis.

—Qué horror. Fue la única vez en toda mi vida que odié hablar contigo, Lola. —Meneó la cabeza de derecha a izquierda—. Todo se me cayó encima. Todo. Hasta pensé en pegarme un tiro.

—Ay, papá…

—No me valía la pena seguir viviendo. Por eso dimití. La mera idea de seguir siendo embajador, de sonreír, de interesarme por las cosas, de ir a cócteles y cenas, me

hundía en la desesperanza. Me vine aquí y no he querido salir más. Aquí la gente me respeta y deja en paz a este viejo tan huraño, ¿eh?

Cuando tus hermanos vienen a pasar fines de semana y traen amigos, me escondo con un par de libros o tres en la casa de la dehesa de arriba. Me cuida la tata.

—Pues este viejo sigue montando a caballo como los ángeles.

Sonrió.

—Te robo a la Milady muchas mañanas.

—Está bien. Nunca tendrá una monta mejor.

—¿Entiendes ahora por qué te digo que, de toda esta familia de triunfadores, tú y yo somos los únicos fracasados? —Empecé a negar con la cabeza, pero papá no me dejó hablar—: Lo somos porque la vida nos ha quitado a los dos lo que más queríamos. Nos dejó vacíos, Lola.

35

El 18 de mayo de 1978, en la Audiencia Nacional, fui a presenciar la derrota de los asesinos de José Luis. Fui a tomarme la revancha. Flaco consuelo. Qué ceremonia más horrible, el escenario de mi fracaso.

No fue fácil entrar en la sala: había una gran cola en la calle Marqués de la Ensenada y en los escalones de la entrada y los grises —bueno, los marrones, a la Policía Nacional le habían cambiado el color del uniforme hacía poco— impedían el acceso a casi todo el mundo. Íbamos Juan hermano y yo por la entrada de público, aunque luego, en mi condición de testigo principal de la acusación, iría a una sala apartada hasta que me llamaran a declarar. Esperaba que nadie me reconociera hasta entonces. Bastante tendría con revivir los momentos peores de mi vida.

Habíamos quedado con Enrique Lerma dentro del edificio de la audiencia.

No habría querido que viniera Juan: era verdad que la mera mención de su nombre me había salvado la vida el día en que los asesinos habían acabado con ella. Pero el resto, su responsabilidad moral en el crimen, me producía repulsión y odio. Odio a los asesinos y odio a mi hermano al que colocaba en la misma hornacina de la degradación.

Hacía más de un año que no le dirigía la palabra. Sin embargo, estábamos seguros de que en los alrededores de la audiencia habría muchos ultras y Enrique Lerma, con su manera sibilina de actuar sin dar razones, había recomendado que Juan me acompañara para protegerme del gentío hasta que estuviéramos dentro; a lo mejor, ojalá, también vino por purgar sus culpas. Nunca se lo pregunté ni entonces quise saberlo.

Chema, en cambio, se había pasado todos aquellos meses intentando que olvidara o, al menos, haciendo lo posible porque primara sobre todos mis recuerdos el hecho de que me había protegido en los peores momentos de aquella noche y me había llevado sana y salva a casa. Pero descarté su altruismo heroico desde el primer momento. Estaba tan rabiosa, tan deseosa de venganza, que no me llame a engaño: sabía que, con su modo patético de intentar dorarme la píldora, pretendía que yo olvidara que era tan culpable como sus compinches de la muerte de José Luis. Estoy segura de que le aterraba que yo pudiera denunciar su complicidad y acabar donde le correspondía, ante los tribunales que iban a enviar a la cárcel al resto de los asesinos. Luego, con el tiempo, me apiadé de él igual que la Pola indultaba a las ratas del campo sin mirarlas siquiera cuando trotábamos por las dehesas de la finca. Mi actitud no era muy coherente con mi deseo de revancha, pero qué se le iba a hacer. Pasados muchos meses, un día en que por fin vino a casa y quiso hablarme y congraciarse conmigo, levanté una mano y dije: «Nunca más». Al menos tuvo la dignidad de callarse sin saber todavía si yo iba a denunciarle.

En la escalinata de la audiencia nos encontramos de pronto apretujados, empujados, zarandeados por el gentío que pretendía entrar a la vista. Pensándolo después, me

pareció que había más patriotas que venían a contemplar cómo se defendían sus héroes que facinerosos llegados para ver que se hacía justicia. A mi alrededor, sobre todo detrás, había hombres de media edad, gordos en su mayoría, con el pelo planchado y oliendo a tabaco negro; tres o cuatro llevaban el bigote fino y trasnochado de los viejos franquistas.

De pronto noté un pinchazo en el costado. Di un respingo y miré hacia atrás; el objeto punzante resultó ser un dedo de uña larga y dura. Me habló una voz malévola y bronca:

—Os vamos a joder a todos, rojos de mierda —dijo—. Esta vez te has librado, puta, pero la siguiente serás tú y te cazarán ésos que ya jodieron a tu chulo. Esos mismos que vamos a poner en la calle para que acaben con vosotros. —Y me puso una mano en el trasero. Poco faltó para que le vomitara encima.

En ese momento, Juan, notando algo raro, se dio la vuelta y gritó:

—¡A callar todos!

Los que estaban a nuestro alrededor lo miraron con sorpresa y fue evidente que le reconocieron porque nadie habló más. Me sentí avergonzada. Miré a mi hermano y me sentí avergonzada.

—Si no se calla usted ahora mismo —intervino en cambio otra voz tranquila, casi amable—, le voy a patear el cuello.

Conocía esa voz inconfundible.

—¿Se encuentra usted bien, Dolores?

—Lola. Me encuentro bien, gracias, Francisco.

—Paco.

—Eso, Paco.

Este intercambio de tonterías contribuyó a calmarme, a aplacar el susto y el temblor de mis piernas.

—¿Alguien más tiene algo que decir? —añadió el capitán Perea.

Me di la vuelta para verle. Enseguida comprendí el porqué del silencio de quien me había insultado y de sus tres o cuatro compañeros. Perea iba vestido de militar del Ejército de Tierra y llevaba una pistola al cinto. Su cara severa imponía mucho. No hay nada como retar a un cobarde.

—No queríamos molestar, mi comandante —dijo uno.

—Me alegro mucho.

—Era sólo una broma —añadió otro.

—¿Una broma, señores? Esta señorita viene a comprobar si se hace justicia con los asesinos que acabaron con la vida de su novio. No es una broma.

¿Cuánto duraría su control sobre los bestias que nos rodeaban?, me pregunté. Había leído en algún sitio que estas situaciones son muy frágiles, muy volátiles, y saltan por los aires al menor cambio de temperatura. Menos mal que Perea tenía costumbre de controlar a masas enfurecidas, me dije. Lo cierto es que me alegré de su presencia vestido de uniforme y deseé que saliéramos de aquella escalera para entrar en la audiencia lo más deprisa posible.

Cuando por fin me llamaron a la sala del juicio, pude ver a mi izquierda el público, compuesto una vez más por gente que se me antojó mal encarada y agresiva. Delante, los acusados. Me dio un vuelco el corazón al recordarlos a todos, muchachotes altos, fuertes, orgullosos, repeinados y atadas a la muñeca pulseras con los colores de la bandera roja y gualda. Daban miedo, tan desafiantes. Comprendí que estaban allí para triunfar, los pobres imbéciles. Algunos de ellos me miraron con desprecio, otros me ignoraron mientras hablaban entre sí, sonriendo e intercambiando bromas.

Noté que me ardía la cara y que, debajo de la oreja izquierda, me latía un pulso violento y acelerado. Me costó un esfuerzo terrible mantener la calma.

Nada de aquello que estaba pasando allí tenía el aspecto teatral y glorificado de las películas americanas, con fiscales agudos y defensores capaces de plantear hábiles trampas dialécticas. Todo lo que estaba ocurriendo en la Audiencia de Madrid era de un aire ramplón, sucio, embrutecido. Los fiscales y los defensores hablaban titubeando, corrigiéndose de forma continua, consultando los papeles que tenían delante una y otra vez, perdiendo el hilo y contradiciéndose. «Vaya espectáculo», pensé. Sólo Enrique Lerma sonreía confiadamente y Juan hermano mantenía la vista apartada de mí.

En las primeras filas de público vi a Miguel, Borja y Marta. Me miraban con aire angustiado e intentaban sonreír para infundirme ánimo.

Revivir el horror de la noche en la que José Luis murió en la plaza de Chueca fue una agonía. Más que una agonía, puesto que lo único que no quería ni podía contar era lo que estuvo presente delante de mí durante toda la vista: la imagen del hijo nuestro que nunca existió, nacido y muerto en nuestras almas aquel día horrible. Y después, ¿qué más iba a decir que no supieran todos los que estaban en la sala?

A preguntas del fiscal, precisadas de vez en cuando por el presidente del tribunal, relaté de nuevo cuanto había sucedido. Lo recordaba tan bien que creo que mi relato repetía casi palabra por palabra el que había contado en muchas ocasiones anteriores. Me temblaba la voz y varias veces tuve que dejar de hablar para aclarármela o beber agua.

Detrás de mí notaba cómo vibraba en el aire la hostilidad, la violencia de los asesinos. Había un murmullo constante

que subía y bajaba de volumen cuando me detenía o el fiscal me preguntaba, con amabilidad, eso sí, por algún punto específico. Era un hombre afable y de modales educados.

Cuando concluí el relato, fue el turno de interrogatorio de los abogados defensores. Había ensayado la respuesta con Enrique Lerma.

—Señor presidente —dije—, me niego a contestar a las preguntas de los abogados de la defensa. Mi relación con José Luis Mendieta es conocida, mi relato de los hechos es el que es y no quiero tener nada que ver, ni favorecer siquiera por casualidad, a los asesinos que acabaron con su vida.

De entre el público partió una exclamación de indignada sorpresa.

—¿Está usted segura, señorita Ruiz de Olara?

—Estoy segura, señor presidente.

Entonces se oyó un grito:

—¡Que conteste la puta!

—¡Sí! —rugieron otros.

—Alguaciles —exclamó el presidente, dando un martillazo sobre la mesa—, expulsen de la sala a aquel caballero —señaló a alguien a quien no fui capaz de ver— y tómenle los datos para que no vuelva a tener acceso en las siguientes sesiones del juicio. Otra intervención más y haré desalojar la sala, de tal modo que el juicio continuaría a puerta cerrada. Señores letrados de la defensa, tomen ustedes nota de que la testigo se niega a contestar a sus preguntas, pero si ése es su deseo, pueden formularlas una a una.

—¡Protestamos, señor presidente!

—Se anota la protesta. Se suspende la sesión hasta mañana.

Y en ese preciso instante, una especie de rugido colectivo hizo que casi todo el público se pusiera en pie. Me di la vuelta para mirar y la mayoría de aquellos energúmenos saludaban brazo en alto y gritaban «¡viva Franco!» y «¡arriba España!». Luego empezaron a entonar el *Cara al Sol*. El *Cara al Sol*, Dios mío.

Por una puerta lateral entraron unos veinte policías y procedieron, en efecto, a desalojar la sala sin contemplaciones. A nosotros, a mí, a Lerma, a Juan hermano y a Miguel, Borja y Marta, nos llevaron por la puerta lateral al pequeño salón en el que yo había estado antes y del que no nos movimos hasta que, según la policía, pudo garantizarse nuestra seguridad.

En el salón, estaban el comandante (¡comandante ya!) Perea y el inspector Gallego. Al ver a este último, me dio una arcada de repugnancia. Empecé a volverme para darle la espalda pero no me dio tiempo. Con un solo paso se plantó delante de mí.

—Señorita Ruiz de Olara —dijo respetuosamente—, nunca tuve ocasión de manifestarle mi pésame por la muerte de José Luis Mendieta…

—Bueno —carraspeé, pero por la furia y no por los nervios —, la última vez que nos hablamos, no sé si lo recordará, inspector, me dijo que a la siguiente que José Luis se metiera en algún lío, dijo usted si no lo recuerdo mal, no lo contaría. No sé por qué está usted aquí. No tengo nada que hablar con usted.

Bajó la cabeza y luego, muy despacio dijo:

—Estoy aquí porque yo fui el que detuvo a los asesinos de Mendieta.

—¿Sí? ¿Qué ha pasado? ¿De pronto es usted un demócrata que defiende las libertades?

—No —contestó con sequedad—, soy lo que siempre he sido, un policía que defiende la ley…

—Cualquier ley, ¿eh?

—… y el orden. En los momentos finales de la vida de Franco, el orden era casi más importante que la ley. Siempre con el riesgo de una guerra civil entre manos, Lola…

—¡No me llame Lola!

—Perdón, perdón. No quería ofenderla.

—Ustedes torturaban, detenían sin importarles la forma, la legalidad o la oportunidad de hacerlo. —Esto no lo dije yo. Fue Borja, que se había acercado a nosotros al ver que discutíamos—. ¿Me recuerda?

—Le recuerdo, señor Ruiz de Olara. Y si no recuerdo mal, a usted le traté con gran respeto y cuidado.

—Gracias a mi apellido y a ser mi padre quien era.

—No, no señor. Lo hacíamos en atención a lo que ustedes representaban para el futuro de este país. A ustedes había que protegerlos, no torturarlos…

—Pocas veces he oído un cinismo semejante, inspector Gallego. Ustedes eran el brazo armado y violento de la dictadura, ustedes querían acabar con nosotros, no franquearnos la puerta hacia el futuro.

—Tal vez. Éramos servidores del Estado —contestó separando las manos con un gesto de resignación—. No éramos filósofos o teóricos de la ciencia política.

—No era cuestión de filosofía —intervine indignada—, era cuestión de respeto hacia los individuos, de respeto a quienes no cometían crímenes sino que simplemente hacían lo que es aceptado en cualquier país civilizado como conducta normal…

—¡Qué cosas hay que oír! —continuó Borja—. Menos mal que empezamos a respirar la libertad y que gente como usted…

—Ya sé lo que va a decir, ya. Me va a decir que debemos ser apartados de nuestra tarea cuando no enviados a la cárcel a purgar nuestros delitos de lesa humanidad…

—No se burle, inspector.

—No me burlo. Todos tenemos pecados que esconder o de que arrepentimos. Pero todos tenemos familia, buscamos trabajo para darle de comer y hacemos nuestro deber lo mejor que sabemos.

—Pues no saben ustedes muy bien. Ustedes no nos defendieron, sólo nos reprimían. Ahora, en esta España libre no necesitamos de sus servicios.

—¿No? ¿Y dónde van a encontrar quienes los protejan y defiendan?

—Donde no estén los que cantan el *Cara al Sol* —dijo Borja haciendo un gesto con la cabeza para señalar la sala del tribunal de la que acabábamos de salir.

—Ésos son vulgares asesinos, señor Ruiz de Olara. Yo no. Tan vulgares asesinos, por cierto, como los etarras —me señaló con un dedo—, a los que pertenecía José Luis Mendieta.

—¡No se atreva a mencionar su nombre! —grité.

—No lo volveré a hacer porque el pobre Mendieta seguro que no merecía la muerte… Bien pensado, tampoco la merecen aquéllos a los que asesinan los terroristas…

—Váyase, por favor.

—Me voy. Pero, por favor, recuerden lo que les digo: pase el tiempo que pase y seamos lo que seamos los defensores de la ley, franquistas o demócratas, ETA será siempre una pandilla de asesinos. Y acabaremos con ellos como sea…

—Fuera de aquí —dijo Perea de modo perentorio.

—Me voy. Lo siento.

Gallego bajó nuevamente la cabeza, se dio la vuelta en silencio y salió del salón. Llevaba la misma gabardina de

siempre.

Veinticinco años después, el 29 de diciembre de 2003, día en que el juez Maroto me había citado por segunda vez, me tocó revivir la pesadilla. Una sala de tribunal, una nube de fotógrafos esperando fuera, gritos llamando la atención de unos y otros, vendedores ambulantes mantenidos a raya por la Policía Nacional, rateros, trileros, gitanos, mujeres con el pelo oxigenado y las raíces negras asomándoles por debajo de la permanente, hombres peinados con mugre e intentando con sus trajes sucios pero cuidadosamente abotonados aparentar lo que no eran; hacía un cuarto de siglo que me había jurado no volver a padecer esa corte de los milagros. Me revolvía el estómago siquiera pensarlo. Y aquí estaba de nuevo. Nunca cambiaba el decorado; tampoco los comparsas. Sólo los actores principales.

—No voy a tener más remedio que imputarla, doctora Ruiz de Olara —dijo el juez Maroto, mirándome derecho a los ojos.

Me sonó como una sentencia de muerte. Se me secó la boca y mi corazón se puso a latir como un caballo desbocado. Me entró miedo. Miré a Enrique Lerma; tenía el ceño fruncido pero sonreía, con su sonrisa algo mecánica y la mirada inescrutable detrás de sus gafas de concha negra.

—¿De qué le va a imputar, señoría?

—El delito, de ser probado, sería homicidio doloso, letrado. No me interrumpa. Es la única imputación que cabe en un tema como éste. La doctora privó de la vida al pequeño Dimas o no le privó de la vida. En el primer supuesto, lo hizo deliberadamente. Es decir que se trataría de un caso de eutanasia. Lo hizo, si es que lo hizo, a sabiendas de que el niño moriría de resultas de su acción terapéutica. Que sea usted imputada no quiere decir que

sea culpable de nada, sino simplemente que es usted parte integrante de este procedimiento en el que su participación tiene a nuestro entender indicios claros de delito. Deja usted, por consiguiente, de ser testigo como hasta ahora. ¿Ministerio fiscal?

—En el supuesto de haberse producido una eutanasia —dijo el fiscal—, no habría habido intención de curar sino, antes al contrario, de acabar con una vida, independientemente de que ello resultara de una acción caritativa por haberse apiadado la doctora del sufrimiento del paciente. La ley no lo permite. Es así de sencillo. Homicidio doloso. Aunque es algo pronto para afirmarlo sin ambages, como dice el señor juez, hay indicios suficientes para llevarla a juicio.

—Pero, señoría, respetuosamente le señalo que en mi opinión no existen esos indicios suficientes del delito que se imputa a mi cliente.

—Sí que existen —interrumpió el fiscal—. Debo estudiar todo el caso de nuevo, sopesando las declaraciones de los testigos y evaluando las pruebas realizadas, pero, prima facie, hay más que indicios racionales de delito y en mi opinión, debe irse a juicio.

—Tiendo a estar de acuerdo con el fiscal —prosiguió Maroto como si no hubiera oído a Enrique—. Hay suficientes cabos sueltos, suficientes extremos opinables, suficientes indicios, aun cuando remotos, de delito para que esta cuestión tenga que ser dirimida en un juicio penal.

—Perdone, señoría, pero creo que a lo largo de estas sesiones de instrucción se ha acreditado el *animus sanativo* de la doctora, no sólo en su disposición moral o profesional, sino también en el manejo prudente de los fármacos utilizados en el cuidado del pequeño Dimas. No puede

olvidarse que el enfermo estaba en fase terminal y que su muerte era cuestión de días, si no de horas.

Maroto titubeó. Fue un segundo sólo, pero me pareció que no estaba tan seguro de mi culpabilidad como aparentaba. Y añadió:

—Entiendo bien sus argumentos, letrado, pero me parece que por ahora la cuestión suscita el suficiente número de dudas como para ser resuelta en un juicio con plenas garantías hacia su cliente.

—Un caso basado en suposiciones indemostrables que se apoyan en una denuncia anónima, por más que tanto mi cliente como yo estemos seguros de quién es su autor… o autora.

—Un momento —dijo el juez levantando una mano para interrumpir al fiscal antes de que volviera a hablar—. La autoría del anónimo es irrelevante a los efectos de un posible delito porque el delito, si existe, no es privado sino público, es decir, no requiere denuncia. Por otra parte, es bien cierto que la doctora Ruiz de Olara ha satisfecho muchas de mis inquietudes en torno a su actitud profesional, pero, debido a las especiales circunstancias del caso, no estoy suficientemente convencido de que haya respetado con total escrúpulo todas las cuestiones de deontología médica. No, no, señor Lerma. Debo imputarla. Insisto en que esto no quiere decir que tenga opinión sobre su culpabilidad… pero todavía debemos concluir la instrucción.

—Pero pone usted una sombra de sospecha sobre su conducta, suficiente para comprometer el futuro de su carrera.

—Lamentablemente es así, lo reconozco. Pero mi función es proteger la vida de niños enfermos y hasta que la justicia

no esté satisfecha, no tengo más remedio que mantenerla apartada —me miró— de sus cometidos.

Eso me recordó las palabras de mi maoísta favorito, «¿cómo puedo saber que no te vas a dedicar a matar niños?», y me soliviantó.

—¡Señoría, la duda me ofende gravemente!

—Eso es una falta de respeto —dijo el fiscal.

—La misma que la de ustedes hacia mí. De modo que estamos empatados.

Me pareció que el juez Maroto esbozaba la sombra de una sonrisa.

—Está bien, está bien —intervino Lerma—. No puedo sino mostrarme en desacuerdo con su decisión, señoría. Se está comprometiendo la figura de una profesional respetada… más que respetada, sin que haya evidencias de un delito que, desde luego, no ha cometido. Recurriremos su auto de imputación, señoría.

—Entiendo bien su preocupación, letrado. Por supuesto, me gustaría que todos los actores sociales respetaran el principio de inocencia del reo hasta que se demuestre su culpabilidad. Pero… estamos en un mundo imperfecto y no tengo otro modo de aplicar la ley de manera que resulte menos lesiva para los intereses del imputado, que no culpable. De todos modos no me ha parecido que la doctora haya sido muy terminante a la hora de explicar las pautas de los fármacos utilizados en el cuidado de sus enfermos terminales. Así lo haré constar en mi auto justificativo de la imputación, letrado.

Sin dejar de sonreír, Enrique separó los brazos con las manos abiertas, como queriendo decir «y ahora, ¿qué?».

—Doctora Ruiz de Olara: le imputo de un delito de homicidio doloso, imputación que haré efectiva en el correspondiente auto. Cuando el fiscal haya concluido la

instrucción elevará sus conclusiones provisionales a definitivas y las transmitirá a la Audiencia Provincial para que ésta fije en su caso fecha de iniciación del juicio. Mientras tanto, queda usted en libertad sin fianza y con la sola obligación de mantenerse localizable en todo momento.

Fue peor que una condena. En boca de aquel juez, ’imputada’ equivalió a ’culpable’. ¿Cómo iba a vivir, con qué carga horrorosa, hasta el día del juicio? ¿Y después? ¿Me iba a seguir sintiendo inocente después? ¿Y qué quería decir inocente? ¿Inocente porque había dejado que muriera Dimas porque así lo decidía su enfermedad? ¿O inocente porque hubiera decidido acabar de una vez con su sufrimiento? Dios mío, Lola.

—Bueno, Lola —dijo Lerma, cuando ya habíamos bajado la escalinata hacia la plaza de Castilla—, te ha dejado en libertad sin fianza. No te ha mandado a la cárcel… —Sonrió y se frotó las manos.

—… Sí, claro, podría haberme mandado directamente a la guillotina sin pasar por la salida… —me interrumpí de golpe porque detrás de una nube de fotógrafos y cámaras de televisión que se disponían a asaltarme sin que yo tuviera tiempo de reaccionar y protegerme, estaba Marta, radiante como siempre y guapísima, pero con ojos contritos y esperando una señal mía, mi permiso, para acercarse. Me pillaba cansada y sin reservas para el rechazo.

Las dos éramos pasto ideal para las revistas del corazón.

Me incliné hacia Enrique Lerma y le susurré al oído:

—Dile a Marta que nos vemos luego. Por favor.

Y detrás de Marta estaba papá. Había venido desde Villaurbina esa misma mañana para estar junto a mí si el juez me enviaba a prisión. ¡Pobre papá! Había venido a consolarme: el fracasado de esta familia sustentando a la

hija fracasada. Los dos únicos. Vaya. Lo vi pálido y envejecido.

Haciendo caso omiso de la prensa, bajé hasta donde estaba y me refugié en sus brazos.

—Pobre niña. No ha ido muy bien, ¿verdad?

—No.

También habían venido Juan, Miguel, Javi, Clara la finísima y Oleguer, todos a hacer pina. Vi que Marta, después de cruzar unas palabras con Enrique Lerma, se apartaba de nosotros y se dirigía hacia la parada de taxis. Hacía dieciocho años que no la veía. ¡Cómo me había faltado!

Todos la habían ignorado. Como si no existiera. Sólo Miguel, cuando ella se iba y miraba desde la ventanilla del taxi, le hizo un gesto con la cabeza.

—Dime una cosa, Enrique. ¿Con cuántos años de cárcel se castiga el homicidio doloso?

Lerma sonrió y se frotó las manos.

—De diez a quince años.

Guardé silencio un momento. Se me había puesto la carne de gallina. Me volví hacia Enrique:

—Al que mató a José Luis le cayeron cincuenta.

—Aquello era asesinato, Lola, asesinato con todas las agravantes que se te ocurran.

—Me pareció poco tiempo para lo que hizo. Y ya está en la calle desde hace ocho años.

—Ya. Piensa de todos modos que diecisiete años de cárcel acaban con la resistencia del más fuerte. Su vida se ha acabado.

—Me pareció poco tiempo, letrado. Y él seguro que tenía a su novia de entonces esperándole en la puerta de Alcalá Meco. A mí no me esperará nadie y José Luis, menos que

nadie. Dime una cosa. Si me condenan, ¿cuántos años pasaré encerrada?

—Dos, dos y medio, no más.

—¿Lo bastante para acabar con mi resistencia?

—A ti no te doblega ni Stalin, compañera.

36

La boda de Borja y Marta en 1979 fue tan esplendorosa como su divorcio.

Borja había terminado la carrera de arquitecto pocas semanas antes del verano de 1978 con uno de los expedientes más rápidos y brillantes de la escuela de Madrid. No, si éramos una pandilla de genios, nos dijimos en la celebración de Borja y su título. (El chiste del día siempre fue que Pili era un genio porque había conseguido empaparse de las recomendaciones del doctor Spock sobre los bebés sin saber leer). Cenamos en Casa Lucio, el único lugar de España en donde los huevos estrellados, la escarola y la merluza a la romana son estupendos sin excepciones. Lucio, además, por aquello de que papá y mamá se habían unido a la fiesta, nos puso la mesa de la esquina del comedor de abajo, con lo que los comensales que nos rodeaban oscilaban entre callar y escuchar las tonterías que decíamos o levantar la voz para que sus amigos pudieran oírles. Estuvo muy bien.

Al final de la cena, Borja dijo de pronto:

—Marta y yo hemos decidido casarnos.

Hubo un silencio.

Después, creo que fue Miguel el que dijo «¡cojones!», eso sí en voz baja. Estaba sentado a mi lado y me pareció oírlo

con nitidez, pero a lo mejor había sido el vino. Miré a mamá por ver su reacción a la palabrota, pero ella estaba con la boca abierta sin atender a nada más. Lo cierto es que no entendí de qué se sorprendían.

Borja añadió:

—Preferiríamos no hacerlo y vivir en pecado, que es muy divertido, pero mamá se pondría de rodillas a rezar el rosario con Javi impartiendo bendiciones y le acabaría dando un infarto.

Hubo un aplauso general, algún silbido de entusiasmo y yo me incliné hacia Marta que estaba a la izquierda de Miguel y le apreté la mano.

—Qué bobadas podéis llegar a decir. —Mamá nos miró a todos para llamar nuestra atención y hacernos callar, lo que siempre conseguía, y continuó—: Nos hacéis muy felices, hijos, y vais a ser la pareja del año, con lo guapos y simpáticos que sois.

—En realidad —añadió papá—, nos lo barruntábamos desde hace tiempo. Hace años que Marta es como de la familia, más que de la familia, una hermana vuestra más. Nos hemos acostumbrado tanto a tenerla en casa que nos sorprendería verla irse con otro. ¿No?

—Pues sí —dijo Miguel—. Marta es propiedad colectiva. Por cierto, que las reglas de la nobleza castellana vieja, que es la nuestra, imponen que todos los hermanos tengamos derecho de pernada sobre ella.

—Venga —dijo Marta—, ¿quién va primero?

—¡Qué disparate! —exclamó mamá.

—A mí no me metáis en el lío —se defendió Javi hermano, que estaba a punto de cantar misa.

—Para una vez que lo podrías catar… —sugirió Miguel.

—Basta, Miguel, que eres más bruto… y no creas que no te he oído antes. No. Un poco de seriedad. ¿Cuándo queréis

casaros, Marta?

—Bueno, Carmina, hemos pensado que el próximo verano. Así me da tiempo a terminar la carrera y nos tomamos las cosas con calma.

—¿Y la pedida?

—No sé, nos da igual.

—Bien, ya lo decidiremos. Este otoño tal vez, ¿no?

Los dos se encogieron de hombros a la vez. No parecía que nada de esto les quitara el sueño.

—He pensado que podríais casaros en San Fermín de los Navarros y luego hacemos la cena en Puerta de Hierro.

—¡Jo, mamá! Qué pelmacería —intervino Pili de pronto. Nunca se sabía por qué interrumpía y qué dictaba sus exabruptos. La estupidez, probablemente—. Otra vez en Puerta de Hierro es un rollo patatero, mamá. —El pobre Perico bajó la mirada con resignación, pensando tal vez en lo que se había aburrido en su propia boda en el mismo lugar. Pero por una vez todos estábamos de acuerdo con Pili.

—Os vamos a quitar el problema, mamá. Nos vamos a casar en junio del año que viene en la capilla de Villaurbina y vamos a hacer un fiestón en la pradera…

Mamá se quedó muda de la sorpresa.

—… Si nos dejas la casa, claro.

—Claro…, claro. Cómo no os voy a dejar la finca. Estáis seguros, ¿no? Tengo que llamar a tus padres, Marta. ¿Y cómo vamos a invitar a toda la gente? ¿Dónde los alojamos?

—Bah, mamá, en Zamora, en el hotelillo de Villaurbina, en Valladolid… hay millones de sitios.

—¡Buf! Qué revolución.

—¿Sabéis qué? —dijo Marta de pronto.

—¿Qué?

—Que a Borja —le agarró la mano— le han ofrecido su primer proyecto.

—¡Qué maravilla! —dijeron unos.

—¡Fantástico! —exclamaron otros y hubo más aplausos.

—¿Y qué es? —preguntó papá.

—La bodega Viladomat en San Sadurní de Noya.

—¡Pero eso es de la familia de Clara y Oleguer…!

—Claro… de su padre.

—¿Cómo, la bodega de Cava Viladomat?

—Pues eso, Juanito —explicó Marta—. El viejo Pere Viladomat está harto del edificio de la Casa —puso acento catalán—, que es un aborrecimiento modernista sin gracia. Me parece que fue Clara la que le enseñó el proyecto de fin de carrera de aquí, mi genio, y le encantó. Y le ha llamado para que vaya a su masía del Ampurdán a explicárselo y a convencerle. Lo han llamado para la semana que viene.

—¡Pero eso es maravilloso…!

—¡Cómo va a encargarme nadie a mí, un arquitecto recién salido del horno, un edificio de esa importancia! Por Dios, Marta.

—Tú déjanos que nos ocupemos de eso. Viladomat es como es. A pesar de sus años, es un tío joven, lleno de ideas y con mucho, mucho dinero. ¡Si es el que más cava vende en el mundo! En fin, tiene de todo y la idea de una bodega rompedora, ultramoderna, le seduce más que nada. ¡Pero si conduce un Maserati! Y no lo hace para ligar, dicen sus hijos, aunque podría.

—Y yo qué sé, más de sesenta, pero es tan estupendo que le podría poner los cuernos a Borja. Cuando él quisiera.

—Venga Marta, no digas sandeces.

—No, tonta, no va a pasar, pero vaya tentación. Espera a conocerlo. Le he dicho que tiene que venir a nuestra boda.

Vino a la boda un año después.

El 20 de junio de 1979 hacía un día maravilloso, con el cielo de Castilla limpio y azul, una mañana calurosa de las de primavera tardía y jugosa. En la gran extensión de hierba el sol calentaba con fuerza. Los invitados, recién llegados en sus coches, se acercaban despacio hacia la casa, para saludar a los anfitriones y seguir hacia el interior a ocupar sus sitios en la capilla. Los hermanos se habían colocado para recibirlos en el patio al lado de la gran fuente. Mamá y papá estaban algo más atrás, papá increíble en su uniforme de embajador, con una sola condecoración alrededor del cuello, la gran cruz del mérito civil. La Chispa, a sus ocho años cursilísima con un vestidito de seda azul celeste y el pelo sujeto con lazos que parecían mariposas, estaba preciosa y correteaba de un lado para otro, riendo y brincando. Siempre igual esta disparatada, como unas campanillas.

Cubierta de flores blancas y ramos de lirios y rosas, la capilla de casa era un espectáculo. El gran tríptico de Van der Weyden, solo en el ábside, iluminado por grandes antorchas, relucía como si hubiera ocupado un lugar de honor en el principal de los museos. Mamá había quitado sitiales y reclinatorios para ganar espacio y había puesto bancos estrechos de madera por ver de acomodar a todo el mundo. Tarea imposible, por supuesto. Un tercio de los invitados tuvo que quedarse en el claustro y seguir la ceremonia de puntillas y, más de uno, fumándose un pitillo.

Me había pasado la mañana ayudando a vestir a Marta, tarea nada fácil con su madre moviéndose nerviosa y complicando las cosas. Yo intentaba calmar a la novia mientras sus hermanas daban saltitos a su alrededor, al tiempo que la peinaban, y le daba besos en la frente para aligerar sus nervios. Le decía la primera tontería que se me

pasara por la cabeza: «¿Y si no me caso?», preguntaba ella. «Nos fugamos tú y yo», le decía, «y armamos el escándalo padre». La tata contemplaba la escena enternecida, paseando la mirada de Marta a mí y de mí a Marta; supe perfectamente lo que pensaba, que yo debería de haber sido la novia ardiendo de amor, la que se colocaba el velo y lo ajustaba a la diadema. La miré y le sonreí y ella me devolvió la sonrisa con ojos de tristeza.

Cuando Marta estuvo lista, de un cajón de la cómoda saqué una liga de encaje blanco y se la di. Sonrió con picardía y levantándose delicadamente el vestido, la pasó por el zapato y se la subió hasta el muslo. Acercó su cara a la mía y murmuró: «No todo van a ser rezos y bendiciones de Javi».

Javi, que acababa de cantar misa apenas un mes antes, era el encargado de bendecir la ceremonia, por supuesto.

Fuimos por el claustro andando despacio, Marta del brazo de su padre. Yo le arreglaba la cola y se la recolocaba hasta que eché el guante a la Chispa y conseguí ponerla delante de Marta sin que se le cayera el ramillete de flores.

Cuando entramos en la capilla hubo un «¡oh!» de admiración. «¡Qué novia!», exclamó alguien. Todos se pusieron en pie para verla mejor. Al pie del altar esperaban los mellizos, cura y novio, y se me hizo un nudo en la garganta al verlos tan emocionados.

Creo que la ceremonia fue como todas las ceremonias en las que se casan dos personas enamoradas, sólo que yo sabía que, debajo de la elegancia formal del chaqué y la seda blanca, bullían dos espíritus impacientes y dos cuerpos llenos de calor. Fue estupendo estar en el secreto. También fueron bellas las palabras de Javi, las primeras pronunciadas como cura, los primeros consejos de amor impartidos por un

hermano amante, los primeros deseos de felicidad no sólo espiritual sino terrenal. Fue maravilloso presenciarlo.

Le conocí al instante. Por las descripciones de Marta sabía que era alto y erguido. Tenía el pelo canoso con grandes entradas en la frente, la cara surcada por los años y la intemperie; le salían de los pómulos hacia abajo dos arrugas profundas, como si el tiempo le hubiera esculpido un marco para su nariz tan fuertemente pronunciada. Lo único que no me esperaba, porque Marta no la había descrito, era su mirada; azul y directa, apenas si la disimulaban unas grandes ojeras oscuras. Y su sonrisa. Bueno, como decía Marta, un tío atractivo a pesar de la edad.

Enseguida se acercó a mí.

—Tú eres Lola.

—Soy Lola. ¿Cómo lo sabes?

—Uno de los privilegios de la edad, y la mía es considerable, es el de apreciar la belleza en lo que vale: un nenúfar de Monet, un Giacometti, un purasangre a galope tendido, un Miró, una mujer hermosa… Menos la mujer hermosa, tengo todo lo demás.

—¿Me estás diciendo que soy coleccionable?

Rió de buena gana.

—¡No! Tu belleza consiste en que eres libre, creo yo. Coleccionada, te consumirías.

No sé lo que provocó mi falta de pudor, mi descaro, el inmediato deseo de coquetear. Tal vez la diferencia de edad que al principio me infundió la falsa seguridad de sentirme protegida. Este hombre era cuarenta años mayor que yo. Por lo menos.

—Hola —dije.

—Hola —contestó. En ese instante se nos acercaron Clara finísima y Oleguer. Iban espectacularmente guapos.

—Veo que papá se ha presentado sin necesidad de ayuda —dijo Clara.

Los invitados eran más o menos doscientos o, lo que es lo mismo, decía Miguel, «la cosa se nos ha ido de madre». Daba igual. Los novios tendrían su boda en la pradera. Frente a los ventanales del gran salón, mamá había mandado instalar una gran carpa abierta a la *pelouse* bordeada por los enormes castaños y los parterres de flores de primavera. Dentro habían sido montadas una veintena de mesas redondas y otra alargada para los novios, los padres y algún testigo más. Yo había pedido a papá que invitara a Adolfo Suárez —aún le debía la conversación telefónica de cuando el asesinato de José Luis y quería ver cómo era de cerca— y el presidente había aceptado, igual que el ministro de Asuntos Exteriores, Marcelino Oreja.

Dejando a los Viladomat, me acerqué a Suárez para saludarlo con cierta timidez y él me dio dos besos.

—¡Lola! Hacía tiempo que quería saludarte…

—… Y yo agradecerle su llamada.

—Trátame de tú, por favor. Me alegré de que cazaran a aquellos asesinos y todavía más, de las condenas que les cayeron.

—Gracias… eh… presidente.

—No tiene importancia. Si no os amparamos a vosotros que sois el futuro, ya me dirás para lo que servimos los viejos. Juanito, ven, ven —añadió, viendo que se acercaba papá. Mientras saludaba, Suárez me mantuvo sujeta por el codo.

—Presidente —dijo papá.

—Hablando de viejos… Aquí viene Viladomat. Cataluña ha bajado al centro, estamos salvados. Hola, Pere.

—Adolfo.

No me pareció que hubiera entre ambos más simpatía que la estrictamente necesaria entre dos adversarios políticos, pero enseguida se apartaron de nosotros y se pusieron a andar por entre los árboles hablando animadamente.

—Míralos —dijo Clara—, no se soportan y no pueden estar los dos en un sitio sin pasarse horas discutiendo.

—¿De qué?

—De lo que pasa en España, de la independencia de Cataluña, de los militares y sus amenazas… escoge un tema cualquiera y los tendrás discutiendo horas.

Mamá había hecho venir a Cortés hasta Villaurbina: Jockey serviría la comida. (Lo único que pedí como favor fue que el primer plato fuera la ensalada de langosta con salsa rosa; me encantaba).

Edmundo Ros y su orquesta animarían la fiesta, más que la animarían, con su ritmo latino. Lo que no impidió que tocaran un vals algo *brass band* para que papá sacara a bailar a Marta. Considerando que le había enseñado él, hacían una pareja estupenda. También papá y mamá eran maravillosos bailando y, aunque mamá siempre se resistía, aparentando que bailar era una frivolidad poco acorde con los tiempos, sus movimientos eran sensuales y cálidos. Con ella, papá siempre cerraba los ojos. Vi que Oleguer seguía el baile de ambos con intensidad, sin despegar la vista de la cintura de mamá. Era una mirada completamente ensimismada, perdida en la contemplación. No sé si impertinente.

Después de cenar, en una de las mesas cercanas a la pista de baile nos pusimos los de siempre: Miguel, Clara, Oleguer, esta vez Javi y el pobre Perico, que por algún milagro había conseguido zafarse de Pili, y yo. Después de haber pasado la sobremesa con mis padres y con Adolfo,

Marcelino Oreja y Enrique Lerma, Pere Viladomat se acercó hasta donde estábamos, «¿dejáis que un viejo se siente con vosotros?». «Claro», dijimos a coro. La única silla libre era la que estaba a mi lado. Vaya por Dios. Se sentó. A unos metros de distancia, Marta, que ahora bailaba una *bossa nova* con Enrique Lerma, me miró y levantó una ceja.

Detrás de ellos bailaban, y de verdad que con buen ritmo, Javier Rosales y la babosa Marugán. Recordando su tristeza hacia mí y su compasión después de la muerte de José Luis, insistí en que fuera invitada. Era lo menos que se podía hacer por ella, que llevaba años rabiando con complejo de inferioridad.

—Vale —dijo Miguel—, para que por una vez vea cómo vivimos los demás y cómo está ella de desclasada.

—¡Hale! —dijo Marta—, eres una víbora; un día te muerdes la lengua y te envenenas.

—Bueno, para que no se sienta sola, propongo que invitemos a Javier Rosales, líder maoísta.

—Que también venga José María Escrivá —añadió el pobre Perico, con una repentina maldad punzante que le desconocíamos.

—¡Hala! Otro perverso —intervine, añadiendo con elaborada caligrafía los nombres de los tres a la lista de invitados.

Y así fue cómo vinieron Lidia y Javier a la boda de Marta.

Al día siguiente nos encontramos desayunando tarde los que quedábamos en la casa. Serían las doce del mediodía y allí estábamos, sentados a la enorme mesa de granito que había en el exterior del gran salón, los hermanos, Clara y Oleguer y el padre de ambos («Huy, huy, huy», pensé, «y yo con estas pintas… ¿y por qué me preocupo por lo que pueda pensar de mí un vejete?»), papá y mamá y la Chispa, que

esta mañana se había levantado muy modosita y que estaba sentada a la mesa con cara de sueño. La tata le había hecho una trenza espesa, rubia como una cascada de oro; estaba preciosa.

—¿Quieres que te haga una? —me preguntó la tata.

—Ni hablar.

—Sí, sí —gritó la Chispa—, que se la haga, que se la haga.
—Pero no me dejé.

Los novios habían salido pitando un par de horas antes rumbo a Francia: iban a dormir a Eugénie-les-Bains, el balneario que había puesto de moda la emperatriz Eugenia de Montijo en el siglo pasado y que ahora regentaba uno de los grandes cocineros del mundo, Michel Guérard. «Pienso pasarme dos días comiendo y follando», me dijo Marta cuando planeaban el viaje de novios. Las dos soltamos una carcajada. «Glotona». Apenas si pude darle un beso cuando se subían al Alfa Spider regalo de boda de los padres de Marta.

También los padres y las hermanas de Marta acababan de marcharse en dirección a Madrid.

De modo que a los demás sólo nos quedaba hacer el vago. Oleguer pidió permiso para ir al *office* a preparar Bloody Marys para todo el que los quisiera tomar. «Siempre lo receto para las mañanas de resaca», explicó. «Sólo faltan unos huevos Benedict para que esto se convierta en un *brunch* neoyorquino», dijo papá entonces. Mamá, que estaba de excelente humor, añadió: «Bueno, está Flor, que nos los puede hacer en un santiamén». Pero estábamos aún tan llenos de lo mucho que habíamos comido el día anterior que nadie quiso.

—¿Quién viene a darse un paseo? —preguntó papá—. ¿Pere?

—No, no. Te agradezco el ofrecimiento, pero me quedo leyendo al sol.

—¿Alguien?

—Me quedo para acompañar a Pere —dijo mamá.

—Yo voy.

—Claro, Lola va, no va a ir…

Los demás se apuntaron todos. Los mozos de cuadras ensillaron caballos para Miguel, Javi, Clara, Oleguer, la Chispa, que ya montaba que se las pelaba, Pili la analfabeta, el pobre Perico y Juan hermano. Y naturalmente para mí, la Pola y para papá, el Jeque. Mamá dijo que bajaría con Viladomat hasta los viñedos en Land Rover y que allí nos encontraríamos para tomar un caldo y jamón. Charo se quedaba cuidando de los niños.

Con el monte y las dehesas húmedas y la tierra blanda del deshielo, los caballos iban encantados, brincando y galopando. Fuimos muy arriba, a galope corto y a veces a galope tendido. Clara montaba con elegancia a la inglesa; me gustó mucho cómo lo hacía.

Al cabo de un rato largo, papá se puso al paso e hizo que el Jeque girara para encaminarnos hacia los campos de mies y los viñedos que ya llevaban florecidos desde abril. Y aunque faltaban un par de meses para su maduración, ya se veían las vides sanas y jugosas, brotando con fuerza. «La cosecha de uva será buena este año», dijo Juan cuando se puso a nuestra altura.

Mamá y Pere nos esperaban allí, al pie de los grandes viñedos que ondulaban al sol. Acababan de llegar tras pasar por la villa romana. A Pere Viladomat le habían interesado mucho la construcción, los mosaicos, que eran verdaderamente fantásticos, afirmó, y cómo iba quedando la interminable restauración. Le había parecido muy similar a Ampurias, el puerto romano cercano a su masía del Alto

Ampurdán, aunque cuando lo visité, estuve segura de que nuestra villa daba sopas con honda a su puerto. No se lo dije.

—Es espléndida —exclamó—, la villa es espléndida... Oye Juan —cambió bruscamente de asunto—, tú te ocupas del vino, me ha dicho tu madre, ¿no? Buenas viñas éstas. Me dicen que este año la uva verdeja en Rueda viene estupenda.

—Sí. Hemos tenido un invierno no demasiado extremo y pudimos plantar en febrero con la tierra ya descongelada. Será una buena cosecha.

Por el rabillo del ojo vi cómo Pere y Oleguer cruzaban sus miradas con algo parecido a un guiño de complicidad. No le di mayor importancia.

37

Un año después supe la razón. A finales de junio de 1980, durante un viaje de vacaciones de papá y mamá desde París, Pere y Oleguer coincidieron con ellos en Madrid y vinieron a almorzar a casa.

Era la primera vez que mamá invitaba a Pere en Serrano y cuando me lo dijo, me dio un latido en el estómago. Pensé dejarme de tonterías y no estar en el almuerzo. Pero luego me pudo la curiosidad coqueta y le dije a mamá que tenía un par de horas para escaparme del hospital y que iría a comer.

Cuando llegué a casa ya estaban allí los dos Viladomat, padre e hijo, guapísimos los dos, con sendas copas de champán en la mano (una maldad de papá: el cava le parecía una sidra intragable). Se levantaron los dos para saludarme y los dos me dieron el consabido beso en la mejilla. Pere olía muy ligeramente a Eau Sauvage. Buf, pensé.

Contrariamente a lo que ocurría con cualquier otro invitado, la reacción de Pere al saloncito de las pinturas fue curiosa: miró los cuadros, especialmente el Nonell, el Anglada Camarasa y el Turner y luego, en el comedor, los dos Goyas, sin hacer comentario alguno. Parecía escrutarlos como si quisiera descubrirles algún fallo que revelara que

eran copias o que eran de peor calidad que los cuadros de su propia colección en Barcelona (Clara me había dicho que era espectacular) o que la costumbre le hubiera hecho indolente frente a la belleza o alguna cosa así, y nunca dijo que le gustaran o que le impresionaran. No era cierto, claro: le gustaban como si se hubiera sentado en un museo y contemplara aquellas obras de arte, o la *Venus del espejo*, por ejemplo (me dije antes de morderme los labios), con el placer silencioso de un amante del arte, de un esteta que estuviera dispuesto a confundir un lienzo con una piel.

Sonrió y levantó su copa. Meses más tarde, cuando lo conocía mejor, comprendí que estaba devolviendo, irónico, la maldad de mi padre.

No sé cómo sucedió, pero todo el almuerzo pareció tener lugar en dos planos bien distintos. Uno, el general, el amistoso de todos con todos, de la simpatía y la charla amable; y otro, el del sobreentendido entre Pere y yo. Él no dijo nada ni sugirió nada en ningún momento, tanto que pensé que debía de estar algo pimplada y que eran imaginaciones mías. Sin embargo, sabía que no era así.

—No sé cuánto más va a poder resistir Adolfo Suárez —dijo Pere—. Sus compañeros de partido le están haciendo la vida imposible. No se puede gobernar así cuando hasta tus propios correligionarios te hacen la cama mientras los militares conspiran contra ti y hasta el rey te da la espalda.

—Ya —contestó papá—. Y por si fuera poco, ETA atenta y mata sin dar tregua. —Todos me miraron, algunos con más disimulo que otros. Se hubiera dicho que lo hacían porque era la experta, la única que sabía algo de ETA y su mundo. Ya, experta en duelos propios. Suspicacia mía, supongo—. La situación se está volviendo imposible. ¿Y en tu tierra? ¿Qué hace Cataluña?

Pere sonrió.

—Nada, Juanito. Estamos tranquilos. Aún no se nos ha pasado la resaca del «*ja soc aquí*» y estamos tan contentos que el viejo Tarradellas se maneja sin dificultad. Todo el mundo está dispuesto a pasarle todo. Tiene su *hereu* y…

—… ¿Pujol?

—Sí, claro. Vamos hacia una etapa larga de tranquilidad, mientras —sonrió—, le sacamos a Madrid todo lo que se nos antoja a base de estimular vuestro sentimiento de culpa. Pero sois vosotros, sobre todo, los que tenéis que alejar el espectro de un nuevo golpe de Estado…

—¿Los militares? ¡Qué va, Pere! No tienen fuerza.

—Sí que la tienen. Franco está aún caliente en su tumba, Juanito, y eso inspira los peores resentimientos en quienes querrían haber sido sus herederos y no lo han conseguido… de momento. Este vino es un Marquesa de Villaurbina, ¿no?

—Sí —contestó mamá—. De la cosecha del año pasado.

—Pues es espléndido, tiene un aroma muy fresco, con mucha fruta detrás… —Levantó la copa hacia la luz para mirar sus reflejos dorados. Luego se la volvió a acercar a los labios y dio un sorbo—. ¿Me equivoco o hay un retrogusto a hinojo y a heno?

—No —intervino Miguel—, no te equivocas. Es así.

—Pues está muy bien. Es el mejor Rueda que he tomado nunca.

—Viniendo de Pere Viladomat, es un cumplido muy serio, —intervino Juan, encantado de que alguien le reconociera el trabajo que estaba haciendo en la bodega.

—No es un cumplido, Juan. Es lo que hay. ¿En qué proporción mezcláis la uva verdeja y la sauvignon blanca?

—85/15.

—Sí, es verdad. —Me dio la sensación de que estaba perfectamente al tanto—. Me lo han dicho mis gentes en San Sadurní. Como sabéis, nosotros hacemos un blanco en el

Penedés a base de uva xarello que está muy bien y es muy suave, pero, aunque esté mal decirlo y resulte poco nacionalista —le brillaron los ojos con la travesura—, me gusta bastante menos que este Rueda. —«Tiene que estar mintiendo», pensé—. Claro que el Penedés es una mínima parte de nuestra producción…

—Ya —dijo mamá—, lo importante es el cava.

—… O sea que, siendo poca cosa, no importa mucho que sea peor que el vuestro.

Reímos todos. Pere me miró muy brevemente, como la ráfaga de un faro en un promontorio.

—¿Y qué tal se porta nuestro arquitecto? —preguntó papá.

—No sé quién saldrá ganando más, si Borja con la publicidad que el proyecto le está dando o yo con un edificio que está quedando muy bien. La construcción va un poco más despacio de lo que querríamos, pero va… Lo extraordinario de todo es que, a medida que el proyecto avanza, da la sensación de irse elevando hacia el cielo, pierde los anclajes inevitablemente pesados de los cimientos y de las primeras estructuras y se llena de luz. —Sacudió la cabeza con admiración—. Este chico es único. Tiene una visión casi… vaporosa de las estructuras, un concepto de la luz natural que… No sé, no se corresponde con su juventud, aunque, bien pensado, ¿quién iba a ser capaz de proyectar un conjunto así sino un muchacho de menos de treinta años? Hay que tener una visión no contaminada por las convenciones, las exigencias de las modas y las demandas de los clientes. Borja llegará lejos… Ya está lejos.

—¿A qué va a Estados Unidos? No nos cuenta nunca nada.

—Pasado mañana, sí. No os lo toméis a mal: está tan ensimismado, tan… tan… obsesionado con su profesión… que su pasión es casi gélida. No piensa en nada más. Ni siquiera en Marta, que esta vez no se va con él. —Sonrió y me pareció una simple ocurrencia. Pero no le conocía bien aún; si le hubiera conocido, me habría tomado en serio la advertencia—. Va a estar dos semanas en Chicago y en California presentando precisamente el proyecto de la bodega. Igual les vende una para el Napa Valley. Muy buen marketing para los dos… Me gustaría que vinieras —se corrigió—, os vinierais Juan, Miguel y tú a Barcelona a visitar las obras. Es el momento de verlo para comprender que la nueva bodega es en realidad una crisálida que empieza a transformarse en una mariposa llena de vida. Perdón, no sé en qué estoy pensando. La invitación es por supuesto extensiva a vosotros —añadió mirando a mis padres.

—No —dijo mamá—, nosotros no podemos. Tenemos que estar de vuelta en París mañana.

—Yo tampoco puedo —dijo Juan hermano—. Mucho lío en el despacho. Más adelante, sí.

—Pues sí que lo siento. Pero esto es meramente un aplazamiento. Tenéis que venir pronto a la masía. Bueno, lo lamento. —Pareció entristecerse de golpe; pero enseguida se rehízo—. Y vosotros, Lola y Miguel, no os dejo que os escapéis. Venid. Así veis a Clara, que, como sabéis, trabaja desde hace unos meses en el estudio de Borja planeando la decoración del nuevo edificio. No estaría de más una visión crítica.

Desde que, tres o cuatro años antes, Miguel me diera una respuesta más que vaga sobre el estado de su relación con Clara, no le había vuelto a preguntar. En cualquier caso, no parecía interesarle mucho este noviazgo que se me antojaba

más platónico que otra cosa. Y se habría dicho que al padre de Clara, tampoco.

—Veníos mañana en coche con Oleguer y conmigo —se encogió de hombros—, y os volvéis el domingo. ¿Qué os parece?

Miré a mamá con un reflejo antiguo, como si le estuviera pidiendo permiso para ir.

—Bueno, pero no sé Miguel, yo, desde luego, tengo que volver el domingo sin falta.

—Claro, te coges un puente aéreo y vuelves. Si quieres, llamo a mi secretaria y le digo que te saque, ¿os saque, Miguel?, el billete.

—Estupendo, gracias.

Mamá levantó una ceja y no dijo nada.

Hubo un silencio.

—Pere y yo tenemos una idea —dijo entonces Oleguer, retomando la conversación—. Hace años que bodegas Viladomat busca una alianza con la denominación de origen de Rueda para completar el paquete comercial de los blancos y el cava, especialmente en Estados Unidos.

—Sí —intervino Juan hermano—, he oído eso.

—¿Y queréis que nos unamos a vosotros? —pregunté.

—Exactamente —intervino Pere.

—¡Pero vosotros sois león y nosotros, pulga! —exclamó Miguel.

—Bueno, podría pensarse eso, pero me parece que los dos salimos ganando. Nosotros completamos nuestra oferta en América con un vino de Rueda excelente y vosotros aprovecháis las ventajas de nuestra comercialización. —Separó las manos. No le faltó más que decir *voila*.

—No estoy segura de que queramos lanzarnos a los mercados internacionales —dijo mamá hablando despacio—.

Como dice Miguel, somos muy pequeños y nuestro vino es más un *hobby* que un negocio.

—No tiene por qué dejar de ser un *hobby*. Podéis seguir haciendo vuestro vino artesanalmente como si fuera un capricho y nosotros hacemos lo demás. Sólo que ganaréis un poquito más de dinero.

Mamá frunció el entrecejo y apretó los labios.

—¿Para qué?

—Sí, mamá, anda —dijo Juan hermano—. Todo el mundo se profesionaliza.

—Hombre —añadió Miguel con algo de incertidumbre—, sería una chulada vender el Marquesa de Villaurbina —lo dijo con la voz engolada—, en los restaurantes finos de Washington. El presidente Jimmy Carter se bebió anoche un Marquesa en un restaurante de Georgetown. ¿Eh?

—Sí claro, mientras se comía un buen plato de cacahuetes —concluí.

Pere rió de buena gana.

—No sé. ¿A ti qué te parece? —le preguntó a papá.

—Ah, yo ahí no me meto. El vino es de mi mujer.

—Si no lo apruebas tú, no hacemos nada —dijo mamá, aunque conociéndola, ya tenía tomada la decisión.

—Venga, papá —supliqué con voz de plañidera, como cuando la Chispa, de muy pequeña, quería meterse en el baño conmigo.

—No sé, Pere, somos poca cosa para vosotros y de pronto nos veo con empaquetadoras automáticas, albaranes digitalizados, cosas así. ¿Y vosotros qué ganáis con todo esto?

—Ya os lo he dicho: prestigio comercial, agilidad, ofertas complementarias.

Papá levantó las cejas.

—¿Con una casa mínima como la nuestra?

—Bueno, Juanito, debemos mirar al porvenir. Para empezar, me gustaría emparentar con vosotros, aunque sólo fuera comercialmente, ya que por lazos de familia no veo que vaya a ocurrir de momento. —Lo dijo con total seriedad. Los demás, mirando a Miguel, nos reímos como si se tratara de una broma, considerando que su noviazgo con Clara, un noviazgo de los de antes, llevaba durando ya casi una década. Tiempo más tarde también comprendí el sentido de la velada advertencia. Y por una vez, Miguel se puso como un tomate, farfullando una medio frase de excusa.

—No mientras Miguel no termine su dichosa carrera —intervino mamá hablando con una severidad que, no sé por qué, se me antojó fingida—. Pero efectivamente ya va siendo hora…

—He oído —dijo de pronto Juan hermano, que hoy estaba sembrado— que Bodegas Viladomat quería comprar el Marqués de Riscal de Rueda como paso previo.

—¿Paso previo de qué? —quiso saber papá.

—Paso previo a comprar la totalidad de la bodega en la Rioja.

—¿Ah, sí? —dijo mamá.

—Sí —aseguró Pere, sin que pareciera importarle que sus intenciones quedaran al descubierto, al menos en este pequeño círculo de gente—. Pretendíamos hacer un intercambio accionarial, una por cuatro, entrar en el consejo…

—Pero no se dejaron.

—No se dejaron, no. Y entonces os conocimos a vosotros, los Villaurbina. Y nos dijimos ¿por qué no proponérselo a ellos? Sería un modo más apacible, menos bestial de irrumpir en el mercado del vino de fuera de Cataluña.

—Sólo que nosotros somos un microbio.

—Bueno, microbio, pero apetecible, bien organizado, serio y con un vino estupendo.

—¿Y por qué no hacerles una OPA?

—¿A los de Riscal? No. Demasiado caro para la coyuntura. Una cosa es unirse para controlar el mercado y otra, arruinarse intentándolo. Además, al final no habríamos controlado nada porque, pese a todo, no seríamos lo suficientemente grandes.

—Y entonces os tragáis al pez chico.

—No, Miguel. Hacemos una sociedad. A partes iguales. Los dos ponemos lo mismo para empezar. Y nos vamos a América. —Levantó una mano como si quisiera dibujar en el aire—. Imaginad una etiqueta de vino de Rueda que ponga: «Marquesa de Villaurbina», y debajo, «Bodegas de Villaurbina y Viladomat, Rueda».

—¿Y hacemos lo mismo con el cava?

Pere sonrió.

—No, Miguel. No sería proporcional. Pero sí podríamos lanzar unas *cuvées* especiales de máxima calidad, de un número de botellas similar al que producís aquí con el Rueda, y que se llamaran algo así como Gran Cava Villaurbina. ¿Eh? ¿Qué os parece, Carmina? Comercializamos el gran cava y el Rueda conjuntamente en Estados Unidos. ¿Eh?

—Tengo que pensarlo, Pere. —Mamá miró a papá—. Tenemos que pensarlo, ¿verdad, Juanito?

—Tenemos que pensarlo, claro.

—Por supuesto —dijo Pere—. Y luego nos comemos a Riscal. —Soltó una gran carcajada.

Después, a solas, mamá me dijo: «Los billetes del puente aéreo, de Miguel y tuyo el domingo, los pagamos nosotros. Tonterías ni una».

En su terreno, Pere Viladomat era mucho menos agresivo y mucho más seductor de lo que aparentaba ser fuera de Cataluña. Nada más llegar a la masía, se convirtió en una persona más ligera que directa, más irónica que intensa, más delicada que decidida, llena de un humor que me desconcertó porque no se parecía en nada al del personaje consciente de su importancia que habíamos conocido en la finca. La transformación me sedujo. Detrás del hombre de mundo y seguro de sí, asomó un personaje refinado (y egocéntrico), de una generosidad extrema y sin asomo del bromista que en Madrid se tomaba, por ejemplo, el fenómeno catalán con ligereza.

Me pareció entenderlo todo cuando nos hizo pasear por los salones de la masía visitando su espléndida colección de pintores de vanguardia, de Antoni Tapies a Munch, de Rothko a Francis Bacon y a Klimt, de un pequeño Picasso cubista a un gran Miró. Una colección exquisitamente calculada para seducir y arropar, pensé, y para acceder al código de comportamiento de su dueño, a su filosofía: abierta, vital, colorida, vanguardista e íntima. También comprendí que era preciso haber vivido con intensidad hasta los más de sesenta años que tenía Pere para llegar a ser como era. Aquí no había nada juvenil, nada improvisado, nada de reciente elaboración; todo respiraba madurez. Y mucho, mucho dinero.

Miguel nos seguía con las manos en los bolsillos pero, por una vez, atento y en tensión. «¿Sabes lo que pasa aquí?», me dijo más tarde, «aquí estos cuadros son parte de la corriente sanguínea de los Viladomat, están impresos en su ADN; mientras que en casa, el arte que cuelga de nuestras paredes es maravilloso pero no nos deja rendidos. Es una colección que se contempla como en un museo. Ésta de

aquí, en cambio, se bebe como una pócima, como un elixir de juventud». Dijo pócima y elixir; tenía una de sus peores temporadas.

Me sorprendió que no hubiera ni una sola fotografía de la mujer de Pere, ni un solo recuerdo aparente. Oleguer me había dicho que su madre había muerto de cáncer a principios de los sesenta, cuando Clara y él eran muy pequeños, y no quise preguntar más. Si no había recuerdos, sería que no los querían. Eso sí, presidía el vestíbulo de entrada un único cuadro, el retrato de una mujer morena y muy guapa pintado por Ramón Casas. «Mi madre», explicó Pere.

Cenamos una cosa muy ligera, fruta, yogures, algo de queso, y decidimos irnos a la cama para madrugar al día siguiente. El camino a San Sadurní era largo y Pere quería que aprovecháramos bien la visita a las obras. Y luego, si se terciaba, quería que hiciéramos una salida en su velero, el *Elena IV*, un North Wind de dieciocho metros que tenía amarrado en el Estartit.

Dormí a pierna suelta, sin sueños, hasta las siete de la mañana. Me levanté, fui a mi baño a lavarme la cara, peinarme y cepillarme los dientes, me puse un albornoz que colgaba de una percha y salí al pasillo.

La habitación que ocupaba Miguel era la contigua a la mía. Sabiendo lo vago que es y lo que siempre tarda en desperezarse y arreglarse, decidí ir a despertarle.

Di con los nudillos en la puerta y, fruto de una larga tradición entre hermanos, entré en el cuarto sin más. No debería haberlo hecho. Vuelto hacia mí, Miguel dormía pacíficamente. Pegado a su espalda en la clásica posición de la cuchara (si es así como se le llama) y con un brazo abrazándole, Oleguer había levantado la cabeza y me miraba aún medio en sueños.

Di precipitadamente tres pasos hacia atrás y cerré la puerta. Me quedé inmóvil en el pasillo con el corazón latiéndome a toda velocidad. Sentí que me había puesto colorada hasta la raíz del pelo. Dios mío, no sabía qué hacer. Era todo tan inesperado (¿lo era verdaderamente?) que me había quedado sin reacción.

Me di la vuelta y allí estaba Clara, en perfecta calma, mirándome con una sonrisa, su sonrisa algo fría de siempre. Luego apretó los labios e hizo un gesto medio de explicación, medio resignado.

—¿Quieres un café? —preguntó.

38

Voy a Londres dentro de unos días a una subasta de cubistas en Sotheby’s —fueron las primeras palabras que oí al descolgar el teléfono, seguidas de una risa suave y aspirada, a medio camino entre la ironía y la seducción.

—Hola, Pere —contesté.

—Hola, Lola. ¿Te vienes conmigo? Quiero que veas cómo funciona esto. Es una ceremonia fascinante, la única ceremonia en la que hay arte y bandidaje a partes iguales.

—¿Sólo los bandoleros pueden comprar cuadros?

—Sólo los bandoleros millonarios.

—Entre los que te cuentas.

Rió de nuevo.

—Entre los que me cuento.

—¿Qué vas a buscar?

—Malévich, Kandinsky, Mondrian, Fernand Léger, Juan Gris…

—Eres un bandido verdaderamente rico.

—No creas. Tendré mucha suerte si llego a pujar y quedarme un pequeño Léger que me tiene seducido y, aun así, me habré gastado el dinero que tenía reservado para comprarme las bodegas de Riscal. —Soltó una gran carcajada—. ¿Vienes?

Hacía una semana que no hablábamos. Yo no le llamaba nunca. Era Pere quien mantenía el contacto más o menos regular conmigo. Telefoneaba para comentarme cualquier cosa, por lo general un acontecimiento político (lo hacía con tanto convencimiento y hasta pasión que conseguía despertar mi interés, ahora tan alejado de ese mundo), un libro que acababa de leer (ensayos; a él no le gustaba la novela), una exposición, un cuadro, la marcha de la construcción de la bodega. En sus visitas a Madrid casi siempre almorzábamos juntos si no tenía un compromiso político, con Felipe González, por ejemplo. Eran comidas que me apartaban del «ambiente Villaurbina» y que me hacían recuperar poco a poco el placer de la charla y de la risa, tan agostados desde la muerte de José Luis. Nunca había nada impropio, ni siquiera la sugerencia de algo impropio: no me invitaba a su hotel en Madrid, no pretendía llevarme a solas a la masía. Vamos, que no me hacía regalos de ropa interior. Ni joyas. Sólo libros.

—¿Tú sabías lo de Miguel y Oleguer? —le pregunté una vez.

—Claro. No era muy difícil de adivinar.

—Pero ¿y Clara?

—¿Clara? A Clara las cosas le llevan por derroteros diferentes.

—¿Es que es lesbiana?

Rió.

—¡No! Es perfectamente heterosexual. —Lo pensó un momento—. Tiene un carácter muy curioso. Se parece mucho a su madre. —¡Dios mío! La primera vez que Pere aludía a su mujer—. Parece fría y distante, indiferente. Pero no, Lola. Lleva años enamorada, ardiendo de pasión. Lo malo es que la veo sufrir y no le puedo decir nada. Estas cosas deben resolverse sin que nadie intervenga, ¿sabes?

—¿Y a él lo conoces?

Suspiró.

—Sí. Sí sé quién es, sí.

—¿Le conozco yo?

—No.

—¿Por qué no hay fotos de tu mujer en la masía?

—Las fotos están muy bien… menos cuando te hacen sufrir.

Era típico de Pere Viladomat que así, de pronto, se descolgara invitándome a un viaje a Londres para acompañarle a una subasta de Sotheby’s. Una proposición, por otra parte, absolutamente irresistible. Estábamos a finales de 1982, a medio camino entre la victoria de Felipe González el 28 de octubre y la constitución de su primer gobierno.

—No estoy segura. Tengo mucho trabajo en el hospital.

—Es una invitación honorable, Lola.

—No lo dudo. Pero no. No puedo ir… No voy a ir.

—Es un fin de semana y el lunes es fiesta en España.

—No.

En el gran vestíbulo del aeropuerto de Heathrow me esperaba un chófer uniformado que portaba un cartel en el que se leía «Doctor Ruis Dolara». Me acerqué a él, le entregué mi bolsón de viaje y me condujo a la limusina que había de llevarme al hotel Carlton Towers en Belgravia. Hasta el momento de subirme al coche conseguí no acordarme de la última vez que había estado en Londres, de la clínica de Cromwell Road, de los días de angustia y sobre todo de José Luis. Fue entonces cuando se me saltaron las lágrimas.

¿Qué había sido de la inocencia rota? ¿Qué había sido de los personajes de mi vida, tan lineales, tan previsibles, tan ordenados en sus conductas, en sus odios y sus amores?

Todo había saltado por los aires, ¿no? ¿O era sólo yo la que, mirándolos con desconfianza, me había apartado de ellos al crecer?

¿Por qué la muerte tan estéril de José Luis?

¿Y qué hacía yo aquí, con un hombre que podía ser mi padre?

¿Y Miguel, tan poco complicado, tan natural? ¿Estaba yo rechazando su homosexualidad por el mero hecho de que me resultara chocante o contra natura o contra la corrección social de mi ciudad? ¿Me irritaba la belleza de Oleguer, su novio? Su novio, sí, Lola.

¿Y papá, cuya debilidad de carácter me llenaba de indignación? ¿Había estado en la conspiración del 23—F por convencimiento o por obedecer a mamá? ¿Y Juan hermano, un líder de la extrema derecha, tan amable, tan cariñoso y tan limitado?

¿Y yo? ¿Qué me digo de mí?

Me costó todo el trayecto calmarme. Aun así, entré en el vestíbulo del hotel con los ojos enrojecidos.

Pere, que me esperaba, lo notó enseguida.

—Es lo que tiene Londres. Mucha polución que irrita los ojos. Hola. —Me dio un beso en la frente—. ¿Subimos?

La *suite* del Carlton Tower que había reservado Pere era espectacular. Había flores por todos lados, grandes jarrones llenos de rosas y capuchinas (sabía que eran capuchinas porque siempre me había gustado su nombre en inglés, *nasturtium*) y pequeñas macetas de porcelana con plantas verdes de todas clases. Un salón grande y luminoso conducía hacia una habitación, también grande y también llena de luz. Los ventanales de ambos daban a los jardines Cadogan. Desde donde me detuve en el centro de la *suite* se veía la habitación de dormir: una cama enorme con una colcha muy ligera de flores verdes y rosas.

—No te asustes, Lola. Tu dormitorio está aquí. —Señaló otra habitación algo más pequeña que había a mis espaldas.

Respiré aliviada. O no. No sé.

Fuimos a almorzar a Mr. Chow, el primero y mejor de los mil restaurantes que después se dedicarían en el mundo entero a la cocina de fusión ítalo-china. Se decía que el Mr. Chow del lugar era un chino muy fornido que se parecía al chino que había hecho de malo en una de las películas de 007; lucía sombrero bombín y lo lanzaba contra agentes secretos americanos, cortándoles la cabeza. O al menos eso me contó Pere.

Luego nos dimos un largo paseo por Hyde Park. Hacía una tarde de otoño soleada y fresca, deliciosa. Pere no dejó de hablar de todo y de seducirme. Era un hombre paciente.

Por la tarde fuimos a ver una obra de Harold Pinter, el del teatro del absurdo. A Pere le pegaba todo que le gustara tanto Pinter. *Una especie de Alaska* se llamaba la obra. La habían estrenado no hacía mucho y trataba de la tragedia de una mujer, Deborah, que se despertaba tras treinta años de sueño sin saber nada de lo que había pasado en aquel tiempo. La pobre tenía que empezar por comprender cómo era posible que, habiéndose dormido siendo una adolescente, se despertaba con un cuerpo ya en ruinas. Me pareció muy angustioso, muy trágico. El papel protagonista lo hacía una actriz no demasiado joven, que estaba increíble; se llamaba Judy Dench. Tenía una fuerza dramática extraordinaria, sin aspavientos ni grandilocuencia, la recuerdo bien.

Al salir del teatro, fuimos a tomar algo ligero al club Les Ambassadeurs en Mayfair.

A Pere le había gustado mucho *Una especie de Alaska*.

—Tenía muchas ganas de verla —dijo—. Pinter es un tipo curioso, el clásico ejemplo de una vida pública infernal y una

vida de familia no precisamente apacible, pero sí feliz. —Sonrió—. Ahora, claro. Estuvo casado con una actriz que ha muerto alcohólica hace poco mientras él tenía un *affaire* con una periodista de la BBC y, sin que lo supiera ésta, otro con una americana de la buena sociedad a la que llamaba Cleopatra. Dejó a las dos por Antonia Fraser, mujer de un historiador muy célebre, y se casó con ella. El hijo que tuvo con la primera mujer no le habla. ¿Qué te parece?

—Pues que lo comprendo.

—No. Quiero decir su vida.

—No estoy muy segura de tener paciencia con un tipo así.

—Y sin embargo sus opiniones, siendo extravagantes y a veces absurdas, tienen cierta lógica. Objetor de conciencia, aunque dice que habría ido a luchar contra Franco y contra Hitler de haber tenido edad suficiente. Antiamericano, antiimperialista británico, antiapartheid, contrario a la guerra fría, prodesarme nuclear, anti-Israel y propalestino siendo judío… en fin, lo que se te antoje. Un clásico, ¿no? Es como la sublimación del progre.

—No. Tú eres la sublimación del progre, Pere. Pinter me parece un disparate.

—Deberías conocerlo. La próxima vez que vengamos te lo presento. ¿Quieres que vayamos a bailar? —Levantó una mano a la defensiva—. ¿Un baile sólo a un sitio que conozco?

—No, que luego os propasáis.

Pere sonrió. Me llevó al hotel.

Fue todo tan natural que casi ni me sorprendí. Sin pedir permiso, allí plantados en medio del salón, me desabrochó los botones de la blusa. Le miré inclinando la cabeza a un lado, como si especulara sobre lo que podía pasar si tomaba cualquier iniciativa. Entonces me puse de puntillas, le rodeé

el cuello con los brazos y le di un beso ligero, como de prueba.

No hubo ni me la esperaba pasión tan intensa y enloquecida como la que vivíamos José Luis y yo cada vez que nos asaltábamos por la noche. No hubo llantos, no hubo desesperación, no estuvimos a un paso de la violencia, no hubo rendición completa ni sollozos. No.

Recuerdo aquella primera noche con Pere: una mujer seducida por la amistad cómplice y los murmullos, la ironía y la sofisticación de un hombre experto y maduro (y guapo); mientras que con José Luis vivía cada momento como si hubiera sido el último. Me lo quería quedar pegado a mí sin dejarle ir y cuando por fin nos separábamos, sufríamos algo parecido a un desgarro en lo más profundo de nuestras entrañas. No sé explicarlo de otra manera.

Con Pere, en cambio, el placer era mucho más refinado, más elaborado. No necesitaba sufrir. Era divertido y coqueto. No tenía por qué desesperarme si mi amor no llegaba en el instante en que lo pretendía, allí mismo, en aquel momento, como me pasaba con José Luis. Con Pere disponíamos de todo el tiempo del mundo. Y me pareció que esa perspectiva de un porvenir con los sentidos amablemente despiertos, pero no en estado de permanente ebullición, podía llegar a adormilar mi impaciencia, el desierto en el que me había dejado mi amante al morir. Me pregunté si era lo que verdaderamente quería a los veintiséis o veintisiete años. No, qué va.

La sala de subastas de Sotheby's en New Bond Street era tal como la había visto en el cine, con una gran mesa alargada de caoba y, en el centro, un púlpito desde el que dirigía la venta un hombre joven impecablemente vestido. Tenía en la mano lo que parecía un cilindro achatado de

madera con el que concluía la subasta de cada objeto dando un golpe seco sobre el pupitre.

En la sala habría un centenar de sillas, todas ocupadas por gentes elegantemente vestidas y señoras de aspecto distinguido, cubiertas de joyas y abrigos de pieles. No vi a Cary Grant dispuesto a pujar por lo que se terciara para evitar a los malos que lo perseguían, como en las películas.

—¿Cuáles son los bandoleros millonarios? —pregunté a Pere.

—Mira bien, que los hay por todos lados. Los distinguirás aún mejor cuando levanten la mano para pujar.

Muchos llevaban en la mano un pequeño cartón blanco con un número inscrito. Los más nerviosos se abanicaban con él.

—Ésos —me dijo Pere— han demostrado su capacidad financiera y se han inscrito como posibles compradores. Sotheby's los reconoce como tales y les permite pujar.

—¿Y tú?

—A mí me conocen.

Y como para demostrarlo, se acercó por el pasillo hasta donde estábamos sentados en el centro de la fila diez o doce otro joven ejecutivo. Llevaba pañuelo de seda roja en el bolsillo de la chaqueta y una pequeña rosa en el ojal.

—¿Están ustedes bien sentados aquí? —nos preguntó.

—Gracias —contestó Pere.

La mañana del domingo, es decir, el día antes de la subasta, nos acercamos a ver el cuadro de Fernand Léger que pretendía Pere. Era pequeño, de unos 25 centímetros por 15, y representaba un *bock* de cerveza de líneas descompuestas en planos de colores primarios. Una belleza.

—Ya me gustaría comprármelo, pero me temo que hay muchos tiburones por ahí.

—¿Es importante para ti?

—Mucho. Completaría lo que yo pretendo decir con mi colección de pintura. No, decir, no. Decirme: lo que quiero decirme con mi colección de pintura…

—Pues te lo comprarás —dije con convicción.

La subasta de la herencia del dueño escocés de varias destilerías de whisky, que era a lo que habíamos venido, empezó por un Malévich, *La mujer de los cubos*, que me pareció intrigante pero no muy apetecible. El precio de salida era de cuatro millones de libras esterlinas. Así, como suena. Intenté poner cara de estar de vuelta de todo, mientras lo compraba un americano por dieciocho en no más de dos vertiginosos minutos. «Es el director del museo de arte moderno de Atlanta», me susurró Pere. «¿Dieciocho millones de libras?», pregunté en voz apenas audible. «Es el mundo del arte y los bribones, querida».

Noté que se iba poniendo progresivamente tenso, a medida que se acercaba la puja por el Léger. No era el único: un hombre mayor, que iba vestido con elegancia y que se sentaba seis o siete filas más adelante, se dio la vuelta y miró fijamente a Pere durante unos segundos. Pere no movió un músculo.

Mucha de la puja se hacía por teléfono: unas chicas jóvenes y vestidas de negro sentadas en la mesa alargada a la derecha del púlpito, cada una con un auricular en la oreja, intervenían de vez en cuando. De hecho, un Mondrian fue adjudicado a una de ellas.

—Es el Rijksmuseum de Amsterdam; llevan detrás de ese cuadro desde hace años.

—¿Cómo lo sabes?

—No estaría aquí, con aquel tipo de delante mirándome con cara de asesino, si no lo supiera.

—¿Cuándo te paras en una subasta ó te rindes o lo que sea? —le pregunté mientras desayunábamos esa mañana.

—Bueno, primero de todo, cuando se te acaba el dinero. El secreto es que no se te acabe antes de frustrarte del todo o de descubrir que te has arruinado. Esto es como el póquer, Lola: hay mucho de farol. Y hay que saber cuándo dejarlo. Y segundo, cuando te derrota el que al final puja contigo. Le adivinas en la cara que no se va a detener. Tampoco puedes titubear porque entonces él sabe que te ganó, a lo mejor por menos dinero del que se iba a gastar o del que te podías gastar tú. La memoria de las subastas es grande: no puedes quedar como el tipo que se arrugó frente al asalto de uno de aquellos bandidos.

—¡Buf! —dije.

Cuando llegó el momento del Léger, intuí que la sala estaba cansada de tantas emociones. La gente había pujado por valor de muchos millones de libras. Sólo el hombre mayor que estaba delante había seguido inmóvil desde que se había vuelto a mirarnos.

—Lote quince —dijo el del púlpito—. *Jarra de cerveza* de Fernand Léger. —Se calló un momento hasta que dos empleados de Sotheby’s, vestidos con guardapolvos y con las manos enfundadas en guantes blancos de algodón, subieron el pequeño cuadro al atril que estaba a la izquierda del subastador—. Tenemos un precio de salida de 300 000 libras esterlinas.

Enseguida, a nuestra izquierda y en la primera fila, se alzó una mano femenina que sujetaba uno de los cartones.

—Tenemos 300 000 libras, sí señora.

El hombre mayor hizo un gesto con tres dedos de una mano.

—400 000 el caballero a mi izquierda.

El subastador miró brevemente por toda la sala sin detener la vista en Pere. Como si no estuviera.

—500 000, *madame*.

Tres dedos.

—600 000… 700 000 al fondo.

Me volví: un japonés pequeño con aire de no comprender nada.

—800 000 —mirando al hombre mayor.

Pere se tocó el puente de la nariz con el dedo índice. Ni lo habría visto de no haber estado pendiente de él.

—900 000, el caballero de la décima fila… —señalando a Pere—. Un millón de libras esterlinas. —El japonés que no entendía nada.

—Un millón cincuenta —dijo tres dedos, ralentizando la subasta.

—Cien —dijo la señora.

—Ciento cincuenta —intervino tres dedos, sin dar tiempo a más.

Pere se volvió a tocar la nariz.

—Un millón doscientas mil libras.

El subastador miró a la señora, que hizo un gesto negativo, no sé si resignado o frustrado.

—Trescientas —sonó de pronto una voz fuerte con marcado acento francés.

Pere dio un gruñido.

—Me ofrecen 1 300 000 libras esterlinas, el caballero aquí de frente en la primera fila.

—350 —tres dedos.

El japonés levantó el cartel sacudiéndolo en el aire.

—1 400 000 —confirmó el subastador.

—1 500 000 —bramó el francés.

—50 —tres dedos.

—¿*Monsieur* Viladomat?

Pere hizo un levísimo gesto negativo. Luego suspiró, pero sólo lo noté yo.

—El precio está en 1 550 000 libras. ¿Veo alguna oferta más? Al fondo de la sala, sí señor. Un millón seiscientas.

—Uno siete —dijo tres dedos.

—Uno siete cincuenta —dijo el subastador mirando al francés—, gracias, señor.

—*Two million* —dijo el japonés con voz aflautada.

—Mira —murmuró Pere—, se lo ha llevado la Yakuza.

—¿Quién?

—La mafia japonesa.

Tres dedos hizo un gesto de disgusto y el francés bajó la cabeza aceptando la derrota.

—Tengo dos millones de libras esterlinas del caballero del fondo. ¿Alguien da más? —Se hizo un gran silencio en toda la sala. El subastador pegó un martillazo sobre su púlpito—. ¡Adjudicado al comprador del fondo! Muchas gracias. Lote dieciséis…

Al final, Pere se llevó, por una ganga, dijo, un dibujo de Léger, un boceto para el cuadro de un puente con hombres pescando. Apenas 25 000 libras. Vaya.

—¿Estás muy frustrado? —le pregunté.

—Un poco. —Respiró hondo por la nariz—. La única ventaja que esto tiene es que puedo seguir buscando lo que quiero. Lo encontraré. ¿Te gustan las ostras?

Al día siguiente, por una vez, me costó bastante volver al hospital en Madrid y redescubrir la vida de los simples mortales.

39

Cando terminé Medicina, y justo antes de empezar el MIR, con parte del dinero que me había dejado el abuelo me compré la casa que sigo teniendo en la colonia de la Cruz del Rayo, enfrente de lo que hoy es el Auditorio de la Música en la calle Príncipe de Vergara (mis padres siempre la llamaron General Mola y decían que era por costumbre más que por afinidad política).

Al principio, colonias como ésta eran cooperativas de funcionarios, de maestros, de ferroviarios, de municipales o bomberos, gente así, que se fueron edificando en el extrarradio de un Madrid bastante más pequeño que el de ahora. La mía fue levantada a finales de los años veinte del siglo pasado y siempre ha sido objeto de concupiscencia y especulación. Promotores y ayuntamientos, como siempre. Compré mi chalet por diez millones, una ganga, y Borja lo reformó por otros veinte, otra ganga. Con los años, le he ido añadiendo o cambiando cosas, he rehecho los baños y la cocina, he ampliado la biblioteca porque ya no me cabían los libros. Pero el eje de la casa, mi gran dormitorio en el primer piso, con el vestidor y el baño pintado al estuco, y mi salón tan luminoso en la planta baja con la puerta de cristales para salir al patio trasero, el pequeño jardín japonés aislado de todo que he dispuesto con los años, mi Tenryuji,

eso no lo he cambiado. Dos bonsáis, dos pequeñas hayas guiadas con mimo y paciencia, se reflejan en el diminuto riachuelo que recorre el jardín de parte a parte entre dos orillas de pequeños guijarros blancos y caminos de arena blanquísima rastrillados a diario por mí. Nadie más lo toca. En invierno, cuando nieva en Madrid, los copos se posan delicadamente sobre los bonsáis, en completo silencio. Y yo, recostada en el sofá, de vez en cuando levanto la cabeza del libro que estoy leyendo y miro.

El refugio de una maniática, tal vez, la soledad de una solterona.

Alguna vez, no siempre, cuando Pere viene a Madrid, duerme en mi casa. Pero casi nunca le dejo.

Enfrente de donde me siento a leer, cuelga un pequeño cuadro de Fernand Léger, que está aquí en mi casa porque, según Pere, completa lo que él quiere decirse sobre su vida y su forma de ver las cosas. Le dije que su sitio no era éste sino una pared de la masía con los Tapies y los Munch y los Klimt como siempre quiso, pero él me contestó que era aquí donde se cerraba el círculo de su propia visión de sí mismo, su forma de interpretar la vida, y que por eso lo tenía en depósito en la pared de mi salón.

En un primer momento Borja se escondió ahí, en el dormitorio del segundo piso.

Una noche de septiembre de 1985, sonó el timbre de la entrada. Era tarde y me levanté sobresaltada. El momento de Madrid era malo, había mucho crimen por las calles y por las casas y era preciso tomar precauciones.

Cogí un atizador de hierro de la chimenea y fui hasta la puerta. Como si un atizador fuera capaz de defenderme del asalto de un rufián cualquiera por pequeño que fuese.

—¿Quién es? —pregunté.

—Yo… Borja.

—¿Bor…? —Abrí la puerta de un tirón y allí estaba, en efecto, mi hermano. Tenía puesta una parca-arquitecto azul oscuro y traía cara de cansancio. O de angustia.

—Pero ¿no estabas en América?

—Volví ayer. —Sus viajes a Estados Unidos se habían hecho tan frecuentes que se había alquilado un apartamento en Nueva York, nada, una habitación, un baño, una cocina y un gran salón en el que tenía una mesa de dibujo y un mueblecito con compartimentos cuadrados para guardar planos. Cada vez tenía más trabajo allí. Se había asociado con uno de los grandes arquitectos neoyorquinos y sus proyectos, firmando solo o con el estudio, se habían hecho famosos.

—¿Y? Pasa, hombre, no te quedes ahí como un pasmarote. —Borja llevaba en la mano una pequeña Samsonite con ruedas. Dio un par de pasos adelante, dejó la maleta en el suelo y cerró la puerta tras de sí.

—¿Y? —repetí.

—Marta se ha ido. —Lo dijo con tal tono de desamparo que sin pensarlo abrí los brazos para acogerle en ellos. Se me abrazó con fuerza, como si hubiera enviudado de golpe.

—¿Se ha ido?

—Se ha ido. Cuando aterricé la llamé a casa aquí pero no contestaba. Seguí camino a Barcelona, fui al piso y tampoco estaba. Llamé a Clara para ver si sabía algo, antes de ver esta nota. —Se sacó del bolsillo un papel doblado y desdoblado mil veces y me lo dio.

Ponía:

«No estaré cuando vuelvas. Creo que lo nuestro se ha acabado. Hay alguien más. Hablemos si

quieres, Marta».

¿Había algo más seco y más duro?

—Joder, Marta —dije por teléfono cuando por fin la localicé en la casita del jardín de sus padres—. ¿Qué ha pasado?

Estuvo callada unos segundos.

—Nada, Lola —contestó por fin—, que se ha acabado. Le he dado seis años de mi vida… ¿Y él a mí?

—Otros seis años de su vida.

—No. Esos seis años se los ha dado al edificio de una bodega en San Sadurní y a un rascacielos en Nueva York. A mí, no.

Su voz me sonó dura y lejana. En el fondo, si a Marta le quitabas la simpatía y la gracia, eso es lo que era. Independiente, implacable, totalmente dueña de sí y con muy poca tolerancia hacia las debilidades o fallos ajenos. Recordé aquella vez en la facultad diez años antes cuando, al ver pasar a Borja con una rubia de aspecto extranjero mientras ellos dos ya llevaban un tiempo saliendo juntos, me dijo que cada uno podía hacer lo que quisiera; no llevaban cadenas. Me parece que dijo algo así como que «oye, el mundo es libre».

—¿Eres tú?

Suspiró.

—Sí, Lola, soy yo. La misma que te cogió en brazos cuando abortabas, la que te consoló cuando mataron a José Luis…

—Eso es un golpe bajo, Marta.

—Es verdad. Perdona. Es que estoy muy estresada, muy dolorida y con muy pocas ganas de remover esta mierda que nos ha pasado a Borja y a mí.

—Pero algo vas a tener que decir…

—Eso o me voy a Filipinas durante unos años y que me olviden.

—No digas bobadas.

—De verdad, Lola, que estoy harta.

—No te puede haber dado tiempo. Le has dicho a Borja que tienes a alguien…

—Sí. Y qué.

—Pues que podría ser un invento para que te dejaran en paz. Conociéndote…

—No es invento.

—¿No?

—No.

—¿Quién es?

Marta resopló al otro lado del teléfono. Conocía sus expresiones tan bien que estaba segura de que había apretado los labios y cerrado los ojos. Era su manera de titubear.

—Enrique Lerma.

—¿Enrique Lerma el abogado, el jefe de Juan hermano, el que sacó a José Luis de la cárcel, el que estuvo en tu boda? ¿Casado y con tres hijos?

—Ése.

—Dios. Pero por Dios, Marta, ¿qué has visto en ese tío además de los problemas que te va a causar?

—Tiene en un segundo de su sonrisa y en su mirada más sentido del humor que Borja en un año. Y además, folla.

Colgó.

No volví a verla ni a cruzar palabra con ella hasta dieciocho años más tarde, el día en que yo salía de los juzgados de plaza Castilla imputada por el juez Maroto.

En marzo de 1993, pocos meses antes de la muerte de mamá, la Chispa ganó con veintidós años el Goya al mejor actor novel (me parece que se llamaba así) por su desternillante papel en la última película de Berlanga. En la película estaba guapa, descocada y sexy como era ella en la vida real, inocente y traviesa al mismo tiempo.

Se había hecho actriz de cine a pesar de la feroz oposición de mamá, que consideraba un desdoro, una deshonra ganarse la vida representando en público escenas falsas de sexo con el primer desconocido que le tocara en suerte por obligaciones del guión. Creo que, a mamá, el enfado no se le quitó ni cuando la Chispa triunfó y ganó el Goya y un César en Francia por la misma película. Enseguida, además, le empezaron a llover contratos por doquier y ni siquiera entonces perdió la cabeza: siguió siendo la misma hermana adorable y saltarina de toda la vida. Bueno, perdió la cabeza pero en otro sentido cuando se enamoró perdidamente de un ayudante de dirección (al que llamaba «mi oveja supernegra») con greñas, vaqueros gastados y un jersey negro con un agujero de polilla en una manga. No es que fuera sólo sucio; era simplemente un desastre. (Llegué a la conclusión de que, si eso era lo que la seducía, nosotros íbamos demasiado bien vestidos).

Jordi, que así se llamaba el chico, se consideraba el regalo de los dioses a la industria cinematográfica mundial y, si su autoestima le hubiera hinchado un poco más, habría subido al techo como un globo. Era un imbécil y no resultaba simpático ni en los momentos más relajados. En su rechazo a todo (cuando en realidad todo lo rechazaba a él), en la suficiencia con la que criticaba todo aquello en lo que fijaba su mirada («su original mirada», pensaría él) se notaba su mediocridad. Jordi estaba allí para chuparle la sangre a la

Chispa, como un parásito que esperaba medrar sin ofrecer nada a cambio. Miguel, que era el más sensible a estas cosas, dijo:

—Este tío, que es un imbécil chupa sangre que nos va a destruir a la Chispa, no nos dura ni un minuto; basta con que le llevemos a la finca y lo esnobeemos durante un *weekend* —dijo *weekend* como cuando nos reíamos del maoísta Javier Rosales y lo imitábamos diciendo «Botahiero» por Puerta de Hierro.

Dicho y hecho. Si hubiera aguantado el tipo, habría sido imposible deshacernos de él puesto que nuestra hermana habría comprendido que Jordi se había enfrentado con éxito a la tremebunda familia. Pero era blando y estúpidamente impresionable. Le hundió, además de los reiterados desprecios, el tamaño de la finca y la indiferencia (*«spleen*», lo llamaba Miguel) con la que manejábamos vinos, villas romanas, trigo, caza y toreros. Fue invitado a montar a caballo y, para su suerte, rehusó. Juan hermano le había preparado una bestia rebelde y mal encarada que además mordía y daba coces. No le invitamos a nada más y nuestro desprecio continuo fue lo que le derrotó.

Fue Clara, la finísima, la que nos alertó sobre Jordi.

—No quiero parecer rencorosa ni alarmaros. Pero este tipo es una sanguijuela. Trabajó para mí durante un tiempo haciendo cortos para mi estudio de diseño. Ya sabéis, campañas de promoción, anuncios, diseño de exposiciones. No lo hacía demasiado mal. Si acaso, le fallaba la originalidad y teníamos que retocar todo lo que hacía. Nos parecía que le tiraba fusilar de donde pudiera o le gustara, vaya, ya sabéis, el arte es recrear. Un día se pasó y nos enseñó un proyecto que era calcado a una campaña de Alberto Corazón. Lo despedí. Y además era un antipático suficiente. Bah. Jordi encontró trabajo enseguida en un

estudio rival. Aquel estudio nos birló un suculento contrato con una editorial y cuando vimos el resultado de la campaña que habían hecho, estaba fusilado de nuestras ideas, de nuestras historias, de nuestros planes de filmación, de los *story-boards*, todo.

—¿Y no los demandasteis?

—¿Al otro estudio? No. No sirve de nada salvo para crearte fama de difícil. Les llamé y me dijeron que cómo lo sentían.

—¿Y…?

—Nada —contestó, encogiéndose de hombros.

—Lo que quiere decir Clara —añadió Borja— es que ojo con Jordi, que es muy malo y que probablemente hará sufrir a la Chispa. Le dará muy mala vida, vamos, y se agarrará a ella y no la soltará hasta que la haya dejado seca.

—Sí, pero, por mi experiencia con él en mi estudio, puedo deciros que, aunque es mal enemigo, sobre todo si le dais la espalda, es poca cosa y que a cualquiera de vosotros no le dura ni un asalto.

—Ya —dijo Miguel—, el problema es cómo se lo puede llegar a tomar la Chispa.

—Bah, es un capricho. Se le pasará en cuanto le eche un vistazo a Alain Delon y hable con él en el festival de Carmes.

—¿De qué habláis? —preguntó mamá, que llegaba de la calle.

—De estrellas de cine.

Frunció el ceño.

—¿Alguien quiere una taza de té antes de que lleguen la diva y el horror que la acompaña? ¿No podríais decirle algo? A mí no me hace caso.

—No te preocupes, mamá. Es un sarampión. Se le pasará.

Éramos todos un poco mayores para tener estas conversaciones intrascendentes, como de adolescentes,

pero en los últimos años, se había ido convirtiendo en nuestro modo de enfrentarnos a los problemas. Incluso Javi, que estaba de curilla en el Pozo del tío Raimundo, no en el del padre Llanos sino en el nuevo —contrariamente a los deseos de mamá, ni siquiera había llegado a obispo y no digamos a cardenal—, venía a reír con nosotros, «a despachar asuntos», decía él; aprovechaba para poner verde al arzobispo de turno con gran escándalo de mamá. Y ardía de creencias y de piedad. ¡Y yo que había llegado a decirme que era demasiado intelectual, demasiado frío, para ser un buen sacerdote, para gastar su vida en una catequesis absurda rodeado de lo más duro de la vida marginal, de lo más extremo del sub-mundo de la droga! Válgame.

No digo que fuera buena esta frivolidad de las charlas tontas de casa, ni siquiera eficaz; sólo recuerdo que en la madurez todos tendíamos a minimizar la gravedad de lo que pasaba en nuestro entorno, esperando, en efecto, que pasara. Lo que le había sucedido a cada cual, cada uno de los dramas a que nos habíamos enfrentado, nos había alejado del centro familiar o al menos, de las decisiones tomadas de modo colectivo. El resto, lo de menos importancia, era lo que se despachaba en un santiamén, en medio de las risas, las bromas y la ligereza de lo trágico *ma non troppo*.

El último gran drama había sido el desastre matrimonial de Borja. La espantada de Marta nos dejó sin habla a todos. Y todavía más, enterarnos de con quién se había ido. Juan hermano hasta se planteó seriamente marcharse del despacho de Enrique Lerma y o montarse por su cuenta o dedicarse al vino de Rueda y a la administración de Villaurbina. Problemas económicos no tenía. Nunca supimos por qué no lo hizo, a no ser que Pili hermana, que siempre fue más mala que la carne de pescuezo (Miguel *dixit*), con su

manera de ser tan retorcida y ruin, aprovechara la circunstancia para convencer a Juan de castigarnos a los demás, y especialmente a mí, con la humillación. Aunque él no se diera cuenta. Pili era mala, mala y tonta, pero tenía innata listeza para la ruindad.

Me parece que en aquellos años el centro sentimental de todos nosotros se desplazó al «clan catalán». Pere Viladomat —y en cierto modo, yo—, Oleguer y desde luego Miguel, Borja y Clara, que durante mucho tiempo siguió siendo un enigma para mí: tan fría pero tan encendida de pasión, como aseguraba su padre. Pere iba cumpliendo años, muchos años, pero se mantenía en forma, vital, interesado en todo lo que ocurría a su alrededor. Era un espíritu joven sin afectación. Ya fuera en la masía con el clan catalán o en Madrid con todos los demás, participaba sonriente en todas nuestras maldades, nos acompañaba a conciertos, nos invitaba a la ópera, intervenía con sensatez, aunque siempre algo más a la izquierda que todos nosotros en las discusiones políticas. Hasta el día en que fui imputada a finales de diciembre de 2003, llegó a Madrid a darme calor y apoyo (poco faltó para que me derritiera), pero en cuanto pudo, sacó con entusiasmo el tema de las elecciones catalanas recién celebradas. «Estoy contento», dijo riendo, «hoy ha empezado el último acto: Convergencia i Unió ha perdido las elecciones a manos del PSC». ¡Tenía más de ochenta años! Estaba como una rosa.

A partir de mediados de los años ochenta, Miguel venía a Madrid muy de tarde en tarde. Su trabajo como puente entre los blancos de Rueda y los cava de San Sadurní, «eslabón societario» lo llamaba con sorna Pere, lo retenía en Barcelona de modo casi permanente. Oleguer y él vivían en un gran piso de la parte alta de Pedralbes y poco a poco se habían convertido en las estrellas de la noche de Barcelona,

siempre divertidos, siempre árbitros de la elegancia, siempre centro cultural de cualquier *happening* de la alta sociedad. Miguel se había metamorfoseado, convirtiéndose en un terremoto de actividad sin dejar de ser el hermano adorable, inteligente y agudo que siempre había sido para todos nosotros.

Sólo cuando volvía a la calle Serrano por unos días o si iba a la finca, lo hacía sin que lo acompañara Oleguer. Ni mamá ni papá lo habrían podido soportar. En casa la homosexualidad no existía y el comentario máximo de mamá a sus amigas podía ser «¡cómo se han hecho de amigos Oleguer y Miguel! Siempre juntos. Claro, como son socios…». O «me dicen que Miguel sale con una catalana guapísima; a ver si se casa de una vez». Y es que para ella, la orientación sexual de Miguel era una verdadera tragedia.

—¡Mamá! —le dije un día en que había vuelto a aludir a la catalana guapísima.

Me miró con absoluta frialdad. Levantó una ceja.

—¿Qué? —contestó.

Por debajo de su cuidadoso maquillaje, vi que asomaba un pequeño tic que le contraía la comisura de un párpado. Se acercó un pañuelo a la cara como si fuera a tocarse el lagrimal o a quitarse una mancha de rímel, pero en realidad lo hizo para sujetarse el tic y detenerlo.

Pocos meses después del desastre de Marta y su espantada, mediados los años ochenta, fui al Ampurdán a pasar unas fiestas de San Juan con el clan catalán, con Pere, con Miguel y con Borja. También estaban Oleguer y Clara, la finísima, a la que encontré más guapa que nunca. Se lo dije a Pere.

—¿Qué pasa, que ha conseguido apaciguar su pasión?

Pere se limitó a sonreír.

Después de cenar la primera noche, la víspera de San Juan, estábamos todos en el porche de la masía tomando quien un *limoncello*, quien un coñac, quien una Poire Williams. Al cabo de unos minutos, Oleguer se levantó, fue al aparato de cinta magnetofónica, un chisme tan grande que parecía profesional, e hizo sonar una *bossa nova. A garota de Ipanema*, en la versión de Stan Getz y Astrud Gilberto, lo recuerdo como si fuera ahora.

Entonces Clara se levantó tirando al mismo tiempo de la mano de Borja, y los dos se pusieron a bailar en una esquina apartada del porche.

Bailaban muy juntos, con un ritmo suave y cadencioso que yo reconocía en Borja pero que nunca había visto en Clara. Y es que de pronto, veía su cuerpo liberado de la frialdad; sus caderas, hasta entonces tan rígidas, parecían rendidas en un balanceo sensual casi descarado. Clara murmuró algo y luego besó a Borja en la boca, con tanta fuerza y durante tanto tiempo que me pareció que se ahogarían. Clara, la finísima.

Me quedé tan boquiabierta que Pere se puso a reír en silencio como solía, justo antes de sacarme él también a bailar.

40

Y tú —dijo Marta— acudiste a Enrique Lerma para que fuera tu abogado en el caso éste del hospital, ¿no? No me pareció que le hicieras muchos ascos al hecho de que además era el amante de tu cuñada.

—No era cuestión de moralidad, Marta —dije con algo de vergüenza—. Ni siquiera de buen gusto. Era una cuestión práctica: necesitaba al abogado más poderoso, ni siquiera al mejor, para no ir a la cárcel. Tú, la práctica, deberías de entenderlo.

—Aun así, era mi amante y desde que te habías enterado no me habías vuelto a hablar…

—No, perdona: la que no me volvió a hablar fuiste tú.

—Bueno, da igual. A mí no me hablas pero a mi novio, sí, porque te conviene para que te libre del trullo.

—A lo mejor es que nunca he sido una mujer de principios éticos muy sólidos.

—Será eso, Lola. Y ya puestos, me gustaría que se te pasara la manía que nos tienes.

—No es fácil, la verdad.

—Bah —rió—, eso es un remanente de tu cultura burguesa. Yo, desde luego no tengo la culpa.

—¿No?

—No. Tú sabías bien cómo soy. Y Borja, también.

—¿Por qué no me hablaste nunca más? ¡Dieciocho años!

Se encogió de hombros.

—Me parecía que había demasiadas cosas entre las dos. Que las dos temamos que purgarlas, quitarlas de en medio para volver a entendernos. Y cuando las cosas se complican, cuanto más tardas en resolverlas, en hablarlas, más se estropean. Es como si les echaras cemento. Se solidifica y no hay quien lo rompa…

—Me va a dar alipori.

—¿Qué?

—Entendernos otra vez delante de todos.

Marta sonrió.

—¿Y qué le vamos a hacer?

—Pero ¿por qué ahora? ¿Por qué has vuelto ahora?

—Oía a Enrique contarme lo que estaba pasando, lo que te habían hecho entre Javier Rosales y, ¿cómo la llamábamos?, ¡la babosa!, la babosa, sí. Y me pareció injusto que te pasara a ti, justo a ti, que ya llevabas un buen saco de…, de… tristezas, ¿no? Me pareció insoportable que además, esto…

—Ya. Pero aunque sólo fuera por cómo me ha defendido la familia, hasta la tonta de Pili, a regañadientes, eso sí; cómo se ha portado la gente, las enfermeras, los médicos, los periódicos…, compensa, ¿sabes? Hasta Enrique…

—Lo que tú quieras, pero no te compensa si te meten en la cárcel y después no te dejan practicar la medicina nunca más. No me fastidies, Lola.

Marta alargó una mano para sujetarme la muñeca, como tantas veces, tantos años antes. Hacíamos las paces. Y nunca volveríamos a hablar de Borja.

—Dime una cosa.

Le miré a los ojos. Sabía lo que me iba a preguntar.

—¿Te sedujo Pere Viladomat?

Ésa no me la esperaba. Alcé las cejas, sorprendida, y Marta se deshizo en carcajadas. Y como en los viejos tiempos, me puse colorada hasta la raíz del pelo.

Se inclinó hacia mí y me dio un beso muy ligero en los labios, rozándolos apenas. Luego se echó hacia atrás y estuvo un buen rato callada. Se puso seria.

—¿Mataste al pobre niño aquél? —Levantó una mano—. No estoy diciendo… no te acuso de nada. Sé que sufría y que no era soportable verle. Yo sé lo que habría hecho, Lola. ¿Y tú?

La miré y no dije nada.

Pasé los siguientes dos meses lejos de Madrid, entre Villaurbina y la masía de Pere.

En la finca cuidé de papá, aventándole la tristeza y los remordimientos. Todos los días montábamos a caballo hasta muy lejos y tomábamos como siempre un buen caldo caliente a mitad de camino; llevábamos las escopetas para tirar a las perdices que se nos levantaran, a alguna liebre que saltara allí delante. Y luego, Flor, que ya tenía más años que la tana y que vivía retirada en su casita del pueblo, venía y nos hacía un arroz con la liebre o un estofado con las perdices; para chuparse los dedos, decía papá. Y si no habíamos cazado nada, nos caía una tortilla de patatas o una menestra con huevos escalfados.

La tata María hablaba conmigo en voz baja, mientras papá dormía la siesta. Recordábamos al abuelo, a mamá, las bodas, las cacerías, a Fraga, que nos daba un poco de risa, a Solís, que nos daba mucha, a Adolfo Suárez y, muy en silencio, muy en voz baja, a José Luis. Me preguntó por Marta y una tarde, por Pere. «¿Eh, princesa?», me preguntó y luego me dio un beso en la coronilla. «Todavía me acuerdo de aquel día en que volviste de quererte con José Luis. Relucías

como una reina. No sé cómo no te lo adivinaron todos en casa. Sólo Marta, ¿eh? Sólo Marta».

La masía del Ampurdán en la otra punta de la geografía era un bálsamo de paz. Ahí, Pere y yo leíamos, paseábamos, dormíamos juntos, y hablábamos con una retahíla de políticos e intelectuales catalanes que venían a visitarlo sin parar. También venían Miguel y Oleguer, Bona y Clara, a hacer familia, decía Pere.

El 2 de marzo de 2004 me pilló en Madrid, yendo de Barcelona a Villaurbina. Fue el día en que el juez Maroto dictó su auto sobre el asunto de la muerte de Dimas Rodríguez.

Enrique Lerma me llamó a casa y me pidió que fuera corriendo al despacho.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Me traen el auto del juzgado de instrucción.

—¿Y qué dice?

—No lo sé. No lo sé, Lola. —Oyéndole, se hubiera dicho que su eterna sonrisa se había borrado por una única vez. Lerma no era de los de voz trémula, su timbre fuerte y decidido lo hacía imposible, pero de pronto así me pareció que sonaba. Estaba nervioso.

Cuando llegué a su despacho, uno de los ascensores estaba roto y el otro, parado en el octavo. No llegaba nunca; a los pocos segundos de espera decidí subir por las escaleras de dos en dos. Se me iba a salir el corazón por la garganta. Justo en ese momento, con un *pling* cantarín, se abrieron las puertas. Di tres veces seguidas al botón de la quinta planta, hasta que, con su ritmo pausado, el ascensor decidió cerrarlas silenciosamente.

Entré en el despacho como una exhalación y, dejando a la recepcionista boquiabierta, enfilé el pasillo que conocía tan bien hasta la puerta de Enrique.

Enrique leía un documento. Alzó la mirada y me hizo con la mano un gesto ordenándome que me sentara.

—¿Me mandan a los leones o qué?

Con la misma mano, me mandó callar. Al cabo de un minuto terminó la lectura. Suspiró ruidosamente y se echó hacia atrás contra el respaldo de su butaca de cuero. Entonces me alargó el documento. Tendría unas cinco o seis páginas grapadas. Decía:

> "Juzgado de Primera Instancia e Instrucción número 1 de Madrid. Auto. En Madrid a 2 de marzo de 2004.
>
> Relación de hechos.
>
> Único. Practicadas diligencias tras denuncia en la que se manifiesta un caso en el que hubiera podido darse una eutanasia sobre un determinado paciente, quedó el auto sobre la mesa para resolver…".

—Vete a la última página donde dice «Dispongo».

Le miré con los ojos muy abiertos.

—Última página, Lola.

Pasé las hojas hasta la última:

> "DISPONGO. Sobreseer las presentes diligencias al no resultar debidamente justificada la perpetración del delito que ha dado motivo a la formación de la causa, declarándose las costas de oficio".

—No comprendo, Enrique.

Sonrió enseñando todos los dientes y se frotó ruidosamente las manos.

—Que no hay nada, Lola. Que, por recomendación del fiscal, ¿te acuerdas que pensábamos que era un meapilas pomposo y que te haría pagar?, el juez decide sobreseer la acusación contra ti. Ni homicidio doloso, ni negligencia, ni sedación terminal, nada. Eres libre como los pájaros.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro. —Se levantó, rodeó la mesa, vino hacia mí y me dio un abrazo de oso—. Enhorabuena.

—¿Pero cómo ha sido?

—Dame el papel. —Se lo di.

—Na, nana, nana —leyó. Y luego—: Aquí." La instrucción parece agotada y no debe ir más allá, ya que, por más que pudiéramos profundizar y proseguir, no se llegaría en ningún caso a encontrar elementos bastantes para, por dolo eventual o por culpa, responsabilizar criminalmente a la imputada por la muerte de su paciente ". —Yo había cruzado los brazos sobre el pecho. Había empezado a llorar y notaba que las lágrimas se me deslizaban por la cara y me caían sobre las muñecas—. Espera, hay más —continuó Enrique como si tal cosa—. Te leo: « no se puede lograr asegurar que el fallecimiento deviniera exclusivamente por los fármacos prescritos por la doctora ». Y después: « no consta que la muerte sea consecuencia de ello, pues hay una duda que no puede despejarse: el paciente pudo morir o por sedación indebida o por su enfermedad inicial y esto, para exigir responsabilidad penal, ha de quedar claro ». Papápapápapapá… aquí. « No puede predicarse que la médico, consciente, sedara al paciente para

causarle una muerte inmediata. Tampoco que, negligentemente, prescribiera tales fármacos sin conocer sus consecuencias letales. No. Nada de esto puede aseverarse y presumirlo, como parece, no basta a los fines del reproche penal. De sus manifestaciones se desprende que la médico creía, en todo caso, obrar lícitamente y actuar dentro de cánones prefijados por la ciencia ». ¿Qué te parece?

Me había quedado sin habla.

Los siguientes días fueron una locura. Me persiguieron la prensa, las radios, la televisión, un corresponsal del *Guardian*, otro de *Le Monde*, que habían sido muy pro en los momentos peores del escándalo, un viejo conocido de los tiempos de la universidad y desde siempre corresponsal del *Frankfurter Allgemeine* y mi amigo José Luis Batalla de *El País*, el que había iniciado mi defensa meses y meses atrás. No quise hablar con nadie y hablé con muy pocos y, cuando lo hice, fui muy escueta.

Mi garante particular del orden, el capitán Perea, hoy general de división, llamó para felicitarme con su solemnidad acostumbrada. «Dolores», dijo. «Lola», le corregí. «Eso, Lola». «Francisco». «Paco», nuestra vieja broma que nunca se agotaba.

—No puede usted imaginar cómo me alegro de que se haya acabado su horrible problema. Habría ido con un regimiento para rescatarla, ya lo sabe.

—Sí que lo sé, Paco. Siempre añoro nuestros viejos tiempos, la seriedad con que usted defendía el orden público y mis tonterías para tomarle el pelo.

—Me consolaban de tanta porquería como nos rodeaba.

—Siempre he pensado que debería haberme ido a echar un baile con usted.

—Bueno, hoy que ya soy abuelo sería un poco difícil, aunque tan apetecible como siempre.

—Cuando todo esto pase, quiero que se venga usted a casa a cenar conmigo.

—Será un verdadero placer.

Perea había sido uno de los coroneles implacables gracias a los que había fracasado el 23—F. Lo había llamado a los pocos días para agradecérselo. Claro que entonces ignoraba que papá había estado involucrado en todo aquel disparate. Nunca supe si Perea lo sabía; nunca se lo pregunté. Por si las moscas.

Vinieron a casa todos, incluido papá desde Villaurbina y Pere, que esta vez, por respeto al decoro («¡A mi edad!», dijo riendo), se fue al hotel; el Rítz siempre. Y Marta, que sólo se escondía brevemente durante los días en que vinieron Borja y Clara desde Barcelona; no permití que nadie de los míos se metiera con ella o le hiciera algún feo.

Javi, en cambio, sólo llamó por teléfono; dijo que tenía tal lío en el Pozo que no podía desplazarse ni a cinco metros de allá.

Siempre me pregunté si se debía a que no acababa de creerse mi inocencia y que no tenía decidido a quién aplicar la caridad cristiana, si a mí o a los padres de Dimas. ¿Me estaba juzgando? ¿Y no podía ser caritativo con los dos?

A medida que pasaban las horas, iba creciéndome la angustia. ¿Qué clase de inocencia era la mía?, me preguntaba. ¿Cuántos de los que se sentaban conmigo en mi casa creían que de verdad era inocente?

Pere me miraba con atención, como si fuera capaz de adivinar mis pensamientos y, en un momento en que estábamos solos, me dijo:

—Me parece que soy el único que está convencido de tu inocencia, Lola. Y ya está: asunto terminado. No quiero confesiones tuyas ni confidencias sobre este tema. No me hacen falta. A los demás, parece darles igual que seas inocente o culpable; te quieren demasiado para juzgarte... —No contesté—. Te digo una cosa, sin embargo: nadie te va a perdonar en Madrid. Ésta es una ciudad llena de beatos y de hipócritas y no te van a dar cuartel. Pues, cuando te hartes de las acusaciones y maledicencias, haz como Santa Teresa cuando se marchó de Pastrana peleada con la princesa de Éboli; se fue sacudiéndose las alpargatas y exclamando «ni el polvo quiero de este lugar». Vete de aquí. Vente a Barcelona. Hay muy buenos hospitales allí... Vente a Barcelona.

Sonreí.

—Ya. Y tú arrimando el ascua a tu sardina.

Rió con fuerza.

—Qué va. Sólo velo por tus intereses.

Al día siguiente de publicarse el auto del juez Maroto, fui al hospital. Me parece que detrás de mis pasos había un deseo de reivindicación, normal, me dije, considerando todo lo que había pasado y los palos que me habían caído diestro y siniestro. Y eso que mi deseo de reivindicación no daba para apagar la angustia, tal vez la culpa que llevaba dentro. ¿Qué había removido el juez Maroto en mi entraña?

Llegué a oncología infantil a media mañana y me asomé al cuarto de enfermeras. Mari, la enfermera jefe, apuntaba datos en una hoja de pautas con gran concentración. Debió de notar mi presencia repentina porque levantó la mirada. Tardó un segundo en comprender quién era, pero enseguida sonrió y se incorporó.

—Te hemos echado de menos, doctora.

—Y yo a vosotros. No sabes cuánto.

—Mari… —dijo uno de mis médicos asomando la cabeza —. ¡Lola! Pero, santo cielo, nos has hecho falta. Ya te hacíamos en el trullo y te íbamos a llevar pacientes a Alcalá Meco para que les impusieras las manos.

—¡Qué bobadas decís! ¿Cómo está todo esto?

—Pues manga por hombro, Lola —interrumpió la enfermera jefe—. Deseando que vuelvas, que estos alevines de médico que tenemos aquí no saben ni dónde llevan el estetoscopio. —López Gago, que era el que se había asomado y que en mi ausencia hacía de jefe de servicio, era, y es, un profesional de primera formado en Estados Unidos y con mucha experiencia. Sonrió.

—No hagas caso, que Mari nos lleva más derechos que un huso. Ordena y manda de la mañana a la noche.

Poco a poco fueron apareciendo el resto de las enfermeras y los médicos y tres auxiliares, que eran los que subían la comida de nuestros pacientes y los movían de un sitio a otro del hospital en camillas o en sillas de ruedas. Todos fueron acercándose a darme un abrazo de bienvenida, un par de besos o, los más solemnes, un apretón de manos. Todos sonreían.

—Deberías haber venido antes —dijo López Gago.

—Ya —contesté—. Pero no parecía razonable con el follón que había. Madre mía, de haber hecho caso a lo que decían los periódicos de mí, yo era una de las brujas de Salem… la peor, probablemente, y os habría contagiado a todos.

—No —murmuró Mari—, teníamos a la doctora Marugán para suplicar al Señor y mantenernos en la recta vía. —La oí y fruncí el ceño con severidad fingida.

Alguien desempolvó un par de botellas de vino sacándolas de un cajón y pudimos brindar.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Pues ir a ver al director, a preguntarle cuándo me reincorporo.

Y eso le pregunté cuando me recibió. Le vi titubear un segundo.

—Debe usted ir a visitar al consejero de Sanidad, doctora, —contestó—. Él le dirá. Por mí no hay inconveniente alguno en que se reincorpore cuando quiera.

Esas palabras me alarmaron mucho. Contenían un *caveat* implícito que parecía querer decir, como algún tiempo atrás ya me había anunciado Enrique Lerma que ocurriría, que el auto del juez no me había borrado el estigma y que la sociedad no me perdonaba haber sido sospechosa de un crimen horrendo. Y no digamos los padres del pobre Dimas. A los ojos de todos, menos de los que me querían, claro, había sido declarada culpable.

—Me alegro de que te hayan exonerado de toda responsabilidad, Lola —me dijo Javier Rosales, con su sonrisa de tiburón replanchado.

—Gracias. ¿Cuándo me puedo reincorporar?

—Bueno, no es tan fácil. Verás. El auto no dice que seas inocente. Sólo dice que no puede demostrarse tu culpabilidad. —Y juro que lo recitó de memoria—: Dice que no puede predicarse que la médico sedara al paciente, el pobre Dimas, verdad, para causarle una muerte inmediata…

—Sé lo que dice.

—Dice que tu paciente pudo morir por la sedación o por la enfermedad inicial, una de dos, pero que no es demostrable ninguna de las dos.

—Javier, por Dios, a mí me declara inocente un tribunal y tú, porque te da la gana…

—No, porque me da la gana, no…

—Sí.

—No. Porque tengo que pensar en los niños. Ya te lo dije una vez. No puedo arriesgarme a que un día te vuelva a…

—¡Me vuelva a nada! Eso es un insulto, una acusación de intención de asesinar, que te va a costar una querella.

Me pareció que mi exabrupto le hacía mella. Respiró con fuerza.

—Retiro lo dicho. No quiero decir que, porque hubieras matado a un paciente, que desde luego no es el caso, lo digo oficialmente, doctora, no quiero decir que un día te puede volver a dar una locura. No, no. Lo que quiero decir es que, durante un tiempo prudencial no puedo tenerte de jefa de servicio en un área sometida a discusión o siquiera a la más mínima sospecha. Lo siento.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé, Lola.

—¿Cuánto tiempo?

—Ni idea. Deja que se calmen las aguas y que vuelvan a su cauce.

—En el fondo no quieres que vuelva, ¿verdad?

—Ehhh… Si te soy sincero…, da igual. Ya hablaremos. ¿Qué te parece?

Aquella conversación con Javier Rosales me afectó mucho más de lo que habría sido normal. Mucho más: despertó los demonios familiares, me llenó de dudas. Hizo que por un momento me tentara la posibilidad de estar de acuerdo con él, comprender su postura y decirme, bueno, es razonable.

Pues no iba a ceder. La confusión tenía un límite. Y ese límite era mi futuro.

Entonces decidí volver al hospital. Visitaría al director para convencerle de que presionara a Rosales. Sólo así sería posible vencer su reticencia. Sin embargo, se hubiera dicho que no conocía a Javier Rosales. Más de veinte años

haciéndonos perrerías y aún me sentía capaz de doblegar su voluntad.

Nada más entrar en el vestíbulo vi que de frente venía la babosa y recordé aquella vez, más de un cuarto de siglo antes, en que, muerto José Luis, se acercó a consolarme por los pasillos de la facultad, a decirme que si algún día la necesitaba, ella estaría a mi lado.

—¿Qué haces aquí? —me espetó.

—Volver a mi puesto, Lidia.

—¿Volver a tu puesto aquí, en el hospital? ¿Ya has hablado con Javier? —La muy perra. Sabía lo que me iba a decir Rosales. Casi dio un paso al costado para impedirme seguir adelante, pero se contuvo.

—Ya he hablado con él. Por eso quería hablar contigo también.

—¿Sí?

—¿Recuerdas que hace muchísimos años me dijiste que si alguna vez necesitaba algo de ti, estarías ahí para ayudarme?

Se le escapó una sonrisa.

—Me acuerdo muy bien. Y ahora quieres que te eche una mano con Javier. Lo siento, Lola, no lo puedo hacer. A lo largo de los años nos hemos distanciado demasiado, has hecho demasiadas cosas que me repugnaban…

—¿Qué?

—… que me repugnaban, sí, incluida esta última por la que te han juzgado…

—… Y declarado inocente.

—Muy bien. Inocente. Muy bien, pero no voy a echarme sobre la conciencia que vuelvas a hacer lo mismo con otro niño.

—¿Y tú, la conciencia esa dónde la tienes? ¿Cuándo se te mueren los pacientes que nos has robado difamándonos, no

te remuerde? ¿Cuándo se te mueren porque no has sabido qué hacer con ellos o porque lo único que se te ocurre es ponerle una vela a la Virgen, no te remuerde? ¿Cuándo para tapar tu incompetencia, dices que al enfermito se lo ha llevado Dios, no se te cae la cara de vergüenza? ¡Quítate de mi vista! —Le di un empujón para apartarla y seguí mi camino. Un matrimonio que hablaba con dos médicos nos miró horrorizado; y los médicos, también. Tenían que haberlo oído todo.

Salí del hospital, me senté en el coche y rompí a llorar. Apoyé la cabeza en el volante. Como había dicho Pere, me tenía que ir de aquí.

41

Cuando entré en casa estaba sonando el teléfono. Corrí a cogerlo convencida como siempre de que, en el momento en que descolgara el auricular, quienquiera que fuese colgaría, harto de esperar.

Pero no.

—Diga.

—Lola, soy yo, Javi.

—¡Javi! Te he echado de menos en estos días.

—Ya. Es que tenía unos cuantos problemas entre manos, ya sabes… Un par de chavales detenidos en el antiguo Pozo del tío Huevo…

—¿Pero no habían tirado el poblado aquél?

—Sí. Como si tirándolo, se acabara el mercado de la droga… Nada. No me podía mover de ahí.

—Pues a mí también me haces falta, Javi.

Se calló abruptamente.

—¿Estás ahí? —pregunté al cabo de unos segundos.

—Estoy aquí.

—¿Por qué no has venido a verme?

—Soy párroco aquí y, si mis gentes me necesitan, debo estar aquí.

—Yo también te necesito.

—¿Al hermano o al cura?

—No sabía que los dos pudieran disociarse. Eres cura pero sobre todo eres mi hermano. Y eso, para mí, es bastante más importante.

—¿Por qué, Lola? ¿Para qué te hago falta? ¿Para perdonarte o para consolarte?

—¿No son la misma cosa?

—No. Tal como yo lo veo, tal como siento que me necesitas, no. Estoy dispuesto a perdonarte en nombre de Dios. Pero ¿a consolarte si has hecho lo que me barrunto que has hecho? No. Eso nunca.

—No me fastidies, Javi. ¿A eso le llamas caridad cristiana?

—Perdona, Lola, comprender, acuerpar, perdonar, muy bien. ¿Consolarte? Es decir, darte palmaditas y decirte no te preocupes, *no pasa nada*, tú tranquila. No.

—No me entiendes, Javi. Lo que yo necesito es discutir contigo, poner las cosas en su justa perspectiva, repasar los términos de lo que entendemos por obligaciones nuestras en tanto que seres humanos, debatir sobre la debilidad del alma, sobre mis acciones, sobre la soberbia y la tolerancia… Eso es lo que quiero de ti.

—Pues no pides poco. Y no sé si estaré a la altura… Al fin y al cabo, sólo soy un humilde párroco de barrio marginal.

—Venga, Javi.

Rió al otro lado del hilo.

—Vale. Discutamos, pues. Pero sólo si al final de la discusión me dices exactamente lo que has hecho…

—… No te entiendo. Pareces estar seguro de que he cometido algún acto monstruoso, es decir, hablemos claro, que he acabado con la vida de un pequeño niño que estaba a mi cargo y a quien tenía la obligación de cuidar. —Se me quebró la voz de repente y se me volvieron a saltar las lágrimas.

—No sé, Lola. La justicia de los hombres te ha absuelto. ¿Te absolverá también la de Dios? Eso es lo que quiero aclarar. Porque en estos temas, Dios es implacable.

—Pues vaya un Dios amante que me recomiendas.

—Amante y justiciero.

—¿No lo perdonaba todo?

—Sí… menos los actos en los que has infligido un daño irreparable a un prójimo. ¿Lo has cometido tú?

—Nunca lo sabremos porque el pobre Dimas está muerto.

—No digas tonterías, Lola. Eres tú la que tiene que contestar a la pregunta, no Dimas.

—Vamos a ver. Haciendo abstracción de tu condición de sacerdote…

—Ya sé por dónde vas y lo que pides no es posible.

—No, no, un poco de paciencia, por favor. Tú, médico de almas, ¿no eres médico de almas?, enfréntate al dilema con el que me enfrento todos los días. Todos los días, Javi. ¿Me oyes?

No contestó. Continué:

—Tienes un enfermo entre manos con dos circunstancias terribles: se va a morir sin remedio y, mientras agoniza, su sufrimiento físico es intolerable. Todos los días me pasa y todos los días me hago la misma pregunta: ¿no debería yo acortar ese sufrimiento que de todos modos es estéril?

—Lo que no debes es ser médico puesto que en esos trances, no quieres sanar a esa persona, sino acabar con ella.

—No, perdona, sanar, no. No la puedo sanar porque está condenada a muerte, no la puedo mantener en vida y encima le duele. Un dolor totalmente inútil.

—¡Pero tu misión es mantenerla viva, aunque sólo sea por la mínima posibilidad de que ocurra un milagro y en las horas finales aparezca un remedio de la enfermedad.

—Venga, Javi. No te lo crees ni tú. Primero, los milagros no existen y segundo, la ciencia sabe bastante más de lo que pareces suponer. Esto no es brujería. Un sarcoma de Ewing es un sarcoma de Ewing y tiene la prognosis que tiene. Muy poco a poco se va avanzando en la investigación, en los ensayos clínicos y tal, y algún día se le encontrará cura. Ahora no la tiene. Por tanto, tu argumento no me sirve.

—Me obligas a invocar el otro argumento: ¿qué se le va a hacer? Sólo Dios tiene potestad sobre la vida y la muerte de los hombres.

—Una vez te lo dije: no es exactamente cierto, porque el tipo que maneja el garrote vil también tiene potestad sobre la vida y la muerte.

—El verdugo es una aberración, igual que lo serías tú si te dedicaras a matar pacientes, incluso con la excusa de abreviar su sufrimiento.

—No me parece que estés comprendiendo mi punto de vista, que claro, te lo confieso, no tiene en cuenta el ángulo religioso. Yo parto de la base de que el hombre tiene potestad ilimitada sobre su muerte. No en el sentido de que el buen Dios le mande un ladrillo desde un balcón y lo deje seco, sino en el sentido de que, si quiere suicidarse hoy, lo hará. Hombre, ya sé que, como Dios es dueño de su vida y de su muerte, le puede mandar un rayo antes de que el hombre se lance al vacío. Al suicida le pasa lo mismo que a la mujer que aborta: es dueña de su cuerpo y hace con él lo que quiere.

—¡No puedo aceptar nada de eso!

—Espera, espera, déjame terminar.

—No, ya sé. Ahora vas a justificarme la eutanasia.

—Claro que lo voy a hacer, Javi. A un hombre perfectamente sano se le desarrolla un día una esclerosis lateral amiotrófica, una ELA. No tiene cura y le dicen que se

morirá sin remedio a los dos o tres años. La enfermedad tiene una particularidad y es que va paralizando la musculatura y el que la padece se queda sin andar, luego sin hablar, luego sin comer y por fin, sin respirar. Una perrería porque, durante todo el tiempo que dura su mal, lo único que no se le estropea es el cerebro. Piensa y entiende y sufre hasta el día de su muerte. Ni siquiera puede verbalizarlo y buscar consuelo porque ha perdido el habla y la capacidad de escribir. No me digas que no tiene derecho a pedir su propia muerte antes de convertirse en una piltrafa, un suicidio asistido para dejar de sufrir por un mal que no tiene remedio y que le llevará a la tumba al poco tiempo.

—Está bien, Lola, está bien. No puedo estar de acuerdo porque mi fe me lo impide, pero supongamos que acepto esa situación. El hombre que se suicida lo hace porque quiere y manifiesta que quiere. Pero, amiga mía, el gran fallo de tu argumento cuando se aplica a los niños es que ellos nunca manifiestan esa voluntad, nunca quieren. ¿Y me dices que cuando se mueren de dolor y de sufrimiento, miedo y angustia, tú como médico estás autorizada a suplirla?

—No, no digo eso. No sería doctor en Medicina en caso contrario. Lo que digo es que es injusto que un hombre hecho y derecho tenga la potestad de acabar, o de hacer que acaben, con su sufrimiento y su vida, mientras que un niño, mucho más frágil y desvalido debe ser condenado a sufrir sin remedio el dolor que le impone la enfermedad terminal que tiene. Pero es que tampoco los padres pueden pedir que a su hijo le apliquen la eutanasia o practicarla ellos mismos, una actitud tan dolorosa y tan caritativa que les acabaría llevando a la cárcel. Eso sí que es una judiada, Javi.

—Será así. Es de esas injusticias terroríficas de la vida. Estamos lejos de ser perfectos, es decir, de ser capaces de

curar cualquier enfermedad y, por consiguiente, de que nuestra posibilidad de acabar con el sufrimiento se amplíe a más que a causar la muerte o a progresar en la medicina del dolor. Pero entiende el argumento: ese mínimo paso de acelerar lo irremediable os convertiría en doctores de la muerte, no de la vida. ¡Menuda crueldad! Y, sin embargo, no es posible permitiros actuar de otra manera.

—Claro, a ti te es fácil decirlo porque no tienes la jeringuilla, sólo el hisopo.

—¡Qué injusta eres!

—No soy injusta, Javi. Sólo estoy angustiada.

—¿Le mataste, Lola?

—No te lo puedo contestar porque no me quieres creer.

—Sí te creeré si me miras a la cara y me lo dices, así, frente a frente.

—¡Cómo lo voy a hacer si yo estoy en la Cruz del Rayo y tú en el Pozo del tío Raimundo!

—Ah, eso no es problema —le oí sonreír—. Mira, mañana tengo que bajar a Madrid temprano. Cogeré el cercanías de las siete y media y nos vemos a las ocho en la estación de Atocha. Estate allí y me invitas a desayunar. Luego vamos a los jesuitas de Serrano, nos sentamos en un banco de la iglesia, me miras a la cara y me dices lo que quieras decirme.

Me eché a reír.

—Eso es una trampa, Javi. Tú lo que quieres es que me confiese.

—A ver.

—¿Y me absolverás?

—Depende.

A la mañana siguiente, 11 de marzo de 2004, a las siete horas y treinta y ocho minutos estallaron dos bombas en el

tren 21435 detenido en la estación del Pozo del Tío Raimundo con salida hacia la estación de Atocha a las siete cuarenta. A Javi una de las dos bombas le pilló a menos de cinco metros, en el mismo vagón en el que estalló y al que acababa de subirse a la carrera, temiendo llegar tarde.

Siempre pienso en ese momento y, al final, cualquier esfuerzo por rememorar mi vida y la de mi familia me parece estéril. Hay demasiado dolor; no sé si he pagado un precio excesivamente alto por mis acciones o si lo han pagado los demás por mí. Quién sabe. Luego, me encojo de hombros y descarto la duda. Para qué dudar, me digo.

Pero siempre vuelvo al principio.

Fin



FERNANDO SCHWARTZ GIRÓN (Ginebra, 15 de noviembre de 1937) es un diplomático, presentador de televisión y escritor español. Como diplomático e hijo de diplomáticos vivió en varios países durante 25 años. Fue embajador de España en Kuwait y en los Países Bajos y portavoz del gobierno para asuntos exteriores hasta retirarse en 1988.

Trabajó más tarde para el grupo PRISA siendo consejero editorial de *El País*, portavoz del grupo y director de comunicación. Ha sido profesor de Opinión en la Escuela de Periodismo El País-Universidad Autónoma de Madrid y copresentador, junto a Máximo Pradera y Ana García-Siñeriz, del programa Lo + Plus de Canal + entre 1995 y 2004. En 2006 presentó el programa Schwartz & Co en la televisión autonómica balear, IB3. Reside entre Madrid y Mallorca con su familia.

Entre su obra destaca: *La internacionalización de la guerra civil española* (1971), *La conspiración del Golfo* (1982, Finalista del Premio Planeta), *La venganza* (1988), *El desencuentro* (1996, Premio Planeta), *El engaño de Beth Loring* (2000), *Educación y descanso. Las anécdotas de la diplomacia* (2000), *Cambio dos de veinticinco por una de cincuenta* (2002), *Vichy 1940* (2006 Premio Primavera de Novela), *El cuenco de laca* (2008), *El príncipe de los oasis* (2009) y *Viví años de tormenta* (2012).